

Margarita
García Robayo
El sonido de las olas
(Tres novelas cortas)

Narrativa Hispánica



Hasta que pase un huracán

Blow, blow, thou winter wind...

WILLIAM SHAKESPEARE

As You Like It

Acto II, escena VII

Lo bueno y lo malo de vivir frente al mar es exactamente lo mismo: que el mundo se acaba en el horizonte, o sea que el mundo nunca se acaba. Y uno siempre espera demasiado. Primero espera que todo lo que está esperando le llegue un día en un barco, y cuando se da cuenta de que nada va a llegar entiende que tiene que salir a buscarlo. Yo odiaba mi ciudad porque era bellísima y también feísima, y yo estaba en el medio. El medio era el peor lugar para estar: casi nadie salía del medio, en el medio vivía la gente insalvable; allí no se era tan pobre como para resignarse a ser pobre para siempre, entonces la vida se gastaba en el intento de escalar y redimirse. Cuando todos los intentos fallaban —era lo que solía pasar—, desaparecía la autoconciencia, y en ese punto ya todo estaba perdido. Mi familia, por ejemplo, no tenía autoconciencia. Tenían fórmulas para evadirse, para mirarlo todo desde arriba, por allá lejos, en su pedestal de humo. Y por lo general lo conseguían.

Mi papá era un señor bastante inútil: se la pasaba todo el día tratando de resolver cosas insignificantes que a él le parecían importantísimas para que el mundo siguiera su curso; cosas como hacer rendir más el par de taxis que teníamos y vigilar que los choferes no le estuvieran robando. Pero siempre le robaban. Su amigo Félix, que manejaba la furgoneta de una farmacia, le venía con las quejas: por allá vi al muérgano que te maneja el taxi... ¿Por dónde? Por la Santander, gastando rueda con una putica. Mi papá echaba y contrataba choferes cada día de por medio, y eso le

servía, uno: para sentirse poderoso; dos: para no pensar en nada más.

Mi mamá también se mantenía ocupada, pero en otras cosas: todos los días se zambullía en una pequeña conspiración familiar. Todos los días, esa era su fórmula. Mi mamá se paraba de la cama y alzaba el teléfono, llamaba a mi tía, o a mi tío, o a mi otra tía, y gritaba y lloraba y les deseaba la muerte —a ellos y a su maldita madre, que era la misma suya, mi abuela—; a veces también llamaba a mi abuela, y gritaba y lloraba y le deseaba la muerte —a ella y a su maldita descendencia—. A mí mamá le encantaba decir la palabra «maldita», le producía una sensación catártica y liberadora; aunque ella nunca lo habría expresado así porque tenía poco vocabulario. La tercera llamada del día era para don Héctor; con él era siempre muy amable porque le fiaba: buenas, don Héctor, ¿cómo le va?, ¿podría mandarme una almohadilla de pan y media docena de huevos? Y la cara empantanada en lágrimas. Su fórmula era la misma que la de mi papá, no dejar baches de tiempo muerto que les hicieran mirar alrededor y darse cuenta de dónde estaban: en un departamento chiquito en un barrio de medio pelo, al que lo atravesaban un caño y varias busetas.

Yo no era como ellos, yo me di cuenta muy rápido de dónde estaba y a los siete años ya sabía que me iba a ir. No sabía cuándo ni a dónde. A mí me preguntaban: ¿qué quieres ser cuando grande? Y yo decía: extranjera. Mi hermano también sabía que se iba a ir y tomó las decisiones que más le convenían en ese sentido: dejó el bachillerato y se dedicó, rigurosamente, a levantar pesas en el gimnasio y gringas en la playa. Porque, para él, irse era que se lo llevaran. Quería vivir en Miami o en Nueva York, no se decidía. Estudiaba inglés porque en ambas ciudades le iba a servir. En

Miami menos, eso le decía su amigo Rafa, que había ido una vez cuando era muy chiquito. A mí me gustaba Rafa porque había salido del país y eso me parecía meritorio. Pero después conocí a Gustavo, que no había salido sino llegado, y no de uno ni de dos, sino de varios países.

Gustavo: Gustavo era un señor que vivía en una casa frente al mar. Una choza, más bien. Afuera de la choza había un parapeto de cuatro estacas y techo de lona impermeable; debajo del parapeto, una mesa de trabajo con su banco largo, un asiento doble de madera, una hamaca. Mi papá iba a comprarle pescado los domingos, y a veces me llevaba. Además de pescado, Gustavo tenía una piscina con bichos enormes que él mismo criaba: cangrejos, langostas y hasta culebras de mar. Era argentino, o italiano, según el día. La primera vez que mi papá me llevó a su choza, yo debía tener doce años, y él me dijo: ¿quieres que te enseñe a desescamar? ¿A qué? A limpiar el pescado. Gustavo estaba sentado de patas abiertas sobre un pretil que bordeaba la piscina, la palangana de pescados a un lado, en el piso. Dos palanganas: una era para poner los pescados limpios. Yo me senté igualito que él, pero adelante, dándole la espalda; y él me agarró las manos y me enseñó. Después me acarició allá abajo con dos dedos: arriba, abajo, arriba, abajo, decía, mientras yo limpiaba el pescado con una champeta afilada y él dibujaba una línea vertical en mi botón de fuga —así le decía Charo, una amiga de mi mamá, cuando quería contarle un chisme que involucraba la palabra «chucha» y yo estaba rondando—. Mientras Gustavo hacía eso, mi papá estiraba unos billetes sobre la mesa de trabajo: vísceras y tripas de pescado para hacer aceite arrumadas en un periódico.

¿Viste lo que hizo Gustavo?, le pregunté cuando íbamos en el taxi, de vuelta a la casa. Mi papá manejaba lento, sonaba un bolero de Alcy Acosta. Te enseñó a limpiar el pescado, dijo. Sí, pero también... ¿También qué? No importa. Y después seguí yendo a la casa de Gustavo: a veces sola, a veces con mi papá, a veces a la salida del colegio, a veces en reemplazo del colegio.

Me gustaba el sonido de las olas. Tenía un nombre ese sonido. Varios: hay treinta y tres maneras de nombrar el sonido de las olas, había dicho mi papá alguna vez, mientras manejaba. Pero después no siguió, se distrajo mirando el mar y no quise perturbarlo.

Gustavo, ¿me llevas a Italia? ¿A qué? A vivir. No. ¿Y a Argentina? ¿A qué? A lo mismo. No.

Y los dedos.

Un día llegué al colegio, esperé a que pasaran lista y después me fui. Antes hacía eso con Maritza Caballero, una amiga que ya no estaba porque a su papá, que era militar de la Marina, lo habían trasladado a Medellín. No entendía qué iba a hacer en Medellín, que era pura montaña. Los militares de la Marina vivían en Manzanillo, un barrio cerrado a la orilla de la bahía, con casas prefabricadas que olían a moho por la humedad.

El agua y la madera no son buenas amigas, eso decía Maritza de su casa.

Así que ese día pasaron lista y yo me fui, pero sin Maritza. Salí del colegio a las ocho menos cuarto, tenía hambre y poca plata. Di unas vueltas por el centro, que estaba lleno de gente transpirada que iba a trabajar en los juzgados o que iba a sentarse en la plaza Bolívar a leer el periódico, aunque después no lo leían, sino que lo doblaban en cuatro y lo usaban de abanico. Me senté en la plaza y me aburrí de mirar.

Cuando estaba Maritza nos sentábamos en la muralla a mirar la avenida, el malecón y, detrás, el mar. Ella quería ser abogada y trabajar en los juzgados; yo le decía que yo también, pero era mentira. Yo no quería ser nada. Maritza decía que yo podía ser cualquier cosa porque me iba bien en el colegio. Maritza me miraba fijo, su nariz muy cerca de la mía, la respiración de ambas entibiándonos la cara. Maritza tenía el pelo amarillo y los ojos amarillos y la piel muy pálida. No conocía a nadie tan desteñido como ella.

Estuve a un cromosoma de ser albina, eso decía Maritza de sí misma.

Pero era bonita, sobre todo a la noche, porque en el día, bajo el sol, se le notaban mucho las venas. Una porcelana agrietada, así es como recuerdo su cara.

Cogí un bus hacia la casa de Gustavo y lo encontré mirando lejos: cuando lo encontraba así era porque ese día tenía que entregar un pedido fácil. Una langosta, por ejemplo; no era sino meter la mano en la piscina y sacarla en el momento, mientras movía las patas como una enorme cucaracha mutante; luego iba a parar a una bolsa de hielo en la que, de a poco, se iba quedando tiesa.

Hazme un coctelito, le dije y le extendí una bolsa de limones que había agarrado de una carreta mal parada, antes de subirme al bus. Recién ahí se volteó a mirarme, entrecerró los ojos y después dijo: esta mañana un chiflete de aire frío entró por la rendija de la puerta y se me metió por los pies. Ajá. Y siguió hablando: eso me sacó de la cama, entonces me tomé un ron para entrar en calor y mastiqué un pan viejo que me acalambró la mandíbula de lo gomoso que estaba. ¿Y después qué hiciste? Después me fui a pescar, pero no pesqué nada, el mar estaba picado. Ya.

Eran las nueve y media.

Gustavo descascaró unos camarones y me mandó a la cocina por la cebolla, la mayonesa y el picante. La cocina de esa choza era inmunda, toda la choza era inmunda y no me gustaba entrar porque estaba oscura y hedía. Le dije que ya no quería ningún coctelito. ¿Qué? Que ya no quiero un carajo. Y él contestó: te voy a lavar esa boca con lejía. Entonces fui por lo que faltaba. Antes de entrar me tapé la nariz y me zambullí en ese aire espumoso y grasiento. Gustavo preparó un coctelito delicioso, me lo tragué íntegro. Sorbí el

jugo rosado que quedó en el fondo y la boca me quedó picante. Despiértame a la una, le dije. Me fui a dormir a la hamaca.

Otro día hice lo mismo, pero llegué sin limones, así que enseguida me fui a la hamaca. Gustavo no me puso mucha atención porque estaba pelando una montaña de langostinos que iba metiendo en una nevera de icopor con hielo. A la tarde tenía que entregar varios kilos para una fiesta de quince.

Despiértame a la una, le dije, y cerré los ojos.

Tardé en quedarme dormida: hacía calor, el olor a sal me ardía en el tabique, la piel se sentía pegajosa.

Cuando abrí los ojos me encontré con los de Gustavo.

¿Qué haces? Nada. Estaba escudriñándome, sentado en un banquito frente a la hamaca. El sol entraba por un flanco del techo donde la lona estaba corrida y le caía en un pedazo de la cara. Le dije que se iba a poner negro de un solo lado, como una máscara de carnaval. Mi hermano tenía una máscara de carnaval que se había comprado en Barranquilla. El día y la noche, se llamaba. Y yo a veces me la ponía, pero me quedaba grande. Gustavo se paró del banquito y volvió a los langostinos. ¿Ya es la una?, le pregunté. No. ¿Qué hora es? Once y media.

La siguiente vez que abrí los ojos, no estaba Gustavo. Estaban las cáscaras de langostinos amontonadas en la mesa, una nube de moscas en el aire y una camioneta cuatropuertas en la playa. Me senté en la hamaca y miré el mar: un bote, un hombre y una malla, lejos. En alguna parte ladraba un perro.

Al rato, Gustavo salió de la camioneta acomodándose el short. Más atrás salió una señora acomodándose el peinado. Gustavo agarró la nevera de icopor y la llevó a la camioneta. La señora me dijo: ¿ya cumpliste los quince? No. Mejor. ¿Por qué? Y ella: porque

últimamente las fiestas de quince se han vuelto mezquinas y corronchas. Si es bufé, no ponen mariscos ni por accidente; si es plato en mesa, menos. ¿Y qué ponen? Ponen un arroz con pollo y una ensalada rusa cundida de cebolla, y después las niñas se van a hablar con los muchachitos con ese aliento a turcas, gas. Melissa no, Melissa va a tener una fiesta de quince como se debe.

¿Melissa?

Gustavo volvió, la mujer se sacó unos billetes del escote y se los dio. Los voy a servir con tártara, dijo, ¿qué te parece la tártara? Él puso los billetes en la mesa, pensé que se le iban a volar. Me parece un vomitivo, dijo.

Hubo una época en la que el clima cambió. Llovía siempre, todos los días. Eso era malo para la tierra porque se erosionaba; malo para el mar porque se picaba; malo para la televisión porque se perdía la señal. Quedaba la radio. La radio decía que la ciudad atravesaba una temporada trágica: no en la zona moderna, donde vivían los ricos, sino en los barrios que bordeaban la ciénaga de la Virgen que, como estaba llena de porquerías, se desbordaba. Y las casas enclenques se hundían en el fango. Por esos días se empezó a hablar del Emisario Submarino, un tubo de hierro que se tragaba la basura estancada en la ciénaga, se la llevaba mar adentro y la escupía. Era la solución para todos los males de la ciudad. No lo construían todavía porque no había plata, y no había plata porque se la habían robado. ¿Quién Nadie sabía y todos sabían? En la radio decían eso, tal cual. Después venían los programas románticos: el top diez de las canciones alusivas a la lluvia.

Uno de esos días soñé que el viento se llevaba a mi hermano y a su amigo Julián, ese con el que iba al gimnasio. Iban abrazados, volando, con los dientes apretados como cuando hacían fuerza frente al espejo para que se les marcaran los músculos. Yo los miraba elevarse hasta que no los veía más. Otro día soñé que el viento se llevaba el kiosco de Willy, uno que vendía cervezas cerca de la choza de Gustavo. Willy me odiaba porque un día le pegué una patada en la cabeza a un cerdo que me olió los pies. El cerdo corrió despavorido, chillando como una vieja, y yo me reí. Willy se puso rabioso: eres el diablo, me dijo. Y yo le dije que él era un negro

comemierda. Gustavo me agarró de la muñeca y me torció el brazo; yo me solté y me fui, y no volví en meses.

Habíamos llegado a ese kiosco media hora antes, después de una larga caminata por la playa. Yo le venía hablando a Gustavo de Maritza Caballero, que me había mandado una carta desde Medellín y una foto de ella en la montaña: tenía puesto un buzo azul. Yo nunca me había puesto un buzo. Me dio sed y Gustavo dijo: vamos al kiosco de Willy. Pidió una cerveza Águila para él y una Coca-Cola para mí. Nos sentamos en unos banquitos frente al mostrador y Willy empezó a hablar de un crucero de gringos que había llegado. Dijo que estaba esperando a Brígida, la palenquera, para irse al centro a venderles cosas a los gringos: cervezas, ron, collares de caracucha. ¿Tiene ostras, jefe? Willy le decía a Gustavo jefe solo porque era blanco y extranjero. Gustavo ni le dejaba propina y a veces escupía en el piso, y Willy le seguía diciendo jefe. Ese día, en cambio, llegó un pescador negro, pidió una cerveza y al primer sorbo eructó. Willy le dijo: ¿tu mamá no te enseñó modales, negro comemierda?

La lluvia fue mala también para mi familia, porque el caño que quedaba cerca de la casa se desbordó, las aceras se pusieron verdes y el aire hediondo. Mi papá perdió un taxi que se llenó de agua hasta el motor y lo declararon chatarra. Esa vez nos sentó a todos en la mesa y dijo: ahora somos pobres. Y se puso a llorar como un niño. Yo miré alrededor. Mi hermano chequeaba el reloj, impaciente, porque iba para cine con Julián y dos cachacas que se habían levantado en La Escollera. Mi mamá doblaba unos pañuelos, concentrada; a su lado había un canasto de mimbre lleno de calzoncillos desteñidos y medias anudadas en un solo bulto porque se les había perdido un par.

Ser pobre era exactamente igual que no serlo. No había de que preocuparse.

Cuando terminé el colegio me matriculé en Derecho. Era una universidad pública, pero había que pagar una matrícula, según la declaración de renta del papá. En mi caso era una matrícula ínfima, pero mi papá me dijo: ojalá te ganes la beca para que puedas seguir. Yo no quiero seguir, le contesté. Y él: sí quieres. Y me guiñó un ojo.

Un día una compañera me dijo: están dando visas para vivir en Canadá. Y yo fui a averiguar al consulado. Había que saber inglés y francés, y les daban prioridad a las parejas jóvenes, profesionales, con planes de procrear. Mi compañera me dijo que en Canadá se estaban quedando sin jóvenes y que ese era un plan para repoblarse. ¿Repoblarse de latinos? Peor es nada, me dijo. Pero a mí me faltaba mucho para ser una joven profesional con marido y planes de procrear; Canadá no sería mi destino. Canadá ni siquiera me gustaba: no había un solo actor de cine que fuera de Canadá; no había nada en Canadá, solo viejos.

Por esos días el bebé de Xenaida, la muchacha del servicio, lloraba toda la noche. La habían embarazado, no se sabía quién. El celador, la acusó mi hermano. Pero ella no soltó prenda. Cuando dijo lo del embarazo, mi mamá la echó y Xenaida se le arrodilló: señora, déjeme parirlo y después me voy. Y ya lo había parido y no se iba.

Lloraba como un energúmeno. Como un animalito herido, dijo un día mi madre. Como un chigüiro, precisó mi padre.

Una noche mi hermano se le metió al cuarto y la sacudió por los hombros: ¡Xenaida! Pero ella era una piedra; el bebé rugoso y diminuto se desgañitaba en el piso sobre un montón de trapos, agitaba los brazos y las piernas como una tortuga puesta al revés. Xenaida lo había acomodado allí para que no se cayera de la cama.

¿Gustavo? ¿Qué? ¿Olga es tu novia? No.

Gustavo andaba con una mujer que se llamaba Olga. A los extranjeros les gustaban las negras, eso decía mi mamá. Olga barría la choza y usaba un vestido sucio y delgadito que le marcaba las curvas disparejas de su cuerpo. Olga se metía las manos en el escote para acomodarse las tetas, a mí eso me ponía nerviosa. Ella no entendía qué iba a hacer yo allá, y no le gustaba: la próxima vez que vengas te rayo la cara con la champeta, me amenazaba. Gustavo la oía pero no decía nada. Una vez Olga calentó un plátano con todo y cáscara, después se sentó en un banco, se alzó la falda y se lo metió bien hondo. Puso los ojos en blanco. Gustavo y yo la vimos desde la mesa de trabajo: él estaba fileteando un róbalo, yo estaba desescamando un sábalo. El mar estaba quieto y el sol estaba encendido.

Acá fue cuando Gustavo empezó con las historias. Esta fue la primera que me contó:

Cuando era más joven, yo tenía una moto y muchos pelos en la cabeza. Eran pelos rubios, que después se hicieron blancos y rebeldes. No había manera de que me entrara un peine, pero algunas amigas insistían en peinármelo y eso me daba mal humor. Cuando me daba mal humor, me subía en la moto y me iba lejos.

¿Lejos de dónde?

Terminé mi primer año de derecho y me gané la beca: no me costó ningún trabajo, yo habría podido ganarme todas las becas que quisiera. Pero dije que yo no quería ninguna beca, que yo quería irme lejos. ¿Pero a dónde?, me preguntó el profesor de Romano, desconcertado. Alcé los hombros. El profesor se había ido y se había devuelto, me contó. ¿Por qué? Porque extrañaba. ¿Qué extrañaba? La comida, la cultura. Yo no comía casi y la cultura era un concepto dinámico, o no era nada. Ajá, me dijo, el bozo decorado con gotitas de sudor. Como el agua, insistí, si no se mueve se estanca, si se estanca se pudre... Silencio. Como un músculo, si no se mueve se atrofia, se acalambra, se seca, se rompe, se hace añicos, se hace polvo y el viento lo arrasa para siempre. Hay que moverse, concluí. El profesor asintió inseguro, yo le di la mano, después le di la espalda y me fui de su clase y de las demás, y me metí al gimnasio con mi hermano.

Gustavo. ¿Qué? ¿Te parezco bonita? Algo ¿Cuánto? Suficiente. ¿Quieres que me quite la ropa? No. Gustavo. ¿Qué? ¿Ya no te gusto? ¿No tienes que leer algún código? Ya los leí todos. Bueno, entonces te voy a contar una historia.

Nos echábamos en la hamaca, pero Gustavo ya no me tocaba el botón de fuga, sino que me acariciaba la cabeza. Un día yo se lo pedí. ¿Pero por qué quieres que haga eso?, me preguntó. Porque ya lo hiciste. Dijo que ya no le gustaba, que no tenía ninguna gracia. Yo creía que sí le gustaba, pero a Olga no. Olga, cada tanto, se aparecía rondando por ahí con cualquier excusa. Pero enseguida se iba: me torcía los ojos y se iba. Y Gustavo decía:

Había una vez un barco que zarpó en Córcega con rumbo incierto y a mitad de camino se murió la mayor parte de la tripulación.

¿Si el rumbo era incierto cómo sabían cuál era la mitad del camino?

... unos se murieron de hambre, los más chiquitos; otros se murieron por la peste y otros se murieron porque sí. A los muertos los tiraban al mar. A mi mamá la tiraron al mar y a mi hermanita Nini.

¿Se llamaba Nini, o le decían?

... los sobrevivientes llegamos a un país verde, enorme, muy rico. Nos comíamos las vacas enteras y crudas.

Odio las cosas crudas, a mí me gusta el término medio.

... una parte de la carne siempre se pudría porque eran vacas gordas como hipopótamos, y yo pensaba que a mi mamá y a Nini les habría encantado ese país. Tan verde, tan grande, tan lleno de vacas gordas crudas.

... el sushi, por ejemplo, no lo soporto.

Era el mejor país del mundo, pero yo no podía vivir allí porque me acordaba mucho de los muertos que habíamos tirado al mar. De mi mamá y de Nini. Por eso me fui. Primero a Perú, después a Ecuador, y así fui subiendo hasta que me encontré con el mar Caribe, justo antes de doblar a la izquierda, para seguir el viaje hacia arriba. Pero entonces me hice esta choza, y ya no seguí.

¿Y yo cuándo aparezco?

Yo no aparecía en la historia de Gustavo.

En diciembre un viento fuerte se llevó las casas de un barrio pobre y se hizo una teletón para los damnificados. En diciembre Xenaida sufrió una septicemia, producto de la cesárea mal tratada; habían pasado dos meses desde el parto, la herida ya se le venía infectando y ella no decía nada. La llevaron a un hospital y a mi mamá le tocó encargarse del bebé: y lloraba y lloraba y lloraba. A la semana de estar hospitalizada, Xenaida se murió. Ya era casi

Navidad. Mi mamá llamó a una tía que Xenaida tenía en un pueblo, pero también se había muerto; no quedaba nadie que quisiera hacerse cargo del bebé llorón. El Bienestar Familiar dijo que pasaría a buscarlo y no pasó: era una época de mucha congestión, dijeron después, cuando mi mamá fue y lo llevó. Lo entregó como un bulto hediondo a una mujer de lentes que frunció la boca apenas lo vio: hummm, está flaquito y pipón, debe tener lombrices.

Un día me enamoré. Él se llamaba Antonio, pero le decían Toño. Yo le decía amor y él me decía mi amor. Había una diferencia, le quise explicar, en la inclusión y la exclusión del posesivo. Toño tenía moto y me sacaba a pasear; después nos echábamos en la playa, una playa lejos, donde solo pasaban pescadores. Una playa de arena oscura y barrosa, no blanca y liviana como las de las postales. Yo llevaba una toalla en el bolso del gimnasio y la extendía en la arena. Toño también iba al gimnasio y quería ser arquitecto, decía, mientras mirábamos un velero que casi tocaba el horizonte y se bamboleaba como un borracho. Borracho de champaña. Yo quería un velero, pero solo los ricos tenían veleros. Solo los ricos tomaban champán.

Entonces le dije a Toño: si yo fuera rica no me querría ir, los ricos pueden vivir bien en cualquier parte. ¿Por qué?, preguntó. Porque ser rico consiste en tener el poder de paliar la adversidad. ¿Ah, sí? Sí. Si fuera rica no me importaría el calor pegajoso ni la arena oscura ni las lentejas insulsas que hace mi mamá. Y Toño dijo: si fueras rica, tu mamá no haría lentejas. ¿Qué haría? Caviar. El caviar no se hace. No importa, tú comerías eso, mi amor.

Cuando el sol comenzaba a esconderse y ya no había pescadores, Toño me quitaba la ropa y me daba besos por todas partes. Él no se la quitaba. A veces sí. Yo cerraba los ojos y me dejaba hacer de todo: pensaba que era Gustavo y que estábamos en Venecia. Toño era perfecto, pero no podía llevarme a Venecia. De vez en cuando me llevaba al cine. Un día vimos una película

romántica que terminaba con una muerte, la de ella. Y Toño lloró y me abrazó muy fuerte: no te mueras.

Lo que más me gustaba de tirar en la playa era el cielo. La cara de Toño aparecía y desaparecía de mi vista, alternándose con el fondo celeste. Arriba, abajo, arriba, abajo. Yo no me movía: seguía echada, mirando las nubes y pensando que mi vista preferida, desde que tenía memoria, siempre había sido el cielo. ¿El cielo se movía? No, las nubes se movían. El cielo era una pista amable y silenciosa, un testigo cruel que albergaba el secreto más grande del universo: el movimiento es una ilusión.

Mientras Toño se perdía en ruidos de placer, yo ponía las manos debajo de mi nuca, como si fuera a hacer abdominales, esperaba a que él terminara y se echara a mi lado, buscando aire, al borde de la asfixia. Entonces yo hablaba:

La primera vez que vi un velero fue en el puerto. Mi papá me llevó, tenía dos años y medio, me acuerdo de memoria. ¿Ah, sí? Sí, era blanco, blanco puro, salvo los asientos que estaban forrados en cuero beige.

Pero era mentira.

Otro día le decía otra cosa:

La primera vez que vi un velero fue dentro de una botella. Mi papá me lo compro en la feria de artesanías y me dijo: cuando crezcas vamos a ir a navegar en uno así. Y yo le dije: ¿tan chiquito?

Pero eso también era mentira.

Una vez Toño me dijo que yo era frígida y después se arrepintió: se arrodilló frente a mí, me besó las manos y repitió tres veces: perdón, perdón, perdón. Lo que pasa es que me distraigo mirando los alcatraces, le dije, porque lo del cielo me pareció más débil. Entonces se le ocurrió que lo hiciéramos al revés. Se echó sobre la

toalla, yo me encaramé encima y ahora solo podía mirar su cara. A Toño no le gustaba mirar el cielo, le gustaba agarrarse de mi pelo como si fueran lianas y mirarme a los ojos, concentrado. Me hice adicta a esa posición. Me hice adicta a Toño.

Mi rutina era la siguiente: ir al gimnasio con Toño, salir en la moto con Toño, tirar con Toño en: uno, la playa; dos, la cama de un motel barato; tres, la terraza vacía de un hotel del centro, donde entrábamos con lentes oscuros, como turistas que mendigan segundos de una vista abierta. En la terraza lo hacíamos al mediodía, cuando el sol ya los había espantado a todos; lo hacíamos de pie: yo adelante, contra el balcón, Toño detrás, contra mi espalda. Salíamos rápido, volvíamos a la moto y de ahí a un kiosco a comprar Coca-Cola y cigarrillos. Hablábamos de películas viejas, de canciones de salsa y de cosas que queríamos comprarnos. A Toño le gustaban los perfumes de Calvin Klein, pero nunca había tenido uno: a su mamá nunca le alcanzó para comprárselo. Ahora él trabajaba en la papelería de un tío, pero tampoco le alcanzaba.

¿Eres feliz?, me preguntaba hacia el final de la tarde, echados bajo un árbol en algún parque. Y yo le decía que sí, porque era cierto, aunque me faltaba algo. Yo sabía qué, Toño no.

Mi papá no estaba de acuerdo con que dejara la facultad, me lo repetía cada vez que coincidíamos: yo entraba y él salía de la casa, a las seis, siete de la mañana. Le expliqué: quiero irme, y el Derecho solo sirve en el país que se estudia. Estudia otra cosa. ¿Qué? Cualquier cosa, pero estudia algo, eres la inteligente, eres nuestra esperanza. Y me guiñaba el ojo. ¿Esperanza de qué? Mi

hermano me dijo que me hiciera azafata, que me darían la visa automáticamente y tendría más chances de irme, al menos por temporadas. Estábamos en su cuarto, olía al talco Mexsana que se ponía en los pies. Él levantaba unas mancuernas frente al espejo de pared y contaba al revés: treinta y tres, treinta y dos, treinta y uno, treinta... ¿Por qué cuentas al revés?, le pregunté. Me dijo que así era más estimulante, que porque el uno no se movía, no se alejaba, estaba ahí, donde siempre había estado, al principio de todo. Pensé que mi hermano era el inteligente, pero no se lo dije.

Al día siguiente, después del gimnasio, me fui a anotar en un curso de azafatas. Si me gustaba podía seguir la carrera técnica. Toño no estaba de acuerdo porque a las azafatas no las respetan, decía: son las melegas de los aviones y los hombres les miran las nalgas cuando caminan por esos pasillos estrechitos. Si un tipo le agarra la nalga a una azafata, ella tiene que sonreír. Y si no se dejan agarrar las nalgas es peor, porque las tratan mal. Si el inodoro no funciona, ellas tienen que ir y destaparlo con un pitillo. Y si la comida está podrida, ellas igual tienen que comérsela, para disimular. Toño tenía demasiadas ideas sobre las azafatas, pero yo tenía una sola: las azafatas se iban.

Brígida debía estar muy vieja, pero no parecía. Los negros no envejecían, eso también lo decía mi mamá. Brígida tenía pelo rucho en el sobaco, y tenía grumos blancos en los pelos por el bicarbonato que se ponía para no oler. Igual olía. Había llegado un crucero y Brígida pasó por la choza de Gustavo a buscar ostras. Era jueves. Yo los jueves no tenía que ir al instituto y como ya no estaba con Toño, a veces iba a visitar a Gustavo. Me echaba en la hamaca y leía revistas en inglés, para practicar.

Ese jueves, Brígida me preguntó lo mismo de siempre: que si ya tenía marido. No. Que si ya tenía novio. No sé. Y se rio.

Últimamente Brígida andaba con una nieta que me miraba cejijunta y con los labios apretados. Yo la ignoraba, pasaba las páginas de la revista y cada tanto bostezaba. Últimamente era Olga la que atendía a Brígida: le despachaba las ostras, negociaba el precio, se sorbía alguna y le hablaba del producto como si fuera una experta. A Brígida no le gustaban las ostras, una sola vez la vi sorberse una y frunció la cara —ahí sí se le vieron los años—, y después de escupirla dijo: es como masticar un chocho.

Mientras Olga atendía a Brígida y yo leía en inglés y la nieta me maldecía por dentro, Gustavo, en la mesa de trabajo, contaba una historia. La historia comenzaba con una anécdota precisa y terminaba en cualquier parte. Por ejemplo:

Cuando vivía en Valparaíso, mi padre tenía varios puestos en el mercado y me ponía a pelar langostinos hasta que los dedos se me hinchaban. Él me enseñó que el langostino se pela así: lo agarras

fuerte de la cola, le jalas la cabeza con cuidado para que no se venga con toda la carne y después le quitas las patas. El caparazón sale solo. Y la cola se la dejas.

¿Para qué se la dejas? Yo a veces intervenía, porque si no se quedaba hablando solo y me daba lástima.

Para que le mantenga la forma al animal, así es más elegante.

No le veo nada de elegante.

En la cola está todo el sabor, por eso hay que sorberla.

¿Sorberla? Qué asco.

En la cola está el elíxir del animal, el alma del animal, la esencia del animal.

Ya.

Todo ahí: en la cola.

Ya.

Al cabo de un rato, Olga también intentaba intervenir, pero decía cosas que no venían al caso. Por ejemplo:

Antier vi a unos gringos caminando por el centro, tenían las patas llenas de ronchas con pus.

Y como nadie le contestaba, se aburría y refunfuñaba y se entraba a la choza y prendía un televisor chiquito que le había mandado su hermana de Venezuela.

Y ella allá y nosotros acá. Yo abría una cerveza, me abanicaba con la revista. Después abría otra cerveza, y otra para Gustavo. El sol se hacía muy fuerte y era difícil encontrar una posición en la hamaca en la que no me encandilara. Y Gustavo:

... de Valparaíso me acuerdo de eso y me acuerdo de Silvina. Silvina tenía un pelo grueso y brillante que se amarraba en una cola alta, y un vestido de colores que se ponía los fines de semana.

¿Uno solo?

Me gustaba ese vestido porque cada vez que se lo ponía, se agachaba frente a mí y me preguntaba: ¿estoy bonita, guagüita?

¿Guaqué?

Silvina fue la última novia que le conocí a papá, porque después de ese verano no lo vi más. Se fue a trabajar en un barco y no volvió. Yo me fui a Argentina.

¿Por qué a Argentina?

Porque allá estaba mamá.

¿No la habían tirado al mar?

... y una vez papá mandó una carta, decía que estaba en Brasil, que tenía una novia que no era Silvina, sino Maryerín, y que era joven y bonita.

¿Y Nini dónde estaba?

... papá decía en la carta que me tomara un bus y fuera a verlo, que mamá me pagaba el pasaje y él allá me lo devolvía.

¿Por qué no usas el posesivo?

¿El qué?

¿Por qué siempre dices mamá y papá?

¿Cómo más les voy a decir?

«Mi» mamá y «mi» papá, como dice todo el mundo. Lo otro suena artificial: como decir emparedado o goma de mascar o automóvil o malvavisco o elevador o aparcamiento o fuente de sodas o calcetines o jersey o monopatín.

Yo no digo nada de eso.

Sí dices.

Mi primer vuelo fue a Miami. Era la ruta internacional más transitada y también era la más peleada: yo competí y gané. Quería ir a Miami porque se compraba barato y hacía buen clima y porque los hombres no eran gringos. A las azafatas jóvenes no nos gustaban los gringos porque no sabían tirar; a las viejas sí, porque ya no tiraban.

¿Conoces Miami?, le pregunté a Julián. Dijo que sí, pero se veía que era mentira. Julián estaba mirando televisión en la sala de mi casa: pasaban una pelea de boxeo. Mi hermano se estaba bañando porque iban para una fiesta. Mi mamá hablaba en el teléfono con mi abuela sobre una prima segunda que se había muerto porque se tragó un bicho que la picó en la glotis. Mi papá había salido a pagar unas multas en el tránsito.

¿Conoces Miami?, le pregunté a Gustavo. Él no contestó. Olga soltó una carcajada. Él estaba tomándose un ron en la hamaca, miraba el mar. Olga estaba rallando coco para un arroz. Tenía pollera blanca y calzón rojo y las tetas chorreadas sobre un escote de lycra negra.

Yo había ido a despedirme.

En Miami me bajé en un hotel cerca del aeropuerto, ya había contactado a un amigo de un amigo del gimnasio para que fuera a buscarme. Era casado y llegó sin la mujer. Mejor, últimamente no

me iba bien con las mujeres de nadie: las azafatas jóvenes teníamos fama de abrir las patas en cualquier baño de aeropuerto. Las azafatas viejas tenían fama de escupir la comida del avión y también de otras cosas. Susana, una compañera, decía que las azafatas viejas eran señoras llenas de flatulencias —producto de tantos años de comer esa comida envasada— que se les volvían incontrolables a ciertas alturas.

El amigo de mi amigo se llamaba Juan, pero le decían Johnny, y era un mulatón enorme y ojiverde. Tenía un carro nuevo que olía a nuevo. Me llevó a comer unas cosas picantes y después me dio una vuelta por Ocean Drive. Antes de volver al hotel entramos a un bar de un amigo suyo: un socio, dijo. Después se corrigió: un compadre, y le palmeó la espalda. Tomamos negroni, yo nunca había tomado negroni, pero no se lo dije. ¿Te gusta?, preguntó Johnny, y yo asentí: me gustan los tragos fuertes. Él chocó su vaso contra el mío y acercó los labios a mi oreja: *me like u, beibi*.

Johnny olía a perfume caro.

Tenía que volver al hotel a la medianoche, porque el capitán había dicho que no quería a nadie trasnochado. El vuelo era a las siete. Gracias, Johnny, lo pasé genial. Se me mandó encima y lo esquivé. Johnny no estaba mal, pero si accedía ahora no iba a tener a quien llamar la próxima vez que fuera a Miami. Yo planeaba ir muchas veces a Miami, hasta que encontrara la forma de quedarme.

Al regreso de Miami empezó a llover. Otra vez, como hacía años no llovía. Fueron días y días de lluvia torrencial que no nos dejaba volar: el aeropuerto cerrado y yo aburrida, mirando películas de gente que la primera media hora era feliz, y después se ponía triste y de eso se trataba todo, de superar la tristeza; después algo pasaba y terminaban todavía más felices que al principio.

Hacía unos meses ya no vivía con mis papás; me había mudado con Milagros, una que vendía licores en el duty free y que había puesto un cartelito en el baño: busco *roommate*, apartamento de dos piezas cerca del aeropuerto. Me gustó la idea de vivir cerca del aeropuerto porque así podía estar ciento por ciento disponible para la aerolínea. Si alguien se enfermaba, yo estaba ahí, en cinco minutos, para reemplazarlo. Si salía un vuelo charter y faltaba personal, yo me ofrecía de voluntaria. Cada vez que un avión despegaba o aterrizaba yo me daba cuenta.

Me gustaba el sonido de los aviones.

Al tercer día de lluvia me puse un impermeable y fui a visitar a Gustavo, pero solo se asomó la cabeza de Olga por la puerta de la choza. ¿Dónde está Gustavo? Y ella: pescando. El cielo se caía en un solo chaparrón. No me moví. Olga sacó el resto de su cuerpo desnudo, oscuro, húmedo y brillante, como si hubiera estado revolcándose en manteca. Se apoyó en el marco de la puerta. Su punto de fuga era una mata de pelos negros apretados.

Me fui.

Llamé a la casa de mis papás, me pareció que hacía años no sabía de ellos. En cuanto mi mamá empezó a hablar, me di cuenta de que todo seguía igual: ella estaba de pelea con una de mis tías, porque mi tía era una manipuladora a la que le gustaba sonsacar a mi abuela. Y yo: ¿sonsacarle qué? Y ella: ¿qué va a ser? Mi papá había contratado un nuevo chofer, porque el anterior le había robado: se llevó trescientos mil pesos y la llanta de repuesto. ¿Y puso la denuncia? Para qué, si nunca sirve de nada. Ya. ¿Y mi hermano? Por ahí.

El edificio donde vivía con Milagros estaba cerca del mar. Cuando llovía soplaban un viento que hacía un ruido tenebroso. Toño me

llamaba cada tanto y yo le decía que no quería verlo. Una de esas noches de lluvia fui yo quien lo llamó: ¿quieres venir a ver una película? No sé, no creo. ¿Estás con alguien? No. Estás con alguien.

Toño vivía lejos, en bus habría tardado casi una hora, pero cogió un taxi y llegó en veinte minutos. Yo me estaba bañando. Debía haber gastado toda su plata de la semana. Toño puso la película en el televisor de la sala y Milagros se encerró en su cuarto. Hasta mañana, le dijo. Salí en pijama, olorosa a jabón. Antes de sentarme fui a la cocina por un ron de Guatemala que Milagros había traído. Primero me empiné la botella y después serví un trago para Toño, que apenas se mojó los labios. Me senté, y enseguida me le encaramé encima. Ni supe qué película había puesto. La primera vez me vine yo, la segunda, él.

Cuando terminamos, Toño me dijo: cástate conmigo. No puedo. ¿Por qué? Por el trabajo. ¿Qué tiene que ver? Te dejaría solo mucho tiempo y me moriría de celos imaginando que, cuando no estoy, me reemplazas con otra. Para mí eres irremplazable. Ahora, pero cuando te deje solo vas a ver que no. Vámonos a Canadá. Canadá está llena de viejos. Deja el trabajo. Jamás. ¿Pero por qué? Jamás de los jamases.

Se fue.

Todavía llovía, por la ventana las luces de la calle se veían deformes. Enfrente había un gran letrero fluorescente de un restaurante de pollo frito que esa noche era un manchón sin forma. Me acerqué al vidrio, lo limpié con la mano y abajo estaba Toño, parado en la esquina, mirando a cada lado de la calle esperando a que pasara algo. No pasaba nada.

Pensé en abrir la ventana y gritarle que subiera. Pensé en abrir la ventana y gritarle que sí. Pero lo que hice fue prender un cigarrillo y, sin dejar de mirarlo, imaginar mi vida con él. Así:

Llueve. Salgo del aeropuerto rumbo a un apartamento chiquito en un barrio alejado, con vista a una ciénaga podrida. Tengo bolsas plásticas en la cartera para envolverme los pies a la bajada del bus, así los tacones no se me empantanar de barro cuando camine hasta el edificio. Rumbo al edificio me tropiezo con niñitos gritones chapoteando en las aceras; me ensordece el vallenato que sale de las casas bajas y chiquitas y de luz amarillenta. Huele a frito, huele a ron, huele a ciénaga podrida, huele a pobre. Hola, mi amor, me abre Toño; lleva en los brazos a un crío que se sorbe los mocos. En un rato, ese mismo crío estará sorbiéndome las tetas. Después comeremos lentejas claruchentas y nos iremos a la cama y apagaré la luz. Toño se pegará a mi espalda, me abrazará por la cintura y me dirá al oído: algún día saldremos de acá. Y yo: acá nos quedaremos hasta que pase un huracán.

Cuando terminé el cigarrillo, Toño seguía ahí, pero yo no.

Johnny conocía a un tipo. A secas. Johnny era así, uno le decía: me encantaría multiplicar mis ahorros por mil. Y él: conozco a un tipo. Me encantaría viajar a Cuba, comprar unos habanos y volver. ¿Para qué? Para venderlos. Conozco a un tipo. Me encantaría hacerme un tatuaje. ¿Dónde? En la nuca. Conozco a un tipo. Me encantaría quedarme acá para siempre. Y ahí Johnny ya no conocía a nadie. Decía: este es un país muy duro. Pero él vivía como un magnate, cambiaba de carro cada seis meses y seguía pagando el mismo *leasing*; cobraba un subsidio de desempleo que nadie le controlaba y era con eso que pagaba los moteles donde tirábamos, o las langostas que nos comíamos en Key West, o los VIP *passes* de los bares de salsa a los que le gustaba llevarme en la Calle Ocho. Johnny vivía a expensas de su mujer —mitad gringa, mitad ecuatoriana— y compraba hasta los calzoncillos de marca. Alimentaba rigurosamente su pequeño sueño americano como si temiera que, si un día se olvidaba de hacerlo, se desplomara a sus pies como un pajarito famélico.

Quizá tengo que dejar de andar contigo y buscarme un gringo para casarme, le decía yo. Y Johnny se me mandaba encima, me apretaba contra la pared y me metía la mano debajo de la falda: ven pa'ca, negra. Porque Johnny era una puta, todo lo quería resolver en la cama. Que me sueltes, malparido. Lo empujaba, me iba.

Cada vez volvía de peor humor al vuelo de regreso y el capitán empezó a notarlo: ¿se peleó con el novio? —el capitán no me tuteaba—. No, señor, no tengo novio. Qué desperdicio. En ese vuelo

íbamos cuatro azafatas, dos viejas, Susana y yo. Susana insistía en que el capitán estaba enamorado de mí. Yo sabía de qué parte de mí estaba enamorado el capitán, porque era muy evidente: le costaba sacarme los ojos del culo. A veces se lo hacía a propósito, me ponía de espaldas, le hacía una pregunta de rutina y me inclinaba a levantar una pelusa de la alfombra mientras lo escuchaba tartamudear una respuesta. Así que yo tenía eso, pero él no tenía nada que ofrecerme a cambio.

Entonces mi hermano coronó. Me escribió un mail diciéndome que se casaba: se llamaba Odina y era puertorriqueña, pero vivía en Los Ángeles. La había conocido por chat; como él no tenía visa, ella había venido a verlo y listo el pollo, sellaron su amor. Esa primera visita no me la presentó porque yo estaba volando, eso le había dicho mi mamá. Me la describió como una mulata preciosa y pencuda, que venía con su dote: la *green card*. Llamé a la aerolínea, dije que estaba muy enferma y me encerré tres días a llorar: ochenta y ocho, ochenta y siete, ochenta y seis... Así me dormía, con mi hermano entre ceja y ceja. Pensé que lo de alentarme a ser azafata había sido su estrategia para sacarme del único computador que había en la casa, donde él chateaba todo el día, año tras año, buscando esposa, hasta dar con esa portorra lameculos.

Hubo varias tentativas antes de ella: un palillo amarillento que vivía en Tallahassee, Florida, pero cuando mi hermano buscó en el mapa no lo convenció el lugar. Una colombiana niuyorkina que rajaba la tierra y le dramatizaba felaciones con un dildo de neón; le faltaban dos años para ser mayor de edad, pero mi hermano estaba tan caliente que juró que la esperaría. Pero un día ella desapareció de la pantalla. A la semana de ausencia mi hermano lanzó el mouse contra la pared y lo destrozó íntegro. Ahorró meses para comprarse

otro y en ese tiempo su decisión se impregnó de una firmeza tajante. La siguiente fue Odina.

Se casaron acá por la Iglesia y allá por lo civil. Mi hermano, en su correspondencia, se había descrito como un tipo muy creyente. Por parte de Odina, vino una comitiva grande de amigos y parientes. Corronchísimos todos. Por parte nuestra vinieron unos primos segundos que vivían en un pueblo. Corronchísimos también. Todos tenían hijos, y a todos los vistieron igualito. En la iglesia una niña se me sentó al lado y me dijo que cuando creciera se iba a venir a la ciudad a trabajar en una empresa. Tenía el pelo peinado en unos gajos duros por la laca. La imaginé en la ciudad, con unos años más, trabajando de sol a sol en una oficina chiquita y calurosa a la que iría y volvería en buseta. Almorzaría en tupperwares y se teñiría el pelo de un rubio barato que, con el sol de acá, se volvería anaranjado. Entonces optaría por el caoba cobrizo.

El cura dio un sermón que hablaba del amor bueno, destinado a procrear, y del amor malo, destinado al goce. Después una monja esquelética cantó el avemaría.

La fiesta fue en un caserón antiguo del centro de la ciudad. La pagó la familia de Odina, porque, según la tradición, la novia se encargaba de la fiesta y el novio de la luna de miel, que no habría, por el momento, porque Odina tenía que volver a trabajar. Odina era enfermera. Odina era gorda, no pencuda. Y los papás de Odina eran los clásicos *wannabe*. Los míos no sabían lo que era ser *wannabe*, pero también lo eran. Esa noche, las lucecitas blancas que adornaban el patio del caserón bastaban para sentirse parte de alguna realeza caribeña. El bufé era una L que contenía cientos de platos fríos y calientes: mariscos, sobre todo. Gustavo había sido el proveedor, aunque hacía años que mi papá no le compraba pescado

porque se había puesto muy caro; lo invitaron a la fiesta, pero se disculpó: no voy a fiestas, dijo. Nadie le insistió. Habría sido raro justificar la presencia del viejo greñudo, hediondo a pescado y curtido por el sol, arrumado en un rincón con su botella de ron. Y su novia negra.

¿No invitaron a Olga?, le pregunté a mi mamá. ¿Qué Olga?, dijo ella. La novia de Gustavo. ¿De quién? Mi mamá no entendió de qué le hablaba.

En los baños había perfumes de toda clase para ganarle al sudor del baile. En las mesas había cámaras Polaroid para uso de los invitados. En la pista de baile había orificios diminutos por los que salía un vapor de flores. A medianoche lanzaron fuegos artificiales que estamparon en el cielo los nombres de los novios; después lanzaron otros que decían: *Just married*. Un trío cantó boleros, siguió una orquesta y después de la comida se sumó un DJ que inundó el aire perfumado y elegante de la fiesta de reguetón. «Odi» era fanática. Odi meneaba ese culo como una serpiente venenosa y, aun así, mi mamá y mi papá la contemplaban como los pastorcitos a la Virgen de Fátima; cada tanto dejaban escapar suspiros y se miraban y asentían, pensando para sí: coronamos. Odina les decía: mami esto, papi lo otro, y a mí me decía helmana. Me lanzó el ramo directo a los brazos, pero yo me eché hacia atrás y cayó al piso. Hubo dos segundos de perplejidad en los que todos esperaron que yo me agachara a levantarlo. Me di vuelta y caminé hacia la puerta.

Justo venía entrando Toño: había dicho que no iba porque tenía que trabajar hasta tarde en la papelería. El tío lo había hecho socio, gran cosa. Tenía, como los demás, pantalón blanco y guayabera de color —azul turquesa, en su caso—. Tenía, como los mafiosos, el pelo engominado y peinado hacia atrás. Se había dejado la barba

tipo candado y, aunque me abrazó y me dio un beso en la mejilla, todavía me miraba con rencor. Le pregunté que por qué llegaba tan tarde y dijo: recién me desocupé y pensé ¿por qué no ir a darle un abrazo a mi compadre? Ahora eran «compadres», pero cuando Toño salía conmigo, mi hermano lo consideraba un pobre diablo, un pata en el suelo, un mondao, un pelabola, un *fokin looser*, un peor es na', un tipo que nunca me daría lo que yo me merecía. ¿Y yo qué me merecía? Mi hermano enumeraba cosas —cosas que ya no conseguía recordar—, mientras yo iba trazando una línea entre ellas, cosiéndolas, dibujando en el aire una telaraña enmarañada.

¿No vienes?, Toño seguía en la puerta, mirándome. De adentro salía la voz de mi hermano, grave, casi afónica, cantaba: cantando quiero decirte lo que me gusta de ti. Te perdiste la foto del periódico, le dije. Él no dijo nada, pero apretó los dientes.

Julián había salido con la encargada de la sección de sociales del periódico y dijo que ella le había prometido media página. No era un trámite fácil, había filas de gente esperando a que estamparan sus caras ahí.

La noche de la boda, la foto fue esta: en el centro, los novios, de blanco inmaculado, salvo por los labios de Odi, rojo encendido. Después las señoras —dos madres y una abuela—, vetustas Amazonas, sus vestidos de organza estampados en flores selváticas. Los dos papás, de guayaberas coloridas, una verde loro, otra naranja encendido. El padrino, Julián, acompañado como siempre por sus bíceps obscenos, de los que esta vez colgaba una flaca revejida, envuelta en amarillo. Las madrinas: en un extremo la tal Tanya, amiga de Odi, cubana candente y escotada, toda brillos; en el otro extremo yo, vestido negro luto, champaña en mano, mirando a cualquier lugar distinto al lente.

En el periódico la foto fue la misma, pero en blanco y negro. La influencia de Julián no llegaba hasta la página en color.

Entremos, insistió Toño. Yo le di la espalda y prendí un cigarrillo. El sonido de sus zapatos nuevos entrando a la fiesta, alejándose otra vez de mí, me hizo doler la barriga de tristeza. Pero no por mí ni por él, sino por la playa de pescadores donde tirábamos, que ahora era un hotel. Y por la terraza del hotel donde tirábamos, que ahora era un baldío. Por los años gastados.

Después de esa noche no lo vi más. O sí, pero faltaba mucho.

Johnny conocía a un tipo que llevaba mercancía de Estados Unidos hacia abajo. Uno encargaba lo que fuera en Amazon a la dirección del tipo allá, y él bajaba con sus maletas, como turista, y no declaraba nada. Cobraba por el peso del paquete, no por volumen, y eso, según Johnny, era una gran ventaja que no logró interesarme. Le decían Papá Noel, porque el tipo llevaba, sobre todo, los juguetes de Navidad para los niños, que allá arriba salían más baratos. Y ahora ese mismo tipo que Johnny conocía tenía un nuevo negocio y de eso era de lo que quería hablarme: el tipo se alquila como pariente de mujeres preñadas, dijo Johnny. No entiendo el negocio, dije yo. Estábamos en un chiringuito en Kendall, comiendo alitas picantes. Tenía los dedos empataados de salsa roja y me tocaba chupármelos para que saliera bien.

Johnny pidió dos cervezas más. No había mucha gente en el lugar: el dueño, que era un dominicano simpático; su hija, que andaba con una faldita de lunares demasiado pequeña para su edad y contextura, y una parejita que se lamía como perros. Cuando la hija nos trajo las cervezas, Johnny —después de echarle un ojo largo a la faldita— me explicó el negocio del tipo: se trae a las señoras a parir acá, hace como que es un tío, o un primo, y las tiene en su casa los últimos tres meses de embarazo, porque después ya no las dejan viajar. Les consigue un médico amigo para que las vea en ese tiempo y después las lleva al hospital a parir. Y ahí desaparece para que no lo vinculen. ¿Y cuál es la gracia?, le pregunté. ¿Cuál va a ser?, dijo Johnny: que el muchachito te nace

gringo y ahí mismo te dan la nacionalidad. Me guiñó un ojo me recordó a mi papá. Malparido, le dije. Y él: pa' que no digas que el Johnny no te quiere. Me senté sobre sus piernas y lo besé con ganas: el Johnny me ama, le dije al oído. La de la faldita nos miraba de reojo y se enrollaba un mechón de pelo en el dedo índice. Le pedí a Johnny el número del tipo.

Al regreso encontré a Gustavo solo, descascarando camarones en su mesa de trabajo. La brisa soplaba muy fuerte, sacudía la lona. ¿Y Olga? En el mercado. Ajá. Me eché en la hamaca y al rato se me ocurrió preguntarle por los hijos. ¿Qué hijos? ¿No tienes hijos? Se quedó como pensando y luego dijo:

En Bolivia viví en una casa con trece personas, la dueña era una mujer que se llamaba Rosita.

¿Y Rosita parió un hijo tuyo?

No. En esa casa todas las noches alguien cocinaba y todos comíamos y cantábamos y algunos se desnudaban y se echaban en el piso a revolcarse. Pero yo no. Y Rosita tampoco. Rosita se sacaba la blusa y hacía que le tocara los senos y le dijera qué sentía. Y yo sentía miedo, pero nunca se lo dije.

¿Qué le dijiste?

Le dije: se parecen tus senos a los caracoles blancos.

Ya.

El tipo que Johnny conocía se llamaba Éver y era más feo que el diablo. Pesaba como doscientos kilos y tenía la cara cundida de manchas de vitíligo. Cobraba un cojonal de plata, pero era seguro, decía, no como esos que te ofrecen la *green card* y te salen con un carné de Blockbuster. ¿Cuánto tienes?, me preguntó. ¿De plata?

No, de embarazo. Le mentí: poco. Me dijo que lo pensara y que cualquier cosa le avisara al Johnny. El tipo me hablaba en susurros porque era un tema delicado, decía. Me tocaba acercarme a él por encima de la mesa y tragarme su aliento, que era el de alguien que acababa de almorzarse un cerro de sardinas. Cuando por fin terminó de hablar, levantó su cuerpo enorme y lo arrastró hasta la puerta del Denny's; estiró los brazos, desperezándose: las llantas se le derramaban por encima del cinturón. Yo pensé que no soportaría un día al cuidado de ese tipo. De todas formas, el plan estaba fuera de mis posibilidades. No por lo del embarazo —un muchachito podía hacerse en cualquier baño de aeropuerto—, sino por la plata, como siempre, la plata.

¿Por qué tan pensativa?, me dijo el capitán. Esperábamos en la sala de la aerolínea a que terminaran de limpiar el avión. Por nada, le dije. Susana no iba ese día, iban las otras y también Flor, una fea resentida y macilenta. Tenía, incluso, un problema para caminar; nadie entendía cómo podía ser azafata. Y el capitán: ¿le gustaría que un día nos tomemos un trago? Me miró a los ojos, pero porque estaba sentada. Flor se aclaró la garganta y salió de la salita con los pasos de una garza tullida. Detrás del ventanal un avión aterrizaba, el cielo resplandecía en azules y morados. No sé, le dije al capitán sin desviarle la mirada, puede ser.

La que se embarazó y parió fue Odina y, como mis papás no tenían visa, mi hermano, la portorra y su crío bajaron apenas se pudo para que conocieran al nieto. Odina había engordado como mil kilos, y me seguía diciendo helmana. La criatura era igual a ella, se llamaba Simón. Ellos dormían en el antiguo cuarto de mi hermano y el bebé en el mío. Habían pintado las paredes de azul y en la mesa de noche había una gran canasta azul repleta de bolsitas de organza azul con un caramelo azul que decía en la envoltura «*Baby boy*». Era un souvenir para los que fueran a visitar al bebé. Yo los vi el primer día y después me perdí. Dije que tenía dos vuelos seguidos y una escala muy larga en Seattle. Nadie pareció escucharme.

Yo nunca había volado a Seattle. Yo nunca había volado a otro lugar de Estados Unidos que no fuera Miami. Pero me sabía ese país de memoria gracias a la canción de Pato Banton, *Go Pato*. A veces recitaba los estados en la ducha. Cuando llegué al apartamento llamé a la aerolínea y pregunté si no necesitaban personal de reserva. Estamos completos, me dijeron. Y me encerré: cincuenta y cuatro, cincuenta y tres, cincuenta y dos, cincuenta y uno... El techo del apartamento tenía grietas. Milagros tenía un novio francés. El capitán había estado llamándome mucho últimamente, habíamos salido una vez, sin mucho éxito. El capitán era del interior del país, y esa gente no me gustaba nada porque hablaba lento y no tuteaba. Pero eran días difíciles y lo llamé: quedamos en un lugarcito italiano, en el centro.

La estética latinoamericana es la estética del cliché, me dijo el hombre en medio de la cena, después de que le contara la historia de mi hermano, la boda con cámaras en las mesas y lucecitas blancas y perfumes en el baño y el «*Baby boy*». Me pareció un comentario inteligente y pensé que a mi futuro niño no le vendría mal: uno, un buen equipo de neuronas, y dos, tolerancia a las alturas. Esa noche nos quedamos en su casa, un apartamento en El Laguito que miraba la bahía desde una ventana panorámica. Era bellísimo, pero seguía estando acá.

El capitán estaba genuinamente maravillado con mi culo: es más bello de lo que imaginaba, decía.

Pero no me embarazó. Ni esa vez ni todas las que siguieron. Fui al ginecólogo para preguntarle si tenía algún problema. Yo estaba perfecta, debía ser él. Iba a ser difícil preguntarle, el hombre pensaba que yo tomaba pastillas.

¿Tienes hijos?, le pregunté una tarde en la cama, fumándome un cigarrillo de cara a la bahía. Ya habían encendido el faro, la luz giraba y nos pasaba por encima como brochazos sobre un mural. Me gustó ese momento. Deseé que no me contestara, pero era tarde. El capitán no tenía hijos. ¿Y te gustaría, alguna vez...?, a la mitad de la pregunta ya me había arrepentido. Hace años, dijo el capitán, me hice la vasectomía por razones médicas. ¡Razones médicas! Me sentí traicionada, tomada por estúpida. El capitán me miró perplejo. Me vestí y me fui.

Caminé por el malecón, bordeando primero la bahía, después el mar, después los espolones, después una montaña de escombros en un playón vacío. Ahí me senté a llorar. La tarde estaba roja, era el cielo más bonito que había visto en años. Desde la ventana del capitán debía ser un espectáculo. Busqué un teléfono público y lo

llamé. No contestó. Lo volví a llamar y nada. Cogí un taxi y me fui a mi casa.

Al pollo frito se le había quemado el pico.

Y volvió a llover: en un pueblo cercano al río Magdalena se ahogaron hasta los perros. En un caserío cercano a la ciénaga de la Virgen se murieron cuatros niños y una maestra: quedaron atrapados en un centro de asistencia del Bienestar Familiar que se llevó la corriente. En la radio volvieron a hablar del Emisario Submarino: una empresa holandesa lo iba a empezar a construir. El Gobierno nacional licitó la obra entre empresas extranjeras porque las de acá ya se habían robado la plata tres veces. Pero los holandeses no robaban.

Johnny me mandó un mail: Te extraño, nena. Y otro: *I miss u, beibi.*

Pensé en visitar a Gustavo. La última vez había sido unos seis meses atrás, un día que el sol resplandecía. Y fue así:

Me senté en la mesa de trabajo y el olor a pescado me dio náuseas. Le dije que nos fuéramos a caminar, a respirar otro aire. Mientras caminábamos me contó que Olga se había ido: la hermana la había mandado buscar de Venezuela. A mí me parecía increíble que la gente se fuera a Venezuela. Incluso Olga, que era una arrastrada, podía aspirar a algo mejor que irse a Venezuela. Hasta quedarse acá era mejor. Anduvimos por la playa durante horas y al final nos sentamos en una canoa podrida llena de cangrejos. Me dio sed, le pregunté por Willy. Murió, dijo Gustavo. ¿De qué? Alzó los hombros. ¿Y Brígida? Murió. Mentiroso. No sé de Brígida, dijo después. ¿Y de Willy? Tampoco.

Esta vez le llevé un paraguas y un pequeño mercado de vicios: cigarrillos, cerveza, ron, una mota de marihuana. Armó un tabaco,

servió dos rones. Estaba de pantalón largo, no recordaba haberlo visto nunca de pantalón largo. Estaba quedándose calvo. Estaba viejo. La lluvia no me deja trabajar, se quejó y señaló el mar que estaba revuelto. A mí tampoco, dije yo y miré las nubes. La piscina de Gustavo se había podrido, había peces muertos en la superficie. Los animales más grandes debían estar también muertos en el fondo. La lona del parapeto estaba rota en varios lugares y el agua entraba a chorros. El lugar más seco era el asiento doble de madera, aunque también estaba húmedo. El agua y la madera no son buenas amigas, le dije a Gustavo. Y nos sentamos.

Cuéntame una historia.

Ya te las conté todas.

Cuéntame una historia en la que aparezca yo.

Gustavo respiró hondo y negó con la cabeza: es una historia triste.

No me importa.

Me encogí a su lado. Recosté la cabeza en su regazo huesudo y maloliente. Él me acarició el pelo:

Había una vez una princesa dulce y buena, que tenía un solo defecto: no sabía distinguir lo bueno de lo malo, lo bello de lo horrendo, lo diabólico de lo celestial, lo perverso de lo inmaculado...

Me dormí.

El siguiente vuelo a Miami fue un suplicio. Y los siguientes. El capitán me evitaba y ahora parecía más interesado en Susana que, como no tenía culo, había empezado a usar un *push up bra* demasiado insinuante. A mí no me importaba en lo más mínimo porque yo tenía a mi Johnny, que se portaba cada vez más solícito y cariñoso: me había regalado una *laptop* para que pudiéramos chatear. Yo le contaba cosas de la ciudad: que en el centro estaban haciendo palacios y que se estaba llenando de famosos, que ya tenían casa Julio Iglesias, Carolina de Mónaco, Mick Jagger, Lady Gaga. Johnny no parecía muy impresionado. Johnny todo lo que quería era que pusiera la cámara y le dijera porquerías mientras me tocaba. Y yo hacía eso, pero no siempre. Pensaba: un día Johnny va a entrar en razón, va a saber qué hacer.

Johnny se volvió intermitente.

La última vez que lo vi me llevó al mismo sucucho de las *buffalo wings* en Kendall, y estuvo disperso, callado, echándole el ojo a la putica dominicana, que de un día para otro había criado un caderamen de matrona. En el medio llegó una mujer bien vestida que se paró en la puerta y examinó el lugar con un paneo. Johnny dijo: no le parece lo suficientemente limpio para posar sus nalgas deshidratadas. Sonó amargo y resentido. Después volvió a enmudecer. ¿Qué te pasa?, le pregunté. Y él me dijo que nada. Fuimos a un motel, tiramos, prendió un cigarrillo y siguió mudo. Yo prendí el televisor, no se veía nada, estaba dañado.

En el vuelo de regreso Susana me evitó. Yo le dije: Johnny me va a pedir matrimonio. Y ella: ¡qué bien! Pero sonó falsa.

Entonces, un día Johnny me dejó esperando en el *lobby* del hotel. Yo estaba vestida para ir a bailar salsa: cola de caballo, pantalones brillantes, pulseras de metal que hacían tintín. De repente me sentí ridícula. Lo llamé por teléfono a su casa, me contestó la mujer, y no había terminado de preguntar por él cuando ella ya me estaba gritando: *holly shit, you fokin puta!* Y después amenazó con que iba a pegarme tres tiros en la chucha. Hubo una pausa en la que, supuse, estaba tomando aire para seguir insultándome, y yo aproveché para decirle: mire, doña, es que el Johnny me preñó. Y colgué.

El regreso fue tristísimo. Cuando entré al apartamento me desmoroné; me eché en el sofá de la sala y miré por la ventana el cartel de pollo hasta que se prendió. No comí, no fui al baño, no hice más que pensar en Johnny y mirar el vidrio sucio de la ventana. Diecinueve, dieciocho, diecisiete, dieciséis...

Johnny no apareció en el chat. Le mandé trescientos diecisiete mails. Nada. No supe más de él. Y con el tiempo pasó la tristeza, pero me llené de lástima. Primero por él, porque debía haber perdido todo: su carro, su seguro de desempleo, su mujer ecuatoriana, sus *VIP passes*, su dignidad. Después por mí, porque había perdido los paseos por Miami, la langosta y la champaña, los atardeceres en Mallory Square, la buena vida a la que el Johnny me había acostumbrado. Y después por mí, otra vez por mí, muchas veces a lo largo de la vida, cada vez que volví a perder a alguien que ni siquiera me importaba.

Una vez me tomé vacaciones y no supe a dónde ir. Me obligaron a tomarme vacaciones porque, según mi jefa, nunca lo había hecho y había que hacerlo. ¿Por qué? Porque es una nueva política. Me pareció una nueva política equivocada y se lo dije, pero no me hizo caso. Era una aerolínea muy pequeña y estaban licitando para subir de categoría, conseguir más rutas. En esos días libres visité a mi mamá y lo primero que hizo fue mostrarme las fotos de un niño de unos tres, cuatro años, vestido de vaquero y vestido de Snoopy y vestido de Tarzán. ¿Quién es?, le pregunté. ¿Quién? Ese niño. Me miró con furia: ¡Simón! No supe qué decir. Mientras mi mamá refunfuñaba, descubrí que era una vieja: tenía canas y arrugas; las manos sepultadas bajo unas venas verdes infladas. Se ve que me detuve en eso porque dijo de la nada: yo retengo líquidos, pero tú no retienes ni la cara de tu sobrino.

Me quedé a comer.

Mi papá, ahora sí, había abandonado del todo el negocio de los taxis, pero seguía quejándose: nadie cuida lo que no es suyo.

Te llegó una carta, me dijo mi mamá. ¿Cuándo? Entrecerró los ojos y dijo que hacía más de un año. ¿Y por qué no me avisaste? No tengo tu teléfono. Sí lo tienes. Sacudió la mano: ¡bah!

Volví al apartamento a la medianoche, abrí las ventanas, hacía calor. Entró una brisa con olor a fango.

La carta era de Maritza Caballero, mi amiga de la adolescencia. Decía que hacía mucho no sabía de mí, y como todo lo que tenía era esa dirección, se había arriesgado a escribirme, aunque suponía

que ya no debía vivir allí. Durante una época nos habíamos mandado cartas, pero en algún momento dejé de contestarle. Me aburrí. Según lo que ella contaba, Medellín era una porquería de ciudad. Ni fría ni caliente, ni bonita ni fea, ni rica ni pobre. No era nada Medellín. De todas formas ya no vivía en Medellín, sino en Panamá. A su papá lo habían trasladado a Perú hacía muchos años, ella fue y vino varias veces y ahora se había instalado en Panamá con su marido, que trabajaba en el canal, y sus hijos. Con la carta mandaba una foto de ella, que era igual a ella pero con patas de gallina y un tipo al lado, y una niña y un niño sentados a sus pies, como mascotas. Su teléfono, por si alguna vez iba por Panamá, era... Arrugué la carta. Se la lancé al pollo frito directo al pico, pero no llegó. Cayó en medio de la calle.

Prendí un cigarrillo.

No fui a donde Gustavo porque no tenía ganas. No fui a ningún lado. Llamé al capitán, no contestó. Volví a llamar y contestó una mujer: ¿aló? ¿Susana? ¿Quién es? Colgué. Pero no era Susana, tenía un acento raro.

El viernes, Milagros me convidó a que fuera con ellos a las islas. Su novio francés y unos amigos habían alquilado cabañas. Fui a depilarme, hice mi bolso y esperé con Milagros a que pasaran a buscarnos. Vino un carro con chofer que nos dejó en el muelle y después vino una lancha llena de extranjeros y putas. Miré a Milagros, ella alzó los hombros: ¿Y qué esperabas? Pensé dos, tres segundos: no esperaba nada. Subimos. Un francés se me sentó al lado y dijo que si me había ajustado bien el salvavidas. Le dije *oui*. Cuando llegamos a la playa, había un bufé de jugos y tragos. ¿Qué quieres?, me preguntó el francés. Negroni. Miró la mesa: me parece que no hay. Cuba libre, dije. Él asintió y fue por hielo.

Estábamos en un bohío repleto de sillones de mimbre. Algunos ya se habían ido a la playa con sus putas, Milagros y el novio se habían metido en una cabaña, besuqueándose. Quedaban dos franceses que manoseaban a una muchachita que no debía tener dieciocho. Ella se reía, parecía nerviosa pero lo disimulaba bien.

Mi francés volvió con los tragos, nos sentamos en un sillón y me pasó el brazo por los hombros. Era blando, verde y frío como una rana. Le saqué el brazo y le dije: soy cara. ¿Muy cara? Sí. No me importa. Ok: le mostré la palma de la mano.

Regresamos el lunes, con mucha resaca. Me quedaba todavía una semana de vacaciones y no sabía qué más hacer. Gastar la plata del francés, pero en qué, dónde. Justicia habría sido alquilarme a un tipo que me tirara bien. Llamé al capitán, contestó la misma mujer. Colgué. Tampoco era que el capitán tirara tan bien. Entonces llamé a Toño, la mamá me dijo que se había mudado hacía años y, después de insistirle, me dio su celular. ¿Aló?, contestó. Te extraño, le dije. Se quedó mudo y después dijo: yo no. Te compré un regalo. ¿Qué? Te va a gustar. No lo quiero. ¿Seguro? ¿Qué es? Una sorpresa: si vienes te lo doy, si no, nunca lo sabrás. No sé... Ven. Me casé. No me importa. A mí sí. Te espero en una hora.

Le compré un perfume de Calvin Klein. Y Toño se quedó conmigo el resto de la semana.

Simón se enfermó y mis papás, como no tenían visa, me pidieron que fuera a verlo. Me rogaron. Fueron por primera vez a mi apartamento y me rogaron. Yo dije: ya me tomé mis vacaciones. Y ellos: es una urgencia familiar, nunca te pedimos nada, es nuestro único nieto. Mi jefa apretó los labios: ¿no le alcanzaron las vacaciones? Es una urgencia familiar, nunca le pedí nada, es mi único sobrino. Me dio una licencia de diez días, no remunerada.

Mi mamá se había obsesionado con que Dios le estaba cobrando lo del hijo de Xenaida y mandó a hacer un menjurje con una «especialista» que conocía mi tía; me lo dio en un frasco para que yo se lo frotara en el pecho al muchachito. Olía a rata muerta: me dio asco, lo vacié en el inodoro y tiré el frasco en la caneca. Me lavé bien las manos y me unté el antibacterial de Victoria's Secret que nos habían regalado en la aerolínea de Navidad.

Antes de irme, pasé por la choza de Gustavo. No llovía, y él no pescaba. Hacía días que no pescaba porque le dolía una pierna y sentía el hueso frío, dijo. Le dije que me iba a Los Ángeles y que a lo mejor me quedaba. Que si mi hermano me lo llegaba a insinuar yo me quedaba. ¿Por qué no? Por ahí conocía a alguien. Alguien que me diera lo que yo me merecía. Gustavo preguntó que yo qué me merecía. Lo miré fijo: los pelos blancos vueltos una esponja bombril; la piel, un paño delgadísimo y drapeado. ¿Cuántos años tenía Gustavo? ¿Mil? Nunca le pregunté eso. Alcé los hombros. Él sirvió dos vasitos de ron. Quedaba poco en la botella. Me dio uno, elevó el suyo al frente, mirando el mar:

We'll always have this view, kid.

Me empiné el ron, lo acabé enseguida: adiós.

En Los Ángeles también llovía y eso era una rareza, un milagro, según Odina. Y que si yo no había visto Chinatown. No. Pues así mismo es, dijo ella, seco como una piedra caliza.

Pues lo disimulaba bien.

Llovía mucho, pero allá nadie se ahogaba: mucho menos los perros, que los vestían como niños con sus capuchas impermeables. Odina hacía turnos largos en el hospital y cuando llegaba se quejaba de que los pies se le hinchaban demasiado. Después se miraba al espejo: *¡soy una fokin whale!*, gritaba, enojada, no se sabía con quién. Yo miraba para otro lado, me hacía la distraída. Mi hermano trabajaba de chofer de un camión de reparto. ¿Reparto de qué? De frutas, verduras, productos de granja local. *Eat local, stay local*, decía en el bolsillo de su camisa gris. ¿Y Julián?, le pregunté una noche. Él hacía *zapping*. Odina estaba de turno; Simón, dormido. No sabía nada de Julián. ¿Y Rafa? ¿Qué Rafa? Ese amigo que... Pero él estaba entregado a la pantalla, pasaban un partido de béisbol. Sus abdominales perfectos habían quedado sepultados bajo una gran barriga. Debía ser toda la cerveza que tomaba. Debía ser el matrimonio. ¿Qué será del hijo de Xenaida?, dije al rato. Mi hermano no contestó, quizá no me escuchó, quizá no le importaba.

A Simón lo cuidaba una muchacha jovencita que vivía masticando chicle y oyendo música con unos audífonos enormes, inalámbricos. La casa era de madera, como las de las películas. Era cómoda, pero ningún palacio. Eso sí, había electrodomésticos por todos lados y la nevera se derramaba de comida. Toda esa comida se veía apetitosa

y succulenta, pero después no sabía a nada. ¿*Macaroni and cheese*? Vil patraña.

Los Ángeles era un *bluff*. No se llegaba a ninguna parte caminando. Ni sola. Me la pasaba sentada en el porche, pensando que nunca me iría definitivamente a ninguna parte, que estaba condenada a salir y volver y salir y volver, y eso era lo mismo que no haberse ido nunca. No, era peor. Como la mujer de esa historia de Gustavo que abría una puerta, entraba a su casa, mataba a los hijos y salía, pero no a la calle sino otra vez a su casa y mataba a los hijos y salía de vuelta a su casa, y así todas las veces. Era la peor historia que me había contado. En esos días, en Los Ángeles, pensé que quizá había llegado el momento de inventarme mi propia fórmula para evadirme, de matarme la autoconciencia con un frasco de pastillas.

La calle mojada parece un espejo, me dijo una tarde mi sobrino Simón, sentado a mi lado, en el porche, con la espalda encorvada, mirando llover sobre la ruta. El agua caía sin hacer ruido, porque esa carretera era tan lisa como una pista de patinaje.

Un día nos subimos todos al camión de mi hermano y fuimos a los Universal Studios. Miramos desde afuera porque era caro entrar. Odina ni se bajó a la acera porque le dolían los pies.

¿No vas nunca al colegio?, le pregunté una mañana a mi sobrino, en el porche. Él negó con la cabeza.

¿Por qué?

Porque estoy enfermo.

Pensé en el menjurje de mi mamá. Me pregunté de qué estaría hecho.

¿Cuántos años tienes?

Cinco.

Pero parecían cincuenta con esa cara tan seria.

¿Y de qué estás enfermo?

De asma: me mostró su inhalador.

Eso no es excusa para faltar al colegio, no señor, le dije yo, y él me miró con los ojos gigantes, como dos bolas negras de billar.

Esa tarde merendamos una *milkshake* de fresa y unos pastelitos de guayaba que había mandado su abuela materna de Puerto Rico. Esa tarde Simón me dijo que le tenía miedo a las arañas. Yo le conté una historia:

Había una vez un rey...

¿Cómo se llamaba el rey?

Gustavo. Era un rey sabio que cambió su reino por una choza frente al mar.

¿Qué mar?

El mar Caribe, desde acá no lo ves. En su reino tenía riquezas y una mujer virgen para cada noche...

¿Para qué?

Para cada noche.

Y ya no supe cómo seguir porque no conocía esa historia ni ninguna otra, y Simón me miraba expectante: ¿y qué pasó después? Nada. ¿Nada?

Empecé de vuelta:

Había una vez una cara...

¿Una cara?, Simón se reía. Soltaba unos ruidos agudos, los tintineos de una campanita.

Una cara de ojos grandes, como dos bolas negras de billar.

Encima de la cara había pelo y debajo un cuello y más abajo un cuerpo chiquito al que le gustaba encorvarse. Y todo eso junto formaba un niño.

¿Cómo se llamaba el niño?, Simón me miraba como si esa fuera una gran historia. La risa contenida, la sonrisa a punto, la respiración agitada.

Se llamaba Simón, y para dormirse contaba ovejas al revés.

¿Al revés, de cabeza?

No, al revés, así: cien ovejitas, noventa y nueve ovejitas, noventa y ocho...

¿No sabía contar?

Sí, pero contaba distinto.

¿Por qué?

No sé.

De Los Ángeles volví en el último vuelo. Las tiendas del aeropuerto ya estaban cerradas; los taxis se llenaron muy rápido de turistas que venían de Miami, donde hice la conexión. Caminé hasta el apartamento que estaba a seis cuadras, arrastré la maleta pesada, y cuando llegué me senté en el pretil del edificio. Prendí un cigarrillo. Alcé la cara para estirar el cuello y el cartel del pollo frito me encandiló. Por fin le habían arreglado el pico.

Subí. Milagros se estaba quedando donde su novio francés, decía en un mensaje en la contestadora. El novio francés se estaba quedando en un hotel boutique del centro, un palacete colonial con pocas habitaciones... Si no es así una no tiene chance de conocer esos lugares, dijo Milagros, risueña, antes de colgar. Abrí una cerveza y me asomé a la ventana, no corría brisa. Después vi una película sobre una mujer que triunfaba en Nueva York como *bartender*.

A la madrugada sonó mi celular. Aló. Era del hospital: Gustavo se había caído y se había dislocado la cadera, tendrían que usar muletas por un tiempo; alguien tenía que ayudarlo a salir, llevarlo a su casa, bañarlo, darle de comer. Pero yo no soy familiar, dije. ¿Conoce a algún familiar? No, están muertos, los tiraron al mar. ¿Cómo?, dijo la enfermera. No conozco ningún familiar. Lo reportaremos como indigente. Ok.

Pero a la mañana llamé a la aerolínea, extendió la licencia y me fui al hospital. La enfermera llenaba una planilla que yo debía firmar

para que le dieran de alta: ¿nombre y apellido? Maritza Caballero. ¿Parentesco? Hija. Y lo llevé a su choza.

Le había traído una gorra de Los Angeles Lakers. Se la puse. Le dije que me quedaría con él para cuidarlo, él no dijo ni sí ni no. Miraba lejos, como perdido. No dijo nada hasta que fue hora de comer: ¿te gusta el clavo de olor? Y yo: no tanto. Acá se come mucho clavo de olor, y se arrastró hasta la cocinita, sacó unas cosas de la nevera, se puso a cocinar.

Los días que siguieron fueron así:

Gustavo se levantaba a las cinco, cuando todavía estaba oscuro. Se ponía la gorra, agarraba sus muletas y abría de un golpe las puertas de la choza; entraba un olor a sal y a pescado muerto que los primeros días se me hizo intolerable. Después me acostumbré. De todas formas le dije que mandara a vaciar esa piscina, que para qué la quería, si ahí ya no criaba nada más que hongos, renacuajos, moho, podredumbre. Y ese pescado amorfo con una gran protuberancia en la cabeza. Era un pez mutante, un monstruo marino capaz de sobrevivir en esa agua negra y comerse las sobras de comida que le echaba Gustavo.

Una mañana me levanté y el pescado había mutado en cerdo. No es un cerdo, decía Gustavo. Pero parecía. El pescado era una bola de carne enorme y rosada que abría la bocota cuando uno se acercaba por ahí, como si estuviera bostezando.

Gustavo y yo comíamos bajo el parapeto. Gustavo había dejado de usar las muletas a los tres días, y había vuelto a pescar. La gorra la seguía usando. Yo lo acompañaba porque le costaba caminar, moverse con fluidez y flexibilidad, era como si le faltara aceite en las bisagras. Salíamos a las siete en una lancha destartalada que se llamaba «Todo es para ti». ¿Por qué se llama así?, le pregunté.

Porque es cierto. Pescábamos poco, pero eso no importaba porque Gustavo ya no tenía clientes. A la tarde, cuando bajaba el sol, yo lo dejaba limpiando el pescado y me iba a caminar por la playa, a acostarme en la arena bocarriba, a mirar el cielo.

Arriba, abajo, arriba, abajo: me tocaba pensando en Toño. Y en la mujer de Toño. Y en los hijos de sus hijos y en los nietos de sus nietos. Toda gente insalvable.

Después volvía y Gustavo había preparado algún guiso especiado y hostigante; comíamos un poco, el resto lo tiraba a la piscina para el pez cerdo y después prendíamos un porro. Nos metíamos en la hamaca y veíamos cómo el cielo se iba oscureciendo y llenando de estrellas, la luna, unas pocas nubes. Gustavo me contaba historias que ya me sabía, a veces las contaba mal y me tocaba corregirlo. A veces se inventaba pedazos nuevos, absurdos, inconducentes. Y yo lo dejaba seguir. Hasta que un día dejé de escucharlo. Fue fácil, en vez de oír su voz armando frases estiradas, oía el sonido de las olas y del viento: un chillido frío y afilado que al cabo de un rato se hacía un murmullo ensordecedor. Entonces me concentraba en el horizonte, que a esa hora estaba vacío.

Lo que no aprendí

Primera parte

*I am writing these poems
From inside a lion,
And it's rather dark in here.
So please excuse the handwriting
Which may not be too clear...*

SHEL SILVERSTEIN
«It's Dark in Here»

Esa tarde yo tenía once años. Eran las vacaciones de junio de 1991 y mis hermanos y yo estábamos frente al televisor mirando propagandas. Por la ventana entraba una luz potente que me daba directo en la cara y me hacía entrecerrar los ojos; por eso no podía ver bien a mi mamá, que se había atravesado como un escudo de sombra entre el resplandor y nosotros:

—Su papá se murió —dijo mientras se envolvía el pelo en un moño.

Nadie dijo nada.

Isabel, mi hermana mayor, se levantó del sofá y se quejó del calor. Antes ya se había quejado de otra cosa. Del olor. Afuera, en algún lote, estaban quemando basura.

—Qué se va a haber muerto—dijo fastidiada.

Tenía puesto un short que se amarraba en las caderas como si fuera un pañal. Mi mamá la miró con los párpados caídos. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que estaba llorando: tenía el delineador chorreado y quiso limpiárselo con la mano, pero lo que hizo fue regárselo más.

—Pareces un mapache —dijo Isabel y se acomodó el short, que se le subía en la entrepierna.

—Ve a ponerte algo decente —contestó mi mamá. Después me miró a mí—: Tú también.

Yo tenía puesto mi disfraz de hawaiana porque estaba practicando una obra de teatro con Gabito, mi hermano menor. Él me preguntaba: «¿De dónde provienen las flores de tu cintura?». Y yo,

después de un giro completo en punta de pies, le decía: «De todos los príncipes de Europa».

Eugenia, mi segunda hermana (aunque solo por cuestión de minutos, porque era melliza de Isabel), caminó hacia el pasillo que conducía a la oficina de mi papá. Dijo: «Vamos a ver». Pero lo dijo de mala gana y a mi mamá le dio rabia:

—Maldita sea, no me creen, no me respetan, pero ya verán: Dios las va a castigar mandándoles una cosa horrible, alguna enfermedad.

Se persignó. Hacía eso para anular la maldición: uno podía desear las peores cosas, pero si inmediatamente después se persignaba, era como si no hubiese dicho nada. Mi mamá avanzó hacia la oficina y la seguimos. Atravesamos el pasillo en fila india, me pareció más oscuro y estrecho que otras veces. En las paredes colgaban muchas fotos de nosotros: cada tanto ponían una nueva pero nadie sacaba la anterior. Yo todavía aparecía en mi primera comunión, con ese velo esponjoso en la cabeza; y estaba Gabito posando con un bate y el uniforme de béisbol, que le quedaba enorme. La más reciente debía ser la del quinceañero de las mellas, hacía casi dos años: una hilera de chicas peinadas con copete. Las fotos se habían ido comiendo las paredes de la casa. Habían empezado discretas en la sala, después cada quien fue armando collages para su cuarto y, finalmente, llegaron hasta el pasillo donde (decía mi papá) se amontonaban como moscas sobre un restito de mermelada.

Mi mamá abrió la puerta de la oficina y encontramos a mi papá sentado en la silla de cuero verde, de espaldas a la puerta, mirando por la ventana que daba a una calle polvorienta con dos postes de luz y, más atrás, un lote vacío.

—¿Gabriel? —dijo ella.

Él no se movió. A mí se me enfrió la barriga. Eugenia se acercó a la silla y le dio la vuelta: era una de esas giratorias, con rueditas. Estaba vieja y chilló como un gato. Ya era vieja cuando llegó a la casa: la habían comprado en una feria de muebles usados y los primeros días la miramos con respeto porque era de cuero. En la casa no había nada de cuero. «¿Por qué?», había preguntado ese día Isabel. «Porque el cuero suda», contestó mi mamá. «Porque el cuero es caro», se le encimó Eugenia y mi mamá rezongó: «Nada que ver». Con el tiempo, los cuatro nos fuimos subiendo a la silla de a dos cada vez y nos hicimos arrastrar por la casa hasta que un día Gabito se cayó y se partió los dientes y estuvo desmellado como un año.

—¿Vieron? —a mi mamá le tembló la voz.

Gabito se agarró a la falda de su vestido. Eugenia se apartó del escritorio. La cara de mi papá era la de siempre, salvo por los ojos, que estaban blancos.

—¿Papi? —dijo Isabel, los granitos de la cara taponados con Clearasil—. ¿Papá? —insistió, pero ahora en un tono quejumbroso.

Y mi papá tembló:

—¿Qué fue?

Fue como si una corriente eléctrica le entrara por los pies y le recorriera todo el cuerpo: se frotó los brazos, se aplastó las canas, se restregó la cara con las manos. Y sus ojos volvieron a ser los ojos de un vivo.

—¿Qué hacen ahí? —miró a mi mamá.

Tenía las ojeras hondas, los pelos de las cejas eran una sola línea torcida. Mi mamá se tragó los mocos flojos.

—Pensé que...

Mi papá se puso los lentes que estaban sobre el escritorio y giró la silla de vuelta a la ventana. Mi mamá esperó unos segundos y cerró la puerta, caminamos por el pasillo y antes de llegar a la sala se paró:

—No le cuenten a nadie.

Algunos sábados nos llevaban a la casa de los Piñeres, que quedaba en el puerto y tenía piscina. Nosotros vivíamos lejos, a las afueras de Cartagena, cerca de un pueblo, Turbaco, en una casa con patio pero sin piscina. Teníamos un perro que se llamaba Flípper; teníamos tres gallinas, un gallo, varios pollitos y un loro que se llamaba Segifredo. No teníamos amigos: al menos mi hermano y yo no teníamos amigos. Para las mellas era distinto porque ya les daban permiso de ir a fiestas y de quedarse a dormir en la ciudad, donde mi abuela o donde alguna amiga de confianza.

Había solo una niñita (la hija de una vecina que trabajaba de enfermera), que algunas tardes venía a merendar con nosotros y siempre quería quedarse hasta la noche. Nosotros le poníamos mala cara y, si no se iba, yo le decía: «Cecilia, tenemos que salir a hacer una diligencia». Cecilia tenía nueve años, Gabito siete y ella quería hacerse amiga porque estaba entre los dos. Pero ni a Gabito ni a mí nos caía bien. Hablaba mucho y comía más; y era negrita, pero hablaba de los negros con desprecio. Para estas vacaciones, por suerte, Cecilia se había ido a visitar a su papá en Sincelejo, y Gabito y yo merendábamos frente al televisor, mirando repeticiones de *Los Magníficos*. No teníamos parabólica. Los Piñeres sí tenían: cuando íbamos a su casa yo podía mirar el resumen semanal de las novelas de Televisa y comentarlas en el colegio como si las viera todos los días. Mis compañeras de curso también tenían parabólica y estaban obsesionadas con *Alcanzar una estrella II*. En el canal

nacional recién estaban dando la uno, que era malísima porque no salía Ricky.

—¡Catalina se va a casar con Júnior!

Eugenia me molestaba cuando me veía englobarme el copete frente al espejo antes de salir para la casa de los Piñeres. Yo le lanzaba puños y, si llegaba a trepármele encima, le pegaba unos mordiscos fieros que le sacaban sangre.

Además de piscina y parabólica los Piñeres tenían un hijo gordo y feo que se llamaba Júnior. Su casa, como todas las de los empleados del puerto, era una de esas prefabricadas de madera, tipo las de Connecticut: eso decía Melissa, la mamá de Júnior. Melissa era flaca, se teñía el pelo de amarillo, le gustaban Frank Sinatra y el dry martini. No le gustaba que le dijeran mona, sino rubia. «Monos son los animales, rubias somos Marilyn y yo», se reía. A mi mamá le gustaba el ron, la Fania All-Stars y el Joe Arroyo. Y un poco también Nino Bravo. Y no se teñía porque era morena, cualquier color de pelo distinto al suyo (negro azabache) le habría rechinado. Melissa intentaba convencerla mostrándole fotos de Tina Turner, pero mi mamá se espantaba: «Uff, una palenquera que metió el pelo en límpido».

Ese sábado estuvimos listos a las diez de la mañana.

—¿Dónde están las mellas? —le pregunté a mi mamá; estábamos por embarcarnos en la camioneta.

—No vienen, se van a un *pijama party* en Bocagrande. Si quieres puedes venir adelante con nosotros.

Teníamos una Ford vieja, tipo granjera. Cuando íbamos todos, la distribución era así: mi mamá al volante, mi papá al lado y Gabito sobre sus piernas; las mellas y yo en la parte de atrás.

—¿Y por qué pones esa cara larga? —me dijo.

Mi mamá se subió a la camioneta y la encendió para calentar el motor.

Cuando viajábamos en la parte de atrás de la camioneta las mellas aprovechaban para remangarse la ropa y untarse bronceador, y yo aprovechaba para preguntarles cosas. Casi siempre, después de rogarles durante una buena parte del viaje, terminaban contándome algo de lo que ellas sabían y yo no.

—Tenía que hablar con ellas —contesté.

—¿Hablar? ¿Hablar qué?

Mi mamá se escandalizaba cada vez que uno decía la palabra hablar.

—Cosas —me subí.

Habían pasado dos días y nadie hablaba de lo de mi papá. La noche anterior me había dedicado a perseguir a mi mamá: me planté a su lado cuando lavó los platos, cuando miró la novela y cuando se sentó a orinar. Le había insistido en que me dijera qué era lo que no podíamos contarle a nadie. Ella se hacía la sorda, hasta que en medio de un bostezo me dijo:

—Lo que le pasa a tu papá.

—¿Y qué le pasa?

—Que a veces se muere.

Quizá ella ya se había acostumbrado a que mi papá era raro. Todo el que lo conocía sabía eso. Mi papá era raro porque era sabio. Había nacido así. Cuando era juez, sus empleados le hablaban despacito porque le tenían mucho respeto; y si uno se aparecía por el juzgado (antes de saludar siquiera), la secretaria te agarraba del brazo, te llevaba a un rincón y te decía: «Al doctor no hay que molestarlo con bobadas». En el barrio también le tenían respeto, y eso que nosotros no nos relacionábamos mucho con la

gente de por ahí: mi mamá decía que esa era gente de otra camada, que la primera camada del barrio había sido una gente de la que sí éramos amigos y que con el tiempo se había ido, malvendiendo sus casas en obra porque el proyecto inmobiliario no funcionó. Por eso en el barrio había muchos terrenos vacíos. Mi papá y mi mamá no se fueron porque ya habían terminado la casa, y si vendían en ese momento iban a perder la inversión. El caso es que, aunque no éramos lo que se dice amigos de los vecinos, cuando alguno pasaba frente a la casa decía: «Ahí vive un señor que es sabio». O si veían a mi mamá en el minimáket comprando la leche, la señalaban por lo bajo: «Esa es la mujer del sabio». Y así.

Hacía años que mi mamá nos había hablado de esto. Esa vez también dijo que no podíamos tener secretos porque mi papá los adivinaba: que él podía verlo todo, aunque no estuviera de cuerpo presente. Isabel preguntó:

—¿Pero qué es «todo»? —ella era la más mentirosa y quería prevenirse.

Y mi mamá dijo:

—Todo: lo que uno hace y lo que uno piensa. Todo: el pasado, el presente y el futuro. Todo: 360 grados a la redonda —y ahí se señaló los ojos con el dedo índice y el dedo corazón, como lo haría el malo de una película antes de decir «te tengo en la mira».

—¿Como Dios? —pregunté yo.

—Casi.

—¿Y por qué? —dijo Isabel.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué ve todo eso?

Mi mamá se irguió:

—Porque su padre es de Venus.

—¿De dónde?

—De Venus.

—¿Eso es un pueblo? —preguntó Eugenia, y mi mamá se molestó.

—¿Para qué mierda las mando a un colegio tan caro?

En el colegio yo le dije a miss Tania que mi papá era de Venus y mi mamá de Ayapel, Córdoba. Era para un ejercicio sobre la familia. Miss Tania no me creyó, se lo juré por el Divino Niño Jesús: miss Tania tenía un escapulario del Divino Niño que no se sacaba nunca. Entonces citaron a mi mamá. Miss Tania nos sentó en el salón de clases vacío; a mi mamá no le cabían las nalgas en ese asiento chiquito y se la pasó meneándose, incómoda, hasta que se levantó para soltar una risa falsa que yo ya conocía bien:

—¿Venus? —se palmeó los muslos con una fuerza exagerada—. ¡Por Dios!, son locuras de Caty.

Y antes de que yo pudiera abrir la boca para defenderme, ella me estaba pellizcando la nuca como a un perro basto sin que miss Tania se diera cuenta. No se habló más del tema.

—*Hello!*

La familia Piñeres nos esperaba en su porche con una jarra helada de limonada. Apenas entraba la camioneta, ellos estiraban el brazo, agitaban la mano y sonreían con todos los dientes: «Como si les dieran cuerda», decía mi mamá mientras se sonreía también. Cada visita era igual, y los visitábamos con frecuencia, pero siempre parecía que había pasado mucho tiempo desde la última vez. Melissa, después de darnos besos y abrazos, nos servía la limonada; Piñeres y Júnior les daban la mano a los hombres y un

beso a las mujeres. A mí la boca de Piñeres me daba asco porque olía a tabaco. La boca de Júnior también me daba asco porque era de Júnior, y a mí todo Júnior me daba asco. En cambio me encantaba Melissa: yo quería teñirme de «rubio» y reírme como ella y tener esa perfecta pronunciación en inglés.

—*Who wants some Pringles?*

Ese sábado Melissa nos tenía preparados varios *bowls* con chucherías: papas Pringles, MiniChips, Kisses de Hershey's, gummy bears.

—Me parece que primero tienen que almorzar —dijo mi mamá con esa voz aflautada que ponía en la casa de los Piñeres.

—*Ok, ok, mommy's right* —dijo Melissa y retiró lo que había desplegado sobre la mesita de centro de la sala, que ella llamaba «*living*».

Melissa siempre hablaba en inglés. Por lo menos la primera frase. Después iba metiendo cada tanto una palabra suelta que inmediatamente traducía. No era que fuera gringa, pero antes de casarse con Piñeres había trabajado como secretaria en una empresa de Mamonal y la mandaron a hacer un curso intensivo en Houston. Mi mamá detestaba eso: que Melissa hablara en inglés. Las mellas también lo detestaban. En la casa, a veces, se ponían a imitarla. Se reían hasta que les agarraba una tos seca que no paraba. Una sola vez intenté defenderla y me atacaron con saña. Mi mamá estuvo resentida por varios días, se me aparecía llorosa y me decía cosas como: «Sé de una niñita que renegó de su mamá y la siguiente vez que cumplió años se levantó sin lengua: nunca más habló». Un día hasta amenazó con regalarme a los Piñeres: «Te pongo en una balsa y te amarro a su muelle, y ahí te quedas hasta que te encuentre Júnior». Yo me arrodillé frente a ella, le rogué que

no lo hiciera, y entonces me perdonó. Lo hice porque mencionó a Júnior, y también porque me dio dolor verla así, pero no bien dijo «te perdono», yo pensé: «Bah, si a mí me habría encantado llamarme Catalina Piñeres y cerrar los ojos y volver a abrirlos y aparecer a orillas del Misisipi sentada sobre un mantel de cuadros blancos y rojos, haciendo un picnic con Melissa. Y nadie más».

—*Surprise, surprise!*

Melissa agarró una película de un estante y tradujo: «Les tengo una sorpresa». Se agachó frente al vhs y la metió. Era *La historia sin fin II*. Habíamos visto la uno ahí mismo, unos años antes, y ésta ni siquiera la habían estrenado en los cines. Esas eran las cosas que pasaban en la casa de los Piñeres y, aunque la película ya no me interesaba, esa era la vida que yo quería para mí.

—*Cool!* —gritó Júnior cuando la pantalla se llenó con la cara del perro gigante que volaba. Gabito, vestido con un conjunto nuevo tipo safari, lo miró inexpresivo.

Después de enchufarnos al televisor, mi mamá y Melissa se ponían el vestido de baño (mi mamá, su enterizo negro de toda la vida; Melissa, un bikini distinto cada vez) y se echaban en las tumbonas al lado de la piscina, que miraban a la bahía de Manga. Manga era el barrio donde quedaba el puerto de la ciudad, y allí trabajaba Piñeres. Mi papá lo había conocido hacía muchos años, cuando él era abogado de la aduana y Piñeres tenía un puesto de medio pelo: vivía en una pensión del centro y se iba caminando hasta el puerto porque no le alcanzaba ni para el bus.

—Si no hubiera sido por Gabriel, yo seguiría siendo un pobretón.

Cada sábado, con su camiseta rosada (o azul celeste o beige o amarillo pollito), sus bermudas de cuadros y su sombrero pescador, Piñeres repetía lo mismo. Echaba la historia de mi papá salvándolo

de la ruina, ayudándolo a progresar. Mi papá se reía despacito y meneaba su vaso de whisky, que apenas olía. Piñeres, en cambio, se rellenaba el vaso cada dos por tres y para la hora del almuerzo ya estaba borracho. Ellos se sentaban en el muelle que tenía la casa y hablaban de cosas de las que nadie se enteraba. Piñeres debía ser el que más hablaba, porque mi papá era callado y cuando decía algo era cortito. Casi siempre, después de que dijera lo que dijese, la gente tardaba un rato en contestarle; asentían lento y lo miraban: «Mire usted, qué interesante».

Mi mamá y Melissa eran todo lo contrario: se reían tan fuerte que hacían que los pájaros escondidos en los mangles volaran en estampida chillando como brujas. Entonces mi mamá se ponía el dedo en los labios («shhh») y miraba a los lados como si temiera que las estuvieran espiando. Yo nunca las espiaba, prefería quedarme en la televisión esperando a que saliera Ricky así fuera en una propaganda; y, antes de Ricky, prefería quedarme con las mellas mirando la ropa de Melissa que era toda importada. Pero ese sábado estaba sola, tragándome las mentiras de esa película, y sabía exactamente desde dónde podía espiarlas.

En la casa de los Piñeres había un sótano que pasaba por debajo de la piscina: desde allí abajo se podía ver el agua porque tenía un techo transparente. Pero antes de llegar a la piscina había una rejilla que daba al medio de las tumbonas, donde había una mesita de vidrio. Y allí me planté, mirando hacia arriba: el fondo de los vasos llenos de vodka con naranja, el platito transparente con maní y uvas pasas, el cenicero blanco que decía *I love NY*.

Primero, mi mamá y Melissa estuvieron hablando de Pablo Escobar. Que si se entregaba, que si no y que qué bueno si se aprobaba lo de no extraditar más gente porque la ropa sucia se lava

en casa. Era lo mismo que decía todo el mundo por esos días, y después ya no supieron qué más decir. Entonces fue cuando mi mamá le contó a Melissa que el otro día mi papá se había quedado como muerto.

—¿Y cuánto tiempo duró así? —dijo Melissa.

—Mucho.

—¿Y qué piensas hacer?

El olor a cigarrillo llegaba hasta abajo y me daba ganas de toser, pero me aguanté.

—Nada, él se ha dedicado a eso toda la vida, solo que esta vez me asusté.

—¿Y qué les dijiste a los niños?

—Que no abrieran la boca.

—¿Se asustaron?

—Ellos no entienden. Aunque las mellas una vez pegaron la oreja a la puerta del cuarto y oyeron una conversación. Habría querido reventarlas a cachetadas, Melissa: ya no se puede confiar ni en los hijos.

—¿Y Caty?

—Caty no sabe nada, menos mal, porque esa niñita es chismosísima.

Melissa se rio:

—Caty es un dulce.

—¡Hey! —era Júnior.

Me di vuelta y le mostré el puño mirándolo con furia.

—¿Júnior? —dijo Melissa desde arriba.

Y Júnior, con su cara de sapo gordo, su culo enorme y bamboleante, su olor a boliqueso y leche condensada y chicles

Juicy Fruit, se esfumó por las escaleras que subían al «*living*». Yo lo seguí.

—Una vergüenza, eso es lo que eres.

Mi mamá se había pasado días enteros diciéndome lo mismo. Cambiaba el tono de acuerdo a la ocasión: cuando mi papá se aparecía con su termo en la cocina para rellenarlo de café, ella se hacía la pobrecita; sonaba adolorida: como si acabaran de patearle la espinilla. Pero cuando mi papá no estaba sonaba molesta, amargada, rabiosa, avergonzada y arrepentida de haber parido a semejante alimaña:

—¿Cómo pude parir a semejante alimaña?

Y no dejaba las frases flotando en el aire (como cuando mi papá estaba), sino que se mandaba una retahíla que mezclaba temas que no tenían nada que ver:

—... y la gente que mete las narices donde no debe, mejor que no salga de su casa. ¿Que por qué? Porque va a sufrir. Porque nadie quiere a los metiches. Porque son un peligro y una lacra. Pero Dios los ve. Dios todo lo ve.

Y se persignaba:

—Perdónala, Señor, que no sabe lo que hace —y me amenazaba con ridiculeces—: te voy a dejar en una acera de Turbaco. Sin comida, sin ropa, sin nada. Y ahí vas a estar hasta que alguien se apiade y te lleve a un orfanato.

—Ya no existen los orfanatos.

—¿Que no? Ya vas a ver cómo sí existen: están llenos de niñitos lacrosos. Y no me contestes, atrevida, que estás castigada.

—No estoy castigada.

—Vuelve a hablar y te reviento la jeta.

El castigo consistía en no ver televisión, y en la casa no había mucho más que hacer. Así que tenía que salir a montar bicicleta, con el calor que hacía.

Cuando avisé en la casa que iba a salir, nadie se opuso. Al contrario:

—Ve a visitar a la señora Nilse —dijo mi mamá y se rio burlona.

Las mellas también se rieron; y hasta Mery, la muchacha del servicio con su bigote de camionero, se burló de mí.

La señora Nilse era una vecina de la cuadra que se dedicaba a acumular adornos. Su casa era una cueva atiborrada de cosas feas, casi no se podía caminar. Ella misma era horripilante: tenía mala piel, cráteres del tamaño de una lenteja en los pómulos y se maquillaba tanto que se le notaban todavía más. Se vestía con esos trajes estampados de tela sintética que la hacían transpirar un olor bien raro. Como a diablo olía esa señora. Gabito le tenía miedo.

Agarré la bicicleta y salí de la casa. En la puerta de la oficina de mi papá, que tenía entrada independiente, había una gente esperando turno. La oficina abría recién al mediodía, pero muchos iban desde temprano. Es que después de jubilarse mi papá se había dedicado a atender gratis casos de gente pobre que no podía pagarse un abogado. Aunque a veces iban unos que no me parecían tan pobres: usaban ropa buena y llegaban en taxi. Un día se lo dije a mi mamá y ella me dijo que la gente pobre se vestía elegante para hacer diligencias porque así la tomaban más en serio. «Pero los taxis son caros», le dije. Y ella contestó: «Deben ser parientes de los choferes». Hasta esa vez que llegó una caravana de carros polarizados y se bajó un señor con escoltas que resultó ser un diputado, y ahí mi mamá tuvo que aceptar que ese de pobre

no tenía un pelo. De todas formas mi papá no le cobró, y a ella no le hizo ninguna gracia.

Me fui calle arriba, a una loma donde los niños montaban patineta. Quería echarme bajo un árbol a pensar sin que nadie me molestara. Llevaba varios días dándole vueltas a la conversación de mi mamá y Melissa. El domingo a la noche, cuando las mellas regresaron del *pijama party*, todas excitadas y ojerosas, me metí en su cuarto para preguntarles cómo era eso de que mi papá se moría a veces. Ellas ni se molestaron en echarme, siguieron hablando de sus cosas: criticando a Maribel Lobo, que hasta hacía poco era amiguísima suya, pero que de un día para otro (según Eugenia coincidió con «el momento en que le crecieron unas tetas descomunales») se había convertido en reverenda puta. Al rato me aburrí y salí.

Cuando llegué a la loma se estaban yendo un par de niñitos con su patineta bajo el brazo. No quedaba nadie más. Uno de ellos llevaba puesta una camiseta negra de Iron Maiden y se me quedó mirando raro. Debía ser uno de esos que oían música *heavy*. Miss Adelaida, la profesora de Religión, decía que a esos muchachitos se les metía el diablo adentro y cacheteaban y escupían a la gente en plena calle, así porque sí.

—¿Qué miras, boba? —me dijo Iron Maiden, que era más chico que yo, pero me dio miedo.

Avancé rápido en la bicicleta hasta un bosquecito que quedaba bajando la loma hacia el otro lado, donde ya se veían las casas de los mafiosos; por esa parte del barrio cada casa ocupaba una cuadra, tenían ventanales de vidrio negro y perros dóberman que ladraban detrás de los portones automáticos. Y tenían pinos gigantes que se habían mandado a traer de tierra templada porque acá esos árboles no crecían; para que no se secaran, además, les

ponían un splash de agua que los bañaba a cada rato y yo pensaba que sería lindo poner uno de esos en el manubrio de mi bicicleta, apuntándome a la cara. Me senté en el pasto y oí un ruido. Me di vuelta y descubrí una pareja besándose: se revolcaban en la yerba, se amasijaban, una porquería. Me paré, agarré la bicicleta y la arrastré a mi lado.

—¡Hey! —alguien me tocó el hombro por la espalda.

Era el tipo que estaba antes en el piso. La tipa seguía acostada, fumando.

—¿Qué? —retrocedí; había oído esas historias de hippies que robaban niños.

—Nada, solo quería saludarte.

El tipo tenía los dientes amarillos como la yema de un huevo duro. Y tenía el pelo largo, un mechón le caía en la cara: le tapaba un ojo, la mitad de la boca.

—¿No te acuerdas de mí? —me preguntó.

Negué con la cabeza. Debía irme inmediatamente, subirme a la bicicleta y pedalear bien duro hasta llegar a la casa.

—Tú eres Catalina, ¿no?

—¿Qué? —ese tipo me dio más miedo que el niño punk. «Niños *punk*», me acordé que así les decía miss Adelaida. «¿Qué será *punk*?», le pregunté un día a mi amiga María Fernanda. Y ella me dijo: «Mejor ni saberlo». «¿Pero por qué?», insistí. «Porque debe ser una de esas cosas malas que pueden gustarte».

—¡Aníbal! —lo llamó la chica—. ¡Auxilio, auxilio, Aníbal! —se reía. Se había puesto bocabajo, tenía los brazos estirados hacia él, como si estuviera en un pozo y quisiera que la sacara.

—Ahí voy —le dijo él—. Salúdame a tu papá —me dijo a mí—. Dile que lo recuerdo mucho y que... —bajó la cara, el pelo se le vino

todo hacia delante y él no se lo sacó.

—¿Y qué? —dije yo.

No entendía por qué ese hippie conocía a mi papá. ¿De dónde? Pensé: «Del juzgado: por ahí trabajó haciendo los mandados».

Él levantó la cara:

—Nada, dale saludos de mi parte —dijo unos pasos hacia atrás, todavía mirándome, y después se dio vuelta.

Yo me subí a la bicicleta y pedaleé. El sol estaba tan picante que sentía la cabeza llena de brasas y sudaba a chorros por debajo de la ropa. En la cara no sudaba. O quizá sí, pero la brisa me secaba.

Esa noche todos se pusieron a mirar uno de esos programas de cámara escondida y yo me quedé encerrada en mi cuarto. Oía las carcajadas de las mellas y los gritos de mi hermanito («¡qué embusteroooo!») y me tocaba aguantarme las ganas de salir. Es que después de obligarme a levantar los platos de la mesa, mi mamá me había mandado a dormir.

—Pero no son ni las nueve —me quejé.

Y ella, como si oyera llover. Alzó a mi hermanito y se lo encaramó de patas abiertas a un lado de la cadera, así como hacían las palenqueras.

—Qué pesado está mi bebecito —dijo, y se lo llevó a la televisión.

Habría pasado una hora de eso cuando sonó el timbre y ya yo estaba medio dormida. Me estaba acordando de una casa muy bonita a la que habíamos ido una vez en Barranquilla, donde había un tucán caminando por los pasillos como si fuera un perro: los dueños de casa lo acariciaban y le tiraban restos de comida. Oí la voz de mi mamá, pero no distinguí las palabras. Pensé en

levantarme y ver qué pasaba, pero después me acusaban de chismosa, así que me quedé allí hasta que alguien tocó la puerta del cuarto.

—¿Catalina? —era Isabel.

Hacía unos meses había pegado en la puerta un afiche de Ricky que arranqué de una revista. Un día Gabito le pintó bigotes y yo lo agarré a trompadas.

La puerta se abrió. Isabel dijo que mi mamá me llamaba, que me levantara.

—Dile que no puedo salir, que estoy castigada.

—No seas boba, ven, que es urgente.

Me levanté y salí. Eugenia seguía frente al televisor, Gabito sobre sus piernas; ahora miraban *Tom y Jerry*. Mi papá y mi mamá estaban en la puerta, hablando con el señor Ortega, que vivía al lado, en una casa chiquita, casi tomada por el monte.

—Nena —dijo mi mamá—, ¿dónde estuviste esta tarde?

—¿Qué? —Me froté los ojos, pensé que podía tener lagañas. Mi papá me miraba fijo desde sus lentes gruesos de marco verde; los ojos se le veían gigantes detrás del vidrio. Pensé: «Parece un búho». Isabel estaba a su lado y me miraba con la ceja alzada haciéndose la irónica. «¿Qué es ser irónica, Isa?», le pregunté un día y ella me miró así mismo, con la ceja en alto: «Esto».

—¡Ajá, contesta! —insistió mi mamá.

Yo le dije que había ido a montar bicicleta, que había pasado por la loma y me había regresado.

—¿Y no viste a nadie en el camino? ¿Nadie se te acercó? —ahora me hablaba el señor Ortega.

Hacía rato que no lo veía. A veces, mi papá le daba trabajos pequeños en la casa: de arreglar cosas y así, pero cada vez menos

porque el señor Ortega se emborrachaba. A su casa solo nos acercábamos el 31 de diciembre para darle el feliz año y siempre lo encontrábamos llorando abrazado a una botella.

—Catalina, contesta.

Mi mamá estaba impaciente, de brazos cruzados. Mi papá, en cambio, tenía la misma cara de esa tarde cuando me lo crucé en la cocina sirviéndose café. Yo estaba por salir en bicicleta y él me dijo: «Caty, ponte un sombrero».

—Había un muchacho y una muchacha que estaban allí, en el pasto.

El señor Ortega, que era bien corpulento, se encogió como cuando una tortuga guarda la cabeza en su caparazón.

—¿Y por qué no lo dijiste antes? —dijo mi mamá, y a mí me dio rabia:

—Porque nadie me preguntó —contesté.

—¿Qué te dijo ese muchacho, Caty? —me preguntó mi papá. Yo miré al señor Ortega, los ojos chiquitos le brillaban como un par de luciérnagas, la boca era una línea finísima y la nariz un botón enorme y mal cosido.

—¿Qué te dijo?, Catalina, contesta por favor —mi mamá me agarró fuerte por los hombros: sentí sus dedos filosos enterrados en el hueso.

—Nada, no me dijo nada —me solté.

Mi mamá respiró hondo y se fue. Mi papá miró a Ortega y con un movimiento de cabeza le indicó que lo siguiera a su oficina. Isabel me jaló del brazo y me llevó a la cocina, me sentó en una silla y ella se sentó enfrente. Tenía la china rizada, seguro que no se había dado cuenta porque si no habría corrido a pasarse el secador.

—¿Qué te dijo Aníbal? —me preguntó.

—¿Cómo sabes que se llama Aníbal? —ahora resultaba que el hippie era una personalidad en el barrio.

—Es el hijo de Ortega, no lo ve hace años porque se escapó. Hoy le dijeron que estaba por la colina y un par de culicagados, chismosos como tú, le fueron con el cuento de que lo vieron hablando contigo.

—¿Los punks? —dije.

—¿Qué punks?

Alcé los hombros.

—Catalina, por favor, dime qué te dijo Aníbal.

—Nada, me dijo que... —no recordaba sus palabras exactas y tampoco quería meter a mi papá en un lío—. No me acuerdo.

Isabel bufó:

—¿Pero serás tan idiota? Dime, yo no le cuento a nadie.

No le creí, pero igual le dije:

—Que saludara a mi papá, que lo recordaba mucho.

—¿Y qué más?

—Eso fue todo.

—No te creo.

—Te lo juro.

—¿Por quién?

—Por Gabito.

En el cuarto teníamos un ventilador de techo que echaba aire tibio, y ya entrada la mañana el calor se hacía insoportable. El martes me levanté, salí y dejé a Gabito en su cama dormido bocarriba: los brazos estirados por encima de su cabeza como si estuviera soñando con un policía que le decía: «¡Alto ahí!».

Mi mamá hablaba por teléfono en la cocina, estaba haciendo un pedido al kiosco: harina, huevos, esencia de vainilla, nuez moscada y no sé qué más. Abrí la nevera, me serví limonada y me senté en una banqueta que tenía marcas de zapatos: ahí era donde se subían para alcanzar las cosas de los estantes más altos. Era una banqueta muy bonita, había venido con el bife de la sala, que era un mueble de mi bisabuela, muy alto: la parte de arriba solo servía para arrumar papel viejo, como los planos de la casa. Así que nadie se asomaba allí; a veces Mery, con su plumero, y terminaba estornudando durante varios días.

Mi mamá colgó:

—Buen día, mi amor, voy a hacerles un pudín para la merienda.

Bostecé. A mi mamá le daba culpa porque en las vacaciones no nos llevaban a ninguna parte. Nos pasábamos dos meses encerrados en la casa, chupando calor y mirándonos las caras largas. En mi ciudad todo el año hacía calor, pero en junio y julio teníamos más tiempo libre para darnos cuenta. En diciembre también había vacaciones y calor, pero aparecía de la nada una brisa fresca que según decía miss Rosa, la profesora de Sociales, afectaba a todo el Caribe.

—¿Qué quieres desayunar, Caty? ¿Huevos revueltos? ¿Arepas? ¿Pancakes?

Me encantaban los desayunos. Yo quería comer desayuno todo el día: desayuno de almuerzo, desayuno de merienda, desayuno de comida.

—Me da igual —alcé los hombros. No quería ponérsela tan fácil: bien perversa que había estado castigándome por algo que al fin y al cabo era su culpa. Si no me estuvieran ocultando las cosas, yo no tendría ninguna necesidad de averiguarlas por mi cuenta. Ella sacó una sartén, la sentó en el fogón y le puso un trozo de mantequilla que empezó a derretirse.

—Nena, ¿no quieres invitar a alguna amiguita del colegio a que se pase unos días acá?

Eso sí que era ridículo. La mayoría de mis compañeras se iban de vacaciones a mitad de año. Iban a Estados Unidos y cuando entrábamos a clases era un tormento: se ponían a hablar de los *summer camps* donde las mandaban sus papás, y a mostrar las carpetas y marcadores y stickers que se habían comprado en alguna tienda gringa. Llegaban con ese olor a plástico nuevo, el mismo de las barbies (yo adoraba ese olor), y traían historias de novios que se llamaban Mike, Tommy o Sean. Esas historias eran las más dudosas, pero igual me daban rabia. Yo las oía en silencio, con la sonrisa tiesa y los cachetes calientes de ganas de llorar.

—¿Amaneciste muda?

Mi mamá me puso delante un plato de tostadas con mantequilla y mermelada, y en otro plato unos huevos revueltos. Después trajo una taza grande de chocolate y rellenó mi vaso de limonada. Ella se sirvió un pocillo de café, le puso dos cucharaditas de azúcar y revolvió. Probé el huevo, estaba exquisito. Igual, aparté el plato:

—Guácala —dije.

Mi mamá, que se había sentado frente a mí, apoyó el pocillo en el platito y resopló.

—Catalina, córtala ya. ¿Qué quieres que haga? ¿Que me arrodille y te pida perdón? Hiciste una cosa muy grosera en la casa de los Piñeres, y ni quiero empezar con la escenita de anoche frente al señor Ortega. Ese pobre hombre, con la vida tan desgraciada que ha tenido...

—¿A qué se dedica mi papá? —le pregunté.

Miré de reojo el plato con los huevos, me los quería tragar antes de que se enfriaran, pero no correspondía.

—¿Cómo? —mi mamá sorbió el café—. Qué pregunta más boba: es abogado.

—Oí lo que le dijiste a Melissa, que «él se había dedicado a eso toda la vida», que no sé qué y no sé cuánto...

—Culicagada chismosa, te voy a arrancar las orejas con mis propias manos y te las voy a hacer tragar —sacudió la cabeza.

Yo volví a mi plato, me comí los huevos en cucharadas grandes, después las tostadas y me empiné la taza de chocolate, que estaba caliente y me quemó la garganta. Mi mamá prendió un cigarrillo: lo había sacado de la canastita de mimbre, del centro de la mesa, donde los escondía para que Mery no se los robara. Mery no fumaba, pero mi mamá decía: «¿Para qué darle ideas?». Mi mamá tampoco fumaba, solo cuando estaba nerviosa o de mal humor.

—¿Entonces? —le dije.

Aspiró hondo y botó el humo. Tenía las uñas mal pintadas de color salmón: la mujer que se las arreglaba no venía desde hacía dos sábados, cuando cayó un aguacero y su casa se inundó.

—Es que con esa lengua tan larga que tienes no sé si puedo confiarte algo.

—Dime.

Volvió a fumar. Yo aproveché para tomar limonada. Estaba dulce y fría y compensó el ardor del chocolate.

—Tu papá, como bien sabes, es una persona especial, o sea, no es como el resto de nosotros...

Mi mamá hablaba mucho con las manos, las movía rápido, como los sordomudos en la televisión, y eso a veces mareaba a las personas. Yo estaba acostumbrada, así que trataba de no mirar más que su boca para no distraerme.

—... a ver, cómo decirte, él tiene algo así como unos poderes.

—¿Poderes?

—Sí.

—¿Qué poderes?

Frunció la boca:

—No sabría explicarte, unos que él usa para sanar a las personas que están mal, pero mal de adentro —ahí se dio unas palmaditas rápidas en el pecho.

—¿Pero qué poderes son?

Me miró pensativa, con la cabeza ladeada y el cigarrillo en los dedos. Por detrás, su cara se desarmaba por el efecto del humo y daba la sensación de que se estaba derritiendo.

—No sé —volvió a fumar—, cuando lo conocí yo no sabía nada, ni me imaginaba siquiera quién era tu papá. Después él mismo me explicó.

—¿Te explicó qué?

—Eso, ya te dije —dejó el cigarrillo en el cenicero, empezaba a fastidiarse.

—¿Pero es eso mismo que nos dijiste de Venus?

Los ojos se le encendieron.

—Mira, culicagada —alzó el dedo índice—, como vuelvas a repetir eso te voy a rajar la boca de una cachetada, ¿me oíste?

—Pero si tú misma nos dijiste que...

—¡Ya está! No se habla más del tema.

—... y era puro embuste —murmuré.

Me miró con furia y se paró. Me sacó la taza y el vaso y el plato, que yo todavía quería limpiar con una rodaja de pan. En la mesa solo quedó la colilla del cigarrillo, aplastada en el cenicero de Coca-Cola: uno que había venido de regalo en Navidad con dos botellas de litro.

Mi mamá era así, susceptible. Y se ofendía. O se hacía la ofendida, porque sabía que uno iba a ir a pedirle perdón y esa parte, la de perdonar, le encantaba. Era por las novelas que veía: en esas novelas ofenderse era como ser digno y elegante. El resto de la mañana, cada vez que me la tropecé, estiró el hocico de mala gana. Al mediodía alguien se obsesionó con llamar por teléfono a la casa: cuando uno alzaba el aparato y decía «aló», colgaban. O soplaban. O eructaban. O se peaban. O ponían una canción horrible de El Binomio de Oro. Eso la puso de peor humor.

Eugenia dijo que lo desconectáramos y mi mamá dijo que no: porque con lo «cachureta» que estaba mi abuela podía sentirse mal o necesitar urgentemente una pastilla y dónde iba a llamar. «¿A la farmacia?», dijo Eugenia, con la ceja irónica, pero mi mamá la ignoró.

A la tarde, después del almuerzo, decidí que saldría a montar bicicleta y fui por una cantimplora de agua para el camino. Antes de salir pensé que podría preguntarle a Isabel qué sabía ella de los poderes de mi papá. Ella debía tener una explicación más lógica y, si le insistía, quizá me contaría. Eugenia no. Eugenia era una amargada.

Las dos estaban en el patio lavándose el pelo: la ducha del baño tenía poca presión y ellas preferían usar la manguera. Se ponían el vestido de baño y se mudaban al patio con los champús. Esta vez se habían llevado a Gabito, que jugaba a matarlas con su pistola de agua.

—¿Isa? —la llamé desde la ventana de mi cuarto.

—Estoy ocupada —me dijo.

—Pero es urgente.

—Ahora no puedo —agachó la cabeza para sacarse el tratamiento.

Mis dos hermanas eran mucho más bonitas que yo, tenían nalgas y tetas y la barriga plana, y les encantaba ponerse ombligueras. Yo era un palillo. Odiaba ir a la playa o a la piscina porque todos me molestaban con ese chiste de la nadadora.

—¡Muérete, Caty! —Gabito me disparó con su pistola, pero el chorrito de agua no alcanzó la ventana. Yo ni me moví, me acodé en el marco y bostecé. Él siguió hasta que se le gastó toda el agua y puso cara de querer llorar.

—No seas mariquita —le dije yo.

Eugenia me torció los ojos y volvió a llenársela: le dijo que le disparara a ella. Gabito lo hizo y Eugenia se dobló toda, sacó la lengua y se quedó tiesa:

—Me dejaste parapléjica.

Gabito se partía de la risa.

Busqué mi bicicleta y salí. Esta vez no fui hacia el lado de la loma porque no quería encontrarme con los niños punk, mucho menos con el hijo de Ortega y esa hippie con la que andaba. Me fui a una casa que estaba en obra y que habían abandonado. Hacía como un año que no se veía a ningún obrero trabajando, pero estaba bastante avanzada y uno podía andar por adentro, llevarse un sánduche y el walkman y echarse a dormir en un rincón fresco. En las vacaciones de Semana Santa mi prima Betsy, de Medellín, había venido a visitarnos y yo la llevé allá. Nos pasábamos las tardes jugando al parqués. Dejé la bicicleta afuera, en el porche, y entré. Primero recorrí el piso de abajo, después subí las escaleras y entré al cuarto principal. Estaba oscuro porque no habían alcanzado a abrirle el hueco de la ventana, aunque ya lo habían dibujado en la pared. Me acosté en el piso, donde imaginé que habrían puesto una cama enorme con respaldo abullonado de satín fucsia, como la de Melissa Piñeres. Miré el techo.

Mi mamá duraba ofendida unos dos días, como mucho. Y ya habían pasado, así que seguro esa noche me hablaría. Pero recién era de mañana y ella había salido a visitar a mi abuela, que vivía en el Pie de la Popa. Mi abuela se había torcido un tobillo y no tenía quien le preparara ni una sopa miserable porque la muchacha («una india solapada que le había robado hasta las barritas del pelo») ahora sí se había largado del todo. Eso me había dicho por teléfono, cuando le contesté. Mi mamá se había llevado a Gabito y seguro que después iban a comer empanadas chinas. A mí ni me convidó.

Mi papá estaba en su oficina atendiendo una visita. No era un cliente sino una visita, eso había dicho Mery que él le dijo: «Tráele café a la visita, Mery». Yo me asomé por la puerta de la oficina, que estaba entreabierta, y vi a un señor que estaba bien vestido, pero tenía la cara opaca y mohosa.

—... y nos gustaría invitarlo, don Gabriel, a que participe en nuestro próximo Congreso de Ciencias Ocultas, que va a celebrarse en el mes de agosto en República Dominicana —decía.

Mi papá tomaba café despacito y al señor le saltaban los ojos de acá para allá, impacientes como grillos.

—Su testimonio —siguió el señor— nos será de muchísima ayuda para ampliar las miras de los más fundamentalistas... —recorrió las bibliotecas con la mirada y después dijo—: Veo que tiene mucha bibliografía al respecto.

—Yo tengo muchos libros de muchas cosas —dijo mi papá, seco.

—Sí, claro —el señor se acomodó el cuello de la camisa, que era marroncito claro, como él—. Usted es un ecléctico poco convencional, por eso nos interesa su participación.

—Déjeme pensarlo —dijo mi papá, y para el señor fue como si le acabaran de dar un premio.

La cara se le ensanchó con la sonrisa y hasta los cachetes se le colorearon un poco. Se levantó de la silla, mi papá también. En la puerta de la oficina le dio la mano, que así de lejos parecía blandita y fría. Después se fue.

Ciencias ocultas. Yo ni sabía qué era eso. Pensé: «Debe ser una de esas cosas malas que pueden gustarte». Me pasé un rato deambulando por la casa. Abría la nevera y volvía a cerrarla sin sacar nada: había un coliflor en un plato hondo que le daba olor a todo lo demás y eso me daba asco.

—¿Qué le pasa, niña Caty? —me dijo Mery en una de esas. Yo le dije:

—Que el coliflor me da asco.

Y ella fue, lo sacó y lo tiró a la caneca.

Después fui a sentarme en el pretil de la puerta de la casa para ver si pasaba la palenquera: quizá tenía patilla porque era la época. Pero todo lo que pasó fue un gato muy feo al que le faltaba pelo por todos lados; se metió en el lote de enfrente y salió con un pájaro muerto en la boca. Ese lote era puro monte, aunque todavía alcanzaba a verse un cartel de venta viejo y oxidado. «Condominio cerrado: vigilancia armada 24 horas», decía. Cuando lo pusieron yo pensé que iban a construir casas como la de los Piñeres, con piscina y parabólica: le dije a mi mamá que compraran un lote, pero ella dijo que ese era un terreno «mal habido» y vaya a saber qué clase de gente se iba a mudar allí. Pero nadie se mudó. Total, que

no sé si fue el día, que estaba nublado y húmedo, o el paisaje de esa calle polvorienta o la idea de que mi papá estuviera haciendo cosas malas lo que me dio como una angustia, como un dolor hondo en el pecho. Me levanté y fui al cuarto de las mellas.

—Éramos pocos y parió la puerca —dijo Eugenia, cuando me vio entrar.

Yo ni la miré, me senté en la cama donde estaba Isabel limándose las uñas. Las tenía pintadas de azul oscuro y parecía que al final de cada dedo se le hubiera pegado una mosca.

—¿Y a ti qué te pasa? —dijo.

—¿Qué son ciencias ocultas?

—Cómo voy a saber, si son ocultas.

—Bah —dijo Eugenia, metiche y criticona.

—Isa, ¿qué es lo que hace mi papá? —le pregunté, le supliqué. Ella apretó los labios y negó con la cabeza, haciéndose la misteriosa:

—Es un tema delicado —se paró de la cama y me pidió que estiráramos las sábanas. Eran blancas, de florecitas lila, hacían juego con el sobrecama, que era morado, y con las lámparas, que también eran moradas, pero con puntitos de colores: verdes, fucsias, amarillos. Para los quince años de las mellas mi mamá les había mandado a arreglar el cuarto: cambiaron las camas (las viejas nos las pasaron a Gabito y a mí), pintaron las paredes de beige con una cenefa lila y les pusieron un tocador precioso, hecho de madera marmolada. Allí era donde estaba Eugenia, pasándose el cepillo con la cabeza para abajo.

—¿Isa? —insistí.

Habíamos vuelto a la cama y ella se había distraído con la lima. La dejó en la mesita de noche, cruzó las manos sobre las piernas.

—¿Viste a toda esa gente que siempre está esperando afuera de la oficina?

—¿Los clientes? —dije yo; Isabel asintió.

—Pero no son clientes.

—¿Qué son?

—Son pacientes, mi papá los cura.

—... los cura de adentro —murmuré repitiendo la idiotez que me había dicho mi mamá.

—Es difícil de explicar...

—¿Qué es lo difícil? —dijo Eugenia. Ya había terminado de cepillarse y el pelo le había quedado como un bombín.

—Si me dejas terminar la frase, puedo decírtelo.

Eugenia estiró el hocico, se volvió al espejo y empezó a masajearse el tabique. Estaba acomplexada por su nariz: tenía el tabique un poquito abultado y había leído en una revista que con los masajes adecuados eso podía modificarse. Isabel siguió:

—Una vez, hace como dos años, le pregunté a una señora que estaba allá afuera que para qué buscaba a mi papá. Él tenía dolor de espalda y mi mamá me pidió que despachara a toda la gente, pero esa señora no se quería ir. Yo le insistí, hasta que me entregó un sobre que traía abrazado contra el pecho y me dijo: «Tesoro, dáselo inmediatamente a tu papá». Yo le dije que si era el expediente de su caso era mejor que le sacara una fotocopia y conservara el original. Porque eso le decía mi papá a todo el mundo.

—¿Y qué era? —pregunté.

A Isabel le gustaba contar cada cosa con muchos detalles y eso a veces me desesperaba. Ella vivía orgullosa de su memoria para acordarse hasta de los suspiros de una conversación ajena. Y después yo era la chismosa.

—La tipa me dijo: «Mira, linda, eso no es ningún expediente, es algo que él necesita esta misma noche para un viaje que va a hacer». Y a mí se me hizo raro porque mi papá no viajaba nunca, y menos así, de un momento para otro...

—¿Pero qué era? —insistí.

Además, Isabel tenía la manía de acomodar las historias de manera que en algún momento la gente tuviera que halagarla y dirigirse a ella con una deferencia que seguro no había existido.

—Según la tipa era un mapa. «Su hoja de ruta», dijo.

—Tú no me habías contado eso —dijo Eugenia, que ahora se amarraba el pelo en una cola alta. Isabel cerró y abrió los ojos despacio:

—No. Y si quieren que les cuente más no me interrumpen. Odio que me interrumpen porque pierdo el hilo.

—Bueno, Isa —dije yo—, sigue, ¿qué más dijo la señora?

—Eso: que mi papá se iba de viaje. Y yo le dije que no, que él no se iba para ninguna parte.

—¿Y para qué le dijiste eso? —preguntó Eugenia—, seguro que él le inventó lo del viaje para no atenderla.

Isabel bufó:

—¿Te quieres callar la boca?

Pero no se calló:

—Me parece muy mal que le des información sobre lo que hace o deja de hacer mi papá a una vieja que...

—¡Cállate! —gritó Isabel.

—Sigue, por favor, no le pongas atención —dije yo. Junté las manos como cuando uno reza y le rogué—: Sigue, Isa, porfa.

—No sé, ya me perdí... —se recostó en el espaldar y agarró la lima.

—Que le dijiste a la señora que mi papá no se iba de viaje —le dije—, ¿y ella qué te dijo?

Eugenia se había parado del tocador y ahora se acercaba a mi oreja:

—Sapa —y salió del cuarto.

En otro momento la habría correteado para pegarle un puño en la espalda.

—¿Entonces? —le dije a Isabel. Ella retomó:

—No recuerdo bien, pero dijo algo así como que ese sobre era urgente y que por favor no lo abriera porque podía ser peligroso. Y yo le dije que me estaba faltando al respeto, que no le iba a permitir que insinuara que yo le revisaba las cosas a mi papá. Y ella dijo que qué vergüenza y se tapó la boca con las manos: casi se puso a llorar. Me pidió disculpas, me dijo que estaba muy nerviosa y muy necesitada de la ayuda de mi papá y que por eso ese viaje era tan importante, que con ese viaje ella se iba a curar. La tipa era dale que dale con el tal viaje; al final me pareció que le faltaba un tornillo y le dije que bueno, que no se preocupara, que yo le iba a entregar ese sobre enseguida. Y se fue.

Isabel se quedó callada. Lo hacía a propósito. Los pies se me habían dormido: había pasado un siglo desde que arrancó con esa historia que iba a terminar en nada. Me dolía la mandíbula de apretar los dientes.

—¿Y qué pasó? —insistí.

—Pasó que lo abrí.

—¿Y qué era?

—No te puedo decir —se paró de la cama, se sentó en el tocador, agarró una revista y se puso a ojearla.

—Isa, dime, por favor.

—¿Qué me das a cambio?

—Lo que quieras.

—¿Segura?

—Sí.

—El afiche de Ricky.

—...

Isabel soltó una carcajada. Después dijo que quitara esa cara, que a ella le gustaban los hombres, no los «mariquitas». Yo respiré hondo, me paré de la cama, sentí un hormigueo en los pies. Me senté en el piso, al lado de ella:

—Dime, Isa, porfis.

Isabel dejó la revista a un lado y se aclaró la garganta:

—Era un mapa, pero no de Colombia ni de ningún país, sino de planetas.

—¿Planetas?

—Ajá.

—¿Como Venus?

Asintió. Sacó el secador de un cajón y lo conectó en la pared.

—¿Y qué pasó después? —pregunté—. ¿Le diste el sobre a mi papá? ¿Se fue a algún lado?

—Se lo di, sí. Y supongo que se fue a algún lado, aunque no salió de la casa —agarró un cepillo redondo y se enrolló la china.

—¿Cómo así?

—¿Viste eso que le pasó el otro día?

—¿Que se murió? —dije dudosa.

—Bueno, esa noche le pasó lo mismo —encendió el secador y lo acercó al cepillo.

—¿Y la señora?

Isabel no me oía. Le jalé la manga de la blusa y se le cayó el cepillo.

—Pero... —apagó el secador—. ¡No me jales! —chilló.

—¿Qué pasó con la señora? ¿Se curó?

Me miró con el ceño arrugado. Los pelos de la china, así revueltos como estaban, no la hacían ver muy bonita que digamos. Parecía como una ardilla, como un pájaro loco, como una escoba de palitos.

—Yo qué sé —negó con la cabeza—, Catalina, por favor, ¿a quién le importa la señora?

—¿Quieres postre, mi amor? —mi mamá traía una bandeja con un par de platitos servidos con pudín de naranja. Ya era de noche y yo estaba mirando *V: La batalla final* echada en el sillón de tres puestos. Agarré un platito y no le dije ni gracias. Después me recosté y estiré las piernas para ocuparlo todo. Mi mamá se sentó en la mecedora y miró la televisión.

—Uy, qué asqueroso —dijo.

Mike Donovan se estaba tragando un ratón como si fuera un confite.

—Hace calor, ¿no? —dijo después—, ¿quieres que prenda el ventilador, nena?

—Me da igual.

Fue y lo prendió. Cuando se acabó *V: La batalla final* pasaron un boletín informativo: que el presidente Gaviria se había ido a Caracas a negociar con la guerrilla; que en una semana, en Rusia, iban a elegir por primera vez a un presidente y que un señor que se llamaba Boris era el favorito. Yo pensé: «En Rusia todo el mundo se llama Boris».

Seguía *Dinastía*. *Dinastía* no me gustaba. Era viejísima, se notaba en todo: en la ropa, en los peinados, en ese maquillaje brillante que ya nadie usaba. Además, la buena era rubia y se la pasaba llorando; la mala era morena y se reía escandalosa. Una porquería, para eso ya estaban las novelas. La pasé. A mi mamá tampoco le gustaba *Dinastía*. O sea, a ella le encantaban las novelas, pero no gringas. Sus preferidas eran las venezolanas: había llorado a cántaros en el capítulo final de *Rubí rebelde*. Aunque ahora le decía a todo el mundo que la que más le gustaba era *Los Victorinos*: quedaba bien decir eso porque hasta el presidente la veía.

—Ay, deja en algún canal, nena, me tienes mareada...

¿Pero dónde iba a dejar? En el otro canal estaban dando *Romeo y Buseta*, otra porquería; en el canal tres, una discusión sobre la Constitución, todavía más aburrida. Y en Telecaribe no daban nada, había una foto de unas palmeras. Volví a *Dinastía* y ahí lo dejé. Me levanté con mi platito de pudín y ya iba para el cuarto cuando mi mamá me llamó:

—Caty, ven acá.

—¿Para qué?

—Que vengas.

Me acerqué:

—¿Qué?

—Quiero que sepas que todo este asunto de tu papá es muy delicado y no se puede ir comentando por ahí...

—Bueno.

—... muy delicado, especialmente ahora.

—¿Por qué ahora?

—Porque hay épocas de épocas.

—¿Cómo así?

—Y no es que sea nada malo lo que él hace, pero es raro y, a veces, las personas confunden lo raro con lo malo porque no entienden —me miró fijo, sin pestañear—. A Cristo, por ejemplo, lo crucificaron porque no lo entendieron, porque era raro; tú sabes eso, ¿no?

Asentí.

—¿Entiendes lo que te digo? —insistió ella.

—Sí.

Nunca supe qué fue lo que entendió mi mamá que yo había entendido, pero esa noche me convencí de que mi papá tenía poderes. Por eso lo consultaban personas importantes, como ese diputado. Mi papá debía ser como esos monjes misioneros de los que miss Adelaida nos había hablado una vez, que dedicaban la vida a ayudar a los otros, pero gratis. No como los médicos, que también ayudaban, pero cobraban caro. Muchas de mis compañeras del colegio eran hijas de médicos. Así cualquiera se iba de vacaciones a Estados Unidos. Yo era hija de un monje misionero. Mejor: yo era hija de alguien como Cristo. Y eso era más importante que irse a Estados Unidos. Lástima que no podía contárselo a nadie. Quizá a María Fernanda, que era discretísima, como una hormiga. Pensé en preguntarle eso a mi mamá, pero ella se había devuelto a *Dinastía* y se hacía la interesada:

—La morena tiene un aire a Caridad Canelón.

Me fui al cuarto y tardé en dormirme. Estaba contenta de que mi papá tuviera poderes, pero también me impresionaba. Estuve un rato tratando de imaginar qué más poderes, aparte de morirse y resucitar, tendría mi papá. Porque si uno lo veía por ahí, haciendo una diligencia en el centro o sentado en la mecedora de la terraza oyendo la radio (cabeceando de sueño, buscando desnucarse),

jamás pensaría que mi papá tenía poderes de nada. Mi papá era así: un señor mediano y macizo. Ni gordo ni flaco: macizo. Cuando salía se encajaba bien la camisa en el pantalón y quedaba apretado como una compota. Y se ponía un cinturón negro y delgado que no le pegaba con nada. Además, tenía unos lentes de montura verde que se le caían a cada rato y se le rompían y casi siempre una de las patas iba agarrada con gutapercha. ¿Quién iba a pensar que tenía poderes?

Esa noche, cuando ya me estaba quedando dormida, se me vinieron a la cabeza cosas que ya no tenían que ver con los poderes de mi papá. Disparates. Como que cuando fuera grande y tuviera hijos les iba a poner nombres muy cortitos a todos, no como nosotros que teníamos nombres dobles y largos y cuando tocaba llamarnos a los cuatro se demoraban una eternidad: «Isabel Sofía, Eugenia Margarita, Catalina del Jesús y Gabriel Jerónimo, vengan a comer». Antes de cerrar los ojos miré por la ventana: había una luna grande y mordisqueada. Mery decía que si la luz de la luna te pegaba durante mucho tiempo sobre los párpados cerrados te dejaba ciega. Por eso había que dormirse dándole la espalda.

A la mañana siguiente, después de desayunar, llené la cantimplora de jugo de lulo y la metí en el bolso. Cuando salía de la cocina, me tropecé con mi papá, que traía su termo de café en la mano:

—Buen día, mi amor —y me despelucó el copete.

Yo me quedé tiesa, sentí que el corazón se me paraba del susto.

—¿A dónde vas? —me preguntó.

Tragué saliva. Bajé la cara porque no sabía cómo mirarlo y me encontré con las chancletas Panam que se ponía para estar en la casa.

—A montar bicicleta —murmuré.

—¿A qué?

Mi papá no se cortaba las uñas de los pies, y ya no parecían uñas sino garras. Mi mamá a veces lo convencía de cortárselas, pero estaban tan duras que se rompía el cortaúñas. Cuando se tenía que poner zapatos sufría, por eso usaba, sobre todo, abuelitos de algodón.

—¿Se te perdió un arito? —dijo mirando el piso, igual que yo.

Y justo entró Gabito con su miniteclado eléctrico: se lo había dado mi abuela el día anterior porque le debía el regalo de cumpleaños. Llevaba lo que iba del día haciendo ruido con eso.

—Oye esto, papi —y apretó unos botones que soltaron un ruido metálico, como un grito de delfín.

—Muy original —dijo él, y puso a calentar la ollita del café.

Aproveché para salir rápido de ahí y se me dio por asomarme al pasillo de la oficina: la puerta estaba abierta. Entré y me quedé parada en el medio, mirando alrededor sin saber qué hacer. ¿Qué podía hacer? Había entrado mil veces a ese lugar y nunca se me había dado por mirar nada. Olía a cigarrillo y a polvo, de tanto libro que había: todas las paredes eran bibliotecas. Mi papá no dejaba que Mery le hiciera el aseo ahí porque le dejaba todo patas para arriba. «Pero ya está todo patas para arriba», le decía mi mamá y él decía «¿te parece?», como pensando en otra cosa. Y ella se quedaba callada. Pero cuando nos decía a nosotros que éramos desordenados, y nosotros tratábamos de contestarle que mi papá también, ella se adelantaba diciendo que había gente a la que le estaba permitido el desorden por una cuestión de equilibrio: «Algún defecto hay que tener». En cambio nosotros, que éramos unos culicagados defectuosos, estábamos obligados a esmerarnos.

El escritorio donde trabajaba mi papá era un mamotreto lleno de papeles, carpetas, una máquina de escribir viejísima y un teléfono negro. También había un cenicero enorme repleto de colillas. Ese era otro de los temas de mi mamá y mi papá: ella le decía que fumaba mucho, y él le decía que no, que solo fumaba cuando estaba en la oficina. Pero mi papá se pasaba todo el día en la oficina. En un estante alto de la biblioteca había un portarretrato con una foto de mi mamá en color sepia, mirando de reojo. En otro estante había un Cristo y en otro una figura de bronce: era como una escultura de dos compases abiertos de patas, uno hacia arriba y otro hacia abajo. Las patas se cruzaban y en el hueco del medio había una letra ge. De Gabriel, pensé.

Afuera sonó el teléfono y Mery contestó:

—Aló... Aló... Aló... ¡Busque oficio, no joda!

Gabito se reía. Pensé que mi papá estaría por volver a la oficina, así que estiré el brazo, agarré un libro de la biblioteca y salí rápido por la puerta que daba a la calle, donde esperaban los pacientes. Me llamó la atención una señora morena que tenía a un niño chiquito sobre las piernas con unos lentes culo de botella: se le veían los ojos gigantes en su cara diminuta. Quise preguntarle a la señora qué le pasaba al niño, si estaba medio ciego o qué, pero vaya a saber si se enojaba. La camioneta no estaba porque mi mamá se había ido al mercado. Las mellas estaban en la playa con unas amigas.

Seguí hasta la acera y miré a los lados: una nube de tierra amarillenta se levantaba del suelo. Debía haber pasado una moto. No quise entrar a la casa a buscar la bicicleta porque si mi papá me descubría con el libro en la mano no iba a saber qué decirle. Eché a caminar hacia la casa abandonada.

Además del olor a encierro que había siempre, la casa abandonada olía a otra cosa que no pude distinguir. Me fui al patio: era un terrenito seco, sin pasto, solo tierra dura y piedra caliza. En una esquina había un palo de tamarindo moribundo.

Abrí en el suelo un mantel que había llevado en el bolso y desempaqué un paquete de galletas Oreo, una manzana, la cantimplora y el walkman. Saqué también el libro de mi papá, que se llamaba *Los siete principios*.

—Ey —oí a mis espaldas y pegué un brinco del susto. Era Aníbal, el hijo del señor Ortega; la hippie venía detrás cargando unas bolsas plásticas:

—Quihubo —sonrió, y siguió de largo hacia la cocina. Tenía puesto un vestido corto de tela hindú y se le veía todo: los calzones, el brasier, las várices.

—¿Vives acá? —le pregunté a Aníbal, que estaba tratando de encender un cigarrillo.

Y me olió como a pollo. Era el mismo olor que había dentro de la casa. Marihuana, pensé, aunque era la primera vez que veía un porro.

—Sí, ¿tú también?

Yo negué con la cabeza, enérgica. ¿Por qué iba a vivir allí?

—Uh, perdón —Aníbal se rio como en cámara lenta y después tosió—, me olvidaba de que eras una niñita de papi y mami.

No dije nada, me tenía sin cuidado lo que pensara de mí un hippie marihuanero. La hippie salió con su mochila y con una bolsa de papas fritas; masticaba con la boca abierta como un caballo. Le ofreció papas a Aníbal, él dijo que no. Levanté mis cosas del piso y las guardé otra vez en el bolso.

—¿Quieres? —la hippie me ofrecía papas fritas y a mí me encantaban, pero me dio asco meter la mano donde recién la había metido ella, que olía horrible: tenía el pelo empegotado en el cráneo, como si llevara años sin lavárselo.

—No, gracias —dije.

Ella alzó los hombros y salió de la casa.

—¿A dónde va? —pregunté, abrazada a mi bolso. Aníbal me dijo que iba a verse con una amiga que le debía una plata porque esa misma tarde se iban de viaje a comprar unas semillas para hacer unos collares «bien coletos». Me mostró uno que él tenía puesto:

—¿Te gustan?

Me pareció inmundo.

—¿A dónde se van de viaje?

—A Maicao.

Aníbal se echó en el suelo del patio, bocarriba, el pelo estirado por encima de la cabeza, como una cresta. Me dijo que me sentara a su lado. Yo le dije que mejor me iba.

—Ven, no seas bobita, no te voy a hacer nada, si yo conozco a tu papá.

¿Y eso qué tenía que ver? Entonces fue cuando sospeché que Aníbal debía saber lo de los poderes. ¿Si no por qué iba a estarle agradecido, por qué lo recordaba tanto? Porque mi papá lo había curado. Yo todavía me acordaba del doctor Lefrán, que hacía años me había curado de unas mazamorras que me salían en los pies. Me senté, pero no tan cerca, y abracé más fuerte el bolso.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó.

—Voy a cumplir doce.

—¿Cuándo?

—Ya casi —era mentira, todavía faltaban ocho meses.

—Estás muy flaquita, pareces menor.

Me dio rabia, pero no dije nada.

—¿Qué leías? —preguntó.

—Nada.

Aníbal chupó el porro.

—El señor Ortega estuvo buscándote en mi casa —le dije.

—Ya sé, perdón, no quería meterte en un lío —soltó el humo.

—¿Vas a volver a tu casa?

—No.

—¿Vas a quedarte a vivir acá?

—No, estoy de paso.

—¿Vas a vivir en Maicao?

—No.

—Ya.

—¿Le diste mis saludos a tu papá?

—No.

Aníbal se rio. No veía qué le daba risa.

—Es un genio tu viejo, ¿eh?

No me gustaba que le dijeran viejo a mi papá.

—¿Por qué lo dices? —le pregunté.

—¿Por qué digo qué?

—Lo de «mi viejo».

Aníbal levantó la espalda, se apoyó en los codos hacia atrás y respiró hondo:

—¿Cómo está Isabel?

—¿Mi hermana?

—Sí.

Alcé los hombros:

—No sé.

Asintió lento. Todo lo hacía lento. Miró al cielo: el sol estaba justo encima de nosotros. Debía ser mediodía. No soplaba brisa. Aníbal bajó la cara y dijo algo sobre el iris resistente de los gatos.

—¿Qué? —dije yo.

Y él ya no dijo nada. El pelo largo le caía sobre los hombros en mitades iguales. Tenía los ojos grandes y marrones, las pestañas rizadas y la nariz recta y fina. La piel debía ser blanca, pero tanto sol se la había puesto de un color café con leche. Pensé: «Si se bañara, sería hermoso».

—¿Te gusta el parqués? —me preguntó.

Pensé: «Sería igual a Ricky».

Asentí. Se levantó, entró a la casa y vino con el mismo tablero que usábamos Betsy y yo en Semana Santa. Lo habíamos dejado

ahí, ya ni me acordaba. Él se pidió las fichas verdes y yo las amarillas.

A la noche vino a la casa un amigo de la familia. Se llamaba Orlando, pero todo el mundo le decía el Míster porque era muy blanco y muy rubio, y en mi ciudad eso era lo mismo que ser gringo. El Míster había sido el mejor amigo de mi papá durante muchos años. De jóvenes, nos contó una vez, mi papá y él habían sido socialistas: «Como el Che, pero más pintones», había dicho. Después se pelearon por un tiempo porque mi papá no quiso ser más socialista y se inscribió en el Partido Conservador. Al Míster el Partido Conservador le parecía una porquería. Y el Partido Liberal también. Y ya tampoco era socialista, pero por razones distintas a las de mi papá, eso decía. Con el tiempo el Míster se había convertido en una especie de tío que nos traía regalos baratos pero divertidos, y pasaba a vernos incluso si mi papá no estaba. O a veces mi papá sí estaba, pero ocupado en la oficina, y el Míster de todas formas se quedaba. A todos nos gustaba el Míster porque echaba chistes y porque nos hacía hamburguesas y perros calientes bañados en salsas que mi mamá nos tenía prohibidas. «Manchatripa», les decía ella, y el Míster la remedaba, agarraba la bolsa de las hamburguesas con la punta de los dedos, caminaba meneando las caderas y chillaba como una mujer: «¡Traigo manchatripa para los niños!». Pero esta vez no había traído hamburguesas, sino unos plátanos verdes con los que hizo patacones:

—Mmm, sublime.

Eugenia debía haber aprendido esa palabra hacía poco porque últimamente no paraba de repetirla. Y la usaba no solo para referirse a la comida, sino a la ropa, a un peinado, a un actor de la televisión, a cualquier cosa.

El Míster había contado unos chistes que a mi mamá no le gustaron nada: «¡Te voy a lavar esa boca con lejía!», le había dicho. Después se embarcó en un cuento larguísimo que me tenía bostezando.

—... y el médico le entregó al hombre un almohadón con una oreja y le dijo: «Este es su hijo, señor». El hombre, bañado en lágrimas, se acercó a la oreja y susurró: «Hola, hijito». Y el médico le dijo: «No señor, lo siento, es sordo».

Y soltó una risotada que los demás seguimos, aunque, al menos a mí, no me había parecido tan gracioso. Se vio que a Gabito tampoco y no sé si a las mellas, pero creo que al final todos nos reímos más de la risa del Míster que del chiste. Hasta mi papá, que normalmente se iba a su oficina después de comer, se quedó en la mesa celebrándole el cuento.

Al rato, ya cuando Gabito estaba bostezando y aplastaba un pedazo de queso dentro de su vaso de Coca-Cola, el Míster se puso a hablar de política y yo no entendí más nada. El Míster decía que Pablo Escobar era el único político honesto que había parido este país de ladrones, que porque él sí repartió la plata entre su gente, no como los otros, que les habían regalado el país entero a los gringos. Y que, aunque pasara la ley de no extradición, él esperaba que don Pablo no se entregara nunca, que le hiciera pistola al presidente Gaviria y que después agarrara esa Constitución de porquería y se tomara una foto limpiándose el...

—¡Estamos en la mesa, carajo! —ahí mi mamá se metió.

Pero entre una cosa y otra, el Míster se las arregló para decir muchas veces la palabra *culo* y la palabra *mierda* y las palabras *hijueputa malparido*, que de su boca salían siempre juntas. Después fue por una cerveza a la cocina, volvió a la mesa y dijo:

—Apuesto mi vida a que don Pablo no se entrega —y se empinó la cerveza.

Mi papá se rio despacito:

—Te doy dos semanas como mucho —dijo.

El Míster se tragó un buche difícil y lo miró como si le creyera.

Después siguió:

—Ahora, otra cosa: ¿cómo es posible que la Constitución de este país la esté escribiendo un godo corrupto?

Mi papá volvió a contestarle, pero como desganado:

—Álvaro Gómez es un tipo honesto, además...

—¡Es un hijueputa malparido! —lo interrumpió el Míster.

—... además —repitió mi papá, sin perder la calma—, él no la está escribiendo solo.

El Míster se tomó otro trago de su cerveza y dijo:

—Claro, tú qué vas a decir, si eres tan godo como él.

—Cálmate, Míster —dijo mi mamá—, llevemos la fiesta en paz. — Y les pidió a las mellas que la ayudaran a levantar la mesa, aunque en el plato del Míster todavía quedaba un patacón al que yo quería echarle mano hacía rato.

—Catalina, lleva a Gabito a la cama que se está cayendo del sueño —me dijo a mí y yo me quejé, pero ella me despepitó los ojos —: ya.

Levanté a Gabito por un brazo, lo arrastré hasta el cuarto y apenas vio su cama cayó rendido. El cuarto estaba hirviendo. Encendí el ventilador que lo que hizo fue revolver todo ese aire

caliente. Lo mejor era abrir la ventana para que circulara, pero si me ponía a hacer eso ahora me perdía la pelea, así que regresé.

—... Álvaro Gómez es un godo corrupto que te quiere usar de marioneta —seguía el Míster.

Mi papá bostezó y empezó a levantarse:

—Bueno, Míster, ya estuvo bueno por hoy, vamos a recogernos.

—¡Que no! —el Míster gritó tan fuerte que mi mamá pegó un brinquito y se llevó la mano al corazón.

Yo sabía de Álvaro Gómez lo que salía en los noticieros y lo que nos habían dicho en el colegio cuando nos hablaron de la nueva Constitución. Pero también sabía otra cosa: la abuela me había contado el año pasado, cuando Álvaro Gómez se había lanzado a la presidencia, que hacía muchos años él había estado con mi papá en un grupo de señores que se reunían en Barranquilla a pensar cosas. «¿Qué cosas?», le pregunté, pero la abuela no sabía. Cuando le pregunté a mi mamá, se molestó: «Qué cosas ni qué cosas».

—Te lo tengo dicho, Míster —mi papá tenía las manos apoyadas en la mesa, el cuerpo inclinado hacia delante, y encaraba al Míster —, que si te sigues comportando como un animalito salvaje no vas a poder volver a esta casa —mi papá le decía lo que le decía al Míster, pero sonaba como si le dijera «tus patacones son una delicia, querido amigo»—. Es que me asustas a las niñas, míralas cómo están: todas encogidas.

El Míster se volvió a mirarnos: estábamos de pie, con los brazos cruzados, cerca de mi mamá, que seguía limpiando migas inexistentes en la mesa. El Míster tenía la cara encendida: sus cejas desteñidas se notaban más cuando la piel se le coloreaba. Suspiró, sacó un cigarrillo del bolsillo de su camisa floreada, a la que le faltaban varios botones, y se lo puso en la boca.

—En mi casa no se fuma eso, Míster —dijo mi papá en el mismo tono de antes.

Entonces vi que el cigarrillo del Míster era un porro, como el de Aníbal. Y me pregunté si el Míster siempre habría fumado lo mismo, pero recién ahora me daba cuenta. Mi mamá otras veces había salido a fumar con él. Se me enfrió la barriga de pensar que ella también fuera marihuanera.

El Míster negó con la cabeza y se rio despacito.

—Mojigato —susurró.

Se levantó de la mesa y mientras salía de la casa murmuró más cosas: «Godo pendejo, doble cara, maricón...».

El resto de esa semana mi papá se encerró en su oficina. No era la primera vez. Cuando tenía mucho trabajo allí dormía y allí comía y no se bañaba porque en el bañito de su oficina no había ducha. Se había encerrado el jueves, el día de la pelea con el Míster. El viernes por la tarde, como no salía, me asomé a la puerta para ver si había pacientes esperándolo. Había tres hombres.

Ya yo llevaba leída una parte del libro de los siete principios y quería hacerle unas preguntas, pero no podía. Primero, porque estaba encerrado. Segundo, porque yo le había sacado ese libro sin permiso y quizá se molestaba.

No era que no entendiera el libro, solo que decía cosas que nunca había oído. Por ejemplo, decía que la mente creaba realidades, o sea, que si uno pensaba una cosa con mucha intensidad, esa cosa se hacía real. Se llamaba pensamiento creativo y no servía para lo material, lo que me parecía injusto. De todas formas no era fácil hacer eso; yo me había pasado el día entero pensando que iba a tropezarme con mi papá en un pasillo y que le iba a preguntar: «¿Papi, qué es godo?». Y él me iba a decir: «Un invento del Míster». Y eso era algo muy simple, pero no ocurría.

El sábado volvió el mudo del teléfono. Yo contesté un par de veces y en una de esas oí una risita que se me hizo familiar.

—¡Cecilia! —le grité—, ¡negrita de mierda!

—¿Quién es Cecilia? —me preguntó Isabel.

Tenía puestos unos lentes de mosca y un top amarillo. Estaba por irse a un cumpleaños en una finca con Eugenia. Yo le expliqué que

era la vecinita latosa que venía a merendar, y que estaba en Sincelejo.

—Pobre —dijo—, Sincelejo es aburridísimo —aunque ella nunca había ido.

El teléfono siguió sonando. La televisión estaba saliendo con mucha lluvia. Gabito estaba en su clase de béisbol con mi mamá y yo estaba horriblemente aburrida, así que se me ocurrió ir a visitar a Aníbal. Ya debían haber vuelto de Maicao. Quizá ya le podía hablar de los poderes de mi papá y hasta del libro de los siete principios, porque ahora le tenía más confianza. Me bañé y empaqué en unos tupperes las sobras que encontré en la nevera: a leguas se veía que ni Aníbal ni la hippie comían bien. De la despensa saqué galletas dulces y unas cajitas de Choco Krispis. Dejé una nota en la libreta de las compras avisando que me iba. Cuando salí de la casa pasé cerca de los pacientes y ninguno se volteó a mirarme. Estaban como idos, como pensando en yo qué sé. Y ahí estaba otra vez la señora morena con el niño de lentes. Como ya nos habíamos visto, le hablé:

—¿El niño no ve bien? —le pregunté.

Y ella me dijo:

—El niño ve perfecto.

—¿Ah, sí?

Y como no dijo más nada, me fui.

Aníbal y la hippie me recibieron como una reina: lo que les llevé les pareció un banquete. Era una ensalada de remolacha con papas y un resto de carne desmechada con arroz. Pero después de comerse todo eso me dijeron que tenían que salir y a mí me parecieron muy maleducados. Ni siquiera se ofrecieron a lavar los tupperes. Después pensé que debían tener mucho que hacer porque

la casa estaba despelotada: por todos lados había cajas con camisetas y jeans embolsados. Todo nuevecito, pero de imitación. Antes de irme les pregunté que para qué era eso y la hippie me dijo: «La curiosidad mató al gato». Yo levanté mis tupperes.

—Hasta luego.

Me acompañaron a la puerta.

—Ven mañana y trae desayuno —dijo la hippie y guiñó un ojo.

—Mañana es domingo —dije—, no puedo venir.

Aníbal había prendido un porro y se reía de nada.

—¿Por qué? —dijo la hippie.

—Porque voy a misa.

Afuera el sol estaba picantísimo, cuando pisé la acera de la casa abandonada me pareció que me zambullía en una olla de presión. Caminé rápido un par de cuadras; los árboles estaban ralos porque hacía mucho que no llovía. Cuando iba a doblar por mi cuadra vi que en la parada del jeep colectivo estaba la mamá de Cecilia con su traje blanco de enfermera. Me saludó de lejos. Pensé: «Ahora va a saber quién es su hija». La mamá de Cecilia era una señora flaca como un palo, con la piel reseca pegada a los huesos. Me acerqué, ella se sonrió:

—Qué grande estás, Catalina. ¿Cómo está tu hermanito?

—Bien.

—¿Y tus papás?

—Bien.

—¡Qué bueno!

No sabía cómo decirle que su hija era una loca.

—¿Y Cecilia sigue en Sincelejo? —pregunté.

—¿Sincelejo?

—Con el papá.

Se quedó callada mirándome fijo, y el ceño se le fue arrugando de a poco hasta que la cara entera se le frunció. Yo no sabía por qué hacía esas muecas, pero me hizo pensar otra vez en el libro de los siete principios. El principio de La correspondencia decía: «Como adentro es afuera y como afuera es adentro». Y quizá no tenía nada que ver con la mamá de Cecilia, pero me lo recordaba porque esa señora estaba haciendo una cara muy extraña que debía reflejar todo lo extraño que había dentro de ella: imaginé sus venas arrugadas, su corazón encogido, su barriga aplastada contra las costillas. Todo fruncido y confundido. El libro también decía que cuando a una persona se le hacía una pregunta y miraba a la derecha estaba inventando una respuesta, y si miraba a la izquierda estaba recordando algo que hizo. Por ahora, la mamá de Cecilia solo me miraba a mí. Yo esperaba que mirara a la derecha porque eso quería decir que ella sabía muy bien que la loca de su hija estaba obsesionada con llamar a mi casa. Pero la mamá de Cecilia miró al piso:

—No, nena —dijo—, Cecilia no tiene papá.

Y a mí me dio vergüenza. Y también me dio tristeza. Me sequé el sudor de la cara con la manga de la blusa.

—Me tengo que ir —dije.

—Hasta luego, Catalina, saludos por tu casa.

Doblé por la esquina y caminé la cuadra que faltaba mirando mi sombra en el piso, para que el sol no me encandilara. Cuando llegué a la casa había un solo paciente esperando afuera, se veía abombado por el calor. Del otro lado estaba el señor Ortega pintando de color terracota los maceteros de la entrada. Daba unos brochazos tan torpes que hacían que la pintura fuera a parar casi

toda a los periódicos que cubrían el piso y a su camisilla blanca. Los maceteros iban quedando veteados.

—Buen día, niña —me dijo; sudaba a chorros, olía a ron.

—Buen día.

Entré. La casa estaba oscura. Mi papá seguía encerrado.

A las ocho y media del lunes me desperté sudando como un boxeador. Gabito no estaba en su cama. Me paré y me fui a bañar. Después fui a la cocina, me serví unas Zucaritas. Mi mamá y mi papá habían salido al banco a cobrar lo de la jubilación, según decía una nota en la nevera. Las mellas dormían. Me asomé al patio: Mery estaba lavando ropa en la batea y Gabito le daba un concierto con su tecladito eléctrico.

—Tócate un vallenato —le decía ella; pero a él no le salía.

—Mery —le dije—, voy a montar bicicleta.

—Bueno, niña.

Volví a la cocina, llené los tupperes de sobras y me fui a la casa abandonada. Cuando llegué, otra vez sudaba. Aníbal se acababa de bañar: estaba sin camisa, era la primera vez que olía a jabón. El pelo mojado le llegaba hasta la cintura, pero se lo había enrollado a la altura de la nuca y pude ver que en la espalda tenía un tatuaje. Ricky también tenía un tatuaje: un corazón con alas en el hombro izquierdo.

El tatuaje de Aníbal era una frase que le empezaba en el cuello y le terminaba en el huesito del ñango: «Suerte es el nombre que se le da a una ley no conocida». Le pregunté qué era eso.

—La frase de un sabio —dijo.

En la sala ya no estaban las cajas del sábado. Pero estaba la hippie sentada en el medio, como un bulto, rodeada de hilos de nailon y pepitas de colores: enhebraba unos collares para vender. Por eso, esta vez tampoco pude preguntarle a Aníbal sobre mi papá.

Para que la hippie terminara rápido se me ocurrió decirle que la ayudaba: ella me enseñó a enhebrar las pepitas y me dejó que combinara los colores a mi gusto. No había que ser un genio para hacer eso, aprendí enseguida y hasta terminé antes que ella mi primer collar. Cuando se lo mostré dijo: «Eres muy clásica para mi clientela». Pero igual se lo embolsilló y me dio más hilo y más pepitas.

Después vi que el problema de la hippie era que se demoraba mucho eligiendo los colores de las pepitas, a veces hasta desarmaba un collar ya terminado porque no le gustaba el resultado. Yo no entendía cómo era que no le gustaba el resultado si ella misma lo había hecho quedar así. Decía: «Esto no tiene alma» y cosas por el estilo. El otro problema de la hippie era lo de siempre, ese olor que tenía: era como el del tanque de basura los días que Mery hacía jugo de naranja. En el rato que trabajé con la hippie tuve que aguantar la respiración porque si no me mareaba. Pero no respirar me daba dolor de cabeza y al final me tocó tomar aire por la boca.

Aníbal siguió todo ese rato en el patio, descamisado. En un momento se amarro el pelo en un moño alto, como de bailarina de ballet, y se tiró al piso: hizo flexiones de brazos con un porro entre los dientes. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... Yo se las contaba en la cabeza.

—¿Te gusta? —me preguntó la hippie.

Me volví a mirarla: sostenía un collar en las manos. Pepitas amarillas, verdes, rojas, negras. Inmundo.

—Está bonito —dije.

Y la hippie dijo:

—No, está precioso.

Y después dijo que al día siguiente empezaría a venderlos en la playa de Bocagrande.

Fui a la casa abandonada todos los días de esa semana. La tercera vez que vacié la nevera de sobras, mi mamá notó la falta, pero le echó la culpa a Mery:

—No la saco a patadas porque solo es comida —decía—, pero detesto las malas mañas.

Yo llegaba a la casa abandonada a las nueve y me iba a las doce para almorzar. A veces regresaba a las dos y me volvía a ir a las cuatro o a las cinco y alguna vez hasta a las seis. A mi mamá le decía que había estado montando bicicleta.

—¿Todo el día? —preguntaba ella, quisquillosa.

Y yo que sí, y que a veces iba a la casa de Cecilia a jugar a los naipes.

—¿No estaba en Sincelejo?

A mí ni siquiera me gustaban los naipes.

—Ya volvió.

Y que a veces me paraba en el bosquecito a descansar y me quedaba dormida. Un par de tardes le dije que la señora Nilse me vio pasar y me dio merienda.

—¿Qué te dio?

—Pandebono con Milo.

Como nadie hablaba con esa señora, mi mamá no tenía manera de comprobarlo.

De los desayunos, a Aníbal le gustaba más lo dulce, como a mí. Y su comida preferida, me dijo un día, era la hamburguesa. Yo le dije que la mía también, aunque en realidad me gustaba más la pizza. La hippie no debía tener comida preferida. Ella vaciaba los tupperts en un plato hondo y mezclaba la comida (tortilla de papa,

berenjenas apanadas, hígado encebollado, salpicón de bagre) y se tomaba el café con leche directo de la cantimplora. Después se levantaba con la barriga inflada, se limpiaba las manos en la falda del vestido y se iba a vender sus collares sin siquiera lavarse los dientes.

—¡*Arrivederci*, mis amores! —nos decía.

Según ella hablaba un italiano perfecto. Aníbal me había contado que él la había conocido vendiendo collares en la playa de Bocagrande, y como por ahí pasaba mucho turista extranjero, la hippie había aprendido idiomas. Aníbal también me había contado otras cosas: que el lugar más bonito que conocía era el Cabo de la Vela; allí había vivido con unos indios que le enseñaron a cantar en wayúu, y así se mantuvo en una época, cantando en wayúu para las excursiones de extranjeros que pasaban por La Guajira.

—La Guajira es otro planeta —dijo.

—¿Qué planeta?

—El de *La guerra de las galaxias*.

Y se quedó callado un rato largo, mirando lejos, hasta que yo también me aburrí y me fui. Pero cuando llegué a mi casa me aburrí más: las mellas dormían porque estaban trasnochadas, Gabito y mi mamá habían salido a comprar comida y mi papá estaba leyendo en su oficina. Le dije a Mery que me preparara un sánduche y me lo comí en la mesa de la cocina mirando por la ventana. Empezaba a oscurecer. Todavía no había estrellas en el cielo, pero la calle estaba llena de luciérnagas.

Una mañana, sin más, le pregunté a Aníbal:

—¿Mi papá te curó?

Pero él no contestó. Estábamos sentados bajo el palo de tamarindo, que estaba seco y ya no daba sombra. Aníbal había estado hablando de varias cosas: de la soledad, de la muerte, de Santa Marta. Dijo que cuando fuera viejo quería instalarse allá.

—¿Por qué?

Dizque porque allá no se estaba tan aislado.

—¿Y dónde sí?

—Un viejo no puede estar aislado, Catalina.

—¿Acá se está aislado?

—Nadie quiere morir solo.

—¿Y cómo, si no?

«Morirse acompañado», pensé, y en mi cabeza se amontonaron las preguntas. Imaginé a Aníbal y a la hippie tomados de la mano lanzándose por un precipicio.

Después pensé en mi abuela, que era de Santa Marta y se había muerto sola. Mi mamá siempre contaba esa historia: que la mamá de mi papá (que se llamaba Catalina, como yo) había sido una mujer muy bella y muy amarga, que se había ido consumiendo en una cama, acumulando bilis y verrugas. Al final la habían abandonado hasta las sirvientas porque les daba miedo mirarle la cara.

—Que el diablo me lleve antes de que el cuerpo me venza —dijo Aníbal meneando la cabeza, como espantando mosquitos. Tenía

tufo a ron. Debían ser las once. La hippie ni se había asomado esa mañana. Por la tarde nos pasamos a la sala. Almorzamos un salchichón y un pedazo de pan que había quedado del día anterior. Yo estaba sentada en el piso, Aníbal estaba echado bocarriba: tenía un porro entre los dientes y tarareaba unas canciones que yo no me sabía. Después dijo:

—Tu papá no me curó, me salvó.

—¿Te salvó?

—Me salvó de cuerpo y de alma.

—¿Cómo?

Suspiró hondo, se acomodó de lado y me miró:

—¿Sabes qué, Catalina? Tu papá me salvó de cuerpo y de alma.

A veces hacía eso: repetía cosas que acababa de decir como si fueran ocurrencias. Una vez me había dicho: «La locura es hacer lo mismo una y otra vez y esperar resultados diferentes». Y después, cuando ya ni venía al caso, se puso la mano en la barbilla y arrugó la frente: «¿Sabes qué es la locura, Catalina?». Obvio que sabía. Y él: «La locura es hacer lo mismo una y otra vez y esperar resultados diferentes». Así como mil veces.

Ahora hacía lo mismo: me echaba esa frase que acababa de decir con la historia de un mago ciego y un niño aprendiz, que ya me tenía bostezando. Él ni se daba cuenta, yo habría podido tener un ataque de epilepsia delante suyo, que igual no se enteraba.

—¿Pero qué tiene que ver mi papá con todo eso?

Se quedó callado. Se sentó, se puso a armar otro porro. Tenía la marihuana en una bolsita mugrienta y los papelitos en una caja de fósforos con el dibujo de un indio:

—Tu papá me mostró mi pasado, me hizo mirar en un espejo todo lo que tenía detrás, y resultó que era lo mismo que tenía por delante

—lamió el papelito y lo envolvió; me daba asco cuando hacía eso—.
Tu papá me dijo que mi única salvación era romper ese espejo.

Prendió el porro y volvió a acostarse. ¿De qué espejo hablaba?

—¿Qué espejo?

—Romper con mi karma, con mi destino trágico.

En el libro de los siete principios hablaban del karma, que era lo que se arrastraba en el alma durante varias vidas. Las almas viejas arrastraban karmas pesadísimos que eran difíciles de romper. A lo mejor Aníbal tenía un alma vieja. Las almas que ya habían vivido muchas vidas se cansaban y todo lo que querían era no reencarnar más. Desaparecer para siempre.

—Tenía que alejarme de mi casa.

Pero nadie podía desaparecer para siempre. En todas las reencarnaciones, además, quedaban rastros de vidas anteriores. Recuerdos brumosos que se confundían con los sueños.

—Tenía que alejarme de mi padre y del recuerdo de mis hermanos.

—¿Hermanos?

—Tú estabas muy chiquita, pero seguro que tus hermanas sí se acuerdan: yo tenía cuatro hermanos que se mataron en la carretera. Venían de una corraleja en Turbaco, habían bebido mucho y se comieron una curva y se fueron por la cuneta.

No recordaba nada de eso.

—Las cunetas me dan miedo —dijo Aníbal.

—A mí también.

—Sobre todo en la noche.

—Igual a mí.

Otra vez se había quedado como ido. Tenía el porro entre los dedos y el humo se elevaba en un firulete, como si fuera un dibujo.

—¿Y tú dónde estabas? —le pregunté.

—Yo me salvé porque ese día me enfermé y mi papá no me dejó ir.

—¿Y por eso te fuiste de tu casa?

—No —fumó. Botó el humo lento y volvió a fumar. Entre palabra y palabra habría podido recitar el Credo al derecho y al revés.

—¿Aníbal? —insistí.

—Pasó casi un año antes de que me fuera. Tenía quince años en ese momento y... —se rio muy fuerte, me asustó. Aníbal estaba loco. Antes estaba a punto de llorar por sus hermanos muertos y ahora soltaba esa risa escandalosa y seca que me ardía en la garganta nomás de oírla.

—¿Y qué? —le dije.

—Nada, que en ese momento estaba enamorado de tu hermana Isabel. Pero tus hermanas no se podían ni mirar. Eran niñitas finas que iban a un colegio elegante y no se relacionaban con nadie del barrio —tosió, después me encaró—. Supongo que a ti tampoco te pueden mirar, ¿no?

No contesté. Me alisé la falda del vestido. Hacía un par de días que me ponía vestidos porque los shorts me hacían ver como un fideo.

—¿Entonces? —le dije.

Aníbal se desperezó: tenía los brazos flacos y pálidos; tenía las venas azules y largas como el río Magdalena. Tenía grajo, pero no me molestaba tanto como el de la hippie: el grajo de la hippie olía a orín.

—¿Qué fue lo que hizo mi papá para curarte?

—Ya te dije —ahora parecía enojado—. Tu viejo me mostró mi pasado. Y mi futuro también. ¡Bah!, en realidad tu viejo me enseñó

que no hay pasado ni futuro porque no hay tiempo —levantó un brazo hacia el techo y dibujó un gran círculo en el aire; lento—. El tiempo es una burbuja —respiró hondo y yo también. Me tragué todos los olores que se mezclaban en esa sala y sentí rabia. Rabia ciega de ver a ese hippie hediondo diciendo esas cosas de mi papá, como si me estuviera revelando un gran secreto. Me dio rabia su lerdera y esa cara mugre y ese cuerpo esquelético y quise que le pasara algo muy malo.

Miré hacia el patio, estaba oscureciendo. Imaginé a mi mamá en la puerta de la casa, con la cara sudada y encendida de furia, buscándome por todos lados: «Ya verá cuando llegue, esa malparidita». Me levanté. Antes de irme le dije a Aníbal:

—Mi papá no es viejo.

Pero él no oyó. Se había dormido.

Era sábado a la tarde y en mi casa había un alboroto. Esa noche había una fiesta en la casa de los Piñeres. Un coctel al que irían algunos políticos de Bogotá, incluido Álvaro Gómez. En menos de tres semanas se presentaba la nueva Constitución de Colombia y todo el mundo hablaba de eso, en la televisión y en la vida real. Hasta la hippie, que nunca hablaba de nada, había hablado de eso una vez: «Son todos fachos», dijo una mañana, mirando una foto de la Asamblea Constituyente en el periódico. Después escupió en el piso.

Le pregunté a Isabel qué significaba facho y ella me dijo:

—¿Dónde oíste eso?

—En la televisión.

—¿En qué programa?

—*Panorama*.

Y ella:

—No te creo.

Alcé los hombros y me fui.

La señora Carmen, que peinaba a mi mamá para los matrimonios, se había instalado en la casa desde temprano. Les había hecho el blower a Isabel y a Eugenia; y a mí, como tenía el pelo liso, decidió que me vendrían mejor unos bucles. Nos arreglábamos en el cuarto de mi mamá porque era el más grande y el menos caluroso. Mi mamá no se dejaba tocar la cara ni por la señora Carmen ni por nadie. Le hacían el peinado y después ella misma se dedicaba a maquillarse, porque «solo ella sabía entender sus rasgos»; las

pocas veces que se había dejado pintar por otro, decía, era como haberse puesto en manos del enemigo: «... lo mismo que agarrarme a puños y llenarme de hematomas».

Gabito estaba jugando en el patio con Mery. Hasta el cuarto se oían los ladridos de Flípper y a Segifredo que le contestaba: «¡Perro marica!». El Míster le había enseñado a decir eso. Cuando la señora Carmen terminó de empinzarme salí del cuarto, me asomé al pasillo y oí que mi papá hablaba por teléfono en su oficina.

Por esos días ya no estaba encerrado. Esa mañana me lo había tropezado varias veces, andaba paseándose por la casa con un libro en la mano. Yo lo veía de lejos caminando sin mirar por dónde, pero esquivando de memoria todos los objetos de la casa; o quizá eran los objetos los que, al sentirlo cerca, le abrían paso. Cada vez que yo amagaba con acercarme a mi papá, aparecía mi mamá por un costado, como salida de la nada, y se ponía el dedo en la boca: «Shhh, no molestes a tu papá». Él alzaba la vista, miraba a los lados y decía: «¿Ah?», y enseguida volvía al libro.

La puerta de la oficina estaba cerrada, así que pegué la oreja.

—Sí, claro —decía mi papá—, entiendo las implicaciones. — Después se quedó callado y siguió—: Lo mejor es no remover el pasado.

—¡Catalina!

Pegué un brinco y descubrí la silueta de mi mamá al final del pasillo: manos en la cintura, un peinado inflado con espuma. Caminé hacia ella con la cabeza gacha.

—Perdón —dije.

Y ella me empujó la barbilla hacia arriba:

—Te voy a reventar.

Se veía rarísima, tardé en descubrir que tenía un solo ojo maquillado. Me agarró fuerte del brazo y me llevó de vuelta a su cuarto. La señora Carmen estaba maquillando a Eugenia en el banquito del tocador, mientras Isabel se retocaba la china con el cepillo redondo. Mi mamá siguió de largo hasta el baño, arrastrándome por el brazo. Cerró la puerta de un golpe. Los cuatro vestidos en tonos pasteles (imitando diseños de Amalín de Hazbún) colgaban del tubo de la ducha, cubiertos con las bolsas plásticas que les habían puesto en la tintorería. Me senté en el inodoro, mi mamá se paró frente a mí y alzó el índice derecho:

—Es la última vez que te lo advierto: como te vuelva a descubrir oyendo conversaciones ajenas te reviento a totazos. No soporto más esa bendita manía, pareces una muchacha del servicio.

Cuando dijo «muchacha del servicio» bajó la voz, como para que Mery no oyera; pero Mery estaba lejos.

—¿Para qué mierda te mando a un colegio tan pris pris?

—Pero...

—¡Pero nada! —me sacudió por los hombros. Tenía aliento a Passiflorine, un agua homeopática que se tomaba para los nervios, pero para mí que eso la ponía peor.

—Hoy es un día muy importante para tu papá, así que te pido que no me hagas hacer un escándalo, culicagada de mierda.

Pensé: «¿Importante por qué?». Y sonó el timbre.

—¡Mery! —gritó mi mamá. Salió del baño y yo la seguí. El timbre volvió a sonar. Mi mamá asomó la cabeza por la puerta del cuarto y volvió a gritar—: ¡Mery, abre!

Hacía un escándalo cuando estaba nerviosa. Las fiestas la ponían nerviosa: sudaba tanto que tenía que maquillarse sentada en la cama, debajo del ventilador de techo, para que la base no se le

cuarteara. Ahí estaba ahora, enjugándose los pómulos con una esponjita que tenía en el bolsillo de la bata. Me senté en el otro extremo de la cama y me crucé de brazos. Estaba harta de tanto agite y de tanto misterio. No quería ir a ninguna fiesta.

—¿Señora? —Mery tocaba la puerta.

—Entra —dijo mi mamá.

Mery abrió:

—Es el Míster.

Mi mamá se presionó las sienes con los dedos, haciendo circulitos.

—Dile que ahora no podemos atenderlo, que disculpe pero que vamos saliendo para un compromiso importante. Dile que estamos yéndonos a un matrim...

Pero antes de que pudiera terminar la frase, el Míster estaba delante de ella, con la sonrisa puesta.

—No gastes saliva, querida, sé muy bien para dónde van: salió en el periódico.

El Míster olía a trago. Tenía una camiseta de Batman gastada y sucia. Mi mamá agarró su espejo de aumento y empezó a pintarse el ojo despintado con una sombra ocre:

—Entonces, ¿qué carajo haces acá? —ya tenía gotas de sudor en el bozo.

—Como supe que se iban a poner todos bonitos y elegantes, quise venir a tomarles una foto.

El Míster sacó una cámara de su mochila y se la colgó. Yo escondí la cabeza en el cuello de la blusa porque al Míster le encantaba tomarnos fotos, pero nunca nos avisaba y salíamos mirando para otro lado o con la boca abierta o los ojos cerrados. Él decía que esas sí eran fotos auténticas, no como las que teníamos

colgadas en las paredes, donde parecía que nos hubieran empalado a todos. «¿Qué es empalado, Míster?», le pregunté una vez. «Eso», dijo señalando la foto en que mi papá recibía una condecoración de un magistrado importante.

—Mira, Míster —mi mamá dejó de pintarse, se enjugó el bozo con el pomito y respiró—, yo te quiero mucho, acá todos te queremos, tú lo sabes muy bien. Pero si llegas a amargarle el rato a Gabriel con tus pataletas, te juro por Dios que no vuelves a poner tus patas mugrientas en esta casa.

—Tranquila, no vengo a amargarle el rato a nadie, vengo a tomarles una foto.

—No queremos ninguna foto —dijo mi mamá.

Eugenia estaba lista, se levantó del banquito del tocador y se miró al espejo:

—Sublime.

Tenía sombras azules, la rayita negra encima del ojo y mucha pestañina; los labios naturales. La señora Carmen dijo que así se usaban ahora. Isabel ocupó su lugar en el banquito. Mi mamá había vuelto a su espejo. El Míster estaba apoyado en el marco de la puerta, tambaleándose. Sacó del bolso una botella de plástico, miró el cuadro del Sagrado Corazón de Jesús que colgaba encima del respaldo de la cama y alzó la botella al frente:

—Por san Álvaro Gómez y el Partido Conservador —se la empinó y se fue.

Había decidido no volver a la casa abandonada porque la última charla con Aníbal me había fastidiado y no tenía más ganas de oírle sus inventos. Pero esa noche, cuando nos estábamos yendo a la

fiesta, lo vi y se me enfrió la barriga. Tuve ganas de volver a visitarlo. Estaba parado en la esquina de la casa, con la hippie y un viejo turuleco que se llamaba José. Los tres fumaban.

A ese viejo todos lo conocían en el barrio porque iba de casa en casa vendiendo cachivaches, aunque mi mamá decía que lo que vendía era «otra cosa». Siempre estaba como adormitado y tardaba en entender lo que le decía Mery: «No, señor José, gracias, pero no necesitamos un molinillo: ya tenemos». Y el tipo hurgaba dentro de su bolsa y volvía a sacar lo mismo: «Este le sirve para batir el chocolate, doña». La mayoría de la gente le tenía miedo. Mi papá no: cuando no estaba ocupado en la oficina y pasaba José, él salía a la puerta a saludarlo, le ofrecía café y se sentaba con él a oírle sus locuras. José adoraba a mi papá, le hacía la reverencia para saludarlo y, a veces, cuando lo veía acercarse, se tiraba al piso para besarle los pies. Mi papá lo ayudaba a levantarse y le decía: «Un día te van a confundir con una lombriz». Y José lo miraba sonriente, como si le hubiera dicho un piropo.

—¿Ese no es el hijo de Ortega? —dijo Eugenia cuando pasamos por la esquina.

Isabel se volvió a mirar y dijo: «El mismo» y que estaba acabado, que parecía un espantapájaros. Íbamos en un carro polarizado, con chofer, que Melissa nos había mandado.

—Pobre Ortega —dijo mi mamá—, qué mala semilla.

Traté de mirar qué cara hacía mi papá, pero él iba adelante con Gabito y yo iba detrás con mi mamá y las mellas, casi sin poder moverme.

—¿Puede subir el aire acondicionado, señor? —mi mamá se enjugaba la cara con un pañuelo perfumado.

A ella le había parecido muy considerado que Melissa nos mandara un carro con chofer. A mí me pareció que a los Piñeres les daba vergüenza que llegáramos a la fiesta en nuestra camioneta vieja. Se lo dije a Isabel y ella me dijo que eso era «una obviedad». De todas formas, pensé, Melissa lo hacía porque no quería que nos sintiéramos menos frente a todos esos cachacos que iban a ir a la fiesta. No había nada peor que los cachacos, eso lo sabía todo el mundo: era gente hipócrita y creída que te saludaba con besos y abrazos y después, apenas uno daba la espalda, escupía todo el veneno.

—¿Y a ti qué te pasa? —me preguntó Isabel cuando íbamos a medio camino y yo no había abierto la boca ni para bostezar, con el hambre que tenía.

—¿Qué me pasa de qué?

—Estás rara.

Mi mamá hizo «hum» o un ruido por el estilo de «yo sé muy bien lo que le pasa a esta culicagada». Miré por la ventanilla, traté de pensar en otra cosa porque no quería oírla. Vi en el vidrio el reflejo de mi cara con esos bucles ridículos y los cachetes rosados por el rubor que la señora Carmen me había puesto. Me veía horrible.

—A mí me gusta ponerme guayabera —decía Gabito, que venía hablando con el chofer.

—Te queda muy elegante —le dijo el tipo.

Yo estaba mareada porque Isabel, Eugenia y mi mamá se habían puesto perfumes distintos; mi papá y Gabito se habían puesto el mismo perfume y también la misma ropa: pantalón y guayabera blancos. Yo no quise ponerme perfume, pero daba lo mismo porque cuando me bajara de ese carro iba a salir oliendo a todo eso junto.

«Ojalá se me diera por vomitar», pensé, «para dañarles la fiesta a todos».

—¿Qué te pasa, Caty? —insistió Isabel—, ¿no quieres conocer a Álvaro Gómez?

Alcé los hombros:

—Me da igual.

Estaba harta también de Álvaro Gómez, esa era la verdad. Pero lo que más me tenía con rabia era que a nadie, salvo a mí, parecía importarle más lo de los poderes de mi papá. Era como si no fuéramos hijos de él, sino de cualquier persona ordinaria. De un médico.

Mi mamá volvió a hacer «hum» y después se dedicó a elevarse las hombreras de ese vestido de astronauta. Así estuvo un rato, hasta que se obsesionó con que había dejado el horno prendido y que Mery, con lo despistada que era, no se iba a dar cuenta y, «Dios no lo permita» (se persignó), podía ocurrir un accidente terrible, una tragedia. Nos atosigó tanto con eso que estuvimos a punto de volvernos, hasta que ella misma se acordó de que ese día no había prendido el horno. Ese día no había prendido ni un fogón: habíamos pedido arroz chino para que ella pudiera arreglarse tranquila. Se llevó la mano al corazón y dijo: «Menos mal».

Fue después de la fiesta de los Piñeres que las vacaciones empezaron a ponerse pesadas. No paraba de llover, y yo ya no tenía la excusa de salir en bicicleta. De todas formas era probable que mi mamá no me dejara salir porque había aparecido una muchacha muerta en un lote, cerca de la cuadra de los mafiosos. Ya antes, hacía como dos años, habían baleado a un tipo por esa misma zona, pero lo de la muchacha era peor: no la habían podido identificar porque le habían desfigurado la cara con un martillo. Se decía que era un ajuste de cuentas por algún cargamento de droga embolatado. La gente del barrio andaba nerviosa con esa noticia y había una patrulla dando vueltas por ahí. La manejaba un tal sargento Ramón, cachaco, según Mery, que iba despacito por las calles mirando todo como de mal genio.

Isabel decía que eso de la muchacha muerta no tenía nada que ver con nosotros y que no había por qué hacer tanto escándalo. Pero, igual, uno se sentía de pronto como bañado en sal. Mery decía que, a lo mejor, podía haber un trabajo de por medio.

—¿Cómo así un trabajo? —le pregunté.

Las mellas y yo estábamos en la mesa de la cocina comiendo galletas de soda con arequipe, y justo cuando Mery decía lo del trabajo y yo le preguntaba que cómo así, entró mi mamá y dijo:

—En esta casa estamos protegidos contra cualquiera de esos trabajos que estás insinuando —y miró a Mery por encima del hombro.

—Sí, señora.

Mery enmudeció y siguió aplastando una ahuyama con la que iba a hacer una crema. Mi mamá fue hasta la mesa y se desplomó en una silla.

Lo peor que había pasado era que esa mañana Flípper había amanecido muerto. Nadie sabía por qué. Y eso sí tenía que ver con nosotros. Mery lo descubrió cuando fue a recoger la ropa tendida, y le agarró un ataque de gritos. Cuando fuimos a ver qué pasaba, encontramos al pobre Flípper con los ojos abiertos como dos pepas de ciruela: estaba tan tieso que cualquiera habría dicho que llevaba varios días ahí. La lluvia lo había pringado de barro y no parecía él, sino un perro callejero, atropellado por un camión. Eugenia se agachó, lo tocó y dijo:

—Se atragantó con un hueso —como si fuera una experta.

Pero Flípper no comía huesos.

Gabito, pobre, se desgañitaba en llanto frente al perro muerto.

Yo me acordé de una frase que había leído esa mañana en el libro de los siete principios; estaba en el capítulo de la vibración, que hablaba de los cambios en la vida. Me agaché frente a mi hermanito, lo tomé por los hombros y le dije:

—Nada está inmóvil, todo se mueve, todo vibra.

Él me miró con miedo y después, apartándose de mí, lloró más fuerte. Mi mamá lo alzó y también me miró raro, cejijunta, pero no dijo nada. Se llevó a Gabito para adentro y hubo que darle un agua aromática con mucho clavo de olor, que, según mi abuela, actuaba como calmante natural.

—¿De dónde sacaste eso? —me preguntó Isabel al rato, cuando ya estábamos en la cocina.

Yo le dije:

—Se me ocurrió.

—Espero que no se desvele esta noche —decía ahora mi mamá. Gabito se había quedado dormido después de tomarse la aromática —. Pobre mi bebé, pobre Flípper...

Recostó la cabeza sobre los brazos cruzados en la mesa y se echó a llorar. Ni las mellas ni yo dijimos nada, pero seguro que las tres pensamos lo mismo: que mi mamá no lloraba tanto por Flípper ni por Gabito, sino por lo que había pasado en la fiesta de los Piñeres. Desde ese día, buscaba cualquier excusa para echarse a llorar.

Eugenia fue a la despensa por un nuevo paquete de galletas porque el otro estaba por terminarse. Lo abrió, sacó una y le pegó un mordisco:

—La lluvia da hambre —dijo, todavía masticando.

—Me siento halagado, pero no estoy interesado en la política —eso le había dicho mi papá a Álvaro Gómez, que antes había anunciado ante los invitados de la fiesta que «el objetivo de su visita era criminal»:

—Quiero robarme al cerebro más brillante de la Costa.

Un chiste malísimo que la gente le celebró con carcajadas y aplausos. Para ese momento había parado de tocar el conjunto vallenato y todo el mundo estaba atento a lo que él decía; al principio pensaban que iba a dar un discurso sobre la Constitución, pero lo que dijo fue eso. Él y mi papá estaban de espaldas a la bahía: detrás se veían las luces del puerto, parecían actores de cine. Álvaro Gómez no paraba de sonreír: no le cabían los dientes en la boca y, cuando la cerraba, se le hacía un pequeño hocico.

Los invitados de la fiesta, salvo los que habían venido con Álvaro Gómez, eran todos cartageneros, pero de los que tenían mucha plata y empresas en Mamonal. También había diputados y concejales por el Partido Conservador: eso decían las calcomanías de los carros parqueados afuera.

Yo me había sentado en una tumbona cerca de la piscina, con un plato de picadas que estaban muy ricas porque tenían tocineta. Lo malo fue que el bobo de Júnior se me sentó al lado y ahí se había quedado, aplastado en la silla, como un hipopótamo con su conjunto marineró.

—Él va a ser presidente —me dijo, señalando a Álvaro Gómez con el mentón.

—Pero si ya perdió.

—Pero va a volver a presentarse y va a ganar.

Alcé los hombros:

—Y a mí qué.

—¿Tú eres liberal o conservadora?

—No soy nada.

—Tienes que ser algo.

—¿Por qué?

—Todo el mundo es algo.

—Todo el mundo es facho.

—¿Qué es facho?

—Qué te importa.

Todos en la fiesta estaban fascinados con Álvaro Gómez. Los del conjunto vallenato le pidieron que se tomara una foto con ellos, los meseros también; y hasta las mellas, que siempre se burlaban de todo, lo miraban embobadas, codeándose entre sí: «Míralo cómo

habla, míralo cómo agarra la copa». Estuvieron mirándolo tanto que en un momento él tuvo que acercarse y meterles conversación:

—Me imagino que ustedes son la Señorita Bolívar y la Señorita Cartagena, ¿no?

Ellas se taparon la boca con las manos y se rieron:

—Nooo.

—Propongo un brindis —dijo Álvaro Gómez justo después de que mi papá le dijera lo que le había dicho—: por una nueva Colombia habitada por hombres de moral, como este que está a mi lado.

Puso la mano en el hombro de mi papá, que estaba concentrado mirando su propio vaso, como si se le hubiese caído una pestaña dentro y quisiera recuperarla.

—¡Salud! —dijo Álvaro Gómez con la sonrisa grande como el Guasón, y los demás le hicieron coro.

Y enseguida se fue. Lo siguieron sus amigos cachacos y algunos concejales y diputados, y la fiesta quedó casi vacía.

Lo que pasó después fue esto: mi mamá se encerró en el cuarto de Melissa con media botella de whisky, hecha un mar de lágrimas. Mi papá fue a buscarla, tocó la puerta durante un rato hasta que ella le abrió, pero no lo dejó entrar: se apoyó en el marco y cruzó los brazos. Tenía el maquillaje chorreado y el peinado deshecho en unos gajos esponjosos y húmedos.

—¿Por qué? —dijo ella negando con la cabeza. Mi papá dijo:

—Tengo mis razones.

—¿Cuáles?

Mi papá bajó la cara y no dijo nada. Ella volvió a cerrar la puerta.

Me pregunté si esas razones tendrían que ver con la llamada que había oído esa mañana en la oficina. Pensé: «Mi papá tiene un secreto». Uno que ni mi mamá conocía. Pero esta vez no quise

averiguar nada: yo estaba feliz de que le hubiera dicho que no a Álvaro Gómez porque Álvaro Gómez le había ofrecido un trabajo en Bogotá y Bogotá era horrible. Pero, además, porque en el libro de los siete principios decía bien claro que «quien dominara ese conocimiento» no podía hacerlo público. Y seguro que Álvaro Gómez quería llevárselo para decirle a todo el mundo que mi papá tenía poderes, y con eso conseguir votos. El año anterior, cuando perdió las elecciones, mi abuela había dicho: «Ese tipo vendería a su mamá por ser presidente».

Mis hermanos y yo nos habíamos enterado de lo del puesto esa misma noche, pero mi mamá y los Piñeres lo sabían hacía rato y se veía que habían hecho grandes planes. Ahora todos tenían la cara larga y sacudían la cabeza como esos perritos de taxi con cuello de resorte.

—¿De quién es este niño? —preguntó un mesero que estaba levantando las mesas vacías y descubrió a Gabito dormido debajo de una.

Melissa lo alzó y pidió que nos sirvieran la comida: carne en posta, ensalada rusa, arroz de titoté. Piñeres agarró una botella de whisky y se sentó a tomársela en una tumbona.

Mi papá fue a sentarse solo en una mesa del muelle: de espaldas a nosotros, de cara a la bahía. Y a mí me dio mucha tristeza. Me acordé de cuando miss Adelaida nos contó que Cristo sufrió mucho en el monte Sinaí porque ni los apóstoles, que eran como su familia, entendieron su calvario. Tuve ganas de ir a abrazarlo, a decirle que yo sí lo entendía. Pero las mellas, como si estuvieran adentro de mi cabeza, dijeron: «Es mejor dejarlo solo».

—Estamos todos muy preocupados.

—Cómo no, Nilse, no es para menos.

—Un barrio que era tan tranquilo antes de que llegara... —la señora Nilse se aclaró la garganta y dijo bajito— esa gente.

—Así es —dijo mi mamá.

—Y le digo algo: esto puede ser el principio de una serie de crímenes, la policía ya lo dijo.

—Dios nos libre.

—Dios nos libre —oí el frufrú de la tela de un vestido; la señora Nilse debía haberse cruzado de piernas.

—¿Qué novela está viendo, Nilse?

—*Los Victorinos*.

—Yo también, fabulosa.

—Excelente guion.

—Ese Ramiro Meneses es una berraquera de actor.

—No es actor, lo recogieron en una esquina de Medellín dándose con bóxer todo el día.

—Virgen santa.

—Ojalá le dure, ya vio cómo son.

—¿Quiere llevarse un pedazo de enyucado, Nilse?

—Muchas gracias, pero estoy a dieta.

—¿Pero cómo va a ser? Las mujeres tienen que tener de donde agarrarlas: yo se lo vivo diciendo a mis hijas.

Era cierto. Y también nos decía: coman, coman, que los huesos sin carne se los tiran a los perros. Cada vez que me quitaba la ropa frente al espejo y veía mi cuerpo esquelético, imaginaba que una jauría de dóbermans me atacaba.

—Bueno, me llevo un pedacito, pero pequeño.

—¡Mery!

—¿Señora?

—Tráele un pedazo de enyucado a la señora Nilse.

—Gracias, Mery.

—Con mucho gusto, señora Nilse.

—¿Y don Gabriel?

—De viaje.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—Trabajo.

—Mejor que haya.

—Ay, Nilse, aprovecho para agradecerle por las tardes que me entretuvo a la Caty, la pobrecita se aburre tanto acá metida.

—¿Cómo dice?

—Por las meriendas, digo.

—¿Meriendas?

—...

No pude decidir si ese era el momento de salir y embolatar la cosa o si era mejor quedarme quieta donde estaba: en el bañito auxiliar de la sala, con la oreja pegada a la puerta. Menos mal que a la señora Nilse no le habían dado ganas de orinar.

—Acá viene el enyucado —dijo mi mamá—, dame acá, Mery. Le va a encantar, Nilse. Le puse un poco de anís: le queda muy rico el anís, yo se lo pongo a todo, ¿cierto, Mery?

—Sí señora.

Oí pasos y una puerta que se abría:

—Que lo disfrute, Nilse.

—Gracias, muy amable. Bueno, y estamos pendientes de cómo avanza todo esto del asesinato. A mí todavía no me ha visitado la policía, pero dicen que esta semana van a interrogar a todos los vecinos.

—¿Interrogar? Pero qué horror.

—Un barrio tan decente como era este...

—Vaya con Dios, Nilse, cuídese.

—Saludos a don Gabriel.

—Gracias, hasta luego.

—Hasta luego.

Oí que la puerta se cerraba. No debía ir la señora Nilse por la acera cuando mi mamá pegó el grito:

—¡Catalina!

Caminó, supuse, hacia los cuartos. Yo salí rápido del bañito y de la casa y caminé calle arriba. Hacía mucho calor. Habría estado bien tener la bicicleta. Llegué hasta el bosquecito detrás de la loma. Me eché en el pasto húmedo, casi en el mismo lugar donde había visto a Aníbal por primera vez.

¿Qué sería de Aníbal? La tarde anterior había vuelto a la casa abandonada. Aproveché que mi mamá hacía la siesta y que había parado un poco el aguacero. No había nadie: recorrí todos los cuartos y me quedé un rato para ver si aparecían Aníbal y la hippie, pero no. El patio estaba empantanado: había nubes de mosquitos flotando en el aire, había un zapato (uno solo), una bolsa de papas fritas y un pedazo mordisqueado de salchichón. Pensé que Aníbal se había ido con la hippie a vender collares a Bocagrande. O que se habían ido otra vez a Maicao. Yo había ido a Maicao una sola vez, rumbo a Venezuela, y no me había gustado nada. Era sucio y los guajiros nos querían meter los perfumes por los ojos. Mi mamá y las mellas estaban felices porque era barato. Se compraron de todo, hasta unos cintillos corronchísimos de Gloria Estefan que terminaron regalándole a Mery.

Primero fue la sacudida y enseguida la cachetada:

—¡Culicagada de mierda, te voy a reventar!

Mi mamá me pegaba en una mejilla y en la otra. Estaba como poseída por el diablo. Mi papá la sostuvo por los brazos y yo me paré: me toqué los cachetes, me palpitaban.

—¡Malparida! ¡Me has podido matar!

Mi mamá trataba de zafarse de mi papá, daba zarpazos a lo loco. La camisa se le había desabrochado y se le veía el brasier. Tenía la cara brillante y pegajosa, empapada de lágrimas y sudor y moco. Mi papá parecía tranquilo, aunque las tres líneas de la frente se le marcaban profundas de sien a sien. Al lado de ellos había un policía (ese mismo sargento Ramón que recorría las calles despacito), que me miraba molesto y negaba con la cabeza mientras movía la perilla de su radio:

—Positivo en la colina, cambio. Repito: la menor está en la colina, cambio.

—Copiado, cambio.

El sargento Ramón me tomó fuerte por el brazo y me llevó a la patrulla.

—Pero... —intenté decir algo y no me salió.

Mi mamá y mi papá venían detrás. Ella lloraba, él la sostenía por los hombros, la empujaba hacia adelante porque estaba como blanda, como a punto de desplomarse.

—Adentro, niña.

El sargento Ramón señaló la puerta trasera de la patrulla: el asiento estaba roto y del carro salía un olor a vómito. Me dieron ganas de llorar, miré a mi papá y él le dijo que no se preocupara, que estábamos cerca y nos íbamos caminando. El sargento Ramón juntó las cejas:

—¿Seguro, patrón? Recuerde que la cosa está complicada por acá.

No era cachaco, sino como de Barrancabermeja o alguno de esos lugares donde decían «juepuerca» y hablaban ñato.

Mi papá dijo que sí, que estaba seguro y que muchas gracias. Se sacó un billete del bolsillo izquierdo (mientras seguía sosteniendo a mi mamá con el brazo derecho) y se lo dio.

—Gracias, patrón, y ya sabe: cualquier otro problemita con la menor, avíseme, que la próxima va directico al calabozo —y le guiñó un ojo.

Mi papá me tomó de la mano y caminamos hacia la casa.

Después de la fiesta de los Piñeros él había vuelto a encerrarse en su oficina. O casi. Había salido una sola vez, el domingo por la noche, para bañarse y para hacerse un sánduche de mortadela. Después se volvió a encerrar. Mi mamá se la pasaba triste todo el día, decía que el ambiente estaba muy pesado y que ella estaba segura de que algo muy malo nos iba a pasar, que lo de Flípper era solo un anticipo. El lunes, a eso de las siete, Isabel fue a preguntarle si estaba bien, si quería una pastilla, pero antes de que pudiera abrir la boca, mi mamá le mandó la mano a la cara sin ton ni son. Isabel la esquivó, pero alcanzó a rasguñarle la barbilla. Y ahí mi mamá se puso peor: «¡Perdón, mijita, perdón, mi tesoro!». Nos tenía muy asustados, nos parecía que se iba a volver loca en cualquier momento y, aunque nadie decía nada, todos pensábamos que mi papá tenía que salir a tranquilizarla.

—¿Por qué te fuiste así, sin avisarle a nadie? —me dijo mi papá.

Las mejillas me palpitaban de dolor, imaginé que debía tener la cara desfigurada y me dieron ganas de llorar. Miré a mi mamá de

reajo: se sorbía los mocos y caminaba arrastrando los pies. Me pareció que tenía cien años.

—Caty —insistió mi papá—, contéstame.

Quería decirle que si era verdad que tenía poderes, por qué no había adivinado dónde estaba yo.

—¿Y tú dónde estabas? —le dije.

—¿Yo? En la oficina. Hay un paciente muy delicado y tengo que concentrarme en él. Es tan chiquitito que... —la voz se le deshizo.

Había dicho paciente, no cliente. Nunca antes había dicho paciente, sentí como si me estuviera revelando un secreto.

—¿Es el niño de gafas? —pregunté.

—...

—¿Papi?

Me agarró la mano más fuerte:

—No vuelvas a hacer lo que hiciste hoy, nena, nos asustamos mucho —suspiró—. En fin, lo importante es que estás bien.

Era casi de noche, corría una brisa pegajosa y en el cielo comenzaban a salir las estrellas. Frente a nosotros, varias manzanas adelante, se elevaba un barrilete.

En la casa mi mamá se zampó dos buches de Passiflorine y se metió en su cuarto. No cocinó, así que tuvimos que juntar las sobras de la nevera. No había mucho: tortilla de plátano, un queso viejo, suflé de atún. Al poco rato mi papá también se metió en el cuarto y las mellas y yo, desde la mesa, oímos cuando le puso el seguro a la puerta.

—Van a pelearse —dije yo.

Me puse triste porque era mi culpa.

—No van a pelearse —dijo Isabel con su cara de sabionda. Y se miró con Eugenia y soltaron una risita.

A veces las odiaba. Me habría gustado levantarme de ahí y torcerles los ojos, y buscar a Gabito para que jugáramos o para que miráramos televisión. Pero Gabito no estaba. Mi abuela había venido por la tarde (cuando pensaron que me había perdido, o que me habían secuestrado o roto la cara a martillazos) y se lo había llevado a pasar unos días en su casa. «Este niño necesita otro aire», le había dicho a mi mamá, de muy malos modos, según me dijeron las mellas.

Me dio dolor con Gabito. A mí no me gustaba la casa de mi abuela porque era oscura y siempre olía a sopa, y porque tenía un vecino mongólico que se asomaba en la verja del patio y me decía «mira qué grande» y se sacaba el pipí. Y la vez que fui a ponerle las quejas a mi abuela ella me regañó: «Déjalo, pobrecito, ¿no ves que está enfermo?».

El miércoles, apenas abrí los ojos, vi la cara de Ricky con sus bigotes pintados. Me sonreí. Me paré de la cama y lo besé. Cuando salí del cuarto oí que el noticiero estaba prendido y todos (mi mamá, mi papá, las mellas y Mery) lo estaban mirando. La noticia era que Pablo Escobar se había entregado a la justicia y que por eso la Asamblea Constituyente había aprobado la no extradición de colombianos. El presidente daba un discurso: «Hoy, 19 de junio, es un día histórico: es el principio de la paz». Y yo solo pude pensar en el Míster, con su cerveza en la mano, apostando su vida a que Pablo Escobar no se entregaba.

Miré a mi papá y me pregunté si él estaba pensando lo mismo: «Te doy dos semanas», le había dicho hacía casi dos semanas. «Como mucho». Y yo pensé que, si eso se cumplía, como los únicos que estábamos pendientes del Míster éramos nosotros, nadie se iba a enterar de que se había muerto hasta que olierá muy mal y lo sacaran de su casa ya podrido.

—¿Papi? —le dije. Y mi mamá hizo:

—¡Shh!

Al poco rato él se metió en su oficina y yo me planté en el pasillo, sentada al pie de su puerta. Pasó mucho rato y no salió. Me quedé dormida.

Ese día nadie estuvo en la casa. Mi mamá había amanecido mejor y se había ido a la modista con las mellas, que se estaban probando los vestidos para un grado que tenían: eran de unas telas tornasoladas que le habían encargado a Melissa Piñeres de Miami.

Mery se había ido temprano a una cita médica porque le dolía la cadera. Mi papá seguía en la oficina. Y el canal dos no servía. Y en el uno pasaban *Chespirito* hacía como cien años.

Sonó el teléfono. Contesté. Colgaron. Volvió a sonar, respiré hondo y pensé: «Voy a ser buena».

—Hola, Cecilia —dije.

Y colgaron.

Llamé a la casa de mi abuela y hablé con Gabito.

—¿Qué pasó? —me dijo él.

—Nada, ¿qué haces?

—Estoy jugando al frisbi.

Me pregunté con quién: mi abuela era vieja, vivía sola y no tenía perro.

—¿Se sabe algo del Míster? —le pregunté. Se me ocurrió que, si el Míster se había muerto, mi mamá habría tenido que llamar a la abuela para pedirle que se quedara más tiempo con Gabito y la abuela habría tenido que preguntarle: «¿Por qué? ¿Pasó algo malo?». Y mi mamá le iba a decir: «Se murió el Míster». Y como esas noticias siempre agarran de sorpresa, la abuela iba a querer que se la repitiera. «¡¿Que se murió el Míster?!», diría exaltada, y eso Gabito lo habría tenido que oír.

—¿Algo de qué? —dijo Gabito. Y yo:

—No importa, chao.

A la noche le pregunté a Isabel si se sabía algo del Míster y ella me dijo:

—¿Qué Míster?

—¿Cuál va a ser?

Miró a Eugenia y le dijo:

—¿Tú conoces a algún Míster?

Y Eugenia dijo:

—No.

A veces hacían eso para molestarme. Como cuando me habían dicho que yo no era hija de mi mamá y mi papá, sino que ellos me habían comprado bebecita en el mercado de Bazurto con un kilo de pescado. «Al principio pensaron que eras la Sirenita porque estabas toda llena de escamas», me decía Eugenia, pero que después me bañaron y vieron que en realidad era una lagartija. En ese entonces yo tenía cinco años, pero no les creía; hasta que un día me lo repitieron tanto que me hicieron llorar y no paré hasta que mi mamá me mostró todas mis fotos de recién nacida.

—Mami, ¿se sabe algo del Míster?

Eran casi las ocho de la noche y ella recién estaba desmenuzando un pollo para la comida, se quejaba de que Mery estuviera «dizque enferma».

—¿El Míster? ¿Por qué?

En la cara tenía muchas gotas de sudor.

—Porque lo llamaron por teléfono.

—Ese atrevido, ¡dando el número de una casa decente para que lo llamen sus putas!

—¿Y dónde está?

—¡Yo qué sé!

Se pasó el limpión sucio por la frente sudada y siguió con el pollo. Estuve a punto de preguntarle si ella también creía que se había muerto. Pero entonces le iba a dar pie para que soltara todos esos disparates que le gustaba decir sobre la muerte, era como que se engolosinaba hablando de muertes posibles de gente cercana. A mi hermanito le decía: los niños tienen que comer verduras porque la carne y el arroz solos inflan, inflan, inflan hasta que ¡pum!, el niño

explota y muere. ¡Mentira! Chillaba él. Y ella: muchos niños se han muerto así, abundan las estadísticas... Cuando era más chica y la oía decir eso, me iba a esconder al baño y me echaba a llorar. Me atormentaba la imagen de mi hermanito explotando como un globo. Mi mamá ni se enteraba porque yo me lavaba la cara y salía como si nada.

—... el otro día llamó —dijo, volviendo al Míster— para decir que la última vez que estuvo aquí había sacado una plata de mi baulito de madera. Cuánto abuso, no hay derecho, como si acá la plata nos sobrara.

Y ahí me tranquilicé.

Después de comer volvió a sonar el teléfono. Estábamos viendo *El programa del millón* y nadie fue a contestarlo; era como que todos nos habíamos acostumbrado a que había un mudo que llamaba y ya nadie quería descubrir quién era. Siguió sonando y mi mamá dijo:

—Catalina, ve a contestar.

Y a mí me dio rabia, ¿por qué tenía que ir yo? Pero no estaba en condiciones de quejarme. Fui. Antes de alzar el teléfono respiré hondo: no había funcionado insultarla, no había funcionado ser buena, pensé que tenía que portarme normal, tranquila, como si fuera la primera vez en la vida que contestaba el teléfono.

—Aló.

—¿Catalina?

—¿Quién es?

—Júnior.

—¿Júnior? ¿Tú llamaste antes?

—Sí, pero no contestaban.

—Ya. ¿Y antes?

—¿Antes de qué?

—De nada, ¿qué quieres?

—Saludarte.

—Hola.

—¿Por qué no han venido más?

—Estamos ocupados.

—Mi mamá dice que te pregunte si puedo ir a visitarlos.

—¿Qué?

—Que si puedo ir a visitarlos.

¿Para qué iba a venir a esta casa, que era más fea que la suya?

Pensé: «Para despreciarnos».

—No se puede —dije.

—¿Por qué?

—Porque están arreglando el techo.

—Ya.

—¿Y ustedes no se iban de vacaciones?

—No, mi papá tiene que trabajar.

—Ya.

—Me compraron un Nintendo.

—Te felicito.

—Y estoy a dieta. Mi mamá dice que ya estoy más entallado.

—...

—¿Quieres venir a ver *Gremlins II*?

—¿La dos?

—Sí, todavía no ha salido acá pero mi mamá la encargó a Estados Unidos. Seguro que en tu colegio nadie la ha visto.

—Sí la vieron.

—No, si no ha salido.

—Pero ya la vieron. Y yo también la vi.

—¿Ah, sí?

—Con mi amiga María Fernanda, se la trajo su tía de Boston.

—Ya... Pero podemos ver otra.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Tengo que colgar.

—¿Por qué?

—Porque hay una visita.

—¿Quién?

—Cecilia, una amiga. Chao.

A los tres días volvimos a parecer una familia feliz. Mi mamá estaba de buen humor y no sudaba, al contrario, se veía bonita y rozagante: había ido al salón de belleza a hacerse un peeling carísimo, con un sistema nuevo que no le rayaba la cara. Ella vivía atormentada con esa idea de que le iban a rayar la cara. O a quemársela o a desfigurársela con un producto que tuviera ácido porque en los salones baratos no testeaban nada.

Lo mejor era que ya se le había olvidado lo de la fiesta de los Piñeres y lo de las meriendas de la señora Nilse y hasta que yo me había perdido. Ni siquiera insistió en preguntarme para dónde iba cuando salía en bicicleta; se conformó con que le dijera que me iba a echar en el bosquecito en el que me habían encontrado.

—¿Y para qué te vas a echar ahí como una pordiosera?

—Para pensar.

—¡Bah!

La noche del viernes nos dijo que al día siguiente iríamos a buscar a Gabito a la casa de mi abuela. Después nos llevaría a comer pizza. Con eso hasta mi papá se apuntó porque no había nada que nos gustara más en mi casa que la pizza. Mi papá estaba atendiendo poco y a veces, después de comer, se quedaba hablando con nosotras en la mesa. Mi mamá decía «niñas, aprovechen a su papá, pregúntenle cosas», pero nosotras no le preguntábamos nada, sino que nos quedábamos ahí, mirándolo, y él decía: «El mes que viene se va a producir el eclipse más largo de los últimos ciento cincuenta años». Y nosotras, que ya sabíamos

eso porque él mismo nos lo había contado, contestábamos «ajá». Y él contaba alguna historia de eclipses y se iba. Pero nos quedábamos contentas.

Cada cosa que nos contaba mi papá, por chiquita que fuera, nos dejaba contentos a todos. Mi papá sabía cosas que nadie más sabía y las narraba con suspenso: eso a las mellas y a mí nos encantaba. A Gabito también, pero a veces se distraía y hacía preguntas que no tenían nada que ver y cortaba el suspenso; por eso era mejor cuando Gabito no estaba, como ahora. Mi papá vivía fascinado con todo lo que tenía que ver con la galaxia: la luna, las estrellas, el sol y los planetas. Yo a veces repetía las cosas que él nos decía en la clase de miss Rosa: «La temperatura media en la luna es de 107 grados en el día y menos 153 grados a la noche, por lo tanto no podría haber vida. Pero en Marte...». Y miss Rosa se volteaba desde el tablero, donde escribía las bobadas que veíamos en quinto. «Ya llegaremos a eso, Catalina», me interrumpía con una sonrisa que chorreaba envidia.

Pero por esos días yo no quería saber tanto de la galaxia, lo que más quería era preguntarle a mi papá por el libro de los siete principios, que ya iba terminando. Eso no lo podía hacer delante de mi mamá y las mellas. Por eso, aunque todo estaba muy bien en la casa, aunque mi papá nos contara historias de eclipses y nos dejara contentas, apenas él se levantaba de la mesa y volvía a la oficina yo me ponía ansiosa. Me acercaba a las mellas para ver si querían jugar al parqués o al monopolio pero no querían. Ellas decían que yo iba a ser una de esas viejas que se visten elegantes para ir al bingo, y que se les va la vida esperando ganarse una línea. Peor ellas, les decía yo, que todo lo que querían era conseguirse un novio, pero con esos vestidos tan corronchos que se mandaban a

hacer solo se iban a conseguir un chofer de bus. Y en la televisión ya habían empezado las repeticiones de las repeticiones. Total, que me pasaba prácticamente todo el día en el patio (donde mi mamá no podía descubrirme porque nunca iba) leyendo y pensando en el libro de los siete principios.

La mañana del sábado desayuné unas arepas de queso que parecían cabezas de mutantes porque Mery no las selló bien y cuando las fritó explotaron. Estaba en la mesa de la cocina, mirando por la ventana, y me puse a pensar en el principio de La causa y el efecto. Ese me encantaba, pero también me confundía. Me gustaba saber que todas las cosas pasaban por algo que uno podía explicarse, o sea por una ley, no porque sí. Ni tampoco por la voluntad de Dios, como decían mi abuela y mi mamá y miss Adelaida y hasta Mery (pero nomás por repetir, porque ella ni a misa iba). Yo nunca entendí lo de la voluntad de Dios, y me daba rabia que miss Adelaida dijera que eso no importaba porque nadie la entendía: le parecía que esa era una gran respuesta. Pero lo que yo no entendía ahora era que si todas las cosas eran consecuencia de otras que podían explicarse lógicamente (como que los objetos se caen por la ley de la gravedad), ¿cómo era posible el principio del Mentalismo? Si uno pensaba algo y por pensarlo se hacía real, la causa era el pensamiento y eso no tenía explicación ni ley que lo justificara. Igualito que la voluntad de Dios.

Cuando terminé el desayuno me asomé a la ventana que miraba a la calle y pensé en Aníbal. Pensé: «Me gustaría hablar con él de la causa y el efecto». Entonces traté de traerlo con la mente. Pensé «intensamente» que Aníbal iba a pasar frente a mi casa, a pararse en la acera bajo el sol brillante y a mirar la ventana de la cocina. Tendría el pelo partido al medio, cayéndole sobre los hombros. En la

calle no se movía nada, ni una hoja. Y yo pensaba: «Apenas se mueva una hoja va a aparecer Aníbal». Pasó un rato y no se movió ninguna hoja. Pasó una señora con un paraguas roto, un muchacho en bicicleta con unos bultos atados en la parrilla y una moto del correo levantando una polvareda que, ya de lejos, me dio rinitis. Cerré los ojos para no distraerme, y pensé con más fuerza. Repetí en mi cabeza: «Aníbal, Aníbal, Aníbal...».

—¿Quién? —gritó Mery.

Me desperté. Sonaba el timbre. Tenía medio cuerpo echado sobre la mesa de la cocina.

—¿Quién es? —insistió Mery, pero nadie contestó.

Me asomé a la ventana, había una patrulla parada frente a la casa. Miré hacia el lado de la puerta, pero no alcancé a ver quién era. Salí de la cocina con un mal presentimiento. En la puerta ya estaba Mery atendiendo a un par de policías. Se me enfrió la barriga. Pensé en Aníbal: «Mi mente lo llamó con tanta fuerza que lo hice explotar, como las arepas de Mery». Mery se dio vuelta, caminó hacia el cuarto de mi mamá y yo la seguí:

—¿Qué pasó, Mery?

Mery venía con la cara pálida y el bigote fruncido: abrió la puerta del cuarto, donde estaba Eugenia doblando la ropa que no se planchaba.

—¿La señora? —preguntó.

Desde afuera se oía la ducha.

—Está bañándose —dijo Eugenia—, ¿qué pasó?

Y se oyó una carcajada de Isabel, que estaba encerrada en su cuarto: últimamente se la pasaba pegada al teléfono con Maribel Lobo, que otra vez era su amiga. Eugenia sacudió la cabeza.

—¿Ajá, Mery? —insistió.

Mery se había quedado tiesa mirándose esos pies callosos que tenía.

—Afuera está el sargento Ramón y otro policía —balbuceó—, y buscan a don Gabriel.

—¿Y qué tiene eso de raro? —dijo Eugenia; le tocó la puerta del baño a mi mamá—. La policía ha ido a ver a todo el mundo por lo de la muchacha muerta.

—Sí, pero ahora dicen que...

Mery tardaba demasiado tiempo en decir algo; me asomé al pasillo y los vi al fondo. Había resplandor. Los policías eran dos sombras oscuras con los bordes difuminados. Mi mamá salió de su cuarto con el pelo mojado y la camisa mal abotonada. Me pareció que ni se había puesto brasier. Fue hasta la oficina de mi papá y le tocó la puerta:

—¿Gabriel? —llamó tres veces hasta que él le abrió y de adentro salió un vapor.

—Te busca la policía —dijo mi mamá—, dicen que ya tienen al asesino de la muchacha y que pidió verte.

Mi papá dijo que bueno y cerró la puerta de la oficina. Casi enseguida la volvió a abrir: el vapor floto por el pasillo y se hizo más espeso. Parecía neblina, pero olía a mentol.

—Vamos a ver.

Mi papá se pasó las manos por el pelo húmedo y salió con ella a atender a la policía.

Esa tarde no fuimos por Gabito ni comimos pizza, sino unos espaguetis que no estaban muy buenos. La visita de la policía había alterado a mi mamá. No la dejaron acompañar a mi papá a la

comisaría, y el sargento Ramón lo trajo de vuelta recién a las seis de la tarde. Cuando regresaron, mi papá entró a la casa con cara triste y se fue directo a su oficina.

Así que al final nos quedamos las cuatro afuera, en la acera, con el sargento Ramón y su acento raro, oyéndole la historia.

Resulta que a la madrugada recibieron una llamada del dueño de una cantina en Turbaco. Dijo que ahí había un viejo diciendo que él había matado a la muchacha que apareció en el lote, cerca de las casas de los mafiosos. El viejo era José, el de los cachivaches, y cuando la policía fue a buscarlo lo encontró privado de tanto ron que había tomado. Pero antes de caer privado se había puesto a decir unas cosas que primero parecían disparates y después resultaron ser la confesión del asesinato de la muchacha. El sargento Ramón dijo que un testigo lo oyó decir: «Le hundí la nariz, después un ojo, después el otro». Pero el golpe de gracia lo dio una señora, vecina de la cantina, que lo vio dejar su saco lleno de «porquerías» en un callejón. Y en el saco encontraron (además de unas prendas de abalorio que, según el sargento Ramón, debían ser robadas) el martillo ensangrentado. Buscaron a José y se lo llevaron al calabozo, y apenas recuperó la conciencia dijo: «Quiero ver a don Gabriel».

—¿Y por qué iba a decir eso? Eso es absurdo —le dijo mi mamá, molesta y desconfiada, al sargento Ramón.

—No sé por qué dijo eso, doña, pero lo dijo.

A mi mamá no le gustaban nada los policías, y menos le gustaban los policías del interior. Los miraba mal, les decía mentirosos en su propia cara y si ellos amagaban con contestarle algo, ella decía: «Hágame el favor de no ser tan igualado».

—¿Y qué tiene que ver mi marido con ese loco?

El sargento Ramón dijo:

—El acusado dice que don Gabriel es como un padre para él.

Y eso a mi mamá le pareció intolerable. Se puso pálida y se persignó:

—Virgen santa —susurró.

Isabel y Eugenia la tomaron por los hombros.

—Vamos.

Intentaron entrarla a la casa, avanzaron unos pasos hacia la puerta, aunque ella se resistía.

—Pero si ese José es un viejo —le dije yo al sargento Ramón—, ¿cómo va a ser hijo de mi papá?

El sargento sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la cara sudorosa:

—Es un decir, niña.

Y yo pensé: «¿Un decir de qué?».

Mi mamá se encaminaba otra vez hacia el sargento:

—¿Y están seguros de que fue él? —dijo.

El sargento Ramón contestó que sí, que estaban seguros porque el martillo era una prueba contundente. Pero que todavía había algunas cosas del episodio que no estaban claras.

—¿Qué cosas? —dije yo.

Isabel me pellizcó, pero ya el sargento me estaba contestando.

—Si se considera el estado mental y físico de José —dijo con la voz grave, como un detective que expone su caso—, cabe la posibilidad de que no haya actuado solo. Y yo no sé si...

—Pero qué raro que no sepan —lo interrumpió mi mamá—, si ustedes siempre saben todo: ¡no se les escapa una mosca!

El sargento Ramón se aclaró la garganta:

—Doña...

—Se lo advierto —mi mamá lo apuntó con el índice. Las mellas y yo nos apartamos porque parecía que en cualquier momento le iba a mandar la mano—: Mi marido es un hombre muy ocupado y muy importante y no hay razón para que vengan a importunarlo por un drogadicto que ni sabe lo que dice.

—Disculpe, doña —dijo el sargento; hizo una reverencia rápida y pequeña—, hasta luego.

—Hasta nunca —dijo mi mamá. Después entramos a la casa.

Mi papá había decidido representar a José y mi mamá estaba contra el suelo. Nadie entendía muy bien cómo ese señor había podido hacer semejante cosa, pero mucho menos entendíamos que mi papá quisiera ayudarlo. Durante toda la tarde yo había tenido una sospecha horrible: que la muchacha muerta era la hippie, y que Aníbal y José la habían matado porque ella quiso pasarles por encima vendiéndoles a los mafiosos el cargamento que trajeron de Maicao. Pensé: «Seguro que debajo de esa ropa había droga». Y ahora Aníbal se había escapado y José tenía que cargar con toda la culpa.

Volví a pensar en el libro de los siete principios. El pobre José debía estar ahora en el extremo del péndulo del que hablaba el principio de La polaridad: José debía ser en ese momento el hombre más malo que la gente del barrio pudiera imaginar. Pensé en la señora Nilse, por ejemplo, que debía estar en su casa pintorreteándose y hablando sola porque no tenía con quien: «Es un monstruo». Pero ese principio decía que siempre, cuando de un lado estaba lo más malo, del otro lado estaba lo más bueno. Y lo más bueno era mi papá. Ese principio también decía que, en alguna parte del recorrido del péndulo, esos extremos se tocaban, se

confundían y se volvían uno. Entonces lo malo era bueno y lo bueno era malo. José era mi papá y mi papá era José.

Eso me tenía atormentada.

Esa noche la casa estuvo en silencio, aunque cada tanto se escuchaba, bajito pero sentido, el llanto de mi mamá. No pude dormir. Nadie pudo.

El martes me despertó un olor muy fuerte a remolacha hervida. Me levanté de la cama, besé a Ricky, salí del cuarto y oí voces en el cuarto de mis papás:

—Te lo repito por última vez: a tu papá no le gusta ni cinco esa niñita Maribel Lobo.

Mi mamá estaba desempolvando unos vestidos viejos, hediondos a naftalina, para que Mery los lavara. Después los iba a llevar a la modista para unos arreglos: eso había dicho la noche anterior, mientras comíamos, como si a alguien le importara.

Isabel estaba sentada en el piso con las rodillas abrazadas:

—¿Pero por qué?! —gritaba como si la estuvieran arrastrando por el pelo.

Mi mamá alzó los hombros:

—Sus razones tendrá.

Isabel había dicho que esa noche iba a dormir en la casa de Maribel Lobo, que hacía una fiesta para celebrar que a su prima María José la habían elegido Señorita Bolívar por decreto. Mi mamá decía que eso era puro invento: «Celebrar la sinvergüenzura será».

—Le voy a preguntar a él —Isabel hizo el amague de levantarse y mi mamá, sin alzar la vista siquiera, negó con la cabeza:

—Yo de ti no lo haría.

Agarró un vestido por las mangas: color mamón, bordados en el cuello. Después se lo pasó a Mery:

—Este con Woolite.

—Tienes la mente podrida —decía Isabel.

Mery las miraba. Isabel y mi mamá no la determinaban. Nunca la determinaban, solo cuando Mery hablaba y entonces mi mamá la corregía porque no se decía «habemos» sino «somos».

—¿Qué haces ahí chismoseando? —me dijo mi mamá.

Yo bostecé.

—... estás podrida por dentro y por fuera —seguía Isabel.

Me aburrí de oírlas y me fui al patio a buscar mangos maduros. No era época, aunque a veces alguno se encontraba. La cosecha era en febrero: se sacaban poncheras repletas a la puerta de la calle para que la gente se los llevara. Mi mamá hacía un calambuco de jugo todos los días, Mery cocinaba una jalea espesa con todo y cáscara, y ni así los mangos se acababan. Terminaban pudriéndose en el patio, despachurrados en la tierra, y aparecían moscas y avispas por todos lados. Hasta los pájaros se hartaban de comer lo mismo.

Hoy no había ni uno.

Me senté en una piedra, estaba horriblemente aburrida, me habría encantado ir a la casa de los Piñeres, pero no para ver al bobo de Júnior sino para ver a Ricky. Desde el día de la fiesta mi mamá les tenía tirria a los Piñeres; como si ellos tuvieran la culpa de que mi papá no hubiera aceptado ese trabajo. Melissa había llamado varias veces y mi mamá le había dicho a Mery que la negara: «Ella vive en una fantasía, y yo tengo muchos problemas reales».

Gabito seguía en la casa de mi abuela. Como el sábado tampoco fuimos a buscarlo, ella se lo había llevado a pasear al zoológico de Barranquilla. Mi abuela no hacía esas cosas porque fuera buena, sino porque así podía venir después a quejarse: a decir que mi mamá le endilgaba la crianza de sus hijos. Sin Gabito la casa estaba

como muerta. Y sin Flípper también. Segifredo se la pasaba dando saltitos de rama en rama, picoteando las guayabas.

El sol entraba por las ramas y hacía sombras raras en el suelo: avanzaban en la tierra dibujando un laberinto que seguí con los ojos hasta el fondo del patio, donde descubrí a mi papá. Estaba de espaldas, mirando los pollos en el corral. Me paré, caminé en su dirección y cuando sintió los pasos se dio vuelta.

—¡Caty! —me despelucó el copete—, ¿en qué andas?

—Vine a ver si había mangos —pateé una piedra que fue a dar a la malla metálica del corral y los pollos se dispersaron.

Antes de eso estaban agolpados alrededor de un montoncito de maíz. Mi papá también parecía aburrido, pero no debía estar aburrido, sino pensando. Tenía mucho que pensar en esos días porque estaba con lo de José. Lo más probable era que José no fuera a la cárcel sino al manicomio del doctor Morales en Turbaco. A mi papá le parecía que eso era mejor que estar preso, pero yo no estaba tan segura. Cada vez que pasaba por el paredón del manicomio oía unos gritos horribles y yo me imaginaba que les estaban pegando a los locos con un palo. Pero además de lo de José estaba su viaje a República Dominicana. Había aceptado dar la conferencia y se iba en menos de un mes. Mi mamá también iba, por eso andaba eligiendo los vestidos que se iba a llevar; estaba tan contenta con ese viaje que en solo dos días se había olvidado de José.

—¿Y se mejoró el niño? —le pregunté.

Él asintió distraído. Miraba los pollos como si estuviera comunicándose con ellos telepáticamente.

—Qué bueno —dije.

—Hoy tengo que ir a visitarlo, ¿quieres venir?

Y ahí me agarró como un sudor frío: ¿mi papá me iba a llevar a curar a un paciente?

—¿Quieres o no? —dijo él.

—Sí.

—¿Ya te bañaste?

—No.

—Bueno, apúrate.

Y corrí rápido hacia adentro.

A mi mamá no le gustó la idea: ella hablaba de los poderes de mi papá y todas esas cosas, pero en la vida real no era capaz de dejarnos mucho tiempo solos con él. Mi papá era una persona distraída: la única vez que había llevado a Gabito a un partido de béisbol dejó el guante, que era carísimo, en el taxi de regreso. A las mellas una vez las dejó esperando a la salida del cine; cuando llegó a la casa mi mamá le preguntó: «¿Y las niñas?», y recién ahí fue que se acordó de ellas. Y una vez hacía mucho tiempo me había llevado al juzgado donde trabajaba y yo me perdí. Él se encerró en su despacho y le pidió a Regina, su secretaria, que me cuidara. Pero después llamó a Regina para dictarle no sé qué cosa y yo me salí del juzgado a pasear por el edificio. Tardaron mucho en encontrarme. Al final me encontró uno de los guardias durmiendo en el poyo de un ventanal. A ese guardia mi mamá todavía le mandaba una botella de ron en Navidad. A la pobre Regina, en cambio, nunca más le dirigió la palabra.

Así que no le gustó la idea de que acompañara a mi papá donde ningún cliente, o paciente, pero se limitó a carraspear con la garganta y a decir:

—Vayan con Dios.

Después preguntó si llegábamos a almorzar. Mi papá dijo que no, que en el camino íbamos a comprar empanadas chinas. Y yo pensé: «Me salvé de la remolacha».

Fuimos a Crespo, un barrio que me gustaba porque estaba cerca de la playa. La casa quedaba en una calle sin salida, terminaba en unos espolones y detrás estaba el mar. Mi papá le pidió al taxista que nos llevara hasta ahí: nos bajamos a mirar. Las olas tenían una cresta espumosa que de lejos parecía merengue. El sol estaba encima de todo, pero no se podía distinguir, no tenía una forma redonda ni una forma de nada: era un resplandor muy potente que dolía en los ojos si uno trataba de enfocarlos. Olía mucho a sal. Mi papá respiró hondo un par de veces, después se sacó los lentes y se los limpió con la camisa.

—Vamos —dijo—, se van a enfriar las empanadas.

En la casa nos recibió un señor negro que se llamaba Eusebio. La esposa de Eusebio no era negra, todo lo contrario: era muy blanca, de ojos claros, bajita y tetona. Y tenía un acento raro.

—¿Quieres jugo de papaya, Catalina?

—No, gracias —yo odiaba la papaya.

—¿Una gaseosa?

—Bueno.

Afuera de la casa estaba parqueado un jeep con un letrero escrito en el costado: Kalahari Tours. Eusebio hacía paseos por la ciudad. La casa no era tan grande como la de nosotros, ni tan bonita como la de los Piñeros, pero tenía algo que me gustaba. Estaba en el medio de un patio de palmeras y palos de plátano y arriba de todo había una azotea desde donde se veía el mar. Apenas llegamos, Eusebio nos llevó a la azotea, dijo que le acababa de poner una

membrana y que ahora podía hacerle un piso más, pero que Nadira lo había preferido como terraza. Nadira, así se llamaba la mujer.

—Es que a la dama le gusta broncearse como Dios la trajo al mundo —dijo Eusebio y se rio.

Mi papá también se rio. Después Eusebio dijo que en el patio iba a plantar guayabas agrias y que ojalá no atrajeran mucho bicho. Cuando bajamos mi papá y Eusebio se sentaron en una mesa que tenía papeles sueltos y libros gordos. Y ahí fue que Nadira me llevó a la cocina para servirme la gaseosa. ¿Y dónde estaba el niño?

—¿Estás de vacaciones? —dijo Nadira.

—Sí —desde mi silla podía ver a mi papá y a Eusebio.

—¿Qué curso estás haciendo?

—Quinto.

—¿Y ya sabes qué *quieres* ser cuando grande?

Yo antes quería ser médica, pero ya no. Negué con la cabeza. Nadira estaba sentada frente a mí, apoyada de codos en la mesa. La raya que le dividía las tetas le llegaba a la clavícula y tenía los brazos gordos, pero ella misma no era tan gorda. Tenía la espalda ancha y la cara redonda y se le hacían hoyuelos profundos.

—Yo tampoco sé qué *quierro* ser.

Nadira se reía. Parecía simpática.

Miré afuera: mi papá y Eusebio hablaban despacito.

—Yo soy de Bélgica —dijo Nadira.

—¿Bélgica?

—Bruselas.

—¿Bruselas?

—La capital de Bélgica.

Miré afuera: mi papá y Eusebio se habían ido. Se me enfrió la barriga. Temí que me dejara allí olvidada con Nadira.

—¿Conoces *Eurropa*, Catalina?

—No.

Yo solo había ido a Venezuela a visitar a mi tía Bertica.

—En *Eurropa* todo es viejo y aburrido.

—¿Puedo ir al baño?

Nadira dijo que claro, que estaba a mitad de pasillo al fondo de la sala y que mientras tanto ella iba a cortar dos pedazos de una torta de coco que había hecho. Se levantó de la mesa y caminó hasta la nevera con pasitos cortos y rápidos.

Salí de la cocina y seguí de largo por el pasillo, que terminaba en un puentecito con techo que daba a un hall con dos puertas. Era un rincón oscuro y no había nada en las paredes. Intenté abrir una puerta, pero tenía llave. La otra no. Entreabrí: igual que el otro día en la oficina de mi papá, salió un vapor espeso y mentolado. Alcancé a ver un círculo de personas sentadas con los ojos en blanco y el cuerpo flojo. Todos como muertos. En una silla alta en medio del círculo estaba el niño. Y un señor (que tardé en descubrir que era mi papá) le apoyaba las manos en la cabeza.

—¿Catalina?

Nadira me llamaba, cerré la puerta con cuidado y volví a la cocina, donde me esperaba ella con sus platitos de torta. Me temblaban las manos.

—¿Qué te pasó? —dijo Nadira.

No pude hablar. Ella puso los platos en la mesa y me tomó por los hombros:

—No te asustes, Catalina. Eso que viste allá adentro es algo muy bello.

—¿Qué es?

—Todos ellos están buscando cosas buenas allá *afuerra* para traérselas a alguien que las necesita.

—¿Afuera dónde? —le pregunté, y ella meneó la mano como haciendo un remolino en el aire:

—*Afuerra* —dijo—, por ahí.

Desde el día que fuimos a Crespo, mi papá y yo estuvimos más conectados. Me pareció que, aunque no hubiéramos hablado de lo que vi en la casa de Eusebio o del libro de los siete principios, él me trataba distinto. Como a una adulta. Algunas tardes nos sentábamos a mirar el noticiero, él se dormía casi todo el rato y yo debía levantarlo cuando venía la sección de noticias insólitas, que era la que más nos gustaba.

La tarde del jueves, por fin, me preguntó qué me había parecido el libro. Yo, aunque había estado esperando que habláramos de eso, me asusté un poco y tragué en seco:

—¿Qué libro?

—El de los siete principios.

—Bien.

—¿Ya lo terminaste?

Asentí.

—¿Quieres que te preste otros libros?

A mi papá le encantaba darnos libros, pero ninguno del estilo de *Los siete principios*. Teníamos muchas colecciones de detectives, como *Los Cinco* y *Nancy Drew*. Teníamos a Julio Verne, los hermanos Grimm, Hans Christian Andersen, las fábulas de Esopo y Samaniego y los cuentos de Rafael Pombo y los poemas de Quevedo. Pero él nunca nos prestaba los libros de su biblioteca. Le dije que sí y que perdón por haber sacado el otro sin permiso. Él se rio.

—¿En serio te gustó?

Asentí.

—Pero me parece que hay un error —dije.

Y le expliqué lo que pensaba sobre la causa y el efecto, y la contradicción con el principio del mentalismo. Él estuvo muy atento, asintiendo a lo que yo decía. Entonces le dije algo que había estado pensando últimamente para explicar esa contradicción: que quizá eso que pasaba porque uno lo deseaba mucho en el pensamiento era la magia.

—La magia.

No supe si lo dijo o lo preguntó.

—Pero en *Los siete principios* dice que no hay magia, que todo es una ley —dije.

—¿Y entonces?

—Y el pensamiento no es ninguna ley.

Tomó café y después me dijo:

—Caty, todas las cosas existen porque están en tu mente. Lo que no está en tu mente no existe. El principio del mentalismo no es incompatible con la causa y el efecto porque la mente es la causa primera de todos los efectos que puedas imaginar —me puso la mano en la cabeza—, y en tu cabeza caben muchas cosas, ¿sabes por qué?

—¿Por qué? —el corazón me latía rápido.

—Porque eres muy cabezona —mi papá se rio despacito y yo no supe qué decir. Uno nunca sabía si mi papá hablaba en serio o en chiste. Yo pensaba que ese libro era una cosa importantísima y que no se podían hacer chistes sobre lo que decía. Pero quizá el libro era una porquería y por eso él quería prestarme otros.

—¿Entiendes?

—Sí.

La televisión estaba prendida, aunque no la mirábamos. En la cocina Mery acababa de encender la licuadora. Y yo lo miraba a él y él me miraba a mí: tenía la boca como preparada para reírse de cualquier cosa que yo dijera, pero no por burla sino por gusto. Me acerqué más a él y me pegó su olor: una mezcla de cigarrillo, café, colonia de cardamomo y jabón Fab. Tenía una camiseta blanca y limpia. Y estaba descalzo, con sus garras al aire, apuntando hacia abajo. Me dio gusto estar ahí. Me dieron ganas de abrazarlo y de aspirar bien hondo.

—¿Qué libros me vas a prestar? —le pregunté.

—Depende.

—¿Depende de qué?

—De lo que quieras aprender.

—Quiero aprender de ciencias ocultas.

Se volvió a reír:

—¿Y por qué quieres aprender eso?

Alcé los hombros.

—Lo importante no es saber cosas porque sí, sino elegir qué quieres hacer con lo que sabes.

—¿Por qué?

—Porque si no, no sirve de nada saber. Y porque saber cosas no te hace más feliz, al contrario: te expone a la decepción. Entre más sabe uno, más se decepciona. Pero si tienes claro por qué quieres saber, eso te va a ayudar a sobrellevar la decepción, cualquier decepción, aunque sea gigante.

—¿Pero de qué me voy a decepcionar?

—No sé. Del mundo, de ti misma, de mí.

—¿Pero por qué?

—Porque cuando sabes ciertas cosas como las que tú quieres saber, te parece que puedes cambiar la vida de la gente, la vida de las personas que quieres, para ayudarlas a estar mejor. Y a veces puedes y a veces no: y eso es decepcionante.

Mi papá se sonrió, se sacó los lentes, se frotó los ojos y se los volvió a poner. Me pareció que se había entristecido. ¿Pero por qué iba a entristecerse? Yo también me entristecí. Quise cambiar el tema, no me gustaba eso de la decepción.

—¿Cómo está el niño? —le pregunté.

—Está muy bien —esta vez sonó convencido.

No hablamos mucho más. Él abrió el periódico, pasó varias páginas sin detenerse en ninguna. Cada tanto alzaba los ojos y se encontraba con los míos, fijos en su cara, y volvía a sonreír. Yo trataba de imaginar de qué podría haberse decepcionado él: del Mister, porque era muy peleonero y se emborrachaba; o de Álvaro Gómez, porque no fue presidente; o de mi mamá, porque lloraba por bobadas; o de nosotros, porque peleábamos mucho y armábamos un escándalo que no lo dejaba concentrarse en el trabajo. Pensé: «Yo nunca lo voy a decepcionar». Y me sentí tan contenta de estar a su lado que me dije: «No hay nadie en el mundo más bueno que mi papá ni más bonito ni mejor perfumado ni que yo quiera más». Y repetí en mi cabeza un millón, mil millones de veces: «Ojalá estemos muertos, ojalá esto sea la eternidad».

Ya estaba anocheciendo cuando mi mamá y las mellas llegaron de la calle en un griterío. Eugenia había descubierto y revelado que Isabel tenía novio y que mentía: decía que iba a comer helado con Maribel Lobo, pero en realidad se iba a besuquear a los muelles de

Castillo con un tal David Alvarado. Uno que tenía mala fama. Ya en la comida, mi mamá se dedicó a atormentar a mi papá diciéndole una cantidad de idioteces que a nadie le importaban: decía que ese David Alvarado era un peligro porque andaba en moto. Y que era un vago porque iba al Colegio Pedagógico, donde aterrizaban todos los que echaban de los colegios decentes. Y que debía ser sobrino de Jacky Martelo: una blanquita desnalgada que vivía en Bocagrande. Seguramente ella esperaba que mi papá adivinara eso y no que los agarrara por sorpresa. Yo quería gritarle que mi papá había estado demasiado ocupado ayudando al niño de los lentes y al viejo José, y preparando su conferencia en República Dominicana, como para tener que estar pendiente de si Isabel se besuqueaba. Además, ¿qué tenía de malo besuquearse?

—¿Pero qué tiene de malo besuquearse? —dije, fastidiada, en la mesa.

Mi mamá me miró irritada y ya iba a decir algo cuando Eugenia, que estaba pegada a su lado como una garrapata, metió la cucharada:

—Que primero te besuqueas y después haces las otras porquerías.

—¡Sapa! —gritó Isabel desde el cuarto donde estaba encerrada. Se veía que tenía la oreja bien pegada a la puerta.

Y Eugenia dijo:

—Prefiero ser sapa y no pu...

Mi mamá la cortó con un golpe en la mesa:

—¡No tengo paz, maldita sea!

Después prendió un cigarrillo. Y ahí se quedó, con los ojos desorbitados como una loca. Mi papá apartó su plato de lentejas y

miró el reloj. Dijo que se iba a atender a alguien que ya debía estar llegando.

—¿A esta hora? —preguntó mi mamá. Y él, que ya se había parado, dijo:

—¿Qué hora es? —como si no acabara de verla.

Sonó el teléfono. Yo también aproveché para levantarme:

—Aló.

Colgaron. Me dio tanta rabia que sentí que se me calentaba la cabeza. Enseguida volvió a sonar. Tomé aire y contesté:

—¡Júnior, sapo gordo!

—¿Caty? —era Gabito.

—Ah, hola.

El pobrecito todavía estaba en la casa de mi abuela: todos los días pasaba algo nuevo por lo que decidían no ir a buscarlo.

—¿Cuándo vienen? —me dijo.

—¿Estás aburrido?

—No.

—¿Y entonces?

—¿Entonces qué?

—Nada, ¿qué haces?

—Estoy viendo *Los Victorinos*.

—¿Y mi abuela te deja?

—No.

—¿Y dónde está mi abuela?

—No sé.

—¿Estás solo?

—Estoy aburrido.

—¿Por qué estás aburrido?

—...

—Mañana vamos.

—Bueno —colgó.

Cuando volví a la mesa mi mamá se había ido a pelear con Isabel. Fui a la cocina a servirme algo de tomar porque las lentejas me daban sed, más cuando tenían chorizo. En la cocina estaba Mery, terminando de lavar los platos. Casi siempre se iba a las siete, pero se le había hecho tarde. A veces Mery me daba lástima y a veces me daba rabia, pero no sabía bien por qué. Abrí la nevera y me serví jugo de maracuyá. Lo probé y tuve que escupirlo porque no tenía azúcar.

—¡Niña Caty! —Mery saltó.

Le había escupido el jugo encima sin darme cuenta: se enjugaba el hombro, la cara, el pecho.

—Perdón —le dije—, es que...

—¿Es que qué?

Mery tenía el hocico estirado y refunfuñaba por lo bajo. Me miraba con la cabeza gacha.

—Está ácido —le dije—, no se puede ni tragar.

—Ahora le pongo más azúcar —dijo ella despacito, como si fuera su culpa.

En la mañana fui a pedirle los libros a mi papá. Toqué la puerta de la oficina y no contestó. Intenté abrirla, pero estaba cerrada con llave. Pegué la oreja y no oí nada. Cerré los ojos, me apreté contra la madera y alcancé a oír algo. Una respiración. Pero después pensé que era la mía.

Fui por la bicicleta, quería pasar por la casa abandonada para ver si Aníbal y la hippie habían vuelto. No sabía si quería entrar, pero tampoco quería seguir pensando lo que estaba pensando sin tener alguna prueba. Antes de salir escribí una nota que pegué en la nevera con un imán: «Salí a montar bicicleta. Caty».

Afuera no estaba la camioneta: mi mamá y Eugenia debían haber ido a buscar a Gabito. Isabel seguía encerrada. Me subí a la bicicleta y apenas pegué el primer pedaleo se salió la cadena.

—Mierda —dije y me bajé. Me agaché a componerla y sentí que una sombra me cubría.

—¿Qué son esas palabras en boca de una señorita?

Me pegué un susto tremendo: era Aníbal. ¿Qué hacía allí? Tenía puesta una camisilla blanca y sucia, el pelo aceitoso pegado al cráneo. Juntaba mugre de varios días.

—¿Qué haces acá? —miré a los lados tratando de entender de dónde había salido. El corazón me latía como si hubiera estado corriendo sin parar. Aníbal señaló con el mentón la puerta de la oficina de mi papá.

—Estaba... —bostezó.

Estiró los brazos como para desperezarse, tenía pelo en los sobacos. Ricky no tenía, Ricky era lampiño.

—¿Estabas qué?

—Tu papá me dejó quedarme anoche en su oficina mientras yo resolvía qué iba a hacer.

Se agachó, me sacó las manos engrasadas de la cadena de la bicicleta y se puso él a meterla. Yo me quedé al lado, mirando. Si mi papá lo había dejado quedarse en su oficina era porque Aníbal no había hecho lo que yo creía. Y pensé: «Aníbal es bueno».

—Voy a volver a vivir con mi papá —dijo y miró la casa del señor Ortega: chiquita y roñosa detrás del monte.

Eso quería decir que lo iba a tener de vecino, que iba a poder visitarlo todo el tiempo. La noticia me emocionó. Pero después me acordé de lo que me había dicho del espejo y el karma, y de sus hermanos y todas esas cosas que lo hicieron irse.

—¿Mi papá te dijo que hicieras eso?

Alzó los hombros.

—Tampoco me dijo que no.

Terminó de meter la cadena, levantó la bicicleta con una mano y con la otra hizo andar el pedal.

—Listo —la puso en el piso y yo la agarré—. ¿A dónde ibas?

—Por ahí.

Aníbal se sentó en el pretil y sacó un porro. Me dio miedo que llegara mi mamá y lo encontrara fumando en la puerta de la casa.

—¿Quieres que vayamos a la casa abandonada? —le dije. Aníbal me miró: chupó el porro y botó el humo sin dejar de mirarme y a mí me dio como un escalofrío.

—Nunca te había visto en short —dijo. Pero sí me había visto. Varias veces me había visto. Me subí a la bicicleta, no arranqué.

Imaginé que pasaba el sargento Ramón y se lo llevaba preso. Yo no sabía si fumar porro era ilegal, pero me parecía que sí. Segurísimo era pecado. Me pregunté qué hacía el porro en la cabeza; si daba risa no podía ser tan malo. Pensé: «El porro le hace cosquillas al cerebro». En la espalda de Aníbal, por los bordes de la camisilla, se asomaban pedazos de la frase que tenía tatuada: «te», «es», «re», «y», «da». Se levantó, se sacudió el jean, aunque antes de sentarse en el piso ya estaba bien mugriento.

—Ven, bájate, yo te llevo en la barra —dijo. Me bajé de la bicicleta:

—¿Me llevas a dónde?

Él se encaramó, me jaló del brazo y yo me senté en la barra. Su pelo caía sobre mi frente, como si tuviera china.

—A un lugar muy bonito que seguro no conoces —arrancó.

Llegamos a un bosquecito que no era el que estaba cerca de la colina donde patinaban los niños punks; era otro más lejos. Más allá de la cuadra de los mafiosos. Nos sentamos bajo una ceiba que daba mucha sombra, lo que hacía que el pasto estuviera fresco y no pinchara tanto. Aníbal encendió su porro y se acostó de lado, apoyando el codo en la tierra y la cabeza en la mano. Parecía un grillo de lo flaco que estaba. El pelo le había crecido bastante y tenía las ojeras oscuras. Aspiraba y botaba el humo y después tosía.

—¿Qué tanto me miras? —dijo. Yo dije que nada, me recosté en el tronco de la ceiba. Miré arriba, hacia las ramas, y descubrí un avispero. Detrás el cielo estaba azulísimo y unos pájaros marrones daban vueltas por ahí. Me acordé de una fábula que salía en mi libro de Español de tercero: «Al principio de los tiempos todos los pájaros

eran color marrón, pero sintieron envidia de los colores de las flores y le pidieron a la Madre Naturaleza que los pintara». Me pregunté dónde estaba la hippie. Repetí en mi cabeza: «Aníbal es bueno».

—¿Y qué pasó en estos días que no estuve? —preguntó. Volví a mirarlo:

—¿Supiste lo de José?

—¿Quién?

—José, el viejo turuleco que vendía cachivaches.

Él asintió. Fumó porro y después me dijo:

—No le digas turuleco, es una fea palabra.

A mí me parecía una palabra muy bonita.

—¿Nunca te han dicho que te pareces a Ricky? —le pregunté.

—¿A qué Ricky?

—Pero solo de cara.

Aníbal volvió a fumar, botó el humo y se frotó los ojos.

—Mi papá me va a prestar libros de su biblioteca —le dije después.

—¿Ah, sí?

—Es que ya leí uno, el de los siete principios, y él cree que ya estoy preparada para saber más.

Aníbal levantó las cejas:

—¿Ah sí? —repitió.

—Sí, y quizá en las próximas vacaciones ya empiezo a trabajar con él.

—Mira tú.

—Solo estamos esperando a que yo cumpla doce, mientras tanto voy a ir estudiando sus libros.

Aníbal se acostó bocarriba y miró el cielo. Me pareció que no estaba muy impresionado con lo que le estaba diciendo y me dio

rabia. Después pensé que estaba siendo discreto y que yo debía hacer lo mismo.

—¿Y tú dónde estabas? —le dije, para cambiar de tema. También porque quería preguntarle por la hippie disimuladamente.

Entonces me contó que se había ido con la hippie a comprar semillas a Barranquilla para esos collares que ella hacía, porque allá les salía más barato. Y que unos amigos los habían llevado en un carro destartado que los dejó tirados en el camino. Me dijo que se habían puesto a caminar porque pensaron que ya estaban cerquita. Los amigos se quedaron cuidando el carro para que no se los desvalijaran y Aníbal prometió volver con un remolque. Pero se hizo de noche y Aníbal y la hippie seguían andando por la carretera porque Barranquilla estaba lejísimos. Él quería parar y echar dedo, pero la hippie decía que era peligroso.

—Dizque por la guerrilla y nosequé: se había fumado una yerba que la puso paranoica.

Y esa palabra, «paranoica», me dio como miedo. Me pregunté qué hacía yo ahí, con un hippie maloliente oyendo esa historia que ni gracia tenía. Seguro que ninguna de mis compañeras de colegio se rebajaría a hablar alguna vez con un hippie. Seguro que si mi mamá se enteraba me iba a dar una cachetada que me iba a hacer escupir los dientes. ¿Y mi papá? ¿Sabría mi papá que yo estaba en ese bosquecito con Aníbal? Pensé que si fuera a pasarme algo malo, mi papá iría a buscarme enseguida. Es más: pensé que si fuera a pasarme algo malo, mi papá lo sabría desde mucho antes y yo no estaría allí porque él lo habría evitado.

El último capítulo del libro de los siete principios hablaba del tiempo potencial. Decía que las personas éramos conscientes de lo bueno y lo malo que nos pasaba, pero no de lo que nos podría

pasar: y que eso era lo potencial y lo potencial era infinito. Pero había maestros, como mi papá, que podían cambiar lo que todavía no había pasado si les parecía que era mejor que no pasara. O sea que yo nunca sabría de cuántas cosas malas me había salvado mi papá, solo sabía que esas cosas malas no me habían pasado gracias a él.

—... y el bus no iba para Barranquilla sino para Luruaco, pero de todas formas nos subimos.

Aníbal seguía hablando, otra vez se había estirado el pelo hacia arriba y se había levantado la camiseta en la barriga, como para broncearse las costillas.

—... y en ese bus fue donde empezó todo.

La calle más cercana al bosquecito tenía un farol que titilaba. No tenía por qué estar encendido porque era de día, pero estaba. Detrás de la calle había un terreno vacío que debían haber convertido en un quemadero de basura porque el suelo estaba tiznado de negro.

Aníbal chasqueó los dedos:

—Fue así de rápido, Catalina.

—¿Qué cosa?

—¿Puedes creer? De pronto uno está con alguien, y al minuto siguiente ya no.

Resulta que en el bus iba un cachaco, un tal don Julio, que se enamoró de la hippie apenas la vio. Yo esa parte no me la creí mucho porque la hippie, además de sucia, era bien fea. Blancuzca y fofa: cuando se ponía esos vestidos claruchentos se le veían los muslos temblorosos, como el bofe que le daban de comer a Flípper.

—... ya la venía piropeando en el bus, le decía mamacita linda y no sé qué cuánto, y ella se reía como para evitar problemas. Pero

entonces nos bajamos en un parador y ahí el cachaco se puso más pesado. Se le arrimó y yo me metí en el medio y lo empujé y él me empujó y yo lo empujé y en una de esas el cachaco se dio un golpe en la espinilla con una silla de hierro y empezó a mentarme la madre. Y yo pensé que podía tener una pistola porque ese don Julio tenía toda la pinta de andar con un fierro encima: gordo mantecoso, mucho pelo en el bigote, así como don Pablo, pero más mondao. Y yo me asusté. La agarré a ella por el brazo y eché a correr, pero ella se soltó enseguida y me dijo «maricón».

Aníbal tenía los ojos rojísimos y olía muy fuerte a porro y a basura. Ese olor se mezclaba con el del pasto del bosquecito que era rico, aunque de vez en cuando se levantaba un aire apestoso a orín y a mierda. Seguro que los que quemaban basura en el lote de enfrente usaban el bosquecito de baño.

—... entonces el viejo la agarró por el pelo, traía el cinturón ya medio suelto y la obligó a arrodillarse ahí mismo, delante de mí y de todos los pasajeros. Y bueno, ella hizo lo propio.

—¿Qué hizo?

Aníbal se quedó callado, se volvió a mirarme y se limpió la cara sudorosa con la camisilla. Se rio.

—A veces se me olvida que eres una niñita.

Volvió a reírse, esta vez más largo y ruidoso. No entendí qué le daba tanta risa.

—¿Y dónde está ahora? —le pregunté.

—¿Quién?

—Tu novia.

Aníbal hizo una pausa larga y después dijo:

—No sé, ni me importa.

—¿Por qué no te importa?

—Porque es una puta.

Arrancó una yerbita del suelo, se la puso en la boca y la masticó. Después se levantó y se arrimó hasta donde yo estaba. Se sentó frente a mí, la barriga se me enfrió.

—¿Estás contenta de que vayamos a ser vecinos?

Yo no dije nada. Él se acercó más, se sacó la yerbita de la boca, me la pasó despacio por la cara. Sentí su olor encima, la sangre caliente y como un hormigueo en todo el cuerpo. Pegué la espalda lo más que pude al tronco del árbol y él siguió acercándose. Con una mano me echó el pelo hacia un lado y en el pedazo de cuello que quedó libre pegó la boca y me chupó. No me moví. Por la calle no pasaba un alma.

El domingo se apareció el Míster. Llegó con un jean mocho y desflecado y una camisa azul que le quedaba chiquita. Llegó borracho, pero no altanero, más bien bajito y penoso. El timbre sonó un rato después de que yo volviera de misa: me estaba sirviendo unas Zucaritas en la cocina. Había ido a la capilla del barrio con mi mamá, Gabito y las mellas y después ellos se habían ido a hacer compras a Turbaco. Yo había preferido volver a la casa caminando, bajo el rayo de sol que me caía pleno, como un chorro o una espada o un castigo. Ahora la cabeza me palpitaba por dentro. Total, que sonó el timbre, fui a abrir y apareció el Míster. Primero balbuceó algo que no entendí y después se puso a cantar esa canción de una Catalina a la que se la llevaba el mar:

—Catalina del mar, mi bambina... —y el aliento a ron me pegó directo en la nariz. Después se sentó en el pretil de la puerta de la calle mirando el lote de enfrente. Yo me quedé detrás—. Vigilancia armada —murmuró el Míster leyendo el viejo cartel de venta, y se rio desganado.

—¿Qué ha habido, Míster? —detrás de mí apareció mi papá. El Míster se dio vuelta, lo saludó con el mentón. Mi papá se acercó, lo agarró por los sobacos y lo alzó:

—Vamos a que te pegues un baño.

El Míster le llevaba más de una cabeza a mi papá, pero en ese momento, desgonzado como estaba, parecía más chiquito. Como un muñeco de trapo que se le escurría entre los brazos. Me eché a un lado para dejarlos pasar y mi papá lo arrastró hasta el baño de su

cuarto. Oí desde afuera el sonido de la ducha. Cuando salieron se fueron para el patio. El Míster se había puesto una sudadera y una camisilla de mi papá y se veía recompuesto.

Mi mamá y mis hermanos volvieron al rato cargados con bebidas y bandejas de lasañas. Esa noche iba para la casa David Alvarado. No era una invitación formal, se suponía que él iba a aparecer casualmente y que todos nos íbamos a sorprender, sin exagerar, de verlo allí. A Isabel y a mi mamá (que se les había pasado el enojo y andaban de paños y manteles) les parecía que era muy pronto para invitarlo a comer con la familia y por eso prepararon ese plan en el que Isa le decía que fuera a visitarla: que sus papás no iban a decir nada, que ni cuenta se iban a dar, y que si se daban cuenta ella les diría que él había llegado de casualidad. Eugenia decía que era un plan ridículo, que David Alvarado se iba a dar cuenta de la emboscada y toda la familia iba a quedar fatal. Pero nadie la escuchaba.

Aníbal ya se había mudado con el señor Ortega. Lo supe porque el sábado me subí al techo de mi casa desde donde se distinguía clarita la casa de él. La casa de Aníbal estaba al final de un terreno al que se entraba por una verja de madera que tenía un candado de hierro; eso era bien raro porque era una verja bajita que cualquiera podía saltar. El sábado la puerta de la casa estuvo abierta todo el día: adentro estaba el señor Ortega en un taburete mirando la televisión, con una botella en la mano. Nunca se paró de ahí. Pensé: «Debe haberse orinado encima». Aníbal estaba echado en el patio fumando sin camisa y mirando el cielo. Después se paró y se fue a la calle. Yo esperé un rato a ver si volvía, pero cuando los mosquitos se alborotaron, me bajé. El día del bosquecito, cuando volvíamos, no dije una palabra en todo el camino. Él venía arrastrando la

bicicleta. Cada tanto me miraba y decía «¿estás rabiosa?». Y yo no sabía si estaba rabiosa, la verdad, pero tenía calor y estaba fastidiada. Quería tocarme el cuello, pero no me atrevía. Me daba impresión porque lo sentía caliente y dormido como si me hubiera picado una avispa. Cuando llegamos a mi casa la camioneta estaba parqueada afuera y se oían voces adentro. En el lote de enfrente había un hombre cortando el monte con un machete: nos saludó con un gruñido. «Tengo que entrar», dije. Aníbal dijo «ok», me dio la bicicleta y se fue.

Me quedé un rato afuera, tenía miedo de que mi mamá o las mellas me vieran rara porque como todavía no me había visto en un espejo ni tocado con la mano, imaginaba que tenía una hinchazón en el cuello, como una jorobita, pero de lado. Preferí entrar por la oficina de mi papá, que no había abierto. Me eché el pelo hacia delante y abrí la puerta: no había nadie. Me senté en la silla de cuero verde, miré las bibliotecas, los muebles, el abanico de mimbre. En el escritorio había un portarretrato con una foto de los seis en San Andrés. Estábamos parados frente al hoyo soplador con los pelos volados. Mi mamá se aguantaba la falda con las manos pero igual se le veía el calzón, que era rosado. Eso fue antes de que mi papá se jubilara; eran las últimas vacaciones de las que tenía memoria.

Llevaba un rato en mi cama mirando fijamente a Ricky cuando, de pronto, se me vino encima:

—¿Te sientes bien, nena? —mi mamá entraba al cuarto.

—Sí.

Cuando los oí llegar de Turbaco corrí a encerrarme. Ya estaba harta de oír hablar de la visita de David Alvarado, como si fuera la visita del papa.

—¿Te quieres quitar esa ropa y así la vuelves a usar por la noche? —dijo mi mamá—. Es que te queda tan lindo ese conjunto.

Era un conjunto de falda pantalón azul marino y blusa blanca con cuello también azul marino. Me lo había mandado mi tía Bertica de Venezuela y a mi mamá le parecía la cosa más fina del mundo. A mí se me parecía a la ropa del Pato Donald.

—Bueno —le dije para dejarla contenta.

Ella me miró raro:

—¿Seguro estás bien? —me tocó la frente.

—Sí.

—¿Qué te pasó ahí? —me señaló el cuello.

Me toqué con la mano y le dije que había estado leyendo en el techo, al lado del palo de guayaba, y que seguro alguna avispa... Pero ella ya estaba en otra cosa: poniendo toallas de mano en mi baño porque solo a mi mamá se le ocurría que David Alvarado iba a entrar hasta allá.

—Ponte una pomada —dijo—, no sea que se te inflame.

Y no sé por qué se me ocurrió que cuando mi papá cerraba la puerta con llave y las mellas se miraban y se reían como idiotas, eso era lo que hacían: mi papá chupaba a mi mamá, pero no en el cuello sino en alguna parte que no se notara tanto. Me pregunté dónde. Adiviné enseguida y me dio asco.

Entendí también que eso era lo que la hippie le había hecho a don Julio, y lo que Isabel y David Alvarado hacían en los muelles. En mi cabeza el mundo se volvió un lugar baboso donde hombres y mujeres se chupaban entre sí.

Miré por la ventana: mi papá y el Míster se habían llevado unos taburetes para el patio y charlaban de lo más animados. Me pregunté qué habría sido del niño.

—Mami, ¿conoces a Nadira? —le pregunté.

—¿A quién?

—A la esposa de Eusebio.

—¿Una cachaca tetona?

—No es cachaca, es de Bélgica.

—¿Bélgica?

—Bruselas.

—Mira tú —y siguió con lo suyo.

En el patio, mientras el Míster y mi papá hablaban, Gabito pateaba el balón. Yo me había llevado una estera y me había echado en el piso. Los pajaritos cantaban. En general no me gustaban los pajaritos porque me despertaban muy temprano y porque se cagaban en la camisa del uniforme que Mery ponía a secar afuera y, aunque después la lavaban con cloro, le iban quedando unos manchones amarillos.

Hacía un rato que mi papá y el Míster hablaban de la Constitución porque ya se iba a lanzar esa semana. Esta vez no se pelearon sino que se aburrieron. Todo el mundo hablaba de lo mismo. Entonces mi papá dijo:

—En once días se va a producir el eclipse más largo de los últimos ciento cincuenta años.

Y el Míster asintió:

—Qué interesante —bostezó. Al rato dijo—: Ahora todo el mundo está feliz con don Pablo encerrado, pero va a durar poco.

Mi papá estaba pelando un mango biche, alzó la cara y se acomodó los lentes:

—La felicidad siempre dura poco.

El Míster dijo que sí y que lo mismo podía decirse del amor. Y de los proyectos políticos.

—Todo eso se acaba cuando se concreta —dijo mi papá—. Un proyecto es perfecto cuando es una idea y nadie se monta encima de nadie porque todos creen que creen en lo mismo.

—Bah —dijo el Míster.

Ya no estaban aburridos porque estaban por pelearse.

—Lo mejor que le puede pasar a un proyecto es ser siempre un proyecto.

—¿Porque tú lo dices?

—Yo no, Platón.

—¿Por eso siempre rechazaste todo lo que te propuse?

—No.

—¿Entonces por qué?

—Porque siempre me propusiste bobadas.

El Míster miró el piso y yo pensé que iba a decir alguna vulgaridad, pero lo que hizo fue sonreírse. No debía tener ganas de pelearse. Gabito le pegó un pelotazo a la malla del corral y los pollos se alborotaron. Me daban lástima los pollos, siempre agitados, haciendo piiii con tanta fuerza, con el pechito a punto de reventar.

—Menos mal que no es solo conmigo —siguió el Míster—, supe que también dejaste mamando a ese godo marica —se rio.

Mi papá se turbó, o eso me pareció a mí. Volví a pensar en su secreto: ¿cuál sería su secreto? Cortó una tajada de mango, le puso la sal que yo había traído de la cocina y me la dio:

—Toma, discípula.

Y yo no supe qué decir porque mi papá nunca me había dicho discípula, y que me dijera discípula me puso tan feliz que me reí sin ton ni son. El Míster me miró con la sonrisa chiquita, esa que ponía cuando estaba por hacer una maldad.

—¿Así que cuando crezcas vas a ser bruja?

Me corté:

—¿Bruja?

Entonces fue mi papá el que se rio, pero a mí no me hizo gracia.

—No le pongas atención, nena —dijo todavía riéndose—, es que el Míster es muy bruto.

—Yo seré bruto, pero tu papá es brujo —seguía el Míster.

—No me la espantes —dijo mi papá.

Y el Míster iba a decir algo más, pero Gabito llegó corriendo y se le trepó encima. El Míster se levantó del taburete alzándolo por los pies y Gabito quedó cabeza abajo con la boca abierta:

—¡Oh, pesqué un sábalo! —gritaba el Míster—. ¡Voy a hacer un sancocho!

Y Gabito se retorció y chillaba. El Míster lo bajó y le dijo que buscara el balón para que le hiciera unos tiros al arco. Mi papá había cortado todo el mango y ahora limpiaba el cuchillo con la camiseta. Yo pensaba en el cuarto de la casa de Eusebio: con ese vapor espeso y esa gente como muerta, y en las manos de mi papá agarrándole la cabecita al niño.

—¿Eres brujo? —le pregunté, o más bien lo acusé, con una bola grande atorada en la garganta, y sonó como un ronquido: «¡Eres brujo!».

Él se quitó los lentes, se restregó los ojos y me miró: los ojos de mi papá eran como de agua. Brillantes, de un color gris oscuro. Cuando uno miraba los ojos de mi papá lo que veía era la propia

cara de uno mirando a mi papá, y esa era una cara de respeto, pero también de miedo: como decía miss Adelaida que había que mirar a Cristo.

—Caty —me dijo—, lo que yo hago no tiene nada de brujería ni de esas cosas fantasiosas que supone la gente que no sabe lo que habla, como el Míster. Yo trabajo con la cabeza, que es más poderosa que cualquier menjurje.

—Pero son ciencias ocultas —dije yo como si supiera qué era eso.

—La gente cuando no conoce las cosas les pone nombres raros.

No dije más nada. Agarré una tajadita de mango, le puse sal, se la di a mi papá y después hice otra para mí. Me costó tragarla, pero la siguiente pasó mejor. Pensé: «Ya entendí». Entendí que mi papá había aprendido unas cosas que parecían poderes, pero no eran poderes. O sí eran poderes, pero no de los mágicos sino de los que se estudiaban en los libros que me iba a prestar. O sea, que mi papá no era un brujo, sino un sabio: y eso todo el mundo lo sabía, pero poca gente lo entendía. Seguro que el Míster no lo entendía. Pero el Míster no importaba, el Míster era un truhán. Así le decía mi abuela cuando llegaba a la casa y lo encontraba por ahí sentado: «¡Ufff!, ahí está ese truhán empollando el vicio». Y cuando yo le pregunté qué era «truhán» ella me dijo «es eso que está ahí y que no sirve para nada» señalando al Míster con el hocico.

Pensé que ni mis compañeras del colegio ni mis profesoras debían tener idea de que la gente sabía, como mi papá, podía curar y hacer milagros, pero no rezando sino con la mente. A miss Adelaida, por ejemplo, siempre que uno le hacía una pregunta difícil contestaba lo mismo: que en la mente nada cabía sin fe. No importaba cuál fuera la pregunta (miss Adelaida, ¿el Espíritu Santo

es una paloma?; miss Adelaida, cuando la Virgen tuvo a Jesús, ¿dejó de ser virgen?; miss Adelaida, si en el Antiguo Testamento no existían los sacramentos, ¿san José y María vivían en pecado?), ella tenía esa sola respuesta. «¿Y qué es la fe? —se tocaba el pecho—. La fe es eso que se siente en el corazón como una brasa». Una noche repetí eso en la comida y Eugenia dijo: «Lo mismo que un infarto».

—Papi —le dije—, ¿cuándo me vas a prestar los libros?

—Mañana vamos a hacer una primera selección.

—Bueno.

Estaba muy contenta de ser su discípula. Me senté en la estera y respiré hondo el olor de la tierra. Cerré los ojos y oí los pajaritos que cantaban y los pollos que chillaban y a Gabito que cantaba un gol y al Míster que decía: «¡Me vas a matar, culicagao!».

—¡Perro marica! —gritó Segifredo.

Cuando abrí los ojos, mi papá se había recostado en su taburete, parecía ausente de todo lo que pasaba a su alrededor. Se acomodó los lentes y miró la punta del árbol de mango con curiosidad, como si acabara de descubrir algo en el follaje. Yo también miré, pero no vi nada.

El Míster convenció a mi papá de que lo acompañara a ver una tierrita para sembrar yuca en San Juan Nepomuceno. Así que el lunes los vino a buscar un señor que hacía viajes en un jeep: en el techo llevaba amarradas unas cajas de madera; en la parte de atrás iban dos pasajeros, un señor bien vestido y un muchacho que parecía su sirviente. Saludaron con la mano, nosotros también. Mi papá y el Míster se subieron adelante, mi papá en la ventanilla. «Mucho juicio», nos dijo antes de arrancar. Mi mamá y las mellas entraron enseguida, Gabito y yo nos quedamos en la acera hasta que el polvo que había levantado el jeep se dispersó.

—¿Qué miras? —dijo Gabito.

—Nada.

—¿Al señor Ortega? —insistió.

—¿Por qué razón voy a mirar al señor Ortega?

—Para que venga a arreglar el abanico del cuarto —Gabito se frotaba los ojos porque le había entrado arena.

—El abanico está bien.

—Echa aire caliente.

—Eso es porque el aire es caliente.

Después mi mamá nos llamó a desayunar.

Por la tarde me sentí afiebrada, eso era raro porque yo nunca me enfermaba. Me acosté temprano y me levanté a la madrugada bañada en sudor. Gabito también se despertó, dijo que yo estaba hablando sola y se fue a buscar a mi mamá. A la mañana siguiente vino el doctor Cano.

La fiebre me hizo pensar en mi abuela: pero no en mi abuela del Pie de la Popa, sino en mi abuela de Santa Marta. Me acordaba de ella porque la única vez que la vi fue en una cama, arropada hasta el cuello, temblando y sudando al mismo tiempo. Mi papá y yo habíamos ido a su casa hacía años, cuando ya estaba por morir. Mi papá casi no se hablaba con ella porque, según nos contaría mi mamá años después, «doña Cata quería cagar más alto que su propio culo» y a mi papá eso lo irritaba. Ni las mellas ni yo le creímos esa historia: mi papá no se irritaba nunca. Isabel se lo dijo: «Te irritaría a ti, porque mi papá no se irrita por nada». Y mi mamá dijo: «Por esa vieja sí, esa vieja era un ají picante».

Según el doctor Cano, yo tenía un virus pasajero. Me dio un confite de fresa y salió del cuarto con mi mamá. Los oí cuchichear afuera, traté de levantarme para pegar la oreja a la puerta, pero estaba cansada, me dolían las piernas. Solo oí la parte en que mi mamá contestaba a un susurro del doctor en un tono ofendido: «¿Pero por qué va a estar nerviosa?». Y después: «¿Hablar?». Pero como si dijera «¡¿matar?!», y se ve que se alejaron de la puerta porque las voces se perdieron.

De todas formas yo no tenía nada de que hablar con ella. Con mi mamá no se podía hablar porque ella no oía más que lo primero que uno decía y después se dedicaba un rato largo a criticar.

La persiana del cuarto estaba cerrada para que no entrara el resplandor. Debía ser mediodía. Pero la ventana estaba abierta, entraba algo de brisa, y aunque yo estaba tapada sentía frío en los pies. Solo en los pies, el resto del cuerpo hervía por debajo de la pijama. Me acosté bocabajo y enterré la cara en la almohada. Respiré. Olía a jabón de coco. Olía a naftalina. Y olía a mi aliento a confite de fresa.

Que la carretera a Santa Marta era un peligro porque había retenes de la guerrilla. Eso le habían dicho a mi mamá. Y que lo mejor era no manejar por ahí, que lo mejor era irse en bus: aunque a los buses también los paraban, pero menos. La guerrilla debía pensar que si uno tenía plata para comprarse un carro, tenía plata para pagar un rescate; mientras que a la gente que andaba en bus no le podían sacar más que la gallina que llevaba encima. Era sábado, las mellas se habían ido a un retiro espiritual del colegio. Mi mamá no quería ir a Santa Marta porque ella no se iba a montar en un bus mugriento con un bebé de brazos (Gabito no había cumplido el año) para después llegar a que la ninguneara esa vieja malparida. Entonces mi papá dijo:

—Me llevo a Caty.

Y ella:

—Ni lo permita Dios.

Pero después él la convenció: viajaríamos de día y la íbamos a llamar desde cada estadero donde parara el bus. Se lo juró. Y ella cedió, pero al día siguiente la dejamos en la terminal hecha un mar de lágrimas, abrazada fuerte a mi hermanito como si ya no tuviera más hijos que él.

Al principio fue un viaje frío. Salimos cuando recién amanecía y por la ventana se veía la neblina que flotaba encima de la carretera. Me asusté mucho en una curva que pasamos bordeando una montaña y yo miré abajo: era un precipicio que no se sabía dónde terminaba porque estaba lleno de niebla. Después el bus paró en un estadero de fritos y los pasajeros nos bajamos a desayunar. Una señora se agachó frente a mí:

—¿Qué quiere la princesa? —la boca le olía agrio. Aparté la cara. Mi papá le dijo que nos trajera dos arepas y un peto. Los demás pasajeros comían desayunos completos, con yuca, chicharrón, huevos. El único que no comía era un señor muy viejito envuelto en una ruana: se había quedado afuera masticando unas hojas que le manchaban la boca de verde.

Cuando ya nos íbamos subiendo al bus, me acordé de que no habíamos llamado a mi mamá. No sabía si decírselo o no a mi papá, y al final no le dije nada. Volvimos a nuestros asientos y el bus arrancó. La carretera se había limpiado, el paisaje era claro y el sol entraba tibio por la ventana. Ya no hacía frío. El bus paró y se subieron unos muchachos con gaitas, dijeron que querían cantarles a los muertos de Armero.

—¿Quién es Armero? —le pregunté a mi papá. Él me dijo que era un pueblo que había desaparecido porque un volcán se le derramó encima. Los muchachos cantaron en un idioma que no entendí. Mi papá me explicó que era wuayúu.

—¿Estás contenta, Caty? —me dijo después, cuando ya todo estaba en silencio. Yo asentí. Estaba muy contenta de estar con él, lejos de la casa, lejos de volcanes que se derramaban. Quería que viajáramos siempre por esa carretera infinita, que el bus se fuera vaciando y llenando de gente nueva cada vez, y que nosotros pudiéramos ir rotando de asiento. Antes de dormirme me volví a ver al viejo de la boca verde: apoyaba la cabeza en la ventanilla y un bicho le zumbaba muy cerca de la cara.

—¿Caty? —abrí los ojos y vi a mi mamá; la persiana estaba arriba, otra vez era de noche—. Estabas hablando dormida, me

asustaste —mi mamá sacaba sábanas del clóset, decía que quería cambiarlas para que no se siguiera revolviendo el virus.

—¿De qué hablaba? —le pregunté.

Enseguida pensé en Aníbal. No recordaba qué había soñado, pero imaginé que podía ser con Aníbal y me entró susto.

—No sé, no entendí, hablabas mucho y rápido, como en jeringonza —mi mamá se rio desganada—, ese virus te lo habrá pegado Segifredo.

Y me pidió que me parara para cambiar las sábanas.

—Las sábanas están limpias.

—Las sábanas están sucias del virus, hay que sacarlas para que te cures. Y también tendrías que bañarte, el doctor Cano dijo que tenías que bañarte y levantarte porque estar acostada todo el día no hace bien.

—El doctor no dijo eso.

Mi mamá respiró hondo:

—Mira, peladita, me importa un carajo que estés enferma. Si sigues con la altanería, te reviento la jeta.

Me levanté de mala gana, cuando estuve en pie me dio mareo. Me senté en la cama de Gabito. Miré a Ricky, ese bigote se le veía ridículo. Pensé en Aníbal, me toqué el cuello. Ya no quedaba nada, la mancha roja había desaparecido por completo.

—¿Dónde está Gabito? —pregunté.

Mi mamá había sacado las sábanas viejas y sacudía las nuevas, que estaban limpias.

—Gabito va a dormir conmigo, para que no se le pegue el virus —ahora le estaba dando unos buenos golpes a la almohada, dizque porque ahí dejaba el enfermo su mala respiración. «Los humores», dijo. Terminó de arreglar la cama, hizo un bulto con las sábanas

viejas y las puso en un rincón. Sacó otra pijama del clóset y me la pasó:

—Ponte esto.

Yo bostecé. Me dolió la garganta. Me quité la pijama que tenía puesta y la tiré al piso. Ella la levantó, la juntó con las sábanas en un bulto y lanzó un suspiro de cansancio. Yo me puse la pijama nueva y volví a la cama. Mi mamá abrió la puerta del cuarto.

—¿Mami?

Se dio vuelta:

—¿Qué, mi amor? —tenía la cara desencajada, vaya a saber por qué. Quizá porque mi papá no estaba. O porque Mery otra vez no había venido y a ella le había tocado hacer todo el oficio—. ¿Qué pasó? —insistió.

Abrazaba las sábanas sucias con los dos brazos, como si fuera una panza gigante. Me acordé del sueño: mi mamá en la terminal de buses, con Gabito en brazos, asfixiando a su bebé en un abrazo exagerado.

—¿De qué se murió mi abuela Catalina?

—¿Quién? —otra vez ese tono ofendido.

—Mi abuela Catalina.

Alzó los hombros y estiró el hocico:

—De amargura será.

—Pero cuando fuimos a verla estaba en una cama, sudorosa.

—¿Cuándo fueron a verla quiénes?

—Mi papá y yo.

Me miró rarísimo:

—¿Quién te dijo eso? ¿Las mellas?

—No, yo fui a Santa Marta con mi papá —tenía la boca seca—. Fuimos en bus.

—¿En bus a Santa Marta? ¡Ni lo permita Dios! Con tanta guerrilla y tanto paraco que hay por allá... —se fue hablando sola, quejándose del país, y dejó la puerta abierta. Isabel estaba al fondo aplastada en el diván del hall con la cara tristonía. El domingo David Alvarado no había aparecido: la llamó sobre la hora de la visita y le dijo que tenía el cumpleaños de una tía. Eso contó ella misma en la mesa, con los pyrex de lasaña humeando en el centro. Eugenia se le rio en la cara.

El jueves a la mañana Mery contestó el teléfono y, por la mueca que hizo, supe que del otro lado hablaba Melissa Piñeres. Es que a Mery le daba vergüenza hablarle a Melissa y le entraba como una piquiña en los ojos que la hacía espabilar más rápido. Decía: «Sí, señora, sí, señora». Y se ponía más fea de lo que era. A mí siempre me impresionó que Mery pudiera ser más fea de lo que era. Ya con ese bigote que tenía le sobraba fealdad, pero cuando le entraba la espabiladera parecía como un troll de esos de cuerda. Y alguien tenía que aparecer para quitarle el teléfono de la mano: «Dame acá, Mery».

Total, que esa mañana Melissa llamó, Mery contestó, Isabel le quitó el teléfono (pensando que sería David Alvarado) y enseguida se lo pasó a mi mamá sin darle tiempo de negarse.

—Ay, es que estuve con una gripe horrorosa —le decía mi mamá a Melissa—, y a mí los antibióticos me tumban.

Melissa debía estarle reclamando que hacía mil años que no nos veíamos. Melissa siempre decía: hace mil años que no hablamos, hace mil años que no nos vemos, hace mil años que no llueve así. Y miraba al cielo: *Oh, Lord!*

Los Piñeres querían invitarnos a su casa a ver la despedida de la Asamblea Constituyente. Ya habían terminado la Constitución y esa noche la presentaban. Iban a dar unos discursos. Iba a tocar la Orquesta Sinfónica Nacional, que era una cosa horrible y aburrida. Yo ya estaba bien, esa mañana había desayunado como tres veces (primero salchichas fritas, después sánduche de queso y por último

huevos pericos) y había visto el anuncio en el noticiero: «La Asamblea Constituyente se despedirá hoy de los colombianos durante una sobria ceremonia que se realizará en el Salón Elíptico del Capitolio Nacional. En la mesa central estarán el presidente César Gaviria Trujillo y los presidentes de la Asamblea, Antonio Navarro Wolff, Horacio Serpa y Álvaro Gómez. Los cuatro pronunciarán discursos de clausura».

—Uy, pero eso va a ser larguísimo —le dijo mi mamá a Melissa.

Ya antes le había dicho que qué jartera esa Constitución y que qué jartera los políticos: sobre todo Álvaro Gómez, con esa jeta desbembada. Se veía que Melissa no le seguía la corriente porque mi mamá se quedaba callada y al rato decía «ajá», y bostezaba. Pero volvía al ataque:

—En estos días miré a mi familia, Melissa, y me dije: soy tan feliz.

Puro embuste. Mi mamá pretendía tapar con un dedo lo que había pasado en la fiesta de los Piñeres. Le parecía que si ella decía «tal cosa no pasó» los demás íbamos a borrar inmediatamente «tal cosa» de la memoria y a reemplazarla por su nueva versión. Como esa vez que le había dicho a mi abuela: «Yo le dije a Gabriel: no me voy a Bogotá, no señor, esa ciudad gris y antipática, esa ciudad donde llueve siempre, pero poquito, como si lo escupieran a uno». Y que por eso mi papá no aceptó el trabajo.

Cuando colgó con Melissa anunció que veríamos la ceremonia de la Constituyente en la casa de los Piñeres. Lo dijo como quien dice: «Nos ganamos la lotería». Nosotros estábamos viendo *La ley de Los Ángeles* y nos quejamos de que viniera a interrumpir.

—Es un día histórico —dijo ella. Volvimos a quejarnos—. ¡He parido una caterva de antipatrias!

Pero nadie le ponía atención: el abogado McKenzie estaba por desenmascarar a un asesino de ancianas.

—Piñeres va a lanzar fuegos artificiales.

Ahí Gabito reaccionó. La verdad era que él no entendía bien ese programa y justo vio la oportunidad de levantarse: se hizo el contento y comenzó a saltar. Eugenia subió el volumen. Isabel abrazó un almohadón y cerró los ojos.

—¿Qué van a dar de comida? —pregunté yo. Y mi mamá dijo:

—Pizza.

En la casa de los Piñeres lo que había era una fiesta. No una fiesta grande, sino una fiesta íntima, como en Navidad. Había una piña decorada con cuadraditos de queso y salchichón y, así como en Navidad, todos estaban ocupados con algo. Yo no, yo los miraba y pensaba: «Voy a untar unas galletitas de atún y a repartirlas». Pero después no hacía nada porque tenía rabia, porque no había ninguna pizza.

La ceremonia de la Constitución no le importaba a nadie. Para empezar, la música estaba tan alta que nadie oía lo que estaba diciendo el presidente Gaviria. Piñeres y mi papá, que había vuelto esa tarde, estaban frente al televisor, pero tampoco le ponían atención. Mi papá miraba un poco la pantalla y después miraba la terraza, donde Júnior y Gabito imitaban los pasos de Wilfrido Vargas. Melissa, Isabel y mi mamá estaban risueñas, tomando Manischewitz y poniendo aceitunas en unos platitos. Eugenia, en cambio, estaba amargadísima, sentada en el muelle con su Manischewitz al lado: doblaba servilletas y miraba la bahía.

Yo me había apartado en una hamaca que colgaba en una esquina de la terraza y los miraba a todos desde ahí. Júnior había venido a hablarme, pero le dije que me dolía la cabeza:

—¿Quieres una pastilla?

—Quiero una pizza.

—Pero no hay.

—Entonces vete.

Júnior estaba vestido con una camisa de rayas pasteles abierta hasta el pecho, donde le colgaba su escapulario del Sagrado Corazón. Abajo un jean con un cinturón tejido y unos Reebok blancos acolchonados. Seguro que le habían traído toda la pinta de Estados Unidos.

—¿Quieres bailar?

Cerré los ojos:

—Voy a dormir.

—¡Niños, vengan! —era Melissa. Abrí los ojos y vi a Piñeres abrazándola a ella y a mi mamá por la cintura: una a cada lado. Mecían la cadera de un lado a otro y hacían un pasito torpe con los pies. Mi papá los miraba sonriente. Sentí rabia por unos segundos. Con los cuatro me dio rabia, más con mi mamá: por dejarse manosear por el puerco de Piñeres. Mis papás casi no bailaban, pero cuando lo hacían daba gusto verlos: se abrazaban, se movían despacio y cerraban los ojos. Pero apenas se soltaban mi mamá se volvía como loca: meneaba las caderas como las negras y aplaudía y se reía echando la cabeza hacia atrás, como una actriz barata. Las mellas y yo odiábamos que hiciera eso.

Entré a la casa por algo de comer, en la televisión hablaba Álvaro Gómez: «Nuestro mayor logro, junto con el presidente, ha sido poner tras las rejas al delincuente más buscado del mundo usando

como única arma la de la legalidad». Me parecía estarlo viendo, no hacía ni un mes, pelando la chapa, con la mano sobre el hombro de mi papá. Sonó el timbre y vi pasar a Isabel corriendo, rumbo a la puerta de entrada. Fui hasta la cocina y me encaramé en el mesón para poder mirar por la ventanita. Isabel abrió el portón y entró un chico en una moto. David Alvarado. Lo abrazó por el cuello, él la besó y después apoyó la moto sobre la palanca. Ella se sentó de lado en el asiento, y él le hizo separar las piernas para ubicarse en el medio. Después se apretaron más: se besaron con los ojos cerrados y la boca muy abierta, como si el uno quisiera tragarse la cabeza del otro. David Alvarado le subió la mano por la cintura, le agarró una teta, se la apretó como si fuera de plastilina.

Y sonó una explosión.

Me tiré del mesón y me llevé por delante un plato que se estrelló contra el piso.

—¡Caty! —gritó mi mamá desde afuera. Junté rápido los pedazos con el pie. Y sonó otra explosión.

—¡Caty, ven!

Salí corriendo a la terraza, llegué jadeando, asustada. Todos estaban embobados mirando las luces en el cielo (muchos puntos de colores) con las caras alumbradas como si fuera de día.

Esa noche regresamos a la casa en dos taxis porque mi mamá estaba mareada y no podía manejar. En uno se fueron las mellas y ella y en el otro Gabito, mi papá y yo. El taxista decía que esa Constitución estaba llena de mentiras, que el presidente Gaviria era un vendido a los gringos y que a don Pablo, un tipo que no había hecho sino robar para los pobres, lo iban a mandar para afuera, eso

ya estaba cantado. Primero lo iban a dejar amañarse en la cárcel y, cuando se descuidara, le iban a poner un saco en la cabeza y se lo iban a mandar a los gringos para que lo hicieran picadillo.

Mi papá resopló, pero no dijo nada. Gabito se durmió acurrucado contra él. Yo estaba en el otro extremo del asiento y mi papá en el medio de los dos. El taxista se aburrió de hablar solo y puso la radio en una emisora de baladas. Por la ventanilla se veía una luna flaca y algunas pocas estrellas. Una más brillante que el resto.

—Esa es Venus —le dije a mi papá.

Venus era la estrella más brillante del cielo porque estaba muy cerca de la Tierra. Yo sabía eso no por él, sino porque cuando mi mamá nos dijo lo que nos dijo, se me había dado por buscar información. Y encontré eso. También encontré que en Venus no había Luna y que tenía la atmósfera más caliente y el día más largo del sistema solar: 243 días terrestres.

—¿Ah, sí? —dijo mi papá como si acabara de enterarse. No parecía triste ni feliz, parecía preocupado. Quizá solo tenía sueño. En la radio una mujer canturreó: «Son las doce y treinta, la hora del amor».

Quería decirle a mi papá que, cuando él estuvo afuera con el Míster, yo me había enfermado y había soñado con la abuela Catalina. Quería preguntarle si alguna vez él me había llevado a verla o si me lo había imaginado. Y quería contarle que, cuando me curé del virus, me metí en su oficina a poner en su lugar el libro de los siete principios y me tropecé con otro libro que me llamó la atención. Estaba sobre su escritorio y no tenía nombre, solo una estrella azul en la tapa. En ese libro leí que había viajes profundos (seguramente como los que hacía mi papá) de los que a veces no se podía volver porque la fuente de lo que se buscaba estaba muy

lejos y por querer alcanzarla se rompía un hilo, que era el hilo que conectaba el cuerpo con el espíritu. Me dio miedo; pensé que quizá no estaba bien que él hiciera esos viajes porque era peligroso.

—¿Papi?

No contestó. Volví a recostarme en su hombro, estaba cansada y aflojé el cuerpo para que mi peso reposara sobre él. Eso también lo decía el libro de la estrella azul: decía que para emprender un viaje profundo uno tenía que relajar el cuerpo al máximo, y que eso no era tan simple como dormirse y ya. Había mucha gente que no sabía dormir: gente que se dormía no más en la cabeza, pero el cuerpo se mantenía alerta, pensando que estaba despierto. Esa gente se levantaba siempre cansada.

Aspiré hondo. El olor de mi papá no se parecía al olor de nadie.

Frente a la casa del señor Ortega había un gentío. Mi mamá y las mellas estaban afuera porque habían llegado antes. Pensé: «Ahora sí le pasó algo a Aníbal». Me bajé del taxi y corrí.

—¡Catalina! —gritó mi papá.

Pero yo seguí corriendo, empujando gente sudorosa para llegar al otro lado, donde estaba la patrulla con el sargento Ramón parado afuera. Olía a pólvora. Mi papá me alcanzó y me agarró del brazo.

El dueño del minimárket les contaba a otros vecinos que él había oído unos tiros y por eso llamó a la policía. La señora Nilse tenía una mano puesta en la mejilla, como si le doliera la muela.

—Parece que estaba borracho —decía el del minimárket— y que se puso a limpiar la escopeta y se le disparó.

La casa de Ortega estaba a oscuras, pero detrás de la verja se veía a alguien tirado en el suelo con la cabeza tapada por una

camiseta.

—Don Gabriel —el sargento Ramón le hizo señas a mi papá—, ¿me haría el favor de acercarse? —Mi papá no se movió, me estaba apretando el brazo muy fuerte—. ¿Don Gabriel? —insistió—, acá lo solicitan.

Abrió la puerta de la patrulla y sacó a Aníbal del brazo. Tenía la cabeza gacha y los pelos en la cara. Yo miré a mi papá.

—No tenía que quedarse —murmuré. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

Mi papá juntó las cejas, me miró furioso:

—¿Qué?

—Por el karma —dije. Tenía la voz quebrada.

Me soltó del brazo y dijo:

—Anda ya para la casa —y caminó hacia la patrulla.

Cuando la gente empezó a irse, todavía no había llegado la ambulancia. Mi papá, el sargento Ramón y Aníbal seguían a un costado de la patrulla hablando despacito. Aunque Aníbal no hablaba, solo miraba el piso, como ido, y cada tanto alzaba la cabeza para mirar el cuerpo del señor Ortega. La mamá de Cecilia le había hecho abrir la boca apretándole los cachetes y le había metido una pastilla.

Mi mamá estaba indignada por como yo había salido del taxi («disparada como un alma perdida»), y se la había pasado amenazándome con castigos.

—¿Y qué tanto le ves a ese muchacho? —decía ahora señalando a Aníbal.

Isabel y Eugenia me miraban sospechosas, con los brazos cruzados, esculcándome los huesos. Entré a la casa, fui directo al cuarto. Gabito se había dormido con la ropa puesta. Le quité los tenis. Sus marcadores estaban regados por el piso: agarré uno y me acerqué a la puerta, le repasé el bigote a Ricky varias veces, con fuerza. Después le rayé el resto de la cara, hasta que el marcador se quedó sin tinta y el papel del afiche se rompió.

Me acosté mirando al techo. Ahí estaban los monicongos fluorescentes que el Míster nos había traído el año pasado para Navidad: había una mariposa, un pulpo, un paraguas y un huevo frito. Se pasó horas pegando uno por uno con una goma especial para cielos rasos.

Esa noche pensé en todas las veces que me crucé a mi papá en algún rincón de la casa y me dijo: «Isa, eh, Uge, qué digo, Caty, ¿te gustaron los cubanitos que te traje?». Cuando hacía eso me daba miedo porque yo pensaba que ese podía ser un señor de la calle que había entrado a la casa y se había puesto su ropa, y, si yo le contestaba, iba a aprender a distinguirme (y así con todos los demás) y entonces se quedaría a vivir, y mi papá no volvería nunca. Yo lo miraba con cuidado, a ver si descubría en su cara algo que me hiciera reconocer al impostor. «¿Caty, estás bien?», insistía él, con sus ojos de búho detrás de los lentes. Y yo asentía, pero no hablaba. Pensaba: «Se parece a mi papá, pero no es». «Bueno, ve a ponerte chancletas», decía él. Y se alejaba por el pasillo de vuelta a su oficina y se perdía detrás de la puerta.

Segunda parte

Debo irme. Así no tengo que explicar nada. Debo poner un punto y levantarme. Nada más. Un punto común y corriente, que no parezca el último. Disfrazar el punto final. Sí, eso es. Aquí.

JOSEFINA VICENS
El libro vacío

Una vez me quedé seis días en la casa de X usando la misma ropa: una camiseta azul gastada con tres letras rojas en el pecho (KGB) y un calzón blanco de algodón. A veces nada. Nadie me llamaba a mi casa porque casi nunca estaba en mi casa, un dos ambientes con terraza en un barrio pretencioso de Buenos Aires — podía pagarlo gracias a una revista alemana que sobrevaluaba las colaboraciones del tercer mundo—, pero el día número cinco quise revisar los mensajes por si había algún trabajo, una nota por hacer. X se había levantado temprano, estaba en la computadora contestando mails y leyendo diarios. Yo seguía echada mirando el techo, no tenía ganas de pararme. Así que agarré el teléfono de la mesa de noche y marqué a mi casa para revisar los mensajes. Había muchos: casi todos de mi mamá, uno de Bruno, otro de mi hermano. Todos concentrados a lo largo de dos días. La gravedad de sus voces era un crescendo que decaía cuando llegaba al último, de una de mis hermanas. Cada una de sus palabras era una lámina de cristal que dejaba caer con un cuidado enfermizo. «Hola, hermanita, mi papá se murió a las dos de la madrugada en el hospital de Bocagrande, tuvo una descompensación general...». Y se cortaba. Luego había otro, más expeditivo, más vulgar: «comunicate con nosotros, nos gustaría saber tu opinión sobre...». Colgué.

La noche anterior X y yo habíamos tenido sexo dos veces. La primera vez fue fallida, yo paré porque estaba incómoda: su barba me raspaba las mejillas. Cerré los ojos y me dormí. Desperté de

vuelta cuando X estaba encima de mí, adentro. No sentí nada más que su peso aplastándome las tetas. X se vino y salió, se dio vuelta en la cama y dijo hasta mañana, linda. Pero ya casi era de mañana. No me limpié ni me vestí porque estaba cansada y me volví a dormir enseguida. Soñé con la cara desfigurada de un hombre.

Me levanté de la cama y bajé las escaleras. Desde el umbral de la puerta del estudio miré a X sorbiendo su mate, leyendo en la pantalla de la computadora: «Aviones israelíes sobrevuelan el cielo de Beirut y violan el mandato de la ONU».

Para ese momento llevábamos varios años en una relación conveniente para ambos, pero eso no importa en este relato. X no importa en este relato más que para contar que en ese momento se volvió a mirarme y yo le dije:

—Mi papá se murió —la voz me salió pastosa y bajita, era mi primera frase del día. X sacudió la cabeza, se levantó del escritorio y se apresuró a abrazarme. Susurraba cosas que se sentían calientes en mi cuello. Por entre los muslos me chorreaba su leche.

Pensé en lo extraño de esa sensación en ese preciso momento, y recordaré la escena varias veces, los días que siguieron. En el avión rumbo a Cartagena, en la cremación, en la misa, en la ceremonia en la bahía de Manga cuando cada uno tomó un puñado de esa arena oscura que eran sus huesos y lo lanzó al agua. Cuando uno de mis siete sobrinos me agarró del brazo y me dijo «tía, cuéntame algo de mi abuelo, algo que yo no sepa», y yo le dije «no sé nada de tu abuelo, pregúntale a tu mamá». Se lo dije sinceramente: mi cabeza se había vaciado de recuerdos suyos. «Sí sabes, cuéntame algo», insistía mi sobrino, con su vocecita fina, hasta que dejé de oírlo y él se aburría, y se fue a donde estaba mi hermano, en el muelle, con los demás niños. Yo me senté en una

banca apartada y respiré hondo la humedad de ese lugar. El calor que hacía. Pensé en un libro que había leído cuando era chica sobre una mujer que no tenía recuerdos, su vida era una bruma absurda y en el medio descubría que su familia la había sometido a un electroshock porque, cuando era niña, unos compañeros de colegio la habían violado y sus papás no querían que ella recordara eso. Entonces creció sin recuerdos y terminó casándose con su propio violador. Como Leonela, pero en un pueblo inglés rodeado de bosques y lagos.

La casa de mi madre estaba llena. Me tocó dormir con ella, aunque estuvimos acompañadas buena parte de la noche porque ninguno de mis hermanos ni sobrinos querían irse a sus habitaciones. Cuando nos quedamos solas, ella se puso a llorar: estábamos muy cerca, tenía la cara enterrada en su almohada que se iba humedeciendo. No le dije nada, le acaricié el pelo sin mucha convicción hasta que se quedó dormida. Yo no me dormí. Yo pensé: «Está por terminarse el primer día en que ya no existe mi papá». Era poco un solo día, comparado con los años que sí había existido. De hecho, al menos para mí, siempre sería menos el tiempo de su no existencia que el de su existencia. Me pregunté si la conciencia de esa cuenta negativa —un día contra setenta y ocho años, un año o diez o veinte o cincuenta años contra setenta y ocho años— hacía que se extrañara menos a las personas.

Eso estaría bien. Eso explicaría por qué yo no sentía nada.

El sueño era así: un hombre iba parado en un bus de vidrios panorámicos que atravesaba una calle repleta de carteles luminosos. Llevaba un sombrero. Yo lo veía de espaldas y me

costaba distinguirlo en el reflejo de la ventana. El bus se detenía y dos chinos se subían, le pagaban al chofer y se acercaban al tipo: «Hey», le tocaban el hombro. Y a lo que el tipo se volteaba, los chinos le destrozaban la cara a balazos. Lo que quedaba de él era un cuerpo sin rostro, una cabeza ensangrentada y un sombrero caído.

Los asesinos de mis sueños siempre eran chinos.

Gasté mañanas enteras tratando de descifrar quién era el hombre del bus. No le había visto la cara pero estaba segura de haberlo reconocido. Y estaba segura de que uno de esos días lo vería en la fila del Pago Fácil o en una góndola del supermercado, y que haríamos contacto visual y nos reconoceríamos.

El día que murió mi papá pensé que quería escribir una novela. No se lo dije a nadie. Cada vez que me preguntaban qué estaba escribiendo yo meneaba la cabeza: nada. Entonces me lanzaban esas miradas cómplices seguidas por preguntas sobre mi infancia o mi familia tan lejana. Venir de otro lado me garantizaba la conmiseración ajena. Estar sola en una ciudad como Buenos Aires, donde la idea de familia iba de la mano del asado o los ravioles de domingos —o sea los lapsos de vida que verdaderamente importaban—, me hacía una auténtica pobrecita. Quizá por eso me gustaba estar con Bruno, porque él tampoco tenía su familia en Buenos Aires, aunque daba igual porque hablaba demasiado de ella. Sobre todo de la madre. Cuando recién nos estábamos conociendo me preguntó cómo era mi madre, yo le di una descripción bastante escueta a la que él contestó con un suspiro largo y la confesión disparatada de que le habría encantado que mi madre fuera la suya:

—Es que esa madre que yo tuve, pobre mujer, tan limpiita y modosa; todo lo que sabía hacer era remendarme los calzoncillos y hasta ahí le llegaba el amor. Nunca una fiesta de cumpleaños, nunca una celebración por mi existencia.

—Yo odiaba los cumpleaños —le dije, pero no me escuchó.

—... mi mamá no invitaba a nadie a casa por vergüenza, porque para qué exponerse al ridículo, decía. Y todo lo hablaba bajito, para que mi papá no oyera. Y se vestía insípida de pies a cabeza, como si fuera un pecado notarse. Todo en mi familia se hablaba y se pensaba en chiquito, por eso me fui, para salvarme de ser como ellos —Bruno hablaba sin parar porque lo necesitaba; aunque nadie lo oyera, él necesitaba contarlo.

Había leído una entrevista a un escritor famoso que decía: hay que decir cosas necesarias. Y después, más adelante, repetía: hay que decir lo que uno necesita decir cuando necesita decirlo y el resto es *bullshit*. Cuando mi papá se murió me acordé de eso, que entonces me había parecido un verso lamentable. Me acordé porque yo necesité decir que era huérfana. Que hacía mucho que era huérfana, aunque hubiese pasado poco tiempo de su muerte. Debía ser de los temas menos originales de la literatura. Había tanta gente escribiendo lo mismo, amparada en esa necesidad: haciendo un coro para nadie.

O para pocos, da igual.

Cuando uno necesita decir algo necesita decírselo a alguien, no al mundo. Y ese es el problema de los escritores: que confundimos el mundo con alguien.

Tiempo después de escribir esto, me encontré con un poema de Ezra Pound que, por supuesto, lo decía tanto mejor:

Yo junto estas palabras para cuatro personas. *Algunos más pueden oírlas.* ¡Oh mundo, lo siento por ti! / Tú no conoces a esas cuatro personas.

Por esos días, cuando murió mi papá, supe de once escritores — conocidos y desconocidos— que estaban escribiendo alguna novela sobre su padre o su madre. Yo todavía no. Por esos días yo estaba escribiendo una novela sobre un barrio seguro. Un grupo de personas hartas del mundo que deciden encerrarse en un barrio cuyo sistema de seguridad consiste en que debajo del barrio hay otro barrio idéntico. Un espejo, un *backup*. Y, en caso de una tragedia, las personas solo tendrían que descender, abandonar la superficie y seguir con sus vidas, tal cual. Pero tenía problemas con el cielo: quería que el barrio subterráneo tuviera cielo. Había unas partes techadas con láminas transparentes que no eran de vidrio, sino de un material más liviano, más parecido al aire. Pero sonaba falso, no quería que fuera una novela de ciencia ficción, quería que un barrio así fuera posible en el mundo real, que existieran arquitectos capaces de diseñar láminas de aire. Era una novela muy mala, la dejé después de trescientas páginas contenidas en un año.

No vi a mi papá morir. Una de mis hermanas me haría, años después, un relato detallado de cómo se había ido asfixiando en la cama del hospital, perdiendo la voz y cerrando los ojos sin quererlo. Todo en un lapso de horas. Tampoco vi a mi papá muerto: llegué a Cartagena justo en el momento en que lo estaban cremando. Mis hermanas me habían dado a elegir: si quería verlo podían conservarlo un día más, pero les dije que no. Una de ellas le tomó

fotos al cadáver por si alguna vez me arrepentía. Me las dio en un disquete.

Hacía un tiempo que no iba a mi ciudad. No tanto tiempo, pero el suficiente como para que el recuerdo de la última vez se confundiera con otros recuerdos. En el aeropuerto ubiqué a mi madre al final del pasillo de salida: me sonreía chiquito y agitaba su brazo desnudo en un movimiento eufórico. En Buenos Aires hacían eso mismo para acompañar las puteadas en las marchas o para cantar los cantitos de la cancha. O del Che Guevara. Detrás del brazo patotero de mi madre estaba el resto de la familia. Me saludaban y me decían cosas que no se entendían porque las decían al tiempo. Habían venido todos, hasta los bebés. Había dos nuevos: no sabría cuál era cuál hasta que alguna de mis hermanas se sacara la teta. Una vez me había agachado a saludar a un niño que no era mi sobrino. La madre, una chica joven y redonda, se acercó como una fiera a sacármelo de los brazos. Mis verdaderos sobrinos estaban más atrás, mirándome desconcertados. «Paren de crecer», les dije. «Me confunden».

Antes de llegar al final del pasillo me detuve para mirarlos bien: se me mezclaban todos con todos en una masa indeterminada, compacta, inflamable.

En la misa me mantuve al lado de mi abuela. Estaba perdida, como de costumbre, pero ese día me pareció la menos nociva de todos. La actitud general, empezando por el cura, era la de quienes están presenciando la santificación de un muerto. Mi padre era un santo para buena parte de la gente que lo conoció. También para mi

abuela, pero como ella nunca estaba totalmente presente miraba todo con más distancia.

Mi hermano había asumido el rol del hombre de la casa con la facilidad de quien se viste con la piel de otro. La concurrencia se acercaba a él —que sostenía a mi madre por los hombros— y le hacía una pequeña reverencia. Todos tenían algo que decir sobre mi padre. Algo que involucraba, indefectiblemente, favores espirituales. Había un hombre negro y gordo que estaba muy cerca de mi hermano y de mi madre, se portaba solícito, ubicaba a la gente en los asientos de la iglesia, se enjugaba la cara sudorosa con un pañuelo. Le pregunté a una de mis hermanas quién era ese y me dijo que Horacio, un tipo que, cuando yo era adolescente y la economía de mi casa estaba muy mal, compraba por anticipado, y con algún interés, la pensión de mi papá. Entonces recordé que, una vez que mi mamá no pudo ir, yo fui a la oficina de Horacio a buscar la plata. Era un piso que miraba hacia la Torre del Reloj y en las paredes colgaban, enmarcadas, las láminas de un almanaque de paisajes: todos atardeceres, todos cursis. Horacio, como ahora, era gordo y sudoroso; la corbata, también como ahora, le estrangulaba la papada. Tenía la cara llena de paños. Aquella vez, antes de salir de su oficina con el sobre, el tipo se ofreció a llevarme y yo me negué. «¿Te doy miedo?», me dijo, la sonrisa ladeada. Contesté que no. Y Horacio se rio: su diente de oro en primer plano. «Las niñas como tú me tienen miedo porque para ustedes un negro feo es lo mismo que el diablo», eso me dijo.

Y ese tipo había salvado a mi familia, eso me decía mi hermana.

En el último año, con la enfermedad de mi papá, Horacio había terminado comprándoles la casa y alquilándoselas a un precio muy

módico. Con la plata de la venta mi mamá había pagado el tratamiento.

En la casa de mi madre estuve una sola noche y después me mudé a la casa de mi abuela, que estaba prácticamente deshabitada. Tenía el olor de siempre: moho, humedad, encierro. La muchacha del servicio andaba con una escoba juntando bichos muertos que después tiraba en el patio. Mi abuela se la pasaba sentada frente al televisor o deambulando por los pasillos como un ente. Arrastraba los pies. Tenía lagañas y exhalaba ese aire tibio y apasado que llega con la edad. Lo peor era la frente: poblada de venas azules. Telarañas finas que parecían cosas bajo el agua, tentáculos ahogados.

Me instalé en el cuartito que se usaba para planchar. Era el mismo en el que dormía cuando era adolescente y me la pasaba ahí los fines de semana. Abrí la ventana: el balcón de la casa vecina estaba vacío. Era la casa del mongólico. En una época lo veía siempre: se agarraba de los barrotes del balcón —enrejado hasta el techo para evitar que se tirara—, y largaba alaridos espeluznantes. Como King Kong. A veces se quedaba mirando por horas el cerro de La Popa y se ponía triste. A veces gritaba malas palabras y la madre le pegaba con un zapato en la cabeza. Mi abuela decía que la madre del mongólico sufría mucho, pero se consolaba con eso de que su hijo era un ángel en la Tierra. Eso a ella la angustiaba: si el cielo está lleno de mongólicos, solía decirme, yo quiero podirme en el infierno.

A Bruno lo conocí una noche que llovía muy fuerte. Una amiga me había invitado a una fiesta en la casa de un tipo que era marchand.

Era un departamento sobre la Avenida de Mayo con un ventanal gigante, techos altísimos, piso de madera y paredes sobresaturadas de obras que se me hicieron horripilantes. Arte de los noventa, me explicaron. Yo había ido con una amiga que conocía al marchand. Entre habitación y habitación no había paredes, solo vigas. Ni en el baño había paredes. Alguien me dijo que el inodoro era la pieza más cara: tenía piedras de colores incrustadas incluso en la parte donde uno se sentaba. Cagar ahí debía ser una tortura.

El marchand estaba saliendo con Bruno, aunque yo lo había visto darse besos en la boca con un par de muchachitos que caminaban por el living con grandes vasos de vidrio llenos de un líquido verde. «Ajenjo», pensé. «Qué retro». Pero después supe que no era ajeno, sino una bebida energizante donde habían diluido unas pepas de algo. El resultado era una cosa dulce con un fondo áspero y amargo.

Apenas llegué a la fiesta me ubiqué cerca de la ventana con una cerveza. Llovía con viento y habían anunciado granizo. Las ventanas tenían doble vidrio, no les iba a pasar nada, pero los autos que estaban parqueados en la avenida seguro que se iban a abollar. Bruno se acercó y se me sentó al lado. Preguntó que de dónde era, que hacía cuánto estaba acá, que a qué me dedicaba.

—¿Y de qué escribís?

Alcé los hombros. Era increíble que la gente todavía preguntara esas cosas.

Me dieron ganas de contarle lo del barrio doble, pero no lo hice porque entonces todavía pensaba que tenía una gran novela entre manos. Le conté un proyecto falso: se trataba de una chica que de adolescente vivía con su abuela muerta, tenían poco contacto, pero algunas tardes se sentaban juntas a tomar la merienda y a hablar de

cosas. ¿Qué cosas? Del colegio, de las compañeras, de las profesoras, de un vecino mongólico que le daba miedo. Y que esta chica iba a un colegio del Opus Dei donde la ponían a mirar una y otra vez películas sobre el aborto. Películas truculentas de cabezas de fetos aplastadas por una pinza gigante o chamuscadas por el efecto de una gran jeringa que se introducía por la vagina y que bombeaba ácido. La chica, y también sus compañeras, soñaban con bebés que nacían maltrechos pero enteros, y a los que igual tenían que amamantar. Las chicas, a pesar de las clases y de las películas, solían quedar embarazadas antes de terminar el bachillerato. La verdad es que no era tan falso ese proyecto: en alguna carpeta perdida de mi computadora tenía eso escrito, tal cual.

—¿Y el mongólico qué tiene que ver?

Le dije que el mongólico era fundamental en la historia, pero que todavía no tenía claro por qué.

—A lo mejor porque la chica y sus amigas lo usan para probar algunas perversiones sexuales —me dijo.

—¿Qué perversiones? ¿Ponerle pesas en el pito y así?

—No, más sutiles: como asomarse a una ventana y alzarse la remera para provocarlo hasta que el pobre termine con la pija engangrenada y adolorida.

—Ya.

Al final de esa noche Bruno se vino conmigo porque el marchand se quedó con un muchachito que escasamente tendría dieciséis: escuálido, de pelo amarillo y la mirada perdida. Lo había sacado de la pista y se lo sentó en las piernas; a su lado había una mesita alta con una bandeja de picadas y el marchand le metía canapés en la boca, uno tras otro, como si rellenara un pavo. Al rato se aburrió y se puso a hablar con otra gente que estaba cerca mientras el

muchachito permanecía en sus piernas: cada tanto se reía y alcanzaba a verse dentro de su boca una bola compacta de pan ensalivado. Antes de irme quise buscar a mi amiga, la encontré en el living bailando con un pelilargo; a su lado había dos chicas calvas que se daban besos. Serían poco más de las siete cuando Bruno y yo tomamos el tren. En el vagón había una mujer que tenía la córnea abultada, como inflada de aire; los párpados eran un par de pliegues tensos. Traté de disimular la impresión que me produjo su cara, pero se ve que no pude. La mujer se me acercó y me dijo al oído: «Hipertiroidismo».

La teoría de la necesidad estaba bien porque ya contenía la justificación: voy a escribir una novela sobre mi padre y su familia, o sea mi familia, porque lo necesito. Como excusa se me ocurrieron decenas de historias que venía guardando hacía mucho. Cuando iba al taller de Liliana, ella decía: lo que no te sirva ahora te servirá después. Total, que tenía una carpeta repleta de historias inservibles para usar alguna vez. Una era la historia de un vecino al que se le murieron todos los hijos, uno tras otro, en accidentes de tránsito. Tenía como mil hijos, ninguna mujer. Después de las tragedias sucesivas el hombre se dedicó a beber y mi papá se dedicó a protegerlo. Le daba plata, le llevaba comida y a veces hasta se sentaba con él a tener charlas incoherentes. Nunca entendí por qué mi papá hacía eso, y en mi cabeza de niña pensaba que ese hombre le guardaba un secreto. Después estaba la historia de Álvaro Gómez, ese político ultraconservador que algunos vinculaban con sectas de masonería. Mi papá tenía una biblioteca entera de libros de masonería. Otra historia era la de un señor en Manga que

asustaba a los niños porque andaba con un saco a cuestas y la gente decía que lo tenía lleno de cabezas de chicos, como la panza de Freddy Krueger. Una vez se quedó dormido y alguien le revisó el saco: encontraron un martillo con sangre y pelos que parecían humanos. Lo acusaron con la policía y el tipo confesó que mataba perros callejeros que después se comía.

Y así. Para escribir algo me sobraban excusas, pero lo que necesitaba decir era otra cosa. Había algo constitutivo de esta novela que no estaba claro y nunca estaría claro, algo que tenía que ver con el modo en que la fijación ocultista de mi padre había marcado a toda la familia. A mí. También había otras cosas, secretos que nunca saldrían a la luz. Detrás de la memoria enmarañada de mi madre, que inspiró mi propia memoria y la de mis hermanos y sobrinos, se ocultaba una verdadera y única versión de nosotros a la que nadie tenía acceso. Eso jamás podría contarle.

Así que al final me resigné y empecé a escribir del vecino y del loco del saco, y de un perrito que tuve de chica y al que alguien — nunca supe quién— envenenó. Elegí personajes, conflicto, contexto, lenguaje. Prendí el artefacto y lo puse a rodar. Y rodó bien porque estaba vacío.

La última noche en la casa de mi abuela soñé que me asomaba a la ventana del cuartito de planchar y veía al mongólico en el patio haciendo figuras de barro. Y que él me veía y alzaba una de las figuras para mostrármela: era un camioncito perfectamente esculpido. Después me mostraba un elefante y después una flor. Yo salía al patio por la ventana y caminaba hacia él, y a medida que me acercaba sentía un olor extraño, cada vez más intenso: entonces me daba cuenta de que las figuras no eran de barro sino de mierda. Su propia mierda, sobre la que yo caminaba y él estaba hundido hasta la cintura.

Todo porque esa tarde había estado recordando episodios de cuando éramos chicos y mi hermano y yo nos quedábamos en la casa de mi abuela. Nos gustaba subirnos a la paredilla a espiar el patio vecino y veíamos al mongólico encaramársele a la enfermera como un tití. Le saltaba encima, le daba manotazos en la cara. La enfermera le tenía una paciencia infinita: lo abrazaba, le acariciaba la cabeza y le cantaba la canción del sapo que era profesor. Siempre la misma. Ahí se calmaba, pero al rato volvía a alborotarse. Mi hermano se asustaba tanto que a veces se orinaba encima. Yo también me asustaba, pero no se lo decía. A la noche me pasaba un rato recreando en la cabeza la cara del mongólico: su boca floja que babeaba y sus ojos diminutos y brillantes. El tal Horacio estaba equivocado; el diablo para mí nunca había sido un negro feo sino un niño mongólico.

Ese día mi abuela estaba en un momento lúcido y aproveché para preguntarle qué había sido de los vecinos. La casa estaba abandonada y derruida, el balcón tomado por una enredadera gigante que agrietaba los muros. Mi abuela me contó que la madre del chico se había ido y que al chico se lo llevó una tía para un pueblo. Me dijo que el chico ya no debía ser chico, que debía tener unos cuarenta y tantos. Después dijo que algunas de las veces que lo vio en el balcón, ella quiso asomarse y saludarlo, sonreírse, hacerle un gesto simpático pero chiquito, porque con esos chicos todo debía ser medido. ¿Por qué? Porque si percibía demasiada simpatía podía ponerse a gritar arrebatado y a estremecer las rejas. Y que esos chicos tenían tanta fuerza que algunas veces le pareció capaz de romper los barrotes y saltar por los techos hasta llegar a alguna de las ventanas de su casa y luego destrozar el anejo y mandarse encima de ella y matarla a puñetazos.

Le gustaba la canción del sapo, le dije a mi abuela, con esa se calmaba.

—¿El qué? —dijo ella, abrumada, como si le hubiese hablado en otro idioma.

No habría pasado ni un mes de mi regreso a Buenos Aires, cuando mi abuela murió. La encontraron en la ducha, al parecer se cayó y se dio un golpe fulminante en la cabeza. Me impresioné mucho cuando mi madre me dijo que el resto del cuerpo, la espalda sobre todo, lo tenía lleno de moretones.

Era enero. Mi padre había muerto en octubre, mi abuela en diciembre. Mi madre estaba angustiada y mis hermanos consideraron que le iba a venir bien pasar un tiempo conmigo en

Buenos Aires. Cuando me lo dijo hizo un esfuerzo por distender la situación, por hacer parecer que era tan natural venir a vivir conmigo en otra ciudad, en otro país, después de tantos años. Me asusté. Mi madre y yo nos peleábamos con mucha facilidad; me acusaba de avergonzarme de ella, de cómo pensaba, de cómo se vestía, de cómo trotaba como un pony cuando debía cruzar una avenida. Luego se tranquilizaba con que ya Dios se iba a encargar de cobrármelo; ella no se desgastaría en sus intentos por hacerme entender porque a fin de cuentas todo estaba en manos de Él. Odiaba que me tirara a Dios por la cabeza cada dos por tres. Hacía mucho que yo me había olvidado de Dios. De lo que nunca había podido deshacerme era de la culpa cristiana.

Para ese momento había desistido de escribir la novela. Últimamente había estado leyendo novelas contemporáneas que consistían en esto de escribir dando cuenta de que se estaba escribiendo, sin mucho éxito, una historia ajena a lo que en verdad se contaba. Pensé en dos libros recientes: uno de Uno y otro de Dos. En esos libros ellos decían: no puedo escribir, no avanzo en la novela, ¿será que no debo escribir? Y enumeraban sus imposibilidades, recalcaban su fracaso, pensaban y repensaban el mecanismo sin acercarse al resultado. Yo me había pasado los últimos tres meses haciendo eso: buscando procedimientos eficientes para decir cosas que no quería decir. Pero en el medio escribía eso mismo: esta es mi búsqueda fallida, esto es lo que no puedo decir, esto mismo que ustedes están leyendo. A Uno y a Dos les habían salido libros estupendos. A mí no me saldría. Uno y Dos habían leído mejor que yo. Poetas habían leído. A veces, en medio de los párrafos, citaban pequeños versos en inglés. Eso quedaba tan elegante. Yo no había leído muchos poetas, casi a ninguno.

Aunque hacía varios meses que en mi mesita de noche reposaba el libro de un Shel Silverstein, poeta infantil oscurísimo, que había dejado una noche mi amigo Bob. Lo compró para sus hijos, pero quedó acá.

*Let us leave this place
where the smoke blows black
and the dark street winds and bends*
Elegante.

A mi madre no le gustó Buenos Aires. Después diría que sí, pero mientras estuvo acá se quejó de todo. De lo grande que era, de la cantidad de gente que había siempre en la calle, del tiempo que se perdía en los traslados. Viajar en tren era de lo poco que le gustaba: estaba siempre muy atenta a lo que pasaba del otro lado de la ventana. Una tarde viajábamos juntas a San Isidro —me había pedido que la llevara a una linda catedral— y se quedó maravillada con una mujer mayor que se bañaba en una piscina inflable en una terraza al borde de la vía. Ya antes, en otras terrazas, habíamos visto niños bañándose en esas piscinas, pero esta mujer la conmovió de un modo particular. Tendría unos sesenta y muchos años, llevaba un traje de baño violeta enterizo y un pañuelo colorido en la cabeza. Mi mamá me tomó fuerte del brazo y señaló la ventana con el mentón.

Una mañana me fui al Jumbo y compré una piscina inflable. La puse en la terraza del departamento para que ella se metiera, o para que nos metiéramos las dos. Estaba haciendo mucho calor. A ella le pareció ridículo. Igual, conseguí que se metiera, pero estuvo apenas unos segundos adentro. «Una ballena en una taza», dijo. «Eso

soy». El resto del día estuvo ofendida, quejosa. Se encerró en el cuarto a leer una revista.

Yo me fui a caminar. X estaba de viaje, así que me enrumbé a la casa de Bruno, en Almagro, a unas veinte cuadras de la mía. Hacía tres días que mi madre y yo nos estábamos peleando por temas relacionados con mi papá; la situación más recurrente empezaba con alguna historia suya o de mis hermanos o sobrinos sobre un sueño en el que mi papá se aparecía para guiarlos ante alguna situación compleja. Y al despertar, por supuesto, obraban en consecuencia. A veces ni siquiera mediaba el sueño, era el espíritu de mi papá que se aparecía en momentos inesperados y les hablaba, les preguntaba cómo estaban y les encargaba misiones como, por ejemplo, rescatar a su hijita menor de la frivolidad en que se había convertido su vida.

Cuando llegué a la casa de Bruno era casi de noche. Toqué el timbre. Mientras esperaba miré los plátanos de la cuadra, el tanque de basura desbordado y el barcito italiano de la esquina con foquitos de colores que, desde donde estaba, me costaba enfocar. Era la calle Sánchez de Bustamante, y en esa cuadra tenía un aire de arrabal que me atraía mucho. Estando allí pensé: «Voy a incluir una línea sobre esta calle en la novela».

Bruno salió con una bata de gamuza y un tufo infernal. Me dijo que no había dormido, que se sentía cansado y triste por culpa de un jovencito que lo había abandonado la noche anterior: «No sé por qué sufro, si era más feo que mi abuela Raquel». «¿Tenías abuela?», le pregunté. «Sí, fea fea, como toda mi familia». Ya. Y que el chico era feísimo, pero tenía esos ojos que lo desarmaban: «Ojos de niño roto», dijo.

Me quedó rondando esa frase porque, pensé, podría decirse lo mismo de los ojos de Bruno. Bruno tenía los ojos de un niño, pero no de un niño inocente. Un niño marcado, un niño roto. Algunas veces, mientras escribía esta novela, me levanté a la noche y me miré al espejo y pensé lo mismo de mis propios ojos, y llegué a convencerme de que, así como todo el resto podía ser una invención, una fantasía, Bruno también lo era. «Bruno no existe», me dije aquellas noches, mirándome a los ojos: «Bruno soy yo».

Esa tarde preparé un té para ambos, nos sentamos en el living y le conté de la novela, de todas las historias que se me habían ocurrido. Bruno me dijo que mis historias eran pobres. ¿Por qué? Porque son excusas —yo misma le había dicho eso y ahora me lo echaba en cara, como un gran descubrimiento—. Y me dijo que, por ejemplo, para qué me iba a inventar a un vecino abusador si el abuso estaba dentro de mi propia familia. Yo nunca le dije que el abuso estaba dentro de mi propia familia, pero a él le daba igual. Cuando hablaba de mi familia pensaba en la suya.

Vos dame un nombre, que yo te doy la historia, me dijo. ¿Qué nombre? Cualquiera, un nombre que te guste. Alcé los hombros: no me gusta ningún nombre. Bufó. El nombre de una persona que te guste, o que quieras mucho, insistió. Le dije: mi hermana Catalina es una persona que me gusta. Y él:

Catalina tiene once años y cuatro hermanos mayores: tres niñas y un varón. Una de sus hermanas mayores tiene un novio que va a visitarla cada domingo.

Yo le digo: Catalina y su familia viven lejos, nadie va a visitarlos los domingos.

Este hombre sí, porque es ciclista. Va en bicicleta y la hermana de Catalina lo espera bañadita y perfumada, con una jarra de limonada fría en la heladera, una jarra que nadie puede tocar. Ella la cubre con papel de aluminio y la sella con cinta y si alguien llega a beberse una sola gota, se pone como loca y sale a pegarles a todos con un palo.

¿Y qué tiene que ver Catalina?

Catalina se sienta entre su hermana y el ciclista, en un sillón frente al televisor, y mira *Los Magníficos*. Y el ciclista dice: pero qué niña tan bonita, y su hermana dice sí, mi hermanita es muy bonita. Y la peina con los dedos y le pone flores en el pelo.

¿De dónde sacó flores?

Eso no importa.

¿Qué flores son?

Flores silvestres, flores salvajes, eso tampoco importa.

Flores de todos los príncipes de Europa.

¿Qué?

Nada.

Ok. El ciclista llega, estaciona su bici y se sienta en el sillón frente al televisor. Y cuando la hermana de Catalina se levanta a buscar más limonada él le dice porquerías a la nena.

¿Qué le dice?

Primero la levanta por los bracitos flacuchos, porque Catalina es una nena medio raquílica, y le muestra la pija. Y le dice: cuando se pone dura mide veintisiete centímetros.

¿Y Catalina qué hace?

Nada. Cuando vuelve la hermana todo sigue igual. Y la hermana y el ciclista se besan y Catalina sigue mirando *Los Magníficos* con una bola en la garganta que traga con saliva.

¿Y después qué pasa?

Que la hermana y el ciclista se casan y tienen hijos y son todos felices de verlos tan felices. Y con el tiempo el ciclista se acerca más y más a Catalina, que ahora es una adolescente. El tipo es un sol: la lleva y la trae de las fiestas, le presta el carro para que salga con las amigas y sigue diciéndole porquerías. Le muestra fotos de mujeres desnudas, de él desnudo, de su hermana desnuda y empieza a susurrarle cosas al oído que se sienten calientes y húmedas.

¿Qué cosas?

Me gusta metérsela a las flaquitas porque aprietan más.

Ya.

Y la lleva a los entrenamientos de gimnasia, y en cada semáforo le toca los muslos por dentro. Y un día la lleva a su oficina con la excusa de que se le quedó una carpeta y la aprieta contra una pared y Catalina lo empuja y grita, pero él le tapa la boca y le lame la cara como un perro. Y le chupa el cuello y le apoya el bulto y jadea como un enfermo: veintisiete centímetros, veintisiete centímetros, veintisiete..., eso repite.

A la mañana siguiente mi mamá se levantó como si nada. Preparó un desayuno colombiano: huevos pericos, arepa, chocolate y jugo. Mientras comíamos se puso a hablar de mi hermano. Según ella, mi hermano estaba tocado por una luz muy potente que lo acercaba a mi padre. Hasta ese momento ella siempre había tenido la decencia de considerarse a sí misma una simple mortal cuya única bendición en la vida había sido estar cerca de un iluminado, pero en el caso de mi hermano era distinto: ella había participado, en su vientre se había gestado uno de esos seres. A mí me parecían cuentos de

pueblo, despreciaba incluso el tono que ponía para contármelo. Ella insistía: alguna vez tú también fuiste especial, cuando estabas chiquita tenías el poder de mover las cosas con la mente. Esa mañana me decía que en mi pasado de niña iluminada, por cada una de las rendijas de mi cuerpo podían verse las ráfagas de luz más potentes de la familia, solo comparables con las de mi padre. Alguna vez tú fuiste como él, pero cambiaste. Si eso era cierto, le contesté, quería decir que en alguna parte de la vida las rendijas de mi cuerpo habían sido cauterizadas. Ella negó con la cabeza, apesadumbrada. Quise cambiar el tema, pero me salió mal. Estoy escribiendo una novela sobre la familia, le dije. ¿Ah, sí? Sí. ¿Es buena o mala? No sé. ¿De qué habla? Alcé los hombros: de varias cosas. ¿Qué cosas? De los secretos, de la orfandad, del abuso. Los ojos se le llenaron de agua y me miró con una tristeza que me dolió en el cuerpo. Se levantó sin decir nada y se encerró en el cuarto durante el resto del día.

Total, que un día alguien que no es de la familia descubre que el exciclista hace lo que hace y amenaza a Catalina: hablas tú o hablo yo. Han pasado muchos años, a Catalina le parece que es muy tarde para hablar. Ya su hermana tiene dos hijos y espera un tercero; el ciclista es un excelente miembro de familia, o al menos eso dice su mamá. Todos los demás lo llaman tío.

¿Y cómo lo llama Catalina?

Lo llama ciclista. Pero cuando está sola lo llama el enfermo.

¿Y qué pasa entonces? ¿Les cuenta a los papás?

Les cuenta, porque sabe que si no lo hace el otro va a hablar.

¿Y el otro quién es?

No sé, digamos que es un novio de Catalina.

¿Cómo se llama?

No sé. Hay personajes en esta historia que no van a tener nombre, porque su relevancia es menor.

¿Y qué dicen los papás?

Nada, le dicen al ciclista que no se acerque más a Catalina. Y él dice ok, nunca más. Y fin de la historia.

¿Ya?

Sí.

¿Y sigue con la hermana?

Ajá.

Qué mal.

Sí.

Poco antes de que mi mamá se volviera a Cartagena, fuimos a comer con X y con Bruno. X estuvo encantador, Bruno estuvo callado. Y transcurrió todo muy amable. Le había dicho a mi mamá que los dos eran mis amigos y ella lo aceptó. Mis relaciones, a diferencia de las de mis hermanos, eran una zona de tolerancia entre nosotras.

En la cena, mi mamá le habló sobre todo a X: le contó historias que, suponiendo que fueran ciertas, yo no tenía para nada registradas. Historias mías, de mis hermanos, de mi papá. En su relato mencionó cosas que yo nunca había oído, y las que sí, venían en versiones muy distintas a las de mis recuerdos. Escuchándola me pregunté cómo era posible que, ante sus ojos, mi vida y la del resto de sus hijos hubiese transcurrido de un modo tan distinto al real. Cuál era el real, en todo caso. Esa noche me dormí pensando

que la memoria de una familia eran muchas, tantas como miembros tuviera esa familia, tantas como secretos se guardaran entre sí. Me dieron ganas de escribirles a mis hermanos para chequear esas historias. Las de mi madre, las mías, las de ellos. Pero pensé que me pasaría la vida tratando de reconciliar versiones. Después me dio miedo, imaginé que todos tenían versiones parecidas entre sí, pero distintas a las mías.

En este sueño yo siempre estaba dormida, no siempre en una cama: a veces en el asiento trasero de un carro, a veces en el banco de un parque. Mi papá también aparecía, pero lejos. Hacía algo que no tenía nada que ver conmigo, que no me incluía: leía un libro, hablaba con alguien, se comía un helado. Entonces aparecía un motociclista enmascarado, se bajaba de la moto y me violaba. Tenía un pito tan grande que cuando me lo metía me rompía en dos. Mi cuerpo quedaba dividido al medio por una raja que me atravesaba el torso y me llegaba hasta el cuello, y por esa raja me brotaba sangre y semen y pus.

Mi papá ni se inmutaba.

Un día junté valor y les dije a mis hermanos que me contaran algo que recordaran de mi papá porque estaba escribiendo una novela. Era cierto que, de tanto darle vueltas a su historia, de tanto recrear un posible relato sobre él, se me habían ido borrando los pedazos auténticos que lo constituían. Y ahora me tocaba reconstruirlo como un Frankenstein.

Los cuatro me contaron episodios que ubicaba a la perfección. Pero eran todos episodios felices, buenos, nada turbios ni oscuros. Entonces pensé que eran ellos los que estaban haciendo un recorte extremo, eran ellos los que lo estaban olvidando. Enseguida me corregí: vi todo con mucha claridad, como si una ventana se abriera

en mi cabeza, para iluminar esa parte del cerebro donde duerme el entendimiento. El recuerdo era el resultado de la insistencia; la de mis padres en instaurar, tal vez sin mucha convicción, rituales que nos iban a permitir evocarlos en el futuro. Se recuerda aquello que te marca o aquello que se repite. Nadie puede predecir qué va a marcar a un niño, la insistencia es más simple. Repetir una situación semanalmente (el almuerzo del domingo) hasta que a fuerza de costumbre se convierta en tradición y, por lo tanto, haya que persistir en ella —todos juntos y al tiempo— sin cuestionárselo. Una familia debía tratarse de eso: poder definirse en relación al conjunto.

El ritual que más me gustaba era este de mi papá secándonos el pelo mojado con las manos envueltas en una toalla gruesa, sacudiéndonos la cabeza con tanta fuerza que terminábamos mareados —recordaba el mareo: era una linda sensación—. Hacía eso hasta que no quedara una sola hebra húmeda. Lo hacía para que no nos resfriáramos. Después nos mandaba a donde mi mamá para que ella nos peinara. Esa parte, la del peine, también la recuerdo: recuerdo que me dolía. Mi mamá trataba de desenredarme la maraña de pelos y yo pataleaba en su falda, golpeándole las piernas con mis talones afilados. Rogaba a gritos que me soltara. Llamaba a mi papá pidiendo auxilio, pero él no me oía porque estaba secándole el pelo a alguno de mis hermanos.

Según la reconstrucción de mis hermanos, y algo de mi propio recuerdo, así transcurrían los domingos en mi casa:

A la mañana mi papá hervía plátanos verdes en agua de sal, los machacaba con ajo y mantequilla y los servía en cinco totumos chicos. «Cabeza de gato» se llamaba ese plato.

Al mediodía se hacía un sancocho. Cuando ya estaba listo mi papá separaba el seco en cinco platos y cortaba todo en cuadritos

muy pequeños —la yuca, el ñame, el plátano maduro, el plátano verde, la carne salada, el pollo, la ubre, el cerdo, la costilla—. Todo eso lo mezclaba con arroz y lo rociaba con caldo. Le llamábamos mazamorra de sancocho y nos encantaba.

A la noche mi papá se sentaba en la mecedora a leer hasta que se quedaba dormido con el libro entre las manos. Y así dormido se tiraba unos pedos sonoros que mis hermanos y yo celebrábamos con carcajadas.

Bruno opinaba que los sueños me estaban alertando sobre algo repugnante que había pasado en mi infancia, algo que mi papá siempre supo y de lo que no se quiso hacer cargo. Le dije que estaba equivocado: fui una niña feliz, con padres presentes y afectuosos.

Puaj: fue su respuesta.

Después me habló de mi supuesta fijación por los hombres mayores. Pero no había tal cosa, el único hombre mayor con el que estaba era X: cuando es uno solo no se llama fijación, se llama relación, le dije. Negó con la cabeza.

Bruno creía saber todo de mí, cada vez que le contaba algo me decía eso es obvio y largaba alguna característica indiscutible de mi persona que me definía como alguien destinado a pensar o hacer o soñar eso mismo que le estaba contando. Me preguntaba cosas triviales, y a partir de mis respuestas elaboraba teorías. Un día, casi un año después de la muerte de mi padre, le conté a Bruno la escena con X aquella mañana, cuando me enteré de la noticia. Se pasó un rato explicándome por qué esa memoria me iba a

acompañar y por lo tanto a perturbar toda la vida; porque esa memoria era, desde antes de existir, constitutiva de mi persona.

Me dijo: el semen rodando por tus piernas será, para siempre, la constatación de tu orfandad.

Tardé como dos años en regresar a Cartagena. Cuando lo hice casi no hablé de mi padre. Al contrario, traté de actuar como todos los demás, que parecían haberlo borrado o, finalmente, transformado en otra cosa. Una sola vez le pregunté algo a mi hermana: que si ella recordaba cuál era la relación de mi papá y Álvaro Gómez. Me dijo que no. Lo que en realidad dijo fue: ¿se conocían? Yo suponía que sí porque mi mamá siempre contaba esa historia de que el tipo le había ofrecido un trabajo importante en Bogotá y mi papá no quiso. ¿Por qué no quiso? Por ella, porque ella odiaba Bogotá, no soportaba el frío ni a los cachacos. Eso había contado también aquella última noche en Buenos Aires. X le preguntó ¿qué son cachacos? —aunque ya yo le había explicado alguna vez—. Y mi mamá, sin aclararse la garganta siquiera, dijo: gente venenosa. El caso es que mi hermana me dijo que siempre había creído que esa historia de Álvaro Gómez era un invento de mi mamá. Otra vez aparecía la ficción en el recuerdo. Mis recuerdos estaban llenos de historias como esa, y mis historias estaban plagadas de recuerdos imprecisos. De mentiras. Y de silencios. Mis recuerdos eran como esos sueños imposibles de reconstruir porque el solo esfuerzo es doloroso.

Con el tiempo incluso mi mamá empezó a contradecirse. Llegó a negar cosas de las que todos los demás dábamos fe, y que podían corroborarse fácilmente en una foto. Cosas tan inocuas como que el

sofá de la sala siempre había tenido el mismo tapizado: negro con flores vino tinto. En mi recuerdo el sofá de la sala había tenido al menos cuatro tapizados diferentes. En el álbum familiar también. Pero terminaba ganando ella porque mi mamá tenía el empeño que los demás no. Y el derecho. ¿Quién podía contradecirla? Un loco. O un tonto.

Mi padre fue la principal víctima de ediciones extremas en la memoria familiar: llegó a convertirse en una especie de ser divino y milagroso al que ni lagañas le salían. En el relato familiar, al menos para mí, mi padre aparecía cada vez más desdibujado. A medida que pasaron los años se me fue haciendo más ajeno, más brumoso, más místico y menos real. No me gustaba ese recuerdo, pero tampoco tenía muchos más. Un día se lo dije a mi madre. Le dije: quizá eso significa morir. Ella, visiblemente cansada de mis reproches, bufó en el teléfono y dijo que ya volvía, que iba a servirse más café a la cocina. Yo lloré, convencida de que perderlo era irremediable, de que ni los setenta y ocho años de su existencia podrían contra mi olvido. ¿Por qué? Porque probablemente ya había empezado a olvidarlo mucho antes.

Cuando mi madre volvió al teléfono me dijo: si no te gustan mis recuerdos, empieza a juntar los tuyos; y si tampoco te gustan esos, cámbialos, y así: es lo que hacemos todos.

Le contesté, todavía llorando: yo no sé hacer eso. Y ella: entonces aprende.

Educación Sexual
Folletín adolescente

*Here I am, cryin' my eyes out
Wonderin' when things will change
When will they change?*

SHANNON SHAW
Cryin' My Eyes Out

Humedad

—Así como en el resto de la fauna, en las niñas, la humedad también atrae porquerías.

Olga Luz se paseaba de un extremo a otro del salón de clases y situaba la mirada en un punto invisible por encima de nuestras cabezas. Caminaba en línea recta, siempre el mismo tramo. Como si temiera perderse o como si se hubiera perdido.

—¿Hablamos de cualquier tipo de humedad? —Tenía el vicio de preguntarse y contestarse a sí misma—. Sí. ¿El sudor también? —Meneaba la cabeza. Las manos entrelazadas sobre el vientre—: El sudor también, pero sobre todo esa otra humedad.

Dalia y yo nos escribíamos notas en el cuaderno y Olga Luz no se daba cuenta. No hablábamos, porque Olga Luz era muy sensible a los murmullos. Tenía el oído entrenado: debía gastar horas espiando detrás de las puertas.

—El roce no ayuda, todo lo contrario. Por ejemplo: si mientras bailas con un muchachito te humedeces por ahí, y el muchachito también se humedece por ahí, es muy probable que algún bicho se escape de su humedad y se te pegue a la pollera y de ahí al calzón húmedo y de ahí a adentro como un pez que, después de estar sufriendo en un ambiente inhóspito, vuelve al mar. A su hábitat. Y aunque así dicho puede parecer que un pez en el mar es la cosa más silvestre e inofensiva del planeta, a veces no lo es: hay peces que pudren el mar.

Yo había tenido un pez. Se llamaba Julia. O Julio.

Antes del año es muy difícil determinar el sexo de los peces, y el mío no llegó a los tres meses. Limpiar peceras era una tarea dispendiosa.

Dibujé a Julia en el cuaderno de Dalia.

Dalia dibujó un círculo alrededor. A ese círculo le hizo patas y brazos de palo y una cabeza microcefálica.

La falda de Olga Luz le llegaba a la mitad de la pantorrilla. Tenía los tobillos demasiado flacos para soportar el peso de su cuerpo: no era gorda, pero tenía huesos anchos y unas caderas macizas y cilíndricas. Cuando se paraba de frente me recordaba a un escaparate de patitas torcidas que había en la sala de mi abuela.

—Ancianos sabios de Egipto descubrieron un método para evitar la humedad en las zonas a las que nos hemos referido.

«Y harás de tu vulva un desierto», le escribí a Dalia en el cuaderno, y Dalia se tapó la boca para apagar la risa, pero era tarde.

—¿Cuál es el chiste, Dalia? —Olga Luz la encaraba con su mirada de tormento. El blanco de sus ojos era apenas una circunferencia que enmarcaba la oscuridad de un iris sobredilatado.

Dalia se aclaró la garganta y dijo que la metáfora del pez se le hacía de muy mal gusto, porque era como aceptar ese mito sexista sobre el olor de las mujeres.

Nadie se rio.

O peor, siguió Dalia, era como darle un fundamento amañado a ese mito. Como decir que olíamos así por contener ahí dentro un ejército de peces pródigos vueltos al mar —pintó en el aire comillas con los dedos—: a su hábitat. Y eso era lo mismo que decir que olíamos así por putas.

Era el primer martes de marzo. Este incidente conllevaría una matrícula condicional para Dalia y una advertencia para el resto. Por suerte también era el último año del colegio, o sea que el único castigo posible era que le retuvieran el diploma por un tiempo: sin diploma no podría entrar a la universidad. Pero Dalia no quería entrar a la universidad, Dalia quería echarse una mochila al hombro y bajar hasta la Patagonia y volver a subir y seguir de largo hasta Mexicali, Baja California. ¿Cuántas veces? Muchas. Hacía como un año que andaba con esa idea: en las vacaciones pasadas se había dejado *dreads* y el pelo le olía a huevo podrido. También había dejado de depilarse y andaba con faldas cortas, mostrando las pantorrillas pálidas con pelos negros enrulados. Una noche su papá la agarró dormida y le cortó las rastas de un tijeretazo; a la mañana tuvo que correr a una peluquería, donde le hicieron un corte estilo totumo. Después se compró unos anteojos falsos de marco grueso. Ese año, su *look* sería el de John Lennon. Desde esos mismos lentes desafiaba ahora a Olga Luz, que se limitó a anotar algo en su libreta para luego darle la espalda y salir del salón.

En la siguiente clase se extremaron las reglas. Olga Luz prohibió cualquier tipo de intervención distinta a la de asentir en silencio; prohibió sacar cuadernos y/o lapiceros. ¿Para qué? Las lecciones importantes se guardaban en la cabeza y las más importantes se guardaban en el cuero. La órbita de las sanciones abarcó murmullos, estornudos y bostezos. Si algo de todo eso ocurría, Olga Luz te anotaba en una lista con un palito al lado. Tres palitos equivalían a una matrícula condicional. Y a otras sí que nos importaba el diploma. A otras —a mí— las mochilas y los *dreads* y los viajes latinoamericanos nos parecían un invento de pobres con ínfulas de bohemios. Dalia no era pobre, pero fumaba porro y eso le

alcanzaba para sentirse bohemía; claro que también adoraba su camioneta automática, que tenía una caja de música gigante y escandalosa. En esa camioneta hacíamos piques por la ciudad cantando como estranguladas: «*And the sky was all violet!*».

Mi mamá odiaba a Dalia, entre otras cosas, por eso: porque cada vez que salía con ella alguien la llamaba para decirle que me habían visto en una camioneta estrafalaria con los pelos alborotados y una botella en la mano, cantando unas cosas diabólicas.

Las profesoras tampoco la querían; lo de la matrícula condicional no sorprendió a nadie. Ya alguna vez la propia Olga Luz había dicho que Dalia era el prototipo de la manzana podrida. Tenía razón: la capacidad de Dalia de convocar y convencer solo podría habérsela dado el demonio. Y no era que se esforzara mucho, le salía naturalmente, como cuando nos juntábamos en el patio de la cocina después del almuerzo —un lugar alejado al que rara vez iban las profesoras, lo que lo hacía un *spot* ideal para fumar— y ella empezaba a contar sus sueños. Porque soñar era pecado pero venial. No era lo mismo que tener malos pensamientos estando despierta. Por eso, en los sueños era donde mejor prendía la ponzoña que nos sembraban en la cabeza las profesoras del colegio. Yo soñaba, pero rara vez me acordaba de qué. Solo me acordaba de la sensación que me quedaba en el cuerpo: una mezcla de felicidad y repulsión muy difícil de procesar. Dalia decía que ella se acordaba perfectamente de cada uno de sus sueños y podía reproducirlos en detalle. Y todas nos echábamos a escucharla en ese piso de cemento rugoso, con el ruido del extractor de la cocina zumbando al fondo.

Una vez soñó que el señor Tomasito —el que barría los techos del colegio y limpiaba las canaletas que se llenaban de hojas y lagartijas

— violaba a Lucía, una compañera que había entrado en noveno y nunca había podido integrarse del todo. En el sueño el señor Tomasito estaba parado en el techo, en sunga, y llevaba una capa dorada que flameaba a sus espaldas. Todas —alumnas y profesoras— lo veíamos desde abajo, erguido como una estatua, con las manos en la cintura y la mirada puesta en su pito, que crecía y crecía hasta romper la sunga. Pero no se detenía ahí: el pito del señor Tomasito descendía como una serpiente y nos perseguía; corríamos aterradas por los jardines, nos subíamos a los árboles, dábamos alaridos. En una de esas Lucía se caía de boca, pero no se hacía daño porque, gracias a sus tetas —que eran inmensas— rebotaba, y en ese pequeño salto el pito del señor Tomasito la envolvía por la cintura, se metía entre sus piernas y, ¡zas!, la ensartaba. Todo parecía terminar ahí, pero no, todavía faltaba que el pito serpiente gigante y veloz del señor Tomasito avanzara por dentro de Lucía —vientre, intestinos, estómago, esófago, garganta— y se asomara por su boca, se doblara por encima de sus tetas —para lo cual debía hacer una curva extremadamente pronunciada— y, ¡pum!, disparara. Su leche no era leche, sino petróleo negrísimo: como él.

Silencio total.

Creo que hasta el rugido del extractor se apagaba en ese momento. Pero, como todo, alguien siempre rompía la armonía expresando una obviedad:

—*Bullshit*. No soñaste eso.

Y Dalia se reía, orgullosa de su invención disparatada y puerca, aunque mucho más factible que las de Olga Luz.

Así que eso era Dalia: una manzana podrida. También era mi mejor amiga, y si no la habían echado antes era porque le iba muy

bien en los estudios, y porque era huérfana de madre, y porque su papá era un tipo importante en la ciudad: un diputado del Partido Conservador. Ese señor siempre iba vestido con camisa manga larga abotonada hasta el cuello, Dalia me había dicho que era porque tenía una cicatriz por una quemadura. «¿Y no le da calor?», le pregunté. Y ella me dijo que no, porque antes de vestirse se bañaba en talco Mexsana —yo me imaginaba los grumos pegajosos de talco en el pecho del tipo, y hasta saludarlo de lejos me daba asco—. El caso es que, por culpa de Dalia, nos pasamos buena parte del último año escuchando las peroratas de Olga Luz sobre las bondades del himen y los peligros indecibles del semen. Olga Luz odiaba tanto el semen que nunca le decía semen; las pocas veces que tuvo que referirse, por ejemplo, a una eyaculación, dijo: «Esa sustancia que derraman los hombres por el miembro». Y frunció la nariz como si su propio aliento le oliera mal.

Su clase era parte de un proyecto experimental del que mi curso era la prueba piloto: en vez de la asignatura obligada de Educación Sexual que desde 1993 debían dar todos los colegios del país, nos hacían tomar un curso de castidad importado de Medellín y antes de Washington. El curso se llamaba «Teen Aid». El primer día del Teen Aid, hacía ya tres años, una paisa siliconada vestida de rosado nos dijo que la abstinencia era sana y *cool*. Lo dijo en un tono que rayaba en el porno *soft*. Después pasaron unos videos de los padres fundadores del Teen Aid —una pareja pelirroja, rolliza y pecosa— que chillaban un coro entusiasta en la pantalla: «*Abstinence is saying yes to the rest of your life!*». Todo el material didáctico del curso —mucho papel satinado y colorido— estaba en inglés, porque en mi colegio hasta los carteles de la capilla estaban en inglés —«*Shh, God is watching*»—.

Los ejercicios del Teen Aid eran test al estilo *Cosmopolitan*, que simulaban situaciones de peligro muy específicas y detalladas. Algunos venían con ilustraciones alegóricas al acto sexual —un camino punteado que conducía a un precipicio volcánico que expedía vahos lacerantes—, cuestión que venía precedida por instancias de humedad cada vez más intensas. Como el rocío rastrero que se va tomando la ventana una mañana invernal, la humedad avanzaba por el cuerpo de las niñas hasta que no eran más que un par de patas temblorosas, atolladas en un pantano que antes de pantano fue charco y antes cascada y antes arroyito y antes apenas una gota lánguida que nacía y moría en la entrepierna.

Asco.

La alusión a la calentura adolescente, aparte de retorcida, era un asco.

Las respuestas a los test estaban desplegadas en un *multiple choice* que, de acuerdo a tu elección, iba ubicándote en un lugar del laberinto psicodélico que acompañaba al ejercicio: un remolino de colores que te llevaba a la felicidad o a la infelicidad, según el camino que tomaras. A la infelicidad podía llegarse por un descuido menor. Una elección boba y chiquita podía resultar catastrófica: aceptar una cerveza de un tipo tranquilo y sonriente —un rubiecito ojiverde, tipo Jason Priestley— que luego resultaba ser un degenerado que te arrastraba a un rincón oscuro y te susurraba al oído y te hacía humedecer el calzón. Y de los calzones húmedos, todas lo sabíamos, solo salían bebés bastardos, como esporas del verdín. A la felicidad, en cambio, se llegaba por un camino unívoco: recto, luminoso y seco como un pan de sal. Era fácil ser feliz.

Catecismo

Al lado del colegio quedaba el Jardín Botánico. A veces, con Dalia y otras del curso, cruzábamos una verja de alambre de púas y nos metíamos ahí. ¿A qué? A fumar, a beber, a sacarnos el *jumper* y broncearnos las piernas. No entraba mucho sol, sin embargo, porque justo en el sector que lindaba con el colegio el cielo estaba tapado por las ramas de los árboles —millones de hojas verdes diminutas que temblaban como bichos—; pero cada tanto soplaba un viento que las abría y una luz intensa nos bañaba, como si Dios mismo hubiese abierto el grifo universal de los fotones para bautizarnos de vuelta.

Nos escapábamos en el segundo recreo, cuando las profesoras se encerraban en las oficinas con la excusa de corregir exámenes, pero en realidad se iban a hacer la siesta; eso era obvio porque después uno las veía salir todas lagañosas y con el moño —que debían llevar siempre tenso y brillante— deshecho.

Una tarde de principios de abril cruzamos al Jardín Botánico con Dalia, Marcela y Karina. Antes de Dalia, Marcela era mi mejor amiga, pero cuando empezamos a andar las cuatro juntas, se hizo muy evidente que Dalia y yo compartíamos algo esencial que ni ella ni Karina entenderían jamás. Marcela empezó a frecuentar más a las del grupo de gimnasia olímpica en el que entrenaba y con nosotras compartía poco más que estos paseos al Jardín Botánico. Karina era un accesorio necesario en el grupo: la queríamos, pero sobre todo la necesitábamos. Karina tenía la aprobación unánime e indiscutida de todas las profesoras, estar con ella era una garantía

de que, por muy mal que nos portáramos, la sanción nunca llegaría a sus últimas consecuencias.

Ese día entramos por donde siempre y llegamos a un claro de bosque atravesado por un ojo de agua. En una esquina había una gruta pequeñita, y en la gruta una Virgen adornada con flores podridas y un nido de gusanos. Faltaba más de un mes para mayo, todavía nadie se había ocupado de cambiarle las flores. Karina corrió a limpiarla: Karina era muy mariana; había convencido a todo el mundo de que la Virgen le hablaba dormida y le daba instrucciones sobre cómo comportarse en momentos de conflicto moral. Ya habíamos escuchado sus dilemas; a veces eran cosas tan tontas como si debía o no pellizcar a sus hermanitos por la nuca — como si fueran perros ariscos— o hablarles por las buenas —como si fueran seres humanos en sano crecimiento—. Karina podía ser agotadora y la Virgen era su muletilla, su recurso desesperado, su amuleto retórico, su dildo.

Marcela, Dalia y yo nos echamos en el pasto y encendimos un Belmont mentolado, que olía menos fuerte que el Marlboro. Nunca más fumé tras dejar el colegio, pero en esa época prender un cigarrillo era un subterfugio de rebeldía contenida en el cuerpo, sin demasiadas oportunidades de ser expulsada. Fumar era como decir: me trago este veneno y lo devuelvo al mundo porque se lo merece.

Marcela llevaba un rato empeñada en demostrarnos que la canción *Angel*, de Aerosmith, estaba plagada de mensajes subliminales, pero le costaba voltear la frase del coro y decirla al revés: «*Thginot em evas dna emoc, legna ym eruoy!*».

Cuando Karina volvió de acicalar a la Virgen se sentó derecha, con las piernas cruzadas y su cara de yonofuí. Se planchó los pliegues de la falda con las manos y dijo:

—Ayer la Virgen me habló.

A mí me hacía gracia que lo dijera como si fuera una cosa extraordinaria. No lo era. Según Karina, la Virgen se comunicaba con ella casi todos los días.

—Apuesto a que te habló pestes de Steven Tyler —le dijo Dalia.

Marcela y yo nos reímos. Karina no le hizo caso y siguió:

—Es que yo le había preguntado qué debía hacer con el gordo Arias —mientras hablaba se sacaba el esmalte rosado de las uñas y lo iba haciendo un montoncito en el pasto—. Él me insiste en que vayamos a su isla los dos solos, pero yo creo que si acepto voy a arrepentirme de lo que pase allá...

—La isla del gordo Arias es el paraíso —dijo Marcela y suspiró.

Era cierto, yo había estado una vez: un pedazo de terreno con la casa en el medio y ventanales de vidrio que de un lado miraban al mar y del otro a un bosque de cañas. El gordo Arias había sido novio de la mitad del curso solo por tener esa isla. Y un yate de nombre Elvira. Elvira era su madre, una chilena divorciada y, según el resto de madres, demasiado permisiva. Mi mamá lo atribuía a su procedencia: ella decía que entre más bajabas en el continente, más descaradas eran las mujeres. El recato era una virtud en degradé que empezaba en México y se deshacía en Argentina. Colombia estaba situada, estratégicamente, en el punto medio.

Un año atrás el gordo Arias había celebrado sus dieciocho años en la isla: fue una fiesta descomunal. Empezó temprano, a la mañana, y duró todo el día. Dalia y yo volvimos a la medianoche en un barco dispuesto para la ocasión. Habíamos ido con Karina, pero a último momento la perdimos en el bosque. Para entonces el gordo

Arias era novio de una chica de un curso más abajo que el nuestro; se llamaba Inés y se creía de la realeza. Pero en la fiesta debió tragarse la humillación de ver a su novio manoseando a cada mujer que se le cruzaba por delante: «¡Hola, gordo!». «¡Feliz cumple, gordo!». «¡Gordo bello, ven pa'cá!». El gordo agarraba por aquí, chuponeaba por allá, y se empinaba la botella de Old Parr. En una de esas Inés fue a reclamarle y el gordo la aleccionó con unas palmaditas en la mejilla. Suaves pero contundentes. La chica se replegó en un rincón con un vaso alto y colorido, y no se la vio más. Entonces Karina, como si hubiese estado agazapada esperando su momento, cobró un protagonismo repentino. Se la vio revolear la chancleta por toda la pista y hacerle la reverencia al gordo igual que si se tratara del Espíritu Santo.

Había un DJ, y Elvira cada tanto se le acercaba para pedirle canciones que solo ella conocía. Lo más perturbador de la fiesta debió ser el momento en que Elvira bailó con su hijo una especie de cumbia electrónica que los obligó a refregarse de espaldas, subiendo y bajando con ese movimiento de caderas que simula un tornado. Pero lo que a Dalia y a mí nos parecía un escándalo, al resto de invitados, incluida Karina, parecía divertirles. Aplaudían. Se reían hasta toser. Piropeaban al gordo que, en la pista, era un imán para las mujeres. ¿Y por fuera de la pista? También. ¿Cuál era su gracia? Honestamente, nunca lo sabré. Novio mío no había sido, yo no entraba dentro de su categoría social. Además, la única vez que quiso encararme, esa misma noche de la fiesta, torcí el rumbo y le di la espalda.

—¿Qué pasa?! —gritó—, ¿huelo mal?

Me zarandeó por el brazo y se me puso enfrente, cortándome el camino. Efectivamente, olía terrible, y ese era el menor de sus

defectos.

—¿No podemos hablar? —insistió. La lengua trabada, el aliento tóxico, la cara sudorosa como un cerdo enmantecado.

Le dije que no. Y él que por qué. Pensé la respuesta. Intenté apelar a algún resto de diplomacia, considerando las posibilidades de esa mansión en medio del mar Caribe y del yate Elvira, con su piso de madera y sus asientos mullidos forrados en terciopelo; considerando también las ventajas de tener un amigo desagradable pero rico, que de algún modo supliera su falta absoluta de caballerosidad y de belleza con paseos náuticos para mí y mis amigas.

—Porque hablar contigo es como meter la cabeza en un balde de vómito.

Debut y despedida.

—... ya hemos hecho algunas cosas, pero no todo —Karina seguía con su historia, aunque nadie le prestaba mucha atención—, él sabe que yo creo en la virginidad y lo respeta, pero me gusta tanto que se ha vuelto una penitencia muy difícil.

—¿Y qué te dijo la Virgen? —le pregunté.

Karina balbuceó algo que no entendí. Después se aclaró la garganta, hizo como si fuera a hablar, pero no habló.

—¿Qué te dijo? —insistí. Me sabía mal la gente misteriosa, era obvio que nos iba a contar, era obvio que se moría por contarnos, pero quería que le rogáramos.

—Bueno —Respiró hondo—: me dijo que la virginidad era muy importante, pero eso no quería decir que no pudiéramos hacer otras cosas.

—Bah —dijo Dalia—, el día que te diga algo nuevo...

—Sí —dijo Marcela—, eso me lo dice hasta mi mamá, que de virgen no tiene ni el recuerdo.

—¿Tu mamá te dice eso? —preguntó Dalia.

Marcela dio una pitada al Belmont y contestó con el humo en la garganta:

—Es un decir.

—... y me dijo también —siguió Karina— que lo que teníamos que salvaguardar era el himen, pero que había otras partes del cuerpo por las que se podía hacer el amor.

Ahí nos quedamos calladas. Yo no sabía si había entendido bien. Creo que Dalia y Marcela tampoco.

—¿Dijo «salvaguardar»? —le pregunté después, como por romper el silencio. Pero también porque me parecía que la Virgen, aunque fuera un invento suyo, no podía hablar así.

Karina alzó los hombros. Era su turno de fumar: dio una pitada larga y sopló. Su cara quedó escondida detrás de la cortina de humo.

—Sí... no sé. No me acuerdo.

La Virgen le había dicho a Karina que el gordo Arias se la podía tirar por el culo. Dalia me lo confirmó después, por teléfono. Yo le dije: «Está loca». Y ella me dijo que no era la primera vez que el gordo Arias le proponía a una chica hacer eso. A ella le habían contado algunas: las que se negaron, las que pensaron que hacer eso no solo era pecado sino una porquería. El gordo Arias insistía en que no era pecado y hasta cargaba un catecismo donde tenía resaltada una cita de san Ambrosio que hablaba de la virtud de la

castidad: «Hay tres formas de la castidad: la de los esposos, llamada fidelidad; la de las viudas, llamada duelo, y, la más importante: la virginidad», y de ahí saltaba con una flecha al margen a la definición de la virginidad como «la calidad de poseer un himen intacto y no un himen perforado». Definición que luego él interpretaba: lo único que debe permanecer intacto es el himen, todo lo demás es zona liberada, un regalo bendito de Dios nuestro Señor. ¿Cómo vamos a despreciar los regalos de Dios? El cuerpo debe usarse para darle gusto a Él, para decirle: gracias, te dedico la bendición de que me rompan las nalgas, Cristo Jesús.

El gordo Arias era como uno de esos psicópatas que catequizaban puerta a puerta con un librito marcado y moralejas amañadas. A Karina debía haberla convencido, quizá ya hasta lo habían hecho y por eso ella andaba por ahí contando esa historia de la Virgen. La imagen de Karina en posición sumisa con esa bola de sebo trepada a su espalda como un caparazón me apabulló.

—Puaj —le dije a Dalia—, es un enfermo.

—Pero su teoría tiene fundamento.

—Puede ser —le dije yo. Pero pensé que si uno se ponía a unir frases sueltas del catecismo, cualquier teoría tenía fundamento. Y entendí que para eso servía el catecismo. Los misterios más turbios —la Santísima Trinidad, la preñez de María, el Santo Grial— se aclaraban tras la intervención de un buen charlatán con la ambición de obtener algo a cambio: un saco de monedas, la gracia divina o el culo de Karina. Lo mismo daba.

Chicas rotas

Dalia se estaba volviendo monotemática con lo de su viaje a Sudamérica y eso me fastidiaba. Se le daba por sacar a toda hora un mapa sábana que ocupaba demasiado lugar en la mesa de la biblioteca donde yo me sentaba a estudiar. Le pedía que no me molestara, que necesitaba concentrarme. Y ella usaba el mapa de cortina para decirme cosas, aunque un minuto antes le hubiera pedido expresamente que se callara por favor. Lo levantaba por las esquinas superiores, por encima de su cabeza: detrás podía verse su silueta haciéndole fondo a la costa pacífica. Hablaba y hablaba y, cuando yo me quejaba, decía:

—Imagina que mi voz es el zumbido de un insecto.

Una chicharra. No, un moscardón. En celo.

Eso le agarró después de un fin de semana que se fue de paseo a Bocachica y conoció a unos tipos que habían recorrido Perú, Bolivia y Chile tocando en una banda de fusión andina, y que ahora tenían una tienda de tatuajes. El que cantaba se llamaba Blas; lo vi por primera vez en un toque al que Dalia me llevó. «Hola, bombón», me dijo bien cerca de la oreja, con un aliento caliente y apestoso a yerba. Me cayó mal. Pero Dalia insistió y la acompañé a un par de reuniones más con esos tipos.

La segunda vez que los vimos fue en la tienda de tatuajes, ahí era donde ensayaban; ella se había enganchado con un tal Jota, que era el que tocaba la batería y, además, era el dueño de todo. De la banda, de la tienda y de los arrastrados que se la pasaban ahí, fumándosele la yerba y besándole los pies. Esa vez Jota y Dalia se

echaron en un sofá mugriento a darse besos y a meterse mano, y a todo el mundo le pareció de lo más normal. Yo me fui a sentar en un banco en la acera, porque me daba vergüenza el espectáculo que estaban dando. Más atrás vino el tal Blas.

—¿Qué quieres? —le dije.

El tipo se me sentó al lado y se puso a silbar una de Enanitos Verdes. Al poco rato Dalia empezó a gritar, a pedir auxilio y a insultar a Jota. Cuando entré estaba parada en medio de la tienda, con la blusa rasgada y una teta al aire:

—¡Malparido, te dije que pararas!

Dalia tenía chupones en el cuello, en el pecho y la barriga. Parecía que la hubiese atacado una sanguijuela. Jota tenía un rasguño en la cara y un mordisco de vasos rotos en el brazo.

—¡Calientahuevos! —le gritó.

¿Y los demás? Como si oyeran llover. El de las maracas no había dejado de tocar en todo el rato. Le dije a Dalia que nos fuéramos.

—No me voy hasta que este malparido me pague la blusa —se cruzó de brazos y ladeó la cadera. La teta era como un adorno, a nadie parecía incomodarle.

Jota la miraba furioso, pero de pronto se sonrió como un psicópata y dijo que si un día la agarraba sola la iba a violar.

—Váyanse al carajo —murmuré y me fui.

Pensé que Dalia iba a seguirme, pero cuando llegué a la esquina miré atrás y ella no estaba. ¿Y quién estaba? El tal Blas. Me hizo señas para que lo esperara y se acercó con un trotecito cool/ que quería decir: soy capaz de seguirte media cuadra sin sudar demasiado, nena.

—¿Y Dalia? —le dije.

Blas se sacó un porro del bolsillo y se lo encajó encima de la oreja. Después dijo que fuéramos al kiosco a tomar algo.

—¿A tomar qué?

—Lo que sea, hace calor.

Cada vez que el tipo abría la boca, el vaho de marihuana me pegaba una cachetada. No me gustaba la yerba. No me gustaba ninguna droga y prefería zambullirme en una piscina de ántrax antes que darle una pitada al porro de un hippie sucio.

El kiosco estaba al otro lado de la calle. Tenía sed, así que crucé con Blas. Pedí una Sprite y él, una Kola. Pasamos un rato sin decir nada, mirando las busetas y los vendedores ambulantes pasearse por la avenida San Martín. Nadie tenía prisa en esa ciudad, más bien al contrario, todos andaban como si la propia sombra les pesara.

—¿Dónde vives? —me preguntó.

Me encogí de hombros:

—Por ahí.

Por esos días vivía en la casa de mi abuela porque mi mamá y mi hermana Juana estaban en Medellín. Juana había pagado el viaje. Juana tenía plata porque hacía meses que trabajaba de secretaria en una petrolera: se había retirado ya de tres carreras y de un curso de idiomas, y no iba a estudiar más. Para qué, decía, si ya estaba cobrando un sueldo. Yo, en cambio, me pasaba todo el día con un libro en la mano, aunque la verdad era que no estudiaba muy en serio. Leía por encima y con eso bastaba para contentar a mi mamá, que andaba siempre arengando por las notas.

En mi casa era época de vacas flacas y, aunque lo más lógico habría sido cambiarme a un colegio barato —como al que había ido Juana—, mi mamá se empeñó en que me dieran una beca. Y me la

dieron, la única condición era mantener el promedio por encima de nueve. Eso no era nada del otro mundo, era un colegio fácil: las profesoras estaban más preocupadas por eso que llamaban la formación espiritual que por que uno se aprendiera la tabla periódica. Pero igual no quería darle motivos a mi mamá para que dijera que por culpa mía éramos más pobres, así que sobreactuaba mi sacrificio: abrazaba los libros y me encerraba a estudiar lo mínimo indispensable para mantener el promedio en nueve punto uno, ni más ni menos.

Ese último año era un poco más duro porque me iba a inscribir en la universidad pública y tenía que sacar un buen puntaje en las pruebas del Estado. Para eso había que estudiar en serio. Otras de mis compañeras iban a estudiar en Estados Unidos y estaban más preocupadas por el TOEFL. Y otras se iban para Bogotá, a universidades privadas donde, para entrar, alcanzaba con tener plata; a esas todo lo que les importaba era estar flacas: dedicaban recreos enteros a estudiar la información calórica de un paquete de Snickers. Y estaban flacas, y estaban bronceadas. El fin de semana se iban a las islas a comer y a vomitar. Se emborrachaban mucho, se drogaban un poco, se rotaban los novios y salvaguardaban su himen.

No me las soportaba.

Pero por esa época no me soportaba mucho a nadie.

Ni a mis compañeras, ni a mi mamá, ni a mi hermana Juana. Mi papá se salvaba porque se había ido hacía mucho y uno no podía agarrarse con la gente que no estaba. El asunto con mi hermana Juana era más complicado. Para decirlo claro y pronto: se decía que mi hermana Juana era un poco puta. Bah, eso decían que decían en mi colegio. En realidad, eso me decía Dalia que decían en el

colegio, porque nadie se atrevía a soltármelo en la cara. No porque les diera lástima o vergüenza, sino porque les daba miedo mi reacción. Si a mí me llegaban a decir: «Dicen que tu hermana es puta», yo podía contestar, perfectamente: «Y dicen que tu mamá cada mañana se mete tres plátanos verdes en el chocho y se los saca ya hervidos de lo caliente que está. ¿Y sabes qué dicen que hace después? Dicen que los machaca y te los sirve en el desayuno». Si llegaban a acusarme con alguna profesora, fácil: yo negaba todo.

—¿Me puedes explicar?

Un disco rayado era el tipo. Y un ordinario. Hacía un rato que estaba con la misma lata: que por qué las de mi colegio eran tan calientahuevos, tan mete-la-mano-cierra-las-patas, tan celosas con la pepa del mango, tan fifís. Yo había decidido ignorarlo para no salirle con una grosería. No lo conocía muy bien como para arriesgarme; por ahí me mandaba la mano a la cara y me rompía la nariz y yo no estaba como para hacer correr a mi abuela a un hospital.

—¿Entonces? —dijo Blas.

Me empiné la Sprite.

La tarde estaba como todas las tardes: calurosa, húmeda y lenta. Miré hacia la puerta de la tienda. Dalia seguía sin salir.

La verdad era que el Teen Aid era una medida desesperada que el colegio había tenido que tomar para frenar la ola de alumnas preñadas de los últimos años. Las clases de religión y los retiros con señoras del Opus Dei —prelatura a la cual pertenecía el colegio— eran demasiado pudorosos como para atreverse a hablar de esas cosas que el Teen Aid trataba tan naturalmente y en inglés, lo que lo hacía más leve. Todas en el colegio habíamos sido testigos alguna

vez del momento en que una chica de décimo —incluso de noveno—, tras un par de días de ausencia, llegaba al colegio vestida con ropa de calle acompañada por sus papás y unas ojeras de niña judía torturada en Auschwitz que daban miedo. Todas la habíamos visto entrar a la dirección, y a los papás seguirla, trágicos y resignados, como si ahí dentro fueran a quemarla viva y ellos no pudieran hacer nada por evitarlo. La directora se mostraba más bien indulgente: exigía una boda rápida y sencilla y ofrecía gratis la acción del colegio para el bebé. La futura mamá salía de ahí reconciliada con el mundo, dispuesta a entregar al crío al cuidado de la Obra. *The End*. Pero a medida que la historia se fue repitiendo, la gente inventó rumores sobre una guardería que iban a anexar al colegio, exclusiva para hijos de exalumnas; y una columnista resentida —según los dichos de la directora— escribió un artículo culpando al colegio de las barrigas de las niñas, por meterles en la cabeza eso de que tomar anticonceptivos era lo mismo que abortar —y estaba claro que para una niña católica abortar era lo mismo que mutilar al Niño Dios con un alicate—. Entonces, llegó el Teen Aid y su militancia por la castidad. Honestamente, yo pensaba que era preferible eso al loco *baby boom* adolescente que no te dejaba más salida que renunciar para siempre: primero, a tu juicio y voluntad —ya no te dejarían elegir ni los calzones—, y, segundo, a tu temprana descendencia.

Justo cuando estaba por explicarle eso a Blas, Dalia y Jota salieron de la tienda. «Menos mal», pensé, porque iba a gastar mi saliva en vano. Los tipos como Blas jamás entenderían algo así. Los tipos como Blas tenían el cerebro chamuscado por culpa del porro y todo lo que sabían de las mujeres era que tenían un hueco entre las piernas; si ese hueco estaba cerrado, no quedaba más que un trozo

de carne inservible alrededor. En el fondo, si Blas estaba gastando supreciado aliento narcotizado en mí era porque tenía la esperanza de partirme al medio como una papaya tierna. Su estrategia persuasiva era tan obtusa como la de las señoras del Teen Aid.

Una vez, en un cumpleaños de Juana, se armó una discusión similar. Cuando ella les dijo a sus amigos a qué colegio iba yo, hubo un coro generalizado: ¡pffff! Y un pelilargo con cara de *border* salió a decir que en mi colegio creían que las mujeres eran baldes: que si estaban rotas no servían. Juana y sus amigas —que seguro estaban todas rotas desde que fueron concebidas— aplaudieron el comentario y pusieron cara de sentirse redimidas. A mí me dio vergüenza ajena. Pensé que si estas chicas necesitaban que un lelo desgreñado saltara a defenderlas con semejante analogía era porque en el fondo se sentían falladas, incompletas, cascadas, tullidas.

Baldes.

Rotos.

En la acera de enfrente, Dalia apoyaba las manos en el pecho de Jota y se reía. Estaba contenta y estaba trabada. Estaba más caliente que el pavimento de la avenida. Había reemplazado su blusa por una camiseta negra que le quedaba chiquitísima: la cara de Piolín estirada en el pecho. Me pregunté si el tal Jota tendría una hija. Se despidieron con un beso exagerado. Imaginé la lengua de Jota avanzando frenética por su garganta como un tentáculo herido y me estremecí.

—Adiós —le dije a Blas, y él tarareó un «*Never say goodbye*» con un acento tan tosco, que lo mismo habría sido empuñar un machete y tajarle la garganta a Bon Jovi.

Después Dalia me hizo señas para que cruzara a la camioneta.

Una nueva amiga

Me desperté sobresaltada por un sueño que olvidé al instante. Después tardé un rato en recordar qué hacía durmiendo en esa hamaca colgada entre dos estacas, techada con palmas secas que dejaban pasar muy poca luz. Apenas unos rayos finos como agujas de tejer. Muy cerca de mi cara planeaba un bicho que zumbaba. ¿Dónde estaba? En la finca de Lucía. ¿Por qué estaba ahí? Porque en estas últimas semanas Dalia y yo nos habíamos peleado y Lucía se había convertido en mi más fiel compañía.

Lucía y su novio, Mauricio.

Me paré y fui al baño, y ya cuando estaba por salir escuché un ruido desde afuera: el roce de una tela con otra, me pareció. Limpié el borde del bidé con papel higiénico y me subí. Me asomé a una ventanita alta con anjeo que daba a la galería donde Lucía y Mauricio estaban terminando la partida de Monopolio que yo había abandonado: Lucía tenía la blusa alzada. Y unas tetas blanquísimas, más grandes de lo que imaginaba, con pezones rosados y chiquitos. Mauricio le chupaba un pezón con los ojos cerrados, usaba una mano para amasarle las tetas y la otra para tocarla por debajo de la falda. Lucía miraba fijo hacia la puerta por donde podría salir su mamá si se despertaba de la siesta, y tenía las piernas sueltas, pendiendo del brazo del sillón; las manos las tenía empuñadas, pero después se las puso a Mauricio en la cabeza y lo empujó hacia abajo y él se metió debajo de su falda y le sostuvo los muslos abiertos con las manos. Alcanzaba a oír como unos lengüetazos de perro. Lucía hacía movimientos rápidos y cortitos

con la cadera, subía y bajaba como si masticara por ahí con dientes de ardilla, como si quisiera tragarse la cabeza entera de Mauricio a punta de mordiscos. Intenté empinarme para ver mejor, pero casi pierdo el equilibrio y temí caerme, me bajé con cuidado del bidé y me senté en el inodoro.

Dos semanas atrás, el panorama era radicalmente opuesto: mi abuela roncaba frente al televisor. Armando Manzanero tocaba el piano en el cabezote de alguna telenovela de la tarde que repetían a la medianoche. Cuando apagué el aparato, mi abuela abrió los ojos y se llevó la mano al pecho.

—Soñé con tu mamá —se levantó de la mecedora, rumbo al teléfono—: la voy a llamar.

—Mi mamá no está, abuelita.

Se volvió a mirarme:

—¿Ah, no?

Pero igual alzó el teléfono, se sentó en el banco y marcó un número. Uno solo. Después se volvió a quedar dormida con el aparato en la oreja.

Esa noche volvía de una salida con Dalia y otras chicas del curso. Dalia nos había convencido de acompañarla a un toque de Jota en un bar del centro que se llamaba Zaratustra, y era uno de esos huecos dentro de la muralla hediondos a orín. El público era, básicamente, gente sucia. Le dije a Dalia que Jota y su banda me daban asco y ella se enojó:

—A ti todo el mundo te da asco —y me dio la espalda.

Me fui. Las otras chicas se habían instalado frente a unas maquinitas tragamonedas, al fondo del bar.

Camino a la casa de mi abuela crucé dos puentes: el que dividía el centro de Manga y Manga del Pie de la Popa; esa parte de la ciudad era una sucesión de puentes que unían los barrios atravesados por la bahía. Me gustaba caminar por ahí porque era como mirar la ciudad por dentro: luces de lado y lado del agua. Pero se decía que a la noche los violadores se escondían en los mangles y ante la menor provocación te saltaban encima como jaguares. Así que corrí a toda velocidad por los puentes y seguí corriendo hasta llegar jadeando, sudando frío, a la puerta de la casa.

Mi cuarto era el que se usaba para planchar.

Entré y me asomé a la ventana: el balcón enrejado de la casa vecina estaba vacío. Mi ventana tenía anjeo, pero siempre estaba abierta porque si no el aire caliente se quedaba allí encerrado y se formaba un microclima donde las moscas se chamuscaban. Hacía años el balcón vecino no tenía rejas y un chico turuleco que vivía ahí se tiraba y se pegaba unos golpes que lo dejaban más chiflado de lo que era. Ahora ya no podía tirarse, pero se asomaba al balcón, se agarraba de los barrotes y se reía a carcajadas. Hoy no estaba. ¿Dónde estaría? Durmiendo, claro. Soñando con morirse y dejar esa vida lamentable que le había tocado para irse directo al cielo. Los bebés que morían sin llegar al pleno uso de la conciencia, los locos que sufrían tormentos misteriosos e inconsolables y los retardados mentales iban al cielo: eso había leído una vez Olga Luz de algún catecismo. Y me pareció justo, y recé por que eso —al menos eso— sí fuera cierto.

Sonó el teléfono. Mi abuela no lo oía, aunque había quedado al lado, fosilizada. Salí del cuarto y contesté:

—Aló.

—Malparida —era Dalia. Según ella, la había abandonado en una situación de peligro, y eso me hacía un ser despreciable y egoísta. Al parecer, el toque se había desmadrado: a Jota le habían dado con una silla en la espalda y había terminado en urgencias. Ahí lo había dejado, abrazado a una vieja con *leggings* de *animal print* que resultó ser su mamá.

—¿Y las otras? —Bostecé. Me había sentado en el piso y miraba los pies de mi abuela, llenos de venas abultadas y lunares marrones.

—Desaparecieron apenas empezó la algarabía.

—Entonces ve a insultarlas a ellas, yo al menos te avisé que me iba.

Me saqué las sandalias y miré mis propios pies, atravesados por venas todavía chatas. Tenía las uñas largas, sin arreglar. La piel de mis pies era más oscura que en la pantorrilla porque me la pasaba en chancletas y jeans, y se me quemaban con el sol. Cuando me ponía shorts parecía que tuviera tobilleras color caqui.

—... tú eres mi mejor amiga, me tenías que acompañar hasta el final —parecía que Dalia estaba por llorar. En esa época nada me fastidiaba más que la gente llorando. Le dije que lo tomara como un simulacro.

—¿Un simulacro de qué?

—De tu viaje a la Patagonia.

—¿Cómo?

—¿O piensas llevarme de chaperona para juntarte con tus novios hediondos?

—Malparida.

—En ese viaje vas a estar sola, lidiando con la roña.

—Eres una resentida de mierda.

—Y tú eres una puerca.

Colgó.

Los días sucesivos empeoró la situación. Dalia no me hablaba y se juntó con unas que se pasaban el día chupándole el pico a un termo de Snoopy lleno de ron con Coca-Cola. Después se iban al patio y hacían competencias de eructos hasta quedarse dormidas. A cambio de algún billete, el señor Tomasito vigilaba que no vinieran profesoras a perturbarles la siesta.

Yo me dediqué a estudiar más en serio, mi sueño excedía la universidad pública: quería una beca para irme a la Nasa y borrar me del mapa para siempre. Uf. Me la pasaba sola, buscando la sombra de algún árbol para echarme a leer. Así mismo me encontró Lucía.

—¿Qué haces?

Era el primer recreo, me había ido hasta las gradas de la cancha de básquet. Tenía un libro abierto frente a mis ojos, con lo cual la pregunta de Lucía era tontísima.

—Leo —dije.

Salvo una coreana fea que llegó en noveno y se fue en décimo y una tal Susy del Río, que entró en sexto y se fue en octavo, Lucía no había tenido nunca una amiga muy estable. Sobre todo después de lo que había pasado con Susy del Río, la manera en que se fue del colegio: faltó un par de días a clases y cuando las profesoras llamaron a su casa les dijeron que toda la familia se había mudado de ciudad. Ni más se supo de ella. A Lucía la interrogaron varias veces, pero no pudo dar razón de su paradero.

«La Virgen me dijo que Susy del Río se murió», eso dijo Karina en su momento y se armó un chismorreó que llegó a oídos de la dirección. Llamaron a Karina para que explicara de dónde había sacado eso y ella juró por la vida de sus padres y de sus dos

hermanitos que se lo había dicho la Virgen. Nunca jamás, ni la propia directora, fueron capaces de tildar a Karina de loca; más bien la alentaban: «¿Qué más te dijo?». Pero Karina alegó una jaqueca intolerable y la mandaron a enfermería. Dalia y yo la acompañamos y ahí nos contó que la Virgen le había dicho más cosas de Susy del Río, pero que ella no las quiso revelar por respeto a su memoria. Según Karina —según la Virgen—, Susy del Río había muerto desangrada en una camilla mugrienta, porque su mamá la había llevado a abortar a donde una negra en La Boquilla. «¿Y de quién era el bebé?», le preguntó Dalia. Karina negó con la cabeza, abrió y cerró los ojos lentamente: «Eso fue todo lo que dijo».

Ya en nuestra primera charla, en la cancha de básquet, Lucía me habló de Mauricio. Me dijo que estaba en la universidad pública y le iba muy bien. Que había pasado en Ingeniería con un superpuntaje.

—¿Y tú a qué universidad vas a ir? —le pregunté.

—No sé.

Se enrolló la falda entre las piernas. Después se apoyó en los codos hacia atrás, miró el cielo y fue como si la visión de las nubes le soltara la lengua. Habló de las pruebas de orientación vocacional —cuyos resultados le parecían muy vagos como para tomar una decisión— y de la psicóloga del colegio que se llamaba Jazmín —«como cualquier perrita cocker»—, y que tenía más de treinta y era soltera —«pobrecita»—.

—... es una de estas que no se pueden casar, ¿no? —siguió—: numeraria, supernumeraria, no me acuerdo bien.

—Numeraria —le dije.

—Ah, claro, las súper son las que se casan y paren hasta secarse.

—Ajá.

—Porque les prohíben las pastillas.

—Sí.

—Como Olga Luz.

¿A dónde quería llegar? Continué mi lectura, pero enseguida sonó la campana del final del recreo. Lucía se incorporó.

—Esta tarde voy a un cumpleaños con mi novio —dijo.

¿Y a mí qué?

—Ok —dije. Después me puse de pie y me sacudí el uniforme.

—Es en el Club Náutico, ¿lo conoces?

Alcé los hombros:

—Lo vi por fuera.

—¿No quieres venir?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

Caminé al salón de clases a paso rápido, Lucía me siguió. Antes de entrar al edificio vi a Dalia echada bajo un árbol; tenía audífonos, usaba su mochila de almohada.

Era tarde para arrepentirse. Ahí estaba: sentada frente a la bahía con un vaso de cerveza en la mano y la brisa húmeda brillantándome los pómulos. Me había vestido como si esa fiesta y sus invitados me importaran tres carajos, lo cual me había llevado horas de elecciones múltiples frente al espejo. Lucía no había llegado todavía, suponía que su novio tampoco, así que entré

directo a la barra, me abracé al primer vaso que encontré y me fui al muelle.

—Los barcos producen un efecto hipnótico —un chico se había parado a mi lado.

—¿Los barcos o la cerveza? —le dije y se rio.

Lo cierto es que era una vista fenomenal: las luces de los edificios en la otra orilla enmarcaban el agua oscura y quieta donde se reflejaba la luna. Pero el olor era insufrible: la bahía era agua estancada y olía como tal. Y había mosquitos del tamaño de una pepa de ciruela. Justo espanté uno y el amigo a mi lado sugirió que nos mudáramos a una mesa. Me dio la mano para levantarme y nos sentamos en la terraza. Yo le pregunté qué hacía de su vida, si estudiaba, si qué. Y entonces él empezó a soltar palabras como «armazón», «babor» y «escotilla» que pretendían demostrar una sapiencia inútil sobre embarcaciones.

—No te importa nada lo que te estoy diciendo, ¿no? —dijo después. Yo asentí y nos reímos. Llevaba medio vaso de cerveza, demasiado poco para culpar al alcohol en mi cerebro de lo lindo que me parecía este chico.

—A nadie le gustan los barcos hasta que los navega. Un día te voy a llevar a navegar —sentenció.

Y yo me fui lejos, con él, en un barco que zarpaba allí mismo y atravesaba el Atlántico en una diagonal furiosa rumbo a Portugal. En ese largo trayecto nos peleamos tres veces y nos reconciamos seis. Tuvimos dos hijos: la niña y el niño. Y paramos en una isla a comprarles pájaros exóticos, pero no pudimos llevarlos porque alguien nos dijo que no sobrevivirían por fuera de la selva.

—¡Acá están! —apareció Lucía. Se sentó sobre sus piernas y lo besó en la boca y su pelo planchado se deslizó por delante de sus

caras formando una cortina de hierro. Acto seguido, cayeron piedras de fuego que derribaron nuestra embarcación a pocos kilómetros de Cádiz. Volamos en pedazos infinitos que encandilaron mi visión por un instante y que luego se deshicieron en el aire, como una estúpida esperanza.

El grito silencioso

Olga Luz había decidido juntar sus dos clases de la semana en una sola. Ahora eran tres horas seguidas con un receso en el medio. Un día dedicó las tres horas completas al aborto: había que mirar una película y comentarla. El Teen Aid adoraba esas películas: la cabeza de un feto aplastada por una pinza gigantesca o chamuscada por el efecto de una gran jeringa que te introducían por la vagina y bombeaba ácido. Los bebés salían maltrechos pero enteritos; los metían en unas bolsas negras y de ahí a la basura.

Cada vez que nos ponían una película de esas, alguna chica se mareaba y tenía que correr a vomitar. Esos días era mejor ni pasar por el baño porque quedaba hecho una inmundicia: por mucho límpido que le pusieran, el olor persistía. Las películas del aborto debían ser el equivalente simbólico de los cuadros del Bosco que habíamos visto en Arte, años atrás. El feto muerto y el vientre podrido eran como el infierno, el resultado invariable de acostarse con un chico. De todas formas, era inevitable pensar en la poca confianza que se tenían las catequistas de la castidad. Su mensaje era claro y cerrado: hay que ser castas; por lo tanto, dedicar la lección siguiente al aborto era reconocer su fracaso.

Lo que esto revelaba era que acostarse era un pecado redimible, por eso el intento por persuadir a las chicas de no hacerlo era débil. Un pecado redimible, Dios lo sabía, era el atajo del que muchos se habían valido para ser santos. No hay nada que una religión lucre mejor que a un pecador arrepentido. Con las chicas castas era igual: un día la pobre infeliz peca y se acuesta y se preña y siente culpa y

se casa. De ahí en más lleva una vida intachable: el pecado de acostarse es redimido por la decisión de entregar su vida al sagrado matrimonio.

—El receso —dijo Lucía.

—Ok —contesté, pero seguí sentada viendo cómo el salón de clases se vaciaba de chicas y se llenaba de luz: retazos de la tarde que se colaban por la ventana y serpenteaban entre los pupitres hasta dar con Olga Luz, doblada como un garfio sobre su libreta de notas.

—¿No vienes? —Lucía se disponía a salir del salón. No sabía para qué: una vez llegábamos al pasillo decía que estaba cansada y se sentaba en el piso a mirarse las cutículas. Después empezaba con que Mauricio esto y Mauricio aquello y a la más mínima variación de tema, enmudecía, como si alguien hubiese apagado su cerebro.

—No.

—¿Quieres que me quede contigo?

—No.

—¿Te sientes bien?

Lucía me chupaba la energía. Apoyé los brazos en el pupitre, eché medio cuerpo hacia adelante y cerré los ojos. Siguió un rato de silencio.

—Ey —sentí un toquecito en el hombro: era Dalia. Ya no tenía el pelo tan corto pero tampoco tan largo, entonces se hacía unos moños que le dejaban por fuera unas hebras ralas. Me incorporé. Ella se sentó en el pupitre de al lado, el que había estado ocupando Lucía desde que nos habíamos peleado.

—¿Se molestará la mosquita muerta si me siento en su lugar?

Bufé:

—Ni se te ocurra levantarte, por favor, me tiene harta.

—¿Ah, sí? Yo pensé que eran novias.

Me fijé que Olga Luz no estuviese mirando, y le mostré el dedo corazón erguido en un perfecto *fuck you*.

La película se llamaba *El grito silencioso* y era la preferida de Olga Luz. Consistía en que un señor, Bernard Nathanson, médico abortista reconvertido, intentaba convencer al mundo de que el feto pedía auxilio antes de que lo mataran, eso quería decir que olía el peligro y que sentía dolor. O sea, que era una persona.

Después ponían la filmación de un aborto donde el feto trataba de escaparse de las pinzas, de la jeringa, y, cuando le caía el ácido encima, se lo veía retorcerse como un bicho al que acaban de bañar en Flit. En un momento la cámara enfocaba la cara del feto en un primerísimo plano y se lo veía abrir y cerrar la boca en un gesto desesperado que el doctor Nathanson leía como la palabra «mamá». En esta parte Olga Luz moqueaba y se estremecía como si le hubieran enchufado una descarga eléctrica por las nalgas. Alguna vez, en medio de espasmos de angustia, dijo que lo peor de todo era que esos niños nunca verían el rostro de Dios, porque al matarlos antes de nacer se quedaban flotando en un limbo de bebés deformes que clamaban a gritos por sus madres.

Tardaría años en comprender ese gesto en su justa medida.

La conducta perturbada de las profesoras del Opus Dei no se debía solo al morbo de infundir temor en sus alumnas, sino a que verdaderamente creían eso que decían. No lo actuaban, lo padecían. Bernard Nathanson también debió creer que los más de setenta y cinco mil abortos que había hecho antes de convertirse al

catolicismo lo condenarían a ese limbo de bebés deformes. Y cuando se enfermó de cáncer debió pensar que se lo merecía. En ese segundo antes de expirar —donde, dicen, cabe el *racconto* de la vida—, debió pensar que el arrepentimiento no le alcanzaría para ver el rostro de Dios. Se aferraría como último recurso a la mano de su mujer Christine y a la misericordia divina. Después cerraría los ojos y se dejaría caer con la esperanza remota de despertarse en el cielo. Al final, para su alivio y su desgracia, no vería sus partículas desintegradas, mezcladas con el polvo, flotando en la nada misma.

Esa tarde Dalia pasó a buscarme por la casa de mi abuela. Recorrimos la ciudad en la camioneta, escuchando una y otra vez *You Oughta Know*, de Alanis.

Se había peleado con Jota.

—¿Por qué?

—Porque tiene novia.

—¿Quién es?

—Una arrastrada de otro colegio.

—¿Cuál?

—Uno en el que no les ponen a ver fetos agonizantes a las alumnas y por eso no tienen ningún problema en abrirle las piernas a cada macho que se cruza en su camino.

Nos parqueamos en un muelle. Antes compramos unos helados que duraron poco: cuando empezaron a derretirse los tiramos al mar.

—¿Y las chicas?

—¿Qué chicas? —recién ahí caí en cuenta de que en esas semanas no solo me había perdido de Dalia sino de Marcela y Karina. Éramos uno de esos grupos cuya cohesión dependía de un núcleo y si ese núcleo se desintegraba, el grupo desaparecía. Me

dio lástima. De pronto extrañé esa manía horrible de Karina de mirarte la cara con los ojos despepitados en una especie de trance, para descubrirte puntos negros subcutáneos.

—Creo que Marcela se va a Boston —dijo Dalia. Pero me pareció que se lo acababa de inventar. Estiró las piernas en el aire y noté que estaba depilada. Había pasado demasiado tiempo entre nosotras—. ¿Y Lucía? —volvió a hablar.

—¿Lucía qué?

—¿Cómo pasó de ser un mueble a ser tu mascota?

—Por Dios, qué dices...

—¿Sigue con ese novio?

—¿Qué novio?

—Uno que es un bobo.

No le contesté, si le contestaba me iba a pelear. Si peleaba, perdía.

Un par de noches atrás Mauricio me había llamado por teléfono. Hablamos de nada: «Hola, ¿cómo estás?». «Bien, ¿y tú?». «Bien». «Qué bien». «Sí, qué bien». Ninguno de los dos mencionó a Lucía. Al final nos quedamos callados, casi dormidos, lo que en mi caso fue toda una proeza porque el teléfono estaba en el rincón más incómodo y mezquino de la sala de mi abuela, abarrotada de santos y crucifijos. Y justo cuando se venía el clímax de la conversación —es decir, la única frase completa de la noche—, una tos seca irrumpió en el aire. «Las muchachas decentes no hablan a estas horas». Era mi abuela —o un espectro de ella— enfundada en su bata translúcida que dejaba ver su cuerpo debajo, un traje de pliegues y cuero suelto, capas y más capas de piel deprimida.

—Un bobo de lo más bobo, eso dicen del tipo —Dalia miraba el horizonte, mientras me mortificaba.

La imité: el sol era un puñado de fuego a punto de apagarse. Me dio hambre. Quería volver a la casa de mi abuela a comerme su comida refrita para después echarme en la cama a mirar las grietas del cielo raso hasta quedarme dormida. «Qué día inútil», pensé.

Cada tanto me venían ramalazos de *El grito silencioso*.

—¿Es bobo o no es bobo? —insistió.

—¿Quién? —había conseguido fastidiarme.

—El tal Mauricio, el novio de la perrita de Lucía.

Suspiré de hartazgo:

—No sé, Dalia, a mí no me parece.

Se echó a reír:

—Sabía.

—¿Sabías qué?

—Que te gusta el novio de Lucía.

—Estás loca —le dije—. Loca y llena de mierda.

Las carcajadas de Dalia me sacudieron. No era enojo, era un puñal hundiéndose en el pecho. Me levanté y caminé hasta la calle. Me sequé las lágrimas con la manga de la camisa. Cuando levanté la vista para seguir andando era de noche.

Mauricio llegó en taxi. Yo seguía sentada al lado de la cabina de teléfono. Miraba las olas del mar rebosantes de espuma, enfermas de rabia. Antes había visto un barco que entraba en el horizonte. Tenía el tamaño de una ballena y debía contener a cientos de turistas guardados en guacales.

Mauricio se sentó a mi lado y no dijo nada de mis ojos hinchados. Al poco rato se levantó y me extendió la mano.

—Caminemos.

Me pareció bien, hacía mucho calor como para quedarse sentado, deritiéndose sobre uno mismo. Cruzamos a la playa, había un tipo con una neverita de cervezas. Mauricio compró dos. Se sacó los zapatos, se remangó el jean. Yo hice lo mismo. Pasamos por un puesto de ceviches que ya estaba cerrando, un tipo barría con un rastrillo las cáscaras de camarones regadas en la arena y las iba amontonando detrás de un tanque de lata. Nos sentamos. Mauricio abrió una cerveza y me la pasó. No quise. Me preguntó qué quería.

—¿De qué?

—¿Una Coca-Cola, una limonada...? Puedo ir a comprártela.

Miré alrededor. Estaba todo cerrado.

—No quiero nada —dije.

—¿Nada de nada?

—No.

Pero era obvio que sí.

Mauricio me pasó el brazo por la cintura, se acercó y me besó la mejilla. Me di vuelta y le di la espalda. Me abrazó por detrás y me atrajo hacia él. Estábamos tan pegados que sentí su respiración en la nuca. Subió las manos y me tocó los pechos: ínfimos, comparados con los de Lucía. Volví a apartarme. Pero él insistió, esta vez se me puso de frente y me dio un beso en la boca. Segundos después estábamos echados en la arena, metiéndonos las manos por debajo de la ropa como dos hippies inmundos.

—De pie, señores —un policía nos apuntaba con una linterna. Nos levantamos rápido, yo me puse de espaldas porque me dio vergüenza y me sacudí la arena del pelo. Mauricio le pidió disculpas al hombre, que se hacía el molesto, pero en el medio se reía y le hacía chistecitos machistas.

—Muy bien, yo lo entiendo, joven, pero hágame el favor de ser un caballero y llevar a la señorita a un hotel.

—Sí, señor.

—Esta es una ciudad turística, abundan los hoteles, ¿no vio ese? Supuse que señalaba el Hotel Caribe. Mauricio no podría pagar una habitación ahí en mil años.

—Sí, señor.

—Y si ese no le gusta, le recomiendo este.

Miré de reojo y vi que le estaba dando una tarjeta. Seguro que era algún motel asqueroso donde él y sus colegas llevaban a las muchachas de servicio. Me sentí fatal.

—Muy bien, compadre —dijo el policía, asintiendo enérgico—, que lo disfrute.

El regreso fue todavía más humillante: cada uno en un extremo del asiento del taxi. Sonaba un vallenato pueblerino que hablaba de una mujer con «los ojos indios, hechiceros, chiquiticos y brillantes como el zafir». Quería salir de ahí, ¿pero a dónde? No tenía a dónde ir, nadie me esperaba en ningún lado. A Mauricio, sí.

Cuando agarramos el puente Román miré por la ventanilla, el faro de la bahía largaba una luz que se perdía en la oscuridad, como en la boca profunda de un lobo.

El día después

No me gustaba el padre Tiago porque cuando daba la hostia te tocaba la lengua con el dedo pulgar. O sea que uno terminaba tragándose, además del cuerpo de Cristo, la saliva de todos los que iban a comulgar. Por suerte sus misas eran los viernes a última hora, así que de ahí te ibas a tu casa a hacer gárgaras de límpido. El padre Tiago no estaba fijo en la capilla, venía solo en ocasiones especiales. Esta ocasión especial era que ya casi nos íbamos a graduar y, aunque él mismo daría la misa de la ceremonia, hoy sería la última vez en el colegio.

Después de la misa la directora pasó por nuestro salón. Pensamos que daría una de esas charlas sobre lo que nos esperaba allá afuera, en el mundo real, donde debíamos recordar siempre que no éramos más que un instrumento de Dios nuestro Señor: «Arcilla en sus manos», decía entrecerrando los ojos como si una luz potente la encandilara. Todo lo que nos pasara de bueno o de malo hacía parte del plan que Él tenía para nosotras. «¿Entonces para qué se levanta una de la cama?», había preguntado una vez Marcela, mortificada ante la idea de saberse una marioneta —lo verdaderamente extraño era que, tras quince años de educación católica, recién descubriera eso—. La directora le dijo: «Para complacerlo a Él».

Pero hoy no venía a hablar de eso. O no exactamente.

—Ocurrió una tragedia. —La directora tenía los dientes muy grandes: eso hacía que su boca nunca estuviera del todo cerrada.

Una niña de noveno estaba internada con pronóstico reservado—: ... en las manos de Dios.

Sus padres dormían, escucharon el timbre y cuando salieron a la puerta la encontraron desmayada y con la ropa toda rota. El chirrido de las ruedas de un auto se perdía a la vuelta de la esquina.

—Pase lo que pase, debemos aceptar su voluntad.

Esta chica había ido a una fiesta de quince en una discoteca cerrada para la ocasión. Todos los padres ocupaban un sector del local, en el segundo piso. Las niñas y los niños estaban en el primero, orbitando alrededor de un DJ europeo y la mesa de tragos. «Eran cocteles suavechicos», diría después la madre de la quinceañera. Debía ser cierto. Según versiones recortadas, un grupo de chicos malos que nadie quería nombrar —era una ciudad ínfima, todos sabíamos quiénes eran los chicos malos— habían puesto Rohypnol en su vaso. Después se la llevaron a pasear, se parquearon en un muelle, se sacaron los zapatos, caminaron por la playa con sus trajes caros.

Hasta ahí: una propaganda de chicles mentolados.

Hasta ahí: el principio de un video de NSYNC.

Hasta ahí: tremendas mariposas frías.

Solo que había un hueco en el medio que ninguna de las versiones quería llenar. Todo lo que se sabía era que la chica había aparecido tirada en la puerta de su casa, golpeada y violada. Le encontraron siete tipos de semen, y no solo adelante.

Pero todo esto era anecdótico. Para la directora —y esa era la razón por la cual nos visitaba—, el verdadero dilema era si echarla ahora —así toda dañada como estaba— o esperar a su —ojalá pronta— recuperación. En todo caso, había que echarla, y no por lo

que le había pasado, pobrecita, sino por como —ciegos de dolor, tentados por el demonio— habían obrado sus padres.

Debió ser la primera vez que escuché hablar sobre la pastilla del día después. Corría el año 1997 y nunca había oído de esa píldora que se había usado por primera vez hacía casi treinta años. Recuerdo que estaba sentada en el fondo del salón, con un audífono escondido entre la blusa: «*Oh, no, I know a dirty word*», susurraba Kurt en mi oreja derecha. La izquierda escuchaba atenta a la directora, que anunciaba el Apocalipsis porque la potencia incierta de una criatura con siete padres se había extinguido.

A la tarde me sentí afiebrada. Dormí lo suficiente como para que la noche devorara mi ventana. Afuera se escuchaban las voces de mi abuela y la empleada, enfrascadas en alguna discusión doméstica. Salí. La casa olía inmundito: a cebolla y a pescado hervido. La empleada trataba de convencer a mi abuela de que por favor la dejara terminar a ella; era una santa esa mujer: ocho de la noche y seguía allí, lidiando con una vieja que le tosía su mal aliento en la cara. Seguí de largo hasta la ventana del comedor que daba a la calle y me asomé: pasaban unas carretas que venían del mercado, llenas de cosas podridas que no habían podido vender. Una niebla las envolvía, pero no era niebla. Era la tierra pegada al pavimento, que a esta hora se levantaba por la brisa.

Pensé en Mauricio.

Ninguna novedad: me la pasaba pensando en Mauricio. Lo imaginaba con Lucía, lamiéndola como un perro. Lo imaginaba violando a la chica de noveno. Y con el padre Tiago, recibéndole la hostia y mordiéndole los dedos, la mano, devorándole el brazo

mientras gemía, bien lascivo y bien caníbal. Me había llamado todos estos días, pero tenía adiestrada a la empleada, le había escrito una sucesión de respuestas en la libreta de recados: «La niña no vive más acá *No, no dejó teléfono* Parece que la niña se mudó a Houston / Sí, Houston, está por abordar un transbordador espacial con rumbo desconocido». Pero nunca llegaba a las dos últimas frases, se confundía y colgaba toda nerviosa.

Mi abuela salió azorada de la cocina, arrastró los pies rumbo a su habitación y se quedó parada a medio camino.

—¿Abuela?

No contestó. Me levanté del comedor y fui hasta donde ella, la tomé por los hombros:

—Abuelita, ¿estás bien?

Me miró como si no me reconociera. Tenía los ojos acuosos y un par de legañoses viejos. Ya estaba acostumbrada a su aspecto enfermizo y a sus pérdidas repentinas de cabeza, pero esta vez, además, la vi aplastada y sucia como un almohadón viejo. Mi abuela era bajita, tenía la piel muy blanca y delgada, y los ojos de un marrón desteñido. Y, cuando no se peinaba, los pelos de la frente le hacían un copete de canas hirsutas que le daba un aspecto dejado y triste. Respiraba con un ruido rasposo, como si tuviera callos en las vías respiratorias.

—¿Estoy bien? —me dijo ella.

Me sentí atrapada en su pregunta: tuve la sensación de que esa anciana enclenque que tomaba por los hombros no era ella sino yo. Y su cara, un espejo.

Pelo macho.

Así llamaban a esas hebras duras, oscuras, que crecían desde el cráneo, erguidas y afiladas, en señal de rebelión frente a la docilidad del resto. A una hora del día, en general ese tiempo muerto que había entre la última hora y la salida, se veía una hilera de chicas frente al espejo del baño, sacándose los pelos machos y depositándolos en un sector del mesón. Al final quedaban montoncitos dispersos que la señora de la limpieza juntaba en una bolsa. Material genético tirado a la basura.

En esas estábamos Marcela, Karina y yo, cuando se apareció Lucía. Se nos acercó como un animalito temeroso y apoyó la espalda en la pared. Yo la miré desde el espejo y le dije «¿qué pasa?». Ella negó con la cabeza, que nada, solo estaba mirando.

—Pobre Dianita, ¿qué piensan que va a pasar con ella? —dijo después.

—¿Quién es Dianita? —dijo Marcela.

Llevaba un rato jalándose un pelo que no conseguía sacar desde la raíz, lo que le había dejado una hebra cada vez más corta y difícil de maniobrar. Yo me harté de buscarme pelos machos y me senté en el mesón de los lavamanos. Karina había pasado a depilarse las cejas. Pensé que era triste, pero sobre todo inútil, nuestro empeño en despojarnos de los pelos. Decían que cada vez que sacábamos un pelo, la raíz se fortalecía y largaba uno todavía más resistente. Era una lucha necia: ¿mi naturaleza o mi voluntad? Y a la hora de la verdad, ¿a quién le importaba en realidad el asunto de los pelos? A las chicas. Los hombres nunca nos mirarían con el cuidado que las chicas nos prestábamos a nosotras mismas.

—La de noveno —contestó Lucía, un poco abrumada por el hecho de que Marcela no supiera su nombre. Yo tampoco sabía su nombre. Karina, sí, porque era chismosa.

Esa mañana se habían aparecido en la dirección los padres de la chica violada. Salieron de la oficina todos lagrimosos. Según dijeron, llevaron un sobre que contenía un papel con los nombres y apellidos de los violadores.

—Todo el mundo sabe lo que va a pasar —dijo Karina.

Los padres no hicieron denuncia a la policía, ni siquiera hablaron con los padres de los violadores, sino que decidieron aplicar un castigo a la altura de esa ciudad: exponerlos. Fueron con ese mismo sobre al colegio de los chicos —era el mismo nuestro pero en masculino—, a la parroquia del barrio y al periódico, donde no saldría nada porque el gerente era pariente de uno de ellos. Lo más probable era que a esos chicos los mandaran afuera un tiempo. Después volverían, se irían a estudiar una carrera de medio pelo en una universidad de Bogotá para luego volver a Cartagena a gerenciar las empresas de sus padres, y a casarse y a tener hijos que se llamarían como ellos y que saldrían en la página de sociales cuando los bautizaran, cuando hicieran la primera comunión, cuando los confirmaran, cuando se graduaran y cuando se casaran con alguna chica bilingüe que hablara con la Virgen, con el himen intacto, pero el culo roto.

Para Dianita sería todo distinto. Por el momento se quedaría acá, deambulando por la ciudad, buscando un colegio más o menos decente en el que aterrizar —no era fácil que te recibieran en un colegio decente si te habían expulsado de otro—.

—Qué terrible —Lucía se llevó las manos a la cara.

Por un lapso muy breve nos vi crecidas. No maduras, crecidas; adultas, un poco viejas y penosas dentro de un pozo al que ahora podía asomarme y echar luz con una linterna. Vi como un chispazo

de futuro. Un futuro que se entreveía chato, inocuo y oscuro. Quise imaginarnos distintas, transformadas en otra cosa.

Ateas. Ninfómanas. Lesbianas. Adúlteras. Salvajes. Lúcidas.

No lo conseguí.

Justo entró Dalia. Tenía los ojos rojos y un poco desorbitados. Traía el termo de Snoopy bajo el brazo.

—¿Qué hacen? —dijo—, las estaba buscando.

Tenía la camisa desencajada y aliento a ron. Karina la miró de pies a cabeza con ese gesto de señora indignada que daban ganas de borrarle con un chorro de ácido.

—Charlábamos sobre Dianita —dijo Lucía. Y repitió—: Qué terrible.

—¿Quién? —dijo Dalia, pero no esperó una respuesta. Solo se rio —: ¿Ya te contó?

Me apuntó con el mentón.

—¿Ah? —balbució Lucía.

—Que si ya te contó que tu novio le chupó la...

Reaccioné a tiempo para estirar la pierna y mandarle una patada al pómulo, lo que la hizo soltar un grito y tambalearse. El termito rodó por el piso, Dalia se agachó a buscarlo y se cayó, envuelta en carcajadas ebrias. Karina y Marcela se abalanzaron sobre ella para ayudarla. Lucía permaneció quieta y callada: una momia pálida e inexpresiva.

—Asquerosa —le dije a Dalia, mientras ella seguía riéndose en el piso, retorciéndose como un gusano sobre esas baldosas mugrientas. Volví a patearla, esta vez en las costillas, y habría seguido si Marcela no me hubiera sacado del baño a los empujones.

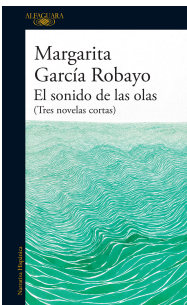
—¿Estás bien? —me dijo afuera. Sus ojos brillaban de nervios. Nos sentamos en el piso, al borde del pasillo de salida: oleadas de

alumnas caminaban rumbo al estacionamiento y se subían a los buses, se ubicaban en su asiento, se arreglaban el peinado, se enjugaban el bozo con pañuelitos de papel. Marchaban al ritmo de una música interna, que solo existía ahí, que serían incapaces de reproducir afuera.

Sentí el sol pegándome de frente, nublándome la vista. Sentí sed y cansancio. Marcela me acomodaba el pelo sudado por detrás de la oreja.

—¿Estoy bien? —le dije. La respiración entrecortada.

Y ella sacudió la cabeza.



«Me gustaba el sonido de las olas. Tenía un nombre ese sonido. Varios: hay treinta y tres maneras de nombrar el sonido de las olas, había dicho mi papá alguna vez, mientras manejaba».

Margarita García Robayo mira el mundo con despiadada atención pero también con suma naturalidad: nunca está completamente afuera de lo que observa o de lo que nombra, y el ejercicio de mirarse en el espejo no la paraliza, más bien al contrario.

Es imposible describir la cruda y cálida irreverencia de su escritura. Sus personajes se parecen entre sí pero tal vez ellos no estarían de acuerdo, porque no quieren parecerse a nadie y a la vez desean fervientemente —en ocasiones a cualquier precio— participar del mundo.

El sonido de las olas reúne tres novelas brillantes y perturbadoras que construyen algo así como una nueva disidencia, porque la autora tiene sus propias teorías sobre el humor, el pudor, la valentía, la rebeldía, el capricho, la violencia, el deseo, el arribismo, la confianza, el abuso, la intimidad y la soledad, de ahí la rara contundencia de este libro único.

ALEJANDRO ZAMBRA



MARGARITA GARCÍA ROBAYO

(Cartagena, Colombia, 1980) es autora de las novelas *Hasta que pase un huracán*, *Lo que no aprendí*, *Tiempo muerto* (Alfaguara 2017) y *Educación Sexual*; de varios libros de cuentos, entre los que se destaca *Cosas peores* (Alfaguara 2016), ganador del Premio Literario Casa de las Américas 2014; de los libros de microrrelatos *Las personas normales son muy raras* y *Orquídeas*; de una antología personal publicada en Chile titulada *Usted está aquí*, y del libro de ensayos *Primera persona*. En 2018 se lanzó en el Reino Unido *Fish Soup*, una edición que reúne tres libros de su producción y que formó parte del prestigioso listado «Books of the Year» que selecciona el suplemento literario del diario *The Times*. En 2020 se publicará en el Reino Unido y Estados Unidos la traducción de su novela *Tiempo muerto* bajo el título *Holiday Heart*. Ha colaborado con numerosas revistas como *Piauí* (Brasil), *Dossier* (Chile), *Anfibia* (Argentina), *Arcadia* (Colombia) y *The Massachusetts Review* (Estados Unidos), entre otras. Su obra ha sido traducida al inglés, francés, portugués, italiano, hebreo, turco y chino. Vive en Buenos Aires.